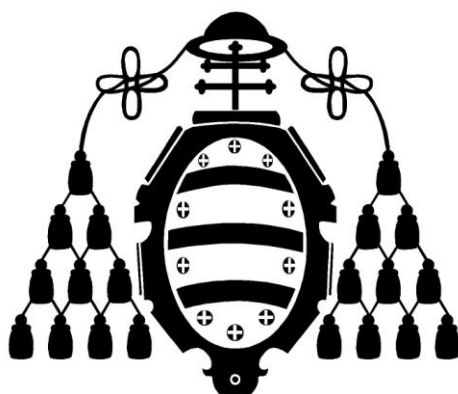


Facultad de Filosofía y Letras - Departamento de Historia



UNIVERSIDAD DE OVIEDO

**LA CRISIS DEL SIGLO VI A.C. EN LAS
COLONIAS FENICIAS DEL OCCIDENTE
MEDITERRÁNEO:**

**Contracción económica, concentración poblacional y
cambio cultural.**

ROCÍO ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ

**Tesis doctoral dirigida por el prof. Dr. D. Narciso Santos
Yanguas, Catedrático de Historia Antigua.**

Programa de Doctorado «La ciudad medieval»

2011

¿Quién había que fuera como Tiro, ahora silenciosa en medio del mar?

Al desembarcar tus mercancías, saciabas a muchos pueblos;

Con tu opulento comercio enriquecías a los reyes de la tierra;

Y ahora estás desmantelada en los mares, en lo hondo del mar;

Cargamento y tripulación naufragaron contigo.

(Ezequiel 27)

ÍNDICE

	Págs.
I. Introducción: objetivos y metodología	7
II. Los fenicios en Occidente	23
1. Fenicia a comienzos del primer milenio a.C.: el germen de la expansión	29
A) El contexto sociopolítico	29
B) La tecnología naval fenicia	35
2. La expansión hacia Occidente	43
3. La organización del sistema colonial fenicio: el Círculo del Estrecho	55
4. Los recursos económicos de Occidente	91
5. Las colonias fenicias en el Mediterráneo central	113
III. La identidad colonial fenicia	125
1. Origen y diversidad de los colonos	129
2. Manifestaciones arqueológicas de la sociedad fenicia	139
A) Los asentamientos	139
B) Las creencias religiosas	145
C) El mundo funerario	158
3. El problema de la identidad	175
IV. La sociedad local: evolución y contacto	183
1. Tartessos, una tierra mítica en el Extremo Occidente	187
2. El Bronce Final en el Suroeste de la Península Ibérica	195
3. Relaciones económicas con los fenicios	205

	Págs.
4. El período orientalizante	217
5. La evolución del mundo orientalizante	253
6. El fin de Tartessos	257
A) La crisis de un sistema	258
B) Los comienzos del mundo íbero	267
V. El siglo VI a.C.: la reestructuración del mundo colonial	271
1. Teorías para una crisis: el siglo VI a.C. en la historiografía	275
2. Marcadores arqueológicos del cambio	287
A) Reorganización del poblamiento	287
B) Contracción del comercio	301
C) Cambios sociales y culturales	308
3. La presencia griega en la Península Ibérica	315
4. El siglo VI a.C. en el Mediterráneo central: el ascenso de Cartago	325
5. Una nueva etapa: la reorganización de las colonias occidentales	343
VI. Conclusiones	349
VII. Bibliografía	363
VIII. Láminas	409

I. INTRODUCCIÓN: OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

El siglo VI a.C. supone, sin duda, uno de los temas de estudio más controvertidos dentro de la investigación sobre la colonización fenicia occidental. La escasez de datos arqueológicos, unida a una práctica inexistencia de fuentes escritas, hace de este período un ámbito de investigación particularmente árido. Sin embargo, los importantes cambios que tendrán lugar en este período, y de los que surgirá una nueva organización del espacio Mediterráneo, con Cartago a la cabeza, dotan a este tema de un gran atractivo para los estudiosos del mundo prerromano.

Tradicionalmente, se ha querido ver en la conquista de la ciudad de Tiro por los babilonios el factor desencadenante de una crisis económica y social cuyas consecuencias alcanzarían a todas las colonias occidentales del Mediterráneo (Schulten 1972; Harrison 1989; Aubet 2009a:347). No obstante, una revisión crítica de las fuentes escritas, donde la caída de la ciudad es magnificada, en base a los datos arqueológicos, muestra que bajo la supervisión babilonia Tiro siguió funcionando como puerto comercial. Además, como muchos investigadores ya han apuntado y como trataremos de confirmar a lo largo de este trabajo, la propia estructura del comercio colonial impedía que un hecho concreto como éste tuviera consecuencias tan devastadoras. La constatación de esta realidad ha llevado en los últimos años a retomar el tema de la crisis del siglo VI a.C. bajo nuevas perspectivas.

Fruto de esas nuevas visiones sobre el tema han surgido toda una serie de hipótesis que, si bien aportan elementos muy interesantes para el debate, no parecen haber satisfecho por igual a toda la comunidad investigadora. Es por ello que consideramos que la evolución del mundo colonial occidental a lo largo del siglo VI a.C. aún se mantiene como un tema interesante para el estudio, que además permite al investigador actual tratar diversas temáticas dentro de un espacio temporal limitado.

Tras una época en que los factores económicos se erigían como base absoluta de la que partir a la hora de tratar esta etapa de nuestra Historia, en los últimos años se ha avivado el interés por las cuestiones sociales y culturales, incorporándose al estudio factores tan interesantes como la influencia de las relaciones sociales entre indígenas y colonos sobre el sistema comercial, o la etnicidad de las comunidades en contacto. En esta línea, diversos estudios han aportado ideas novedosas, muchas de las cuales han suscitado fuertes debates, pero que sin duda han contribuido a la vivacidad de la investigación.

Por otra parte, nuevos datos arqueológicos se van uniendo a nuestros conocimientos sobre el Mediterráneo arcaico. En ese sentido, la riqueza de los yacimientos con vinculación orientalizante de nuestro país aún sigue ofreciendo agradables sorpresas, lo que hace difícil mantener actualizado un estudio.

Considerando todo esto, este trabajo nació con el objetivo de elaborar una monografía actualizada y completa sobre el tema, sintetizando los datos disponibles hasta el momento y analizándolos bajo una perspectiva integradora que concilie las diversas tendencias seguidas por la investigación. La proliferación en los últimos años de trabajos locales de contenido eminentemente arqueológico ha permitido que el presente estudio pueda abarcar una amplitud territorial importante, considerando el Occidente mediterráneo como una misma unidad cultural y económica.

De todas formas, somos conscientes de que esa misma extensión, tanto geográfica como de temáticas, obliga a reducir conscientemente el tratamiento dado a ciertas materias, cuyo contenido haría necesaria la realización de estudios de dedicación exclusiva. Es por ello que entendemos este trabajo también como una propuesta para futuras investigaciones que profundicen en algunos de los temas planteados aquí.

Por lo que respecta al método de trabajo seguido, creemos necesario aclarar el sentido que a lo largo de este trabajo se le otorga a determinados conceptos utilizados, dado que suelen ser objeto de debate por parte de los investigadores por su propia ambigüedad. Puede resultar chocante el mantenimiento del término “crisis”, cuando las corrientes actuales coinciden en considerar los cambios de este período como consecuencias de un proceso de evolución y adaptación. Es por ello necesario señalar que se ha querido seguir utilizando esta terminología por varias razones. En primer lugar, su uso continuado durante décadas permite una identificación inmediata del período y la temática a tratar. Por otro lado, consideramos que, en el proceso de cambios experimentados por el mundo colonial en esta época, se dan elementos propios de una crisis en el sentido clásico del término, signos de una depresión económica que, aunque resulten lógicos y esperables en un contexto de readaptación, no resultan por ello menos evidentes. A ello se suma el hecho de que la conversión de las estructuras coloniales fenicias se debe al agotamiento del sistema anterior, que se habría revelado como ineficaz ante las nuevas circunstancias tanto sociales como económicas. Es decir, el viejo sistema entra en “crisis” y debe dejar paso a uno nuevo. Por esta razón, consideramos que el término continúa siendo vigente en cualquier estudio referido a este período.

Por lo que respecta a la denominación de los pueblos en contacto, se utilizará la división clásica entre fenicios, para referirnos a los habitantes tanto de las ciudades fenicias del Levante como para los de las colonias que fundaron a lo largo del Mediterráneo (considerando, por tanto, como fenicios occidentales a los habitantes de los centros fenicios vinculados a la esfera gaditana), y púnicos, entendiendo como tales a los cartagineses, en primer lugar, y a los habitantes de los territorios que irán cayendo bajo su esfera política a partir de este período, pudiendo hablarse, por ejemplo, de una Cerdeña púnica. Partiendo de esta división, para el período estudiado se mantendrá la denominación de “fenicios occidentales” para todos los habitantes de origen oriental del Occidente mediterráneo, puesto que

consideramos que no es lícito hablar de una etapa púnica para la Península Ibérica antes de la conquista de los Barca. Es más, compartimos la opinión de López Castro (2007:162) cuando afirma que los fenicios occidentales eran conscientes de su identidad diferenciada, y que ésta se mantendría incluso en época romana.

Hemos de puntualizar que, considerando que la base étnica de los colonos asentados en el territorio occidental, quizás sería más correcto referirnos a ellos como “orientales”, ya que no todos tendrían por qué proceder de una ciudad-Estado fenicia. No obstante, considerando que el impulso colonizador nace de las ciudades fenicias, en particular de Tiro, y que el número de los colonos procedentes de este entorno sería mayoritario, en particular entre las clases dirigentes de la sociedad colonial, creemos adecuado seguir calificando a los colonos como “fenicios”, por lo que en ocasiones ambos términos aparecerán como sinónimos.

Del mismo modo, a pesar de algunas opiniones que prefieren que el término “colonos” deje de utilizarse a partir de la primera generación asentada en el territorio occidental (Escacena 2011:164), continuaremos haciendo uso de él de manera intencionada, no sólo por un sentido práctico de la investigación, sino con plena conciencia de estar, de este modo, estableciendo una diferencia con las poblaciones no orientales, en consonancia con el análisis étnico y cultural que realizamos de ambas poblaciones.

En siguiente lugar, no consideramos adecuado entrar en el debate sobre si es legítimo considerar colonias a todos los centros de fundación fenicia. Somos conscientes de la contaminación que la colonización romana ha ejercido sobre este término, y que dejaría fuera de tal definición a los pequeños centros con funciones básicamente industriales o de comercio, por lo que señalamos que vamos a aplicar la definición de Stein (2002:30), que considera como colonia «el asentamiento establecido por una sociedad, ya sea en territorio deshabitado o en el territorio de otra sociedad (...), que es

distinguible tanto espacial como socialmente de las comunidades indígenas o de las gentes entre las cuales se establece». Se trata, en nuestra opinión, de una caracterización amplia que permite incluir bajo una misma denominación a todos los grupos humanos de procedencia foránea que se asientan de manera estable en los territorios occidentales durante la primera Edad del Hierro y que se ajusta perfectamente a la diversidad de los diferentes asentamientos fenicios.

Desde el principio, intentamos que nuestra investigación tuviese una vocación multifactorial. Si bien la economía no deja de ser un eje central, puesto que son los elementos relacionados con el comercio los primeros que suelen destacarse a la hora de analizar este período, todos los aspectos son tratados como fundamentales a la hora de reflejar el panorama histórico de este período de la manera más completa posible. Del mismo modo, aunque sean los colonos orientales el sujeto principal de nuestro estudio, no podemos olvidar que su relación con otros pueblos que también habitan las orillas del Mediterráneo es un motor fundamental de evolución y cambio.

En este sentido, la relación entre colonos y pobladores indígenas se fue convirtiendo en parte fundamental de nuestro trabajo. Si bien podemos compartir algunos presupuestos del Materialismo que hacen de la economía el motor de cambio de la sociedad, creemos que son las relaciones sociales, culturales y políticas de esa sociedad las que definen el resultado final de las transformaciones. Partiendo de esa creencia, el análisis de las relaciones establecidas entre los colonizadores fenicios y las sociedades con las que entran en contacto, destacándose particularmente las comunidades del Suroeste peninsular, compone el núcleo argumental de este trabajo.

Para ello, los modelos postcoloniales desarrollados en los últimos años han revelado su utilidad como instrumentos de análisis adecuados al estudio de las relaciones de contacto presentes en el mundo colonial. Su principal aportación fue la de convertir a los indígenas en agentes activos de las transformaciones que implica el proceso colonial, en respuesta a un

panorama investigador, aún deudor del difusionismo, que tendía a hacer de los colonizados receptores pasivos de influencias externas y ofrecía una imagen distorsionada e inmovilista del contexto social del fenómeno colonial.

Un punto fundamental de las teorías postcoloniales es el referido a la creación de nuevas identidades por parte de las sociedades en contacto, como herramienta para facilitar la coexistencia entre grupos en principio netamente diferenciados (Delgado y Ferrer 2007a:20). Es cierto que los cambios que las poblaciones indígenas experimentan a partir del contacto con los colonos siempre han resultado evidentes a ojos de los historiadores, si bien el modo en que son analizados ha evolucionado notablemente a lo largo del tiempo. Desde posiciones difusionistas, la llegada de un pueblo tecnológicamente más avanzado siempre resultará en la adopción, por parte de la comunidad receptora, de avances técnicos y elementos culturales propios de esa civilización superior. Bajo esta óptica, centrada en torno al concepto de aculturación, las comunidades indígenas aparecen como meros sujetos pasivos de la evolución histórica.

Posteriormente se reacciona frente a esa idea aludiendo a la resistencia que los colonizados pueden ejercer. Ya sea mediante la violencia explícita o, más comúnmente, mediante una resistencia pasiva a la aceptación de los modos impuestos por los colonos, estas teorías acuñaron un contexto de confrontación entre las comunidades en acción. Si bien el estudio de la resistencia indígena sigue siendo un tema de plena actualidad, lo cierto es que, en ocasiones, posiciones demasiado volcadas en el indigenismo tendieron a formar un panorama en que la aculturación pasa por la imposición, considerando que la reacción indígena siempre es tendente a la resistencia, algo que se ha demostrado que no siempre es así y que simplifica el proceso de aculturación. El análisis de los conflictos derivados del choque cultural pasa por evitar caer en el dualismo

colonizador-colonizado, y estudiar cada situación en su propio contexto local, donde pueden convivir fenómenos de resistencia y de aceptación.

Las teorías postcolonialistas subrayan que son ambas comunidades, colonizadores y colonizados, las que experimentarán alteraciones profundas en su representación identitaria. Por un lado, la lejanía con la metrópoli hace que, poco a poco, los colonos siguen una evolución cultural diferente, desarrollando formas propias adaptadas a la nueva identidad que se genera en el contexto colonial. Por otro lado, el contacto con los indígenas ejercerá cierta influencia en esa evolución. En definitiva, no sólo se combinan dos culturas siendo una la dominante, sino que la cultura dominante sufre desviaciones a raíz de las reproducciones coloniales de la cultura indígena, en un proceso que ha recibido el nombre de hibridación, por el cual nacen nuevas identidades para los grupos en contacto dentro de cada contexto colonial (Van Dommelen 1997:309-310), lo que implica la creación de nuevas formas transculturales (Ashcroft, Griffiths and Tiffin 1998:118).

Siguiendo esa línea de investigación, hemos procurado prestar particular atención a los problemas de identidad que surgen en torno a los actores del escenario colonial occidental. Conceptos como el mestizaje o la hibridación son tenidos en cuenta a la hora de analizar las relaciones entre las sociedades en contacto, pero, al mismo tiempo, se atiende a las continuidades que se observan en la identidad social de ambos grupos, ya que pueden jugar un importante papel ya sea en la dominación ejercida por un grupo o en la resistencia del otro (Stein 2005:17). Las bases identitarias de cada comunidad que permanecen inalterables y que marcan las diferencias étnicas y culturales entre ambos grupos son, en nuestra opinión, tan importantes como los cambios experimentados a raíz del contacto colonial.

A ello hay que sumar otras categorías sociales, tales como el género o el estatus, que permiten analizar casos concretos dentro del conjunto de la comunidad. En ese sentido, cada individuo crea diversas identidades para

autodefinirse y desenvolverse dentro de los valores y normas prevalentes en el grupo, de acuerdo con las diferentes categorías sociales en que se integra (Gkiasta 2010:86). Además, estas identidades varían cuando el contexto social, político o económico cambia, redefiniéndose para continuar cumpliendo su objetivo, esto es, subrayar la diferenciación con respecto a los “otros”, ya sean aquéllos que no pertenecen al mismo grupo social, los que profesan una religión distinta, o quiénes mantienen una identidad étnica o cultural distinta.

El propio concepto de colonización experimenta una revisión bajo la óptica postcolonial. El colonialismo europeo del siglo XIX había contaminado este término, dotando al estudio de las colonizaciones del pasado un presentismo que buscaba, en última instancia, una justificación de la situación política del momento. El modelo para ello fue el de la colonización romana, que fue identificada con la idea de civilización. Esta ideología, que hace de la colonización un deber histórico para las sociedades avanzadas, impregnó de asunciones implícitas el mundo académico (Dietler 2009:18). El propio hecho de que los textos literarios referidos al fenómeno colonial fenicio provengan de fuentes grecorromanas ha contribuido a que el punto de vista de los colonizadores fuera el único tenido en cuenta, contribuyendo a la idea de pasividad indígena. Por el contrario, en nuestro país, las circunstancias de la investigación habían favorecido cierta sobrevaloración del mundo indígena, dejando el estudio de las estructuras internas de las colonias en un segundo plano (Aubert 2006:96) y dotando a los estudios sobre la primera Edad del Hierro de un fuerte indigenismo matizado, en mayor o menor medida, por la influencia de las posturas difusionistas.

En un primer intento de superar estos condicionantes, durante las últimas décadas el paradigma investigador se ha apoyado con frecuencia en las teorías que hacen del fenómeno colonial parte fundamental de la formación de un sistema mundial, del que el Creciente Fértil sería el centro.

La visión de centro-periferia (Wallerstein 1974) convierte al Mediterráneo en la periferia de ese sistema globalizado fuertemente interconectado. Desde ese punto de vista, se puede ver el fenómeno orientalizante como el resultado de una intensificación de esa interdependencia, que hace que nuevas regiones se incorporen al sistema mundial de intercambio (Purcell 2006:28). Este tipo de teorías han desembocado en abundantes estudios sobre las relaciones económicas y de explotación que los fenicios ejercerían sobre los indígenas. No obstante, la identificación implícita de los colonizadores con la civilización hizo que la atención se centrara en los elementos económicos en lugar de en las relaciones sociales sobre las que se construía el sistema colonial. Además, parte de la base de que es el “centro” el que determina los procesos acaecidos en la periferia, en una visión dualista que hace a esta perspectiva reduccionista (Dietler 2005:58-59), al insertar todo el Mediterráneo en un proceso globalizador.

Afortunadamente, en los últimos tiempos se tiende a rechazar el determinismo suprarregional estructuralista que implicaba el modelo de sistema-mundo (Stein 2005:8), y las hipótesis de trabajo prestan más atención al papel de estas periferias y en los fenómenos de resistencia y conflicto que pudieron tener lugar, sobrepasando el estructuralismo económico del que adolecían en los primeros tiempos, si bien en ocasiones esta perspectiva puede llevar a una simplificación del fenómeno colonial, limitándolo a la mera confrontación entre colonos y colonizados.

Partiendo de esa revisión teórica, y junto con las tendencias postcoloniales, el propio concepto de colonialismo es definido bajo una nueva luz que atiende a las particularidades de unas sociedades en interacción que cada vez se revelan como más complejas. Se entiende como colonialismo los proyectos y prácticas de control creadas en las interacciones entre sociedades unidas por relaciones asimétricas de poder, y los procesos de transformación social y cultural resultantes de estas prácticas (Dietler 2009:22), frente a la colonización, que indicaría el acto de

imponer una dominación política sobre personas y territorios. En esa línea, se ha criticado la mayor atención que la investigación ha venido prestando a la colonización, es decir, a los movimientos de gentes y mercancías, frente al colonialismo, planteado éste como el modo en que las situaciones coloniales resultantes fueron mantenidas (Van Dommelen 1998:15). Así, la colonización es mantenida a través del colonialismo, pero el colonialismo puede también operar sin la subyugación política formal de territorios extranjeros que tradicionalmente implica el concepto de colonización. Sería en ese marco del colonialismo en el que se movería el fenómeno colonial fenicio, que crea una situación de dependencia y dominación sin presencia de elementos coercitivos.

Uno de los principales aportes que el Postcolonialismo hace a la Arqueología es la necesidad de centrarse en el contexto local del colonialismo, ya que es en ese contexto donde se definen las relaciones estructurales que permiten la integración en la red colonial suprarregional (Van Dommelen 1998:34). Es por ello que aspectos como la vida cotidiana, la organización interna y con respecto a otros de los enclaves o las categorías sociales son objeto de particular interés para este tipo de estudios.

Dentro de las tendencias investigadoras postprocesualistas, la cultura cobra nueva fuerza en su papel como agente histórico. Las sociedades en contacto dejan de ser elementos estáticos para pasar a convertirse en generadores de cambio. Por ello, el análisis de la dimensión antropológica de la cultura material se convierte en un punto de vista ineludible para el investigador, ya que se parte de la premisa de que los objetos son elementos culturales que pueden facilitar los contactos entre grupos o bien crear distancia entre ellos (Knapp y Van Dommelen 2010:6). Para la perspectiva postcolonial, la cultura puede ser un medio de dominación tan efectivo como la explotación económica o la represión militar (Van Dommelen 2005:113), pudiendo actuar en combinación con ellas. En ese sentido, trataremos de prestar particular atención al modo en que la evolución de las

sociedades oriental e indígena en el contexto colonial y las diferencias culturales entre ambas, enmarcadas en unas determinadas circunstancias económicas y políticas, pueden estar en la base del conflicto que en el siglo VI a.C. desembocará en el agotamiento de la red productiva fenicia occidental.

Partiendo de esta base metodológica, la estructura general del trabajo se compone de cinco grandes secciones que, a su vez, constan de diversos capítulos en los que se desgranar los aspectos fundamentales tratados:

- En el apartado II se efectúa una introducción general al funcionamiento del sistema colonial fenicio en el Mediterráneo. En primer lugar, se plantean las circunstancias que confluieron e hicieron posible la empresa colonial, así como los inicios del fenómeno colonizador en Occidente. A este respecto se ha procurado incluir los hallazgos arqueológicos que en los últimos años han llevado a considerar una mayor antigüedad para el inicio de la presencia fenicia en Occidente, que por lo reciente de su publicación aún no han sido incluidos en gran parte de los trabajos sobre este período. A continuación, se tratan los aspectos fundamentales del funcionamiento de la red comercial y productiva fenicia en Occidente, prestando particular atención a las rutas empleadas, a los aspectos organizativos de la red productiva y a los recursos económicos sobre los que se asentaba. En último lugar, se hace referencia a la situación de la colonización fenicia en el Mediterráneo central, en particular en la gran colonia de Cartago, y se analizan las relaciones económicas y culturales de estos centros con el Mediterráneo occidental.
- El apartado III se plantea como un estudio en detalle de la sociedad fenicia occidental. Se analizan aspectos tales como el diverso origen de los colonos asentados en Occidente y sus bases culturales. El punto de mayor interés lo supone el análisis de los aspectos

identitarios que caracterizarían a esta sociedad, y que servirían como referentes a la hora de identificarla con respecto a otros grupos. Hay que señalar, no obstante, que los estudios sobre identidades en el mundo antiguo son relativamente recientes y presentan limitaciones importantes, máxime en el caso de una sociedad como la colonial occidental, que apenas dejó escritura. A pesar de ello, creemos que su análisis resulta fundamental para afrontar diferentes puntos relativos a los cambios ocurridos en el siglo VI a.C.

- En el apartado IV se pasa a analizar al otro interlocutor del mundo colonial occidental, es decir, la sociedad indígena. Si bien nos centramos en las comunidades asentadas en el Suroeste y a lo largo del cauce del Guadalquivir, es decir, en lo que tradicionalmente se ha considerado el territorio tartésico, por la mayor intensidad de sus relaciones con el mundo colonial, también se ha tratado de prestar atención a las comunidades de otros lugares más alejados del epicentro de la colonización. A lo largo de este capítulo se expone la diversa naturaleza de las relaciones establecidas entre colonizadores y colonizados, así como las características y alcance de lo que se ha venido llamando fenómeno orientalizante, aplicando para ello una perspectiva postcolonial. En la parte final del capítulo se exponen los cambios que a partir del siglo VI a.C. llevarán a la desaparición de la sociedad tartésica, si bien algunos elementos serán analizados más a fondo en el siguiente capítulo en combinación con la crisis del mundo colonial.
- La sección V ya se centra de manera absoluta en el período en el cual se basa este trabajo. Partiendo de las premisas vistas en los capítulos anteriores, se efectúa un análisis crítico de las teorías que la investigación ha ido dando para los fenómenos de cambio que presiden las primeras décadas de este siglo en el mundo colonial. En segundo lugar, se procede al análisis en detalle de los cambios

acaecidos durante esta etapa y que han servido para componer el panorama de crisis acuñado por la investigación. Cada uno de los diversos aspectos estudiados es analizado en base a los hallazgos arqueológicos correspondientes, y se trata de arrojar nueva luz sobre ellos, aportando nuevas propuestas de interpretación. La presencia griega en la Península, considerada tradicionalmente como un factor más a tener en cuenta para explicar el decaimiento del comercio fenicio, es valorada en su dimensión real a partir de los diversos datos arqueológicos. También hay un lugar para analizar la situación del Mediterráneo central en este período, buscando dar un contexto más amplio a los cambios acaecidos en el mundo colonial occidental y aportar puntos de semejanza con la situación occidental. Finalmente, se esboza un breve repaso de la sociedad nacida de esta reorganización, en consonancia con las propuestas planteadas.

- Por último, en el apartado VI se presentan las conclusiones generales del trabajo, recogiendo las diversas propuestas planteadas a lo largo de todo el texto y uniéndolas para crear un panorama interpretativo que creemos que puede satisfacer, al menos en pequeña medida, algunas de las preguntas que plantea la situación histórica generada en el Occidente mediterráneo en el siglo VI a.C.
- Los apartados VII y VIII corresponden, respectivamente, a los datos bibliográficos de las obras citadas en el texto y a un anexo compuesto por las láminas a la que se remite en algunos puntos del trabajo.

En resumen, en el presente trabajo hemos pretendido reflejar el panorama que en el siglo VI a.C. supuso la reorganización de todo el sistema colonial fenicio en el Extremo Occidente desde el punto de vista de sus protagonistas principales, los habitantes del Sur de la Península Ibérica que, aunque pertenecientes a etnias y culturas distintas, se encontraban fuertemente interrelacionados dentro de un contexto histórico determinado,

forjado tras siglos de convivencia. Si bien estas relaciones no estuvieron exentas de fricciones y conflictos, lo cierto es que ambos pueblos, colonos e indígenas, componen el sustrato de la Iberia conocida por cartagineses y romanos.

II. LOS FENICIOS EN OCCIDENTE

Desde las primeras fundaciones occidentales, que pueden remontarse al menos al siglo IX a.C., los fenicios lograron construir un auténtico imperio comercial que abarcaba todo el Mediterráneo (Lám. 1). En el siglo VII a.C. este sistema, el de mayor ámbito conocido hasta entonces, alcanza sus más altas cotas de éxito, apoyado sobre el establecimiento de asentamientos estables integrados en una red económica internacional. En este apartado trataremos de analizar brevemente, pues cada uno de los temas tratados podría ser objeto de varios trabajos como éste, los orígenes, expansión y funcionamiento de la economía colonial fenicia.

Para entender el sistema que fundamentaba la aventura colonial fenicia, hay que aclarar en primer lugar cuáles eran los objetivos últimos de dicho colonialismo. Las fuentes antiguas siempre aluden al carácter eminentemente comercial de la colonización fenicia, así como a una búsqueda permanente de minerales valiosos por parte de los fenicios como detonante para la fundación de asentamientos cada vez más alejados de su tierra de origen, una idea que ha calado hondo en la investigación hasta tiempos muy recientes, creando la idea arquetípica de los fenicios como simples mercaderes y sus colonias como meros puertos de comercio.

En las últimas décadas, la investigación se ha esforzado en aportar nuevas hipótesis que maticen esa idea. En particular, la teoría de la colonización agraria desarrollada por Alvar y González Wagner (1988), que en su momento revolucionó el ámbito académico hispano, parte de la consideración de las colonias como centros cuyo objetivo fundamental era dar salida al exceso de población experimentado por las ciudades fenicias desde finales del siglo VIII a.C. La creciente presión asiria, combinada con la particular topografía del Levante, derivó en una imposibilidad de crecimiento para estas ciudades, confinadas en la mayor parte de los casos a su territorio urbano. Ello supuso que fueran incapaces de abastecer a una población en aumento que, por otra parte, no tenía posibilidades de acceder

a la propiedad de la tierra. Por ello, la fundación de colonias es entendida por estos autores como una vía de escape, dando salida a ese excedente poblacional y evitando de este modo el estallido de conflictos sociales derivados de esa tensión existente en el seno de la sociedad fenicia. Esto implicaba la afirmación de que la colonización fenicia no se limitaba al establecimiento de factorías con el único objetivo de servir a sus rutas comerciales, sino que existían auténticas colonias de poblamiento dirigidas al asentamiento permanente de población en otros territorios, un carácter que se reservaba en exclusiva para este período a las colonias griegas.

Uno de los puntos fundamentales de esta teoría es la relación existente entre los momentos de mayor presión por parte del Imperio asirio y la creación de nuevos asentamientos a lo largo de la cuenca del Guadalquivir. Estos enclaves, considerados tradicionalmente como centros indígenas orientalizantes, son analizados bajo una nueva perspectiva por Alvar y Wagner, quienes consideran que campesinos y artesanos de origen oriental se asentarían en estos poblados indígenas.

Esta teoría ha sido rechazada por otros autores, que consideran que no existen suficientes argumentos arqueológicos que la apoyen. En esa línea, Carrilero ha señalado que el abastecimiento de productos agrícolas se realizaría por medio de los indígenas, un tráfico del que sería testimonio la imitación de ánforas fenicias en estos poblados productores (Carrilero 1999:173-176). No obstante, los nuevos hallazgos arqueológicos, junto con la reinterpretación de conjuntos ya conocidos, ha llevado en los últimos años a la confirmación de una cierta presencia fenicia en el interior, acabando con viejas concepciones que limitaba el ámbito de actuación de los colonos sólo a sus establecimientos costeros. Matizando estas ideas, quizás podríamos considerar esta colonización agraria no como un objetivo primigenio de la expansión hacia Occidente, que en sus primeras etapas no dejaría de ser una empresa arriesgada y costosa, sino más bien como una consecuencia de una temprana colonización con un fuerte matiz comercial y

que buscaría, en primer lugar, productos que amortizaran los costes de una empresa semejante, presumiblemente metales, por los que obtendrían amplios beneficios en Oriente. Una vez establecidas y puestas en funcionamiento las primeras factorías comerciales de Occidente, estas nuevas tierras se irían convirtiendo en un destino cada vez más atractivo para aquellas personas que no tenían posibilidades de promoción social en la metrópolis o que habían perdido sus tierras a manos a causa de las guerras. Por un lado, su producción agraria serviría para abastecer las factorías y centros mineros gestionados por los fenicios y, por otro, generarían un excedente de materias primas que, convenientemente procesadas en los centros costeros, entrarían a formar parte del tráfico comercial de la red fenicia.

En todo caso, la investigación actual tiende a considerar una diversificación en las actividades de las colonias orientales, asumiendo que la gran importancia del comercio en la economía no impediría el aprovechamiento del resto de recursos a su alcance. Bajo esta perspectiva, el análisis de las estrategias de producción e intercambio fenicias en el ámbito colonial muestra un panorama mucho más rico y complejo, revelando toda una organización jerarquizada y dirigida a una máxima rentabilidad.

1. FENICIA A COMIENZOS DEL PRIMER MILENIO A.C.: EL GERMEN DE LA EXPANSIÓN.

En torno al siglo X a.C., las primeras naves procedentes de la costa fenicia arribaron en la Península Ibérica, allí donde los hombres de la época creían que se situaban los confines de la Tierra. Una empresa de tal envergadura, cuyos riesgos y costes serían inasumibles para la mayor parte de las sociedades orientales, sólo pudo ser llevada a cabo porque los fenicios habían ido asentando, durante el período anterior, las bases políticas, económicas y tecnológicas que podían hacerlo posible.

En las siguientes páginas trataremos de exponer el camino que las ciudades fenicias, y fundamentalmente Tiro, siguieron hasta formar un Imperio marítimo y una red comercial que abarcaba ambos extremos del Mediterráneo. Sin embargo, no hay que olvidar que las circunstancias que permitieron que la expansión hacia Occidente fuera una realidad se asentaban sobre un desarrollo de la tecnología naval que convirtió a los buques fenicios en los más efectivos de su época. Por ello, también dedicaremos un espacio al análisis de las naves fenicias, como medios materiales de la colonización mediterránea.

A) El contexto sociopolítico.

A comienzos del primer milenio antes de nuestra era, Fenicia no existía como unidad política, sino que se componía de una serie de ciudades-Estado, habitadas por gentes que se denominaban a sí mismos “cananeos”. Un par de siglos antes, los Pueblos del Mar habían acabado con el comercio micénico, protagonista de la primera *koiné* mediterránea de la Edad del Bronce, y las ciudades fenicias se fueron haciendo un hueco en el escenario económico internacional.

Estas ciudades comienzan a manifestar su individualidad cultural a partir aproximadamente del 1200 a.C., una vez que el dominio egipcio sobre la zona se derrumba con la llegada de los Pueblos del Mar (Belmonte 2007:24). A pesar de la independencia política que unas ciudades mantenían con respecto a otras, serán los griegos quienes identifiquen a sus habitantes como una misma etnia, dándoles el nombre por el que les conocemos hoy. El vocablo tiene su origen en la palabra griega *phoinix*, “rojo”, en clara alusión a las telas tintadas de púrpura que suponían una de las bases fundamentales de su comercio. Es este rasgo de comerciantes, juntos con otros factores culturales, el que mueve a los autores griegos a identificar a los pobladores de las diferentes ciudades-Estado fenicias como un solo pueblo.

Las ciudades fenicias no disponían de un gran territorio del que obtener recursos naturales, lo que las obligaba a buscar sus materias primas fuera. Esto se debía tanto a las características geográficas del Líbano, como a la presión constante que el Imperio asirio ejercía sobre las ciudades fenicias, normalmente sometidas al pago de tributos. En ocasiones, esta presión se traducían en campañas de castigo como las llevadas a cabo por Tiglatpileser III o Asarhadón, que incluirían el arrasamiento de la ciudad de Sidón.

En un territorio limitado, malo para la agricultura y con escasez de recursos naturales, el mar se convirtió en la salida evidente para estas ciudades. Su carácter de comerciantes, consagrado por los textos de diversas culturas de la época, debió por estas razones forjarse en una etapa temprana.

Durante el Bronce, la actividad comercial fenicia debió centrarse en el Levante mediterráneo, donde estas ciudades se crearon un papel como intermediaria entre los imperios del Próximo Oriente y el Egipto de los faraones. Su carácter mediador les reportaría cierta paz en un contexto geográfico e histórico en que las grandes potencias mesopotámicas forjaban su superioridad a través del expansionismo territorial. En ese sentido, se ha

señalado que Egipto ofrecería su apoyo a las ciudades fenicias con el fin de impedir que Asiria se apoderara de su potencial económico (Alvar 1991a:21). No hay que olvidar que las ciudades fenicias habían formado parte de la provincia egipcia de Palestina durante la Dinastía XVIII, en el siglo XIII a.C. (Aubet 2009a:35), y que sus lazos culturales y económicos con el Imperio egipcio aún eran fuertes.

En esos años, son varias las ciudades fenicias que aparecen reseñadas como importantes focos comerciales, destacando Biblos y Sidón, a las que se suma en el valle del Orontes, ya fuera de la costa fenicia, Ugarit, la antigua Ras Shamra. La primera parece haber logrado cierta prosperidad a partir del mercadeo de la madera de cedro, a la que tenía acceso. Son comunes las referencias a Biblos en los textos egipcios cuando aluden a madera de gran calidad, lo que indica que esta ciudad tenía el dominio sobre un hinterland boscoso de ciertas dimensiones. Otros centros, como Arvad y Atlit, también presentarían una importante actividad comercial localizada en sus puertos.

De todas formas, tanto por lo que parece reflejar la correspondencia diplomática del Bronce Final, como por la abundancia de importaciones reveladas por la arqueología, parece que Sidón ocupa sin duda alguna el papel preeminente entre todas las ciudades fenicias (Aubet 2009a:42-43). Con un puerto exterior y uno interior, era capaz de albergar su propia flota y parte de la de Biblos, según refleja el relato de Unamón (Romero 1998:112). En esas fechas Tiro aparece como una potencia mercantil de menor nivel, al menos en comparación con Sidón. No obstante, a finales del primer milenio antes de nuestra era y tras el parón comercial que sucedió a la caída de Micenas, parece que la rivalidad por convertirse en la más poderosa de las ciudades fenicias se reparte entre Sidón y Tiro.

Tras la caída del mundo micénico con la intervención de los Pueblos del Mar, parte de la antigua red de intercambios que durante el Bronce había surcado el Mediterráneo desaparece, ya que Micenas era el principal

intermediario que conectaba el Mediterráneo oriental con el resto del mundo. Esa depresión del comercio se aprecia también en el territorio fenicio, donde las importaciones se interrumpen y cesan los contactos con Chipre y el Egeo (Aubet 2009a:37). Algunos centros cananeos parecen especialmente afectados, como Ugarit, que es abandonada en torno al 1190 a.C. En esas nuevas circunstancias, parece que serán Sidón y sobre todo Tiro las ciudades fenicias mejor situadas para aprovechar las nuevas oportunidades comerciales dejadas por Micenas.

Ya desde mediados del siglo XI a.C. Tiro iniciará una expansión territorial agresiva hacia la región de Akko y Monte Carmelo, en el Sur, ocupando lugares como Achziv y Tell Abu Hawam (González Wagner 2008:14). Este crecimiento le permitió ampliar su espacio costero, y tener así un mayor control sobre las rutas comerciales, y también poseer más tierras fértiles, lo que le proporcionaría un cierto crecimiento económico con base en la agricultura. Aunque este territorio se verá mermado en los siglos venideros, fundamentalmente a raíz de las intervenciones asirias, en este período proporciona a Tiro la base económica necesaria para afrontar empresas comerciales cada vez más ambiciosas. A mediados del siglo IX a.C., la disputa entre Sidón y Tiro quedó definitivamente resuelta a favor de esta última, quedando Sidón bajo su dominio durante más de un siglo (Belmonte 2007:30) a partir del reinado de Ithobaal I.

Coincidiendo con esas fechas, la arqueología ha revelado la existencia en Tiro de un sector industrial especializado en la fabricación de objetos de lujo, al tiempo que se advierte una importante presencia de importaciones chipriotas, egipcias y griegas (Aubet 2000a:80). La existencia de una activa industria basada en la fabricación de bienes de fácil transporte y alto valor sugiere que se trata de una producción destinada al comercio internacional, acorde con la presencia de objetos foráneos que demuestran que, para mediados del siglo XI a.C., el comercio tiroio es ya muy activo. Prueba de ello es la existencia de dos puertos en la ciudad, uno situado al

Norte, llamado “sidonio” y atribuido a Hiram I, y otro al Sur, el “egipcio”, construido por Ithobaal I en el siglo IX a.C. (Romero 1998:109).

La frecuentación de la ruta hacia Chipre se convirtió en una parte muy importante de la red de intercambio que Tiro comienza a poner en marcha, posiblemente debido a la riqueza en cobre de la isla. Ya en el siglo IX a.C. la presencia de objetos fenicios en la isla es muy abundante, coincidiendo con la fundación de Kition, si bien interpretaciones más recientes adelantan la llegada de los primeros colonos fenicios hasta el siglo XI a.C. (Bikai 1989:204). La importancia comercial de Tiro dentro de su ámbito geográfico queda plasmada a través de los acuerdos que en el siglo X a.C. mantienen el rey Hiram I de Tiro y Salomón de Israel con el objetivo de explotar las riquezas de Tarsis. Independientemente de si, con este nombre, se estaban refiriendo a la Tartessos occidental, lo cierto es que estas empresas marítimas conjuntas ya nos hablan de proyectos comerciales muy ambiciosos que implican navegaciones a lugares lejanos.

Otro dato de interés que podemos extraer de las noticias sobre las expediciones de Hiram es que parece que es el Estado el encargado de promover las empresas comerciales, y posiblemente el único capaz de afrontar los gastos y riesgos que conlleva una expedición de tales características. Parece difícil que la iniciativa privada pudiera afrontar una empresa tan arriesgada, al menos para fechas tan antiguas. Como veremos más adelante, la realeza tiria no sólo es quien pone en marcha los proyectos, sino además quien ofrece garantías de seguridad a los comerciantes y legitima los intercambios. En el relato del egipcio Unamón, de mediados del siglo XI a.C., se puede observar cómo es el monarca el que controla todas las operaciones llevadas a cabo en el puerto y la autoridad a la que el egipcio debe reclamar cuando surgen problemas.

El templo, el representante del palacio fuera de la metrópolis, será quien garantice esta autoridad real en las colonias. En este sentido, podemos decir que la fortaleza que la monarquía tiria adquiere en este período,

ejemplificada en la figura de Hiram I, será una causa más que propicie las exploraciones mediterráneas, al ser capaz de extender su autoridad hacia los nuevos territorios a través de sus representantes.

Existiría, además, toda una clase aristocrática, vinculada con la monarquía, que detentaría importantes puestos administrativos y religiosos, como parece deducirse del más tardío tratado entre Asarhaddon e Ithobaal de Tiro y de los textos bíblicos en que se nombra a unos “príncipes mercaderes” (López Castro 2006:75). Estos personajes, con el apoyo del palacio tirio, tendrían la capacidad de liderar las expediciones comerciales y, en última instancia, serían los responsables de organizar el proceso colonial en los lugares de destino, incluyendo tanto la dimensión política de cada enclave como la puesta en marcha del sistema productivo y mercantil, así como de establecer nuevos centros cuando se considerase necesario.

Se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que comerciantes privados formaran parte de la iniciativa colonial, ya que a partir del siglo IX a.C. comienzan a aparecer más documentos en los que se observa la participación de elementos externos a la estructura palacial (Alvar 1998:55), estructurados al modo de compañías. No obstante, estos empresarios comerciales seguían contando con la protección del palacio, o bien de los templos que representan su autoridad en otros territorios, por lo que, en nuestra opinión, es más que probable que se encontraran vinculados a la monarquía de una u otra forma. En definitiva, hablaríamos de aristócratas relacionados con las altas esferas del poder ciudadano, que utilizarían, y a la vez mantendrían, su posición mediante la posesión de medios de comunicación marítima y la participación en empresas comerciales, siempre bajo la protección del Estado tirio al que se encuentran vinculados por lazos políticos, sociales y, en algunos casos, incluso familiares.

B) La tecnología naval fenicia.

Pasando a los aspectos técnicos, podemos considerar que, para esa etapa, la navegación fenicia se había desarrollado lo suficiente como para ser capaz de navegar a larga distancia. No debemos olvidar que, para Plinio (*Hist. Nat.* VII, 57), los fenicios fueron los inventores de la navegación. Aunque esta afirmación resulte algo exagerada, sin duda eran excelentes navegantes reconocidos por otros pueblos, como el propio Homero dejó reflejado en sus obras, y esa pericia fue la que les convirtió en el mayor pueblo comerciante de la Antigüedad. Pero, al mismo tiempo, las propias necesidades generadas por una red comercial cada vez más amplia motivaron una preocupación por mejorar su tecnología naviera. Una mayor capacidad naval significaba llegar a focos comerciales que otras potencias no podían alcanzar, es decir, tener acceso a fuentes de recursos no explotados por otros pueblos.

Desde la segunda mitad del segundo milenio antes de nuestra era, la flota cananea poseía la potencia naval necesaria como para emprender viajes comerciales de largo recorrido. Testimonio de esta eclosión es el pecio de Ulu Burum que, junto con el de Gelidonya, ambos de los siglos XIV-XIII a.C. y hallados en las costas del Sur de Asia Menor, posiblemente suponen la fuente de información más importante para el estudio de la tecnología naval de esta época por su estado de conservación. Posiblemente su hundimiento se produjo al regresar de una expedición comercial, ya que su cargamento se componía mayoritariamente de lingotes de cobre con forma de piel de toro, el tipo habitual en el Egeo, así como cerámicas chipriotas de lujo, joyas, escarabeos egipcios, ámbar y armas, objetos todos ellos de diferentes procedencias y a los que se unen algunas ánforas cananeas de transporte (Guerrero Ayuso 1998:72), que contendrían productos para el intercambio e incluso para la alimentación de la tripulación. La diversidad de productos presentes en el cargamento nos da una idea del tipo de

comercio realizado, recorriendo abundancia de puertos para adquirir e intercambiar productos de gran valor y pequeño tamaño.

Las poderosas naves mercantes cananeas, los *gauloi*, fueron admiradas en todo el Mediterráneo antiguo. Se ha propuesto para ellas una eslora en torno a 25 metros y un desplazamiento de unas 150 toneladas (Díes Cusí 1994:317). Precisamente esa gran capacidad de carga, superior a las 100 toneladas, es lo que las hacía perfectas para esos largos viajes de un punto a otro del Mediterráneo recogiendo diferentes productos. El pecio de Ulu Burum contaba con al menos siete anclas de piedra, lo que da una idea de las dimensiones y el peso que podían llegar a alcanzar estos barcos cuando estaban cargados. La mejor representación de este tipo de buques posiblemente sea el relieve presente en la tumba de Kenamon en Tebas, del siglo XIV a.C., donde se nos muestra la secuencia de la llegada de unos barcos mercantes de Ugarit y el cobro de tributo por parte de las autoridades portuarias. Es posible que en estos largos viajes naves de guerra, mucho más ligeras, acompañaran a estos pesados barcos mercantes para garantizar su seguridad (Alvar 1981:59), como parte de esa protección que los monarcas fenicios otorgaban a sus comerciantes.

Tras el colapso que supone la llegada de los Pueblos del Mar y el ascenso de Tiro y Sidón como nuevas potencias comerciales, estas ciudades fenicias continuarán utilizando los mismos tipos de navíos que habían caracterizado a la marina cananea en la etapa precedente. Una de las terracotas aparecidas en Amatunte, en Chipre, representa con bastante detalle un *gaulos* de esta época, con el añadido de una innovación de origen fenicio: la presencia de un tajamar en la proa (Guerrero Ayuso 1998:74), que permitiría una mayor navegabilidad y alcanzar mayores velocidades.

No obstante, estas grandes naves cargueras, si bien resultan perfectas para la realización de rutas comerciales estables, resultaban también difíciles de controlar y parecen menos adecuadas para los viajes exploratorios y de sondeo que, sin duda, debieron preceder al establecimiento de circuitos

comerciales fijos. Para este tipo de empresas se disponía de otro tipo de embarcación, mucho más ligera y de menor calado, los *hippoi*, llamados así por los griegos a causa de la talla de un caballo que presentaban en su proa. Con una eslora de entre ocho y doce metros, permite la navegación en condiciones más difíciles, ya que puede ser desplazada por remo en ausencia de viento, y también resulta más adecuada para trayectos cortos en que no haya que desplazar mucha carga. El hondo calado de los *gauloi*, con su cuerpo panzudo, y su gran tamaño haría a este tipo de naves inadecuado para una navegación de cabotaje y exploratoria, lo que retrasaría su aparición en Occidente hasta la existencia de una red de puertos acondicionados (Guerrero Ayuso 1998:70), siendo los *hippoi* los protagonistas de los primeros viajes hacia el Occidente mediterráneo. Este tipo de nave también sería más adecuada para los desplazamientos entre lugares cercanos, como podría ser el caso de los diversos puertos del círculo gaditano, ya que incluso podrían remontar los ríos. Eso parecen indicar los pecios de Mazarrón y Bajo de la Campana, cuyas dimensiones les harían entrar en esta categoría, y el exvoto de un barco (Lám. 2) con prótomo de cabeza de caballo y espacios para los remos encontrado en El Carambolo (Escacena, Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007:11).

Los dos pecios fenicios hundidos a 33 millas de las costas de Ascalón a finales del siglo VIII a.C. muestran características mixtas entre ambos tipos de barco. Con una eslora de 14-15 metros y una capacidad de carga de 25 toneladas, presenta la popa y la proa a la misma altura, al estilo de los *gauloi* (Stager 2003:235). En el momento del hundimiento ambos barcos se dirigían hacia el Oeste con un cargamento de vino y telas teñidas de púrpura, productos de lujo que tal vez tuvieran como destino Cartago o las colonias occidentales. Estos pecios suponen el testimonio de un momento en que las rutas marítimas ya se habían establecido de manera estable, permitiendo el traslado de cargamentos mayores, si bien el tamaño más reducido con respecto a los grandes *gauloi* ugaríticos parece indicar que los fenicios adaptaron el modelo de barco carguero para obtener una mayor

maniobrabilidad en los viajes mediterráneos a larga distancia, en los que podrían surgir imprevistos difíciles de solventar por naves de mayor tamaño.

A pesar de todos los avances técnicos que pudieran tener, hay que tener en cuenta que el viaje de una nave que saliera desde Fenicia con destino al Mediterráneo occidental sería largo y costoso, y aprovecharía la estación más benévola, que Hesíodo (*Los trabajos y los días*, 664) sitúa entre junio y septiembre, aunque este plazo podría ser ampliable dependiendo del clima. Por ello, se plantearía como una empresa comercial en la que se adquirirían y se venderían productos en cada uno de los puertos que actuaban como etapas de este periplo, lo que hacía que el viaje fuera más rentable. Podríamos ver aquí el germen de los círculos comerciales en que posteriormente se estructurará el comercio fenicio transmediterráneo.

Estos puertos, de fundación fenicia, se extendían a lo largo de todo el Mediterráneo, y su localización obedecía en gran parte a las necesidades de una navegación de cabotaje que precisaba de escalas nocturnas. Este modelo, desarrollado primeramente por Cintas, fue muy utilizado por los historiadores para dotar de significado a aquellos asentamientos que no parecían tener entidad suficiente para ser considerados colonia. No obstante, la posibilidad de resguardarse en un fondeadero adecuado durante la noche no siempre sería posible, al existir costas más abruptas, y, dependiendo de las circunstancias de la mar, podría ser una operación peligrosa.

Hoy día se considera que la navegación fenicia no se limitaba al cabotaje, sino que también se practicaría en altura. La situación de estas escalas en el Mediterráneo, en ocasiones bastante separadas entre sí, sugiere la existencia de etapas que debían incluir navegación nocturna y en mar abierto. Es el caso del trayecto Sicilia-Cerdeña-Ibiza, pues era imposible ir de uno de estos puertos a otro en tan sólo una jornada de navegación.

Las características de las costas del Mediterráneo, con sierras altas bordeando muchos de sus litorales, lograrían que fuera posible avistar tierra

en gran parte del recorrido si el clima es benigno, lo que permite mantener la orientación incluso en mar abierto (Schüle 1969), si bien más recientemente Díes Cusí (1994) se muestra contrario a esta teoría y prefiere resaltar el papel de las islas como elemento orientativo en la navegación de altura, presumiendo la existencia de cartas de navegación.

Por otro lado, la navegación nocturna no supondría mayor problema, máxime si tenemos en cuenta que a a los fenicios se les atribuye el descubrimiento de la Estrella Polar¹ como punto de orientación, si bien lo más común debía ser pasar la noche en tierra si se avistaba puerto y aprovechar así para comerciar. En algunas representaciones gráficas de estos barcos se puede apreciar un ánfora amarrada sobre la proa, que funcionaría como una lámpara de aceite que serviría tanto para iluminar la cubierta como para indicar la posición del buque durante la noche (Díes Cusí 1994:319). Si nos remitimos a los textos, ya Homero (*Odisea* XV, 416) informa de que los fenicios eran capaces de navegar varios días seguidos sin necesidad de hacer escala por la noche. Considerando esto, los enclaves con los que los fenicios fueron jalando la ruta hacia Occidente, en la mayor parte de los casos no sólo servían como simples escalas en el viaje, sino como centros de comercio plenamente activos.

Los barcos serían contruidos con madera de cedro, de buena calidad y abundante en el Líbano, como queda reflejado en el relato de Unamón, recubiertas las láminas con pez, algo en lo que parece que los fenicios fueron pioneros, si atendemos a Homero. El gobierno del barco se efectuaría mediante dos largos remos de gruesas palas (Lám. 3) situados en la popa del barco (Díes Cusí 1994:319), al modo de las embarcaciones egipcias, o bien con un timón de espaldilla en la aleta de estribor (Guerrero Ayuso 1998:64,78), más práctico para la navegación a larga distancia.

En las representaciones de naves fenicias, siempre realizadas por otros pueblos, como los asirios, aparecen representadas con velas cuadradas,

¹ Esta estrella era llamada *Phoeniké* por los griegos.

por lo que sabemos que los fenicios aprovecharían los vientos en sus travesías. No obstante, la vela cuadrada no puede hacer frente a los vientos adversos y navegar de barlovento como la latina, por lo que el uso de remos también sería necesario, con embarcaciones que podrían funcionar como birremes cuando el régimen de vientos era adverso (Alvar 1981:70). El uso de remos, que incluso podría complementarse con un mínimo aprovechamiento del viento navegando en diagonal con las velas semirrecogidas, permitiría mantener el ritmo incluso en condiciones adversas.

En el área de Gibraltar domina el viento de Levante, que en ocasiones puede llegar a ser tan fuerte que incluso hoy día impide el paso del Estrecho (Díes Cusí 1994:315). El viento de Poniente en esta zona es poco habitual, y en épocas antiguas dificultaría el retorno de las naves desde Cádiz. Se ha propuesto que una forma de acceder a la Andalucía occidental sería cruzar al Norte de África antes de llegar al Estrecho, y seguir las corrientes Este-Oeste que se producen en las pleamares para alcanzar la costa occidental africana y desde ahí navegar hacia Poniente por mar abierto, de tal modo que sería posible aprovechar los vientos favorables del Suroeste para navegar hacia el Norte en dirección a la Península Ibérica (Fernández Jurado 2005:740).

Del mismo modo, los fenicios también se aprovecharían de las corrientes marinas generadas en el Mediterráneo para diseñar sus rutas. Se ha planteado que la ruta idónea desde Fenicia hasta el Extremo Occidente se haría por el Norte, la llamada «ruta de las islas», siguiendo los puertos de las islas mediterráneas y pudiendo prescindir de la navegación de cabotaje. El viaje tendría sus etapas principales en Chipre, Creta y Sicilia, desde donde podría seguirse curso hacia Cartago, o bien continuar por las Baleares hasta alcanzar la Península Ibérica (Lám. 4). Desde el Norte de África, el mejor punto para pasar hacia o desde Sicilia es el cabo Bon, donde desde época muy antigua se sitúa la colonia tiria de Útica. Posiblemente esta provechosa

situación geográfica sería también una de las causas de la posterior instalación de Cartago en la misma zona.

Sin embargo, el regreso a Fenicia sería más sencillo siguiendo la costa norte de África, aprovechando las corrientes cercanas a tierra generadas por la aportación de agua de diferente temperatura del Atlántico al Mediterráneo por medio del Estrecho, lo que origina una corriente con dirección Oeste-Este (Aubet 2009a:206). Destaca en particular la fuerza de la corriente que había entre la Cirenaica y Egipto. Cada uno de estos itinerarios abarcaría entre 4.000 y 5.000 kilómetros, es decir, que el viaje de ida y vuelta entre Tiro y el Occidente sumaría un total de unos 9.000 kilómetros (Alvar 1981:83), y eso en el caso de seguir perfectamente estas rutas en que las condiciones serían más favorables. Un desvío debido a un temporal o al desconocimiento del camino a seguir podría alargar mucho más el viaje. Por ello, el establecimiento de estas rutas definidas requeriría un buen conocimiento de las costas a navegar, algo que sólo podría conseguirse mediante viajes exploratorios, dirigidos a buscar el mejor recorrido hacia un determinado lugar, y las noticias de los marinos que ya habían navegado esas aguas previamente.

En base a estos datos, Jaime Alvar ha calculado que el viaje entre Tiro y Gadir llevaría unos cien días², aproximadamente la duración del verano. Por ello, los barcos fenicios se verían imposibilitados para volver a su tierra en un mismo año, de ahí que se comerciara también con los puertos que iban jalonando el Mediterráneo. Alvar (1981:84-85) propone que el viaje podría tener una duración de tres años: el primer verano se llegaría hasta el Mediterráneo central (Alvar considera que la estación navegable duraría tan sólo 90 días, por lo que no sería posible llegar a Gadir en una misma estación), donde los comerciantes harían negocios durante un año; el siguiente verano se llegaría hasta la Península Ibérica, pudiendo hibernar allí

² Para Gasull (1986), que utiliza los datos dados por autores clásicos y medievales para diferentes periplos, sólo serían necesarios sesenta días.

o volver al Mediterráneo Central; por último, el tercer verano los mercaderes regresarían a Fenicia. Este espacio de tres años sería precisamente el que, según los textos bíblicos, emplearían las “naves de Tarsis” que, bajo los auspicios de Salomón de Israel e Hiram I de Tiro, traerían exóticas riquezas de las lejanas tierras de Tarsis (I Reyes 10, 21-22), una coincidencia temporal que apoyaría la identificación de la Tarsis bíblica con Tartessos.

No obstante, y como veremos más adelante, este autor (Alvar 1981:89) también sugiere que, con la afirmación de los centros coloniales, este periplo no sería necesario, sino que se crearían diferentes círculos comerciales en torno a los centros más importantes, en los que operarían los barcos mercantes. Los productos viajarían de un extremo a otro del Mediterráneo pasando por estos círculos, no en la bodega de un mismo barco, lo que agilizaría el comercio. Los agentes comerciales fenicios presentes en cada uno de estos puertos facilitarían los intercambios, ya que gracias a ellos en los almacenes siempre estarían disponibles los productos buscados por los mercaderes.

En definitiva, en torno al cambio de milenio, las ciudades-Estado fenicias, y en particular Tiro, no sólo reunían las condiciones económicas y políticas, sino también técnicas, necesarias para afrontar una empresa de tal envergadura como fue la expansión comercial y colonial hacia el Occidente mediterráneo.

2. LA EXPANSIÓN HACIA OCCIDENTE.

Si nos remitimos a las fuentes clásicas, la expansión fenicia hacia Occidente se remontaría a los últimos años del siglo XII a.C., con la fundación de la colonia de Gadir, seguida inmediatamente por la de Lixus en la orilla opuesta del Estrecho de Gibraltar, lo que convertiría a estas colonias no sólo en las más antiguas de Occidente, sino de todo el Mediterráneo.

El gran problema es que, hasta la fecha, la Arqueología no ha sido capaz de encontrar materiales tan antiguos en los yacimientos fenicios occidentales, sobre todo en Cádiz, donde la continuidad de poblamiento complica enormemente las tareas arqueológicas, como para respaldar estas informaciones. De hecho, estas cronologías tan altas situarían la fundación de las colonias occidentales en un momento anterior al establecimiento de Kitión³ en Chipre, es decir, convirtiendo la expansión colonial fenicia en un fenómeno que comenzaría por el Extremo Occidente, en lugar de constituir un avance progresivo desde Oriente. Es por ello que la fecha de la llegada de los fenicios al Mediterráneo occidental sigue aún hoy a debate.

Actualmente, la mayor parte de los investigadores ya no aceptan la fecha dada por los historiadores grecorromanos, quienes, siguiendo los datos de Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I,2,3-4), sitúan la fundación de Gadir 80 años después del fin de la guerra de Troya, esto es, en el 1104-1103 antes de nuestra era. Estrabón sigue también esta fecha, al escribir que Gadir fue fundada poco después de dicha guerra. Sin embargo, la Arqueología ha rebajado esta fecha hasta el siglo VIII a.C., y se considera que los historiadores clásicos buscaron relacionar la fundación de Gadir con la

³ Tradicionalmente se sitúa la fundación de esta ciudad a mediados del siglo IX a.C., marcando el inicio de la colonización fenicia de Chipre. No obstante, esta fecha también ha tendido a adelantarse en los últimos tiempos, situándose su origen en el siglo XII (González Wagner 2008:17).

guerra de Troya en un intento de ennoblecer los orígenes de la ciudad y reforzar su vinculación con Heracles-Melkart, dios protector de la ciudad.

Sin embargo, periódicamente nuevos hallazgos suscitan el debate entre los investigadores, al presentar elementos más antiguos que podrían acercar el origen de la colonización a estas fechas. Se han llegado a proponer dataciones en torno al siglo X a.C. para algunos objetos hallados en la zona de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2006), pero lo cierto es que estas propuestas no están exentas de polémica, aunque poco a poco cada vez más investigadores se muestran abiertos a una mayor antigüedad de las fechas. La realización de dataciones por C-14 en los últimos años, lejos de solucionar el problema, crea nuevas discusiones, al arrojar fechas que no coinciden con las obtenidas a partir de la asociación de niveles fenicios a las cerámicas griegas, cuya cronología parece más clara. Es el caso de Morro de Mezquitilla, en Málaga, cuya cerámica se dató en los comienzos del siglo VIII a.C., y para el que el C-14 señala fechas al menos un siglo más antiguas (Maass-Lindemann 1994).

Este problema fue abordado en un artículo por Torres (1998), quien trata de hallar un punto de encuentro entre las diferentes cronologías, teniendo en cuenta los grandes intervalos temporales que ofrece el C-14, ayudándose de la dendrocronología, y proponiendo finalmente una fecha en torno al último cuarto del siglo IX a.C. para la primera presencia fenicia en la Península Ibérica.

Si bien los nuevos hallazgos tienden a retrasar cada vez más las fechas, los materiales fenicios más antiguos serían los hallados en la Plaza de las Monjas y en la calle Méndez Núñez de Huelva, asentamiento indígena previo en el que se afincarán colonos orientales. En dichas excavaciones aparecieron numerosos fragmentos de cerámica, en su mayoría indígenas, pero con gran presencia también de fragmentos fenicios y, en menor medida, griegos e itálicos. Basándose en el parecido tipológico de las cerámicas fenicias aparecidas en Huelva con las de Tiro (lógico si

consideramos el papel preeminente de Tiro en la expansión hacia Occidente), y siguiendo las dataciones de Bikai y Nitsche para las cerámicas de la ciudad oriental, los arqueólogos consideraron que el primer estrato con presencia fenicia comenzaría a formarse hacia el año 900 a.C., sin descartar las últimas décadas del siglo X a.C. (González de Canales, Serrano y Llompart 2008:633-635). En apoyo de estos contactos tan tempranos entre Huelva y Fenicia, se ha señalado la presencia de fíbulas de codo del mismo tipo en Huelva y en Achziv desde la segunda mitad del siglo X a.C. (Nijboer 2008:372) como prueba de la existencia de intercambios frecuentes ya en estas fechas.

De hecho, como centro de nueva creación, hasta época muy reciente se consideraba que los materiales más antiguos eran los de Morro de Mezquitilla, lo que situaría a Gadir en un momento más avanzado de la colonización. En ese sentido, se ha especulado con que el conocido texto de Estrabón (III 5, 5) sobre la fundación de Gadir tendría precisamente la intención de remarcar, ya en época romana, su mayor antigüedad frente a Onoba y Sexi, lo que indicaría que estas ciudades le disputaban a Cádiz su papel como colonia más antigua de Occidente (Presedo 1981:30 y ss.).

No obstante, materiales más recientes, como los restos cerámicos encontrados en un pozo de la Calle Ancha de Cádiz, en una excavación de urgencia dirigida por Francisco Sibón, arrojan fechas de comienzos del siglo IX a. C. (*Diario de Cádiz*, 30 de Marzo de 2004). El solar del Cómic, excavado por José María Gener y Juan Miguel Pajuelo, ha ofrecido restos de tapial y cerámicas de al menos finales del siglo VIII a.C. (*Diario de Cádiz*, 3 de Octubre de 2004). A falta de análisis más completos, lo cierto es que parece que el solar de la antigua Cádiz ofrece fechas cada vez más antiguas, si bien no tanto como apuntan los textos clásicos. De todas formas, y como decimos, este material cerámico situaría de nuevo a Cádiz en la vanguardia de la colonización occidental.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la propuesta que sitúa en el Castillo de Doña Blanca, con fechas de las primeras décadas del siglo VIII a.C., como solar del centro urbano de Gadir (Ruiz Mata 1999), mientras que en las islas se situarían los edificios religiosos. De hecho, el propio aspecto de Doña Blanca, que desde mediados del siglo VIII a.C. cuenta con una recia muralla defensiva, encaja mejor con el propio topónimo de Gadir, con su significado de “ciudad amurallada”. La propuesta de una ciudad polinuclear que ocuparía diversos puntos de la bahía con diferentes funciones, que ha sido muy bien recibida, encaja perfectamente con el plural (*Gadeira*) que los griegos usaban para referirse a Cádiz.

En esta línea, González Wagner (2000) ha llegado a hablar de un enclave anterior a la fundación, quizás el que luego será el núcleo principal de la ciudad con el templo, instalado en una de las islas que forman el archipiélago de Cádiz. De este modo, a la fundación de Cádiz habría precedido una primera instalación, centralizada en el templo de Melkart, el cual actuaría a modo de representante del Estado tirio y habría sido el encargado de organizar la llegada de los colonos y su asentamiento, una emigración motivada por la escasez de tierras cultivables en el territorio fenicio. Este primer asentamiento, por tanto, no tendría el carácter residencial e industrial que posteriormente tendrá el Castillo de Doña Blanca, sino que su carácter sería fundamentalmente político.

Esta revisión de las fechas dadas para los primeros establecimientos fenicios en la Península Ibérica no se limitan sólo al Suroeste. La recientísima excavación de urgencia llevada a cabo en el aeropuerto de Málaga ha revelado la existencia de un asentamiento hasta ahora desconocido: se trata de La Rebanadilla, que tras una primera fase de ocupación en la segunda mitad del siglo IX a.C., en la que se constata la presencia de un taller metalúrgico dedicado al bronce, así como de cerámicas a torno de filiación fenicia, en la siguiente etapa de ocupación, desde finales del siglo IX, que sus excavadores han denominado Fase III,

encontramos ya habitaciones cuadrangulares con bancos corridos, un modelo de vivienda típicamente oriental, y elementos relacionados con la religiosidad fenicia, caso de un betilo y un quemaperfumes (Arancibia *et alii* 2011:130), que podrían vincularse con la posible presencia de un santuario.

Lo cierto es que, aunque hasta fechas muy recientes la mayoría de los investigadores consideraban que los asentamientos fenicios de la Península Ibérica ofrecían fechas que no iban más allá de finales del siglo IX o comienzos del siglo VIII, los nuevos descubrimientos arqueológicos tienden a establecer un panorama en el que la presencia fenicia en las costas hispanas es un hecho consumado ya en el siglo IX a.C.

A pesar de ello, aún se trata de fechas alejadas de aquella dada por los historiadores clásicos para la fundación de Gadir, en el año 1104 antes de nuestra era. En ese sentido, se ha señalado que la fundación de un templo de Melkart (con su consiguiente relación con la monarquía tiria) en época tan antigua, tendría su explicación en la tradición oriental de que la conquista de los límites del mundo conocido legitima la posesión de los espacios intermedios, cuya realización práctica no se efectuaría hasta tiempo después con la fundación de las colonias (González Wagner 2008:27-28). Así pues, por esta razón es posible que la presencia de Melkart en Gadir sea anterior a la presencia fenicia en puntos mucho más cercanos a su metrópoli, puesto que éste sería el acto inaugural que permitiría la expansión posterior.

Más allá de esta interpretación simbólica de la más antigua presencia fenicia en Gadir, hemos de señalar que, en un intento de conciliar los datos arqueológicos con la historiografía clásica, en primer lugar, y apoyándose en la aparición de objetos más antiguos de origen oriental en la zona andaluza, se ha venido hablando de una “precolonización”, un período de exploración y contacto previo a la fundación de las primeras colonias que se prolongaría entre el final del siglo XII y el siglo IX a.C. Durante estos viajes tendrían acceso a conocimientos concretos sobre los territorios visitados y sus recursos, y llevarían a cabo los primeros contactos con los indígenas, lo que

facilitaría posteriormente el proceso de asentamiento. En esta línea, Fernández Jurado (2008:45 y ss.) ha señalado que entre la llegada de los primeros navegantes orientales y las primeras huellas tangibles de su presencia debió pasar un período de años considerable, y que además el conocimiento del territorio y de las materias primas que puede desprenderse de la elección de emplazamiento para sus fundaciones exige el establecimiento de contactos previos.

Esta precolonización tendría un carácter exclusivamente comercial, en base al cual los fenicios, tras la caída de Micenas y su desaparición como potencia marítima⁴, habrían emprendido empresas navales singulares que recorrerían el Mediterráneo en busca de productos de gran valor, lo que explicaría la presencia de algunos objetos aislados de este período en el territorio occidental. Esto significa que no hubo una auténtica ruptura de los contactos comerciales tras la crisis de la Edad del Bronce, sino sólo un cambio en los promotores de ese comercio. Durante esta empresa se producirían intercambios comerciales indetectables arqueológicamente⁵ y no se daría la fundación de asentamientos.

Esta etapa correspondería a lo que Alvar denomina “Modo de Contacto no Hegemónico”, es decir, redefine el período precolonial desde un punto de vista no temporal, en el que lo fundamental no es su realización antes del establecimiento de asentamientos estables, sino el diferente modo de actuación a la hora de llevar a cabo los intercambios, lo que en última instancia implica que este modo de contacto puede tener lugar en una etapa posterior en el tiempo, contemporánea a otros tipos de intercambio (Alvar 2000:28). En una línea parecida, López Pardo (2000:218-219) considera que hay que descartar el carácter primigenio que se le viene dando a este tipo de intercambios “invisibles” y considerarlos más bien como una forma

⁴ Bendala (1995:260) ha llegado a proponer la presencia de inmigrantes procedentes del Egeo en la Península Ibérica tras la caída de Micenas, para así explicar la influencia mediterránea del Bronce Final Tartésico.

⁵ Corresponderían a la idea de «comercio silencioso» desarrollada por Polanyi, e identificable con el tipo de intercambio descrito por Homero.

anómala de comercio que sustituye a otros sistemas cuando se quieren evitar los vínculos que implican, como podría implicar en el caso de pueblos que han tenido un conflicto o que aún no han establecido ningún tipo de relación.

Para Arteaga (1987:227), sólo una exploración previa del territorio puede explicar la buena ordenación espacial de los enclaves occidentales en torno al Estrecho de Gibraltar. Arruda (2005:298) considera que estos contactos llegarían hasta el litoral portugués y que, por su mediación, los fenicios llegarían a tener conocimiento de la riqueza metalífera de la zona, razón que posteriormente les movería a establecerse en algunos puntos de su costa.

Remontándonos atrás en el tiempo, podemos constatar que la Península Ibérica ya se encontraba inscrita en las rutas comerciales de la Edad de Bronce. La existencia de una red atlántica de intercambio basada en los metales integró al territorio hispano en una suerte de sistema internacional que conectaba el Atlántico con el mundo mediterráneo. Los agentes orientales que en esos momentos operarían en el Mediterráneo serían los micénicos, responsables de un imperio marítimo que abarcaba ambos extremos del Mediterráneo. En ese contexto, Chipre cobraría gran importancia como escala obligada entre el Egeo y Oriente, un papel que conservará tras la caída de Micenas y durante los siglos siguientes.

Tradicionalmente se ha considerado que la crisis que supuso la irrupción de los Pueblos del Mar en el Mediterráneo oriental cercenaría estas conexiones mercantiles, ya que la caída de Micenas acabó con los principales mediadores de este comercio internacional. Su desaparición del circuito internacional arrastraría en su caída al comercio del Bronce Final atlántico, que ya no tendría salida hacia Oriente. No obstante, las dataciones radiocarbónicas que han permitido situar objetos procedentes del comercio fenicio apuntarían a que ese comercio no se llegó a interrumpir totalmente, y se ha resaltado el papel de Chipre como continuador de la empresa micénica

(Ruiz-Gálvez 1993:43), en particular con relación a las islas del Mediterráneo central.

Con la crisis que a finales de la Edad del Bronce acabó con la talasocracia micénica, los chipriotas se convertirían en los principales responsables de los intercambios mediterráneos a gran escala, manteniendo vivas algunas de las viejas rutas comerciales utilizadas por los micénicos. Cuando los fenicios comiencen su expansión comercial hacia Occidente, Chipre será la cabeza de puente fundamental en la larga ruta hacia el confín del Mediterráneo.

Confirmando esta importancia de Chipre en las rutas marítimas, los restos arquitectónicos fenicios más antiguos presentes en la isla serían los correspondientes a la necrópolis de Paleopaphos, que indicarían una población fenicia hacia el 1050 a.C. (Aubet 2008:250). Sabemos que, para estas fechas, las ciudades fenicias contaban con los avances técnicos necesarios como para asumir la navegación hacia el Extremo Occidente, si bien ésta seguía siendo una empresa muy arriesgada en términos económicos.

Los fenicios tendrían acceso a los conocimientos sobre Occidente obtenidos por los micénicos y chipriotas en la etapa anterior. Por tanto, y a la vista de una cada vez más temprana aparición de sus mercaderes en Occidente, los fenicios no llegarían atraídos por esa supuesta decadencia del Bronce Final atlántico, sino por lo atractivo de ese comercio, y dispuestos a recoger el testigo de los micénicos y aprovechar esas rutas comerciales ya existentes que unían el Suroeste hispano con la fachada atlántica peninsular, Sur de Francia, Marruecos y el Mediterráneo central (Aubet 2008:248), de las que tendrían conocimiento a través de los navegantes chipriotas.

Sería ya, pues, si aceptamos las teorías sobre una etapa de frecuentación previa al establecimiento de colonias⁶, en los últimos años del siglo IX o primeros del VIII a.C. cuando los fenicios inician su aventura colonial en Occidente. Se correspondería con el “modo de intercambio sistemático” de Alvar, que incluye ya la fundación de asentamientos y el establecimiento de un sistema de intercambios estable y regular.

El establecimiento fenicio en enclaves coloniales y estas primeras penetraciones de su actividad en el territorio hispano constituirían lo que Arteaga (1987:210 y ss.) considera una primera fase colonial, que se centraría en el siglo VIII a.C. y sienta las bases para un posterior desarrollo comercial, al fundar centros con población oriental que ya se encargará de gestionar los procesos de producción e intercambio. Se buscarían lugares costeros que permitiesen, a través de las rutas terrestres y fluviales, extender su influencia sobre los territorios cercanos y explotar los diversos recursos de la zona.

En este sentido, se ha apuntado que la fundación de colonias podría corresponder también a una presión demográfica insostenible en el territorio fenicio, producto de la presión tanto territorial como económica del Imperio asirio sobre sus ciudades. Algunos autores han remarcado la existencia de una serie de noticias de autores como Salustio (*Bel. Iug.* XIX, 1), Quinto Curcio (IV, 4, 20) y Flevio Josefo (*Ant. Iud.* VIII, 13, 2), que aluden al exceso demográfico y los problemas de la agricultura como causas principales de la expansión fenicia hacia otras tierras (Alvar y González Wagner 2003:191-192). La salida de este excedente poblacional y la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza estables para satisfacer el pago de tributos a Asiria serían entonces los grandes alicientes de la colonización de Occidente (Frankenstein 1997:58-64).

⁶ Lo cierto es que, con la progresiva tendencia a hacer retroceder hacia fechas cada vez más antiguas el inicio de la colonización fenicia occidental, se hace necesaria una revisión del concepto de “precolonización”. Dado que se aleja mucho de los objetivos de este trabajo, no profundizaremos más en el tema, pero confiamos en que el debate científico arroje nueva luz sobre este asunto.

Actualmente, la mayoría de los investigadores coinciden en señalar que la colonización de las tierras occidentales fue una labor llevada a cabo desde Tiro, que a finales del segundo milenio a.C. se había convertido en un importante puerto comercial oriental. Sidón había sido destruida por los filisteos hacia los inicios del siglo XII a.C., teniendo sus habitantes que refugiarse en Tiro, por lo que, aunque la ciudad se había recuperado pronto, posiblemente no se hallaba en condiciones de emprender una empresa de estas características por sí misma.

En Estrabón (III, 5, 5) se relata cómo los tirios parten de Fenicia con la intención de fundar una ciudad en el extremo occidental del mundo, según un oráculo del dios Melkart. Dadas las estrechas relaciones entre el templo y el palacio tirio, esto parece indicarnos que la empresa parte de una decisión estatal (Arteaga, 1987:207), no de la iniciativa privada. Esta información de Estrabón, por tanto, nos confirma la primacía de la monarquía tiria como agente comercial y colonizador, así como el carácter religioso que protegía a la empresa fenicia. En efecto, y como veíamos anterioremente, González Wagner (2005a:153) ha indicado que la colonización de Occidente tendría una función simbólica: el dominio sobre los límites del mundo legitima el control sobre las regiones intermedias. Llegados al fin del mundo, los fenicios marcarán el lugar con la fundación de dos templos casi alineados, en Gadir y en Lixus, a modo de puertas hacia el caos que se abre más allá del Estrecho (Bravo Jiménez, 2005:245-246).

En las décadas siguientes, y tras estas primeras fundaciones “sagradas”, el fenómeno colonial se intensificará. Lo cierto es que bajo el reinado de Asarhaddon (681-668 a.C.), las ciudades fenicias experimentarán una presión militar intensa. En estos años es destruida la ciudad de Sidón, que había tratado de rebelarse contra el poder asirio. Es probable que parte de su población buscara refugio en la cercana Tiro. Este hecho, unido al problema de escasez de tierras que ya era habitual en la zona, y que se

agrava en estos momentos, desencadenaría la existencia de un excedente poblacional importante que no podía ser mantenido por la ciudad.

Sería entonces cuando una nueva oleada migratoria partiera hacia Occidente. Wagner y Alvar (1988) han concluido que los nuevos colonos no serían comerciantes y artesanos, sino fundamentalmente agricultores en busca de nuevos territorios. Su presencia desembocaría en lo que han llamado “colonización agrícola” del Bajo Guadalquivir. En esa misma línea argumental, Escacena (2011:174) defiende la difusión desde las colonias costeras de contingentes poblacionales hacia el interior, que relaciona con el crecimiento demográfico de los propios enclaves costeros y con las acciones de monarcas asirios como Salmanasar III y Tiglatpileser III, que dejarían de tierra a un numeroso contingente poblacional de base agrícola y no necesariamente fenicio.

Creemos también que los nuevos colonos llegados a los enclaves occidentales no llevarían consigo la iniciativa colonizadora desde Oriente, sino que sería en las antiguas colonias donde se decidiría la distribución de este excedente poblacional a través de su asentamiento en nuevos enclaves, de modo que se integraran en el sistema productivo fenicio. Esta colonización planificada desde el propio mundo colonial, representada su autoridad por el templo gaditano, nos da una idea del funcionamiento jerarquizado y eficiente del sistema colonial fenicio.

3. LA ORGANIZACIÓN DEL SISTEMA COLONIAL FENICIO: EL CÍRCULO DEL ESTRECHO.

Como ya hemos comentado brevemente, el sistema fenicio de producción e intercambio se basa en una jerarquización de los enclaves. Con la llegada de los colonos orientales, la Península Ibérica quedaría inserta en el circuito comercial mediterráneo en calidad de área periférica, la correspondiente al Mediterráneo Occidental (Frankenstein 1997:275-278), según la teoría de la “economía mundial” de Wallerstein. No obstante, a lo largo de las siguientes páginas analizaremos las características propias del Mediterráneo occidental dentro del sistema colonial fenicio, con una organización que, en nuestra opinión, impide su simplificación como “área periférica” y resalta su carácter principal dentro del Hierro mediterráneo.

El comercio fenicio en el Mediterráneo quedaría estructurado mediante la existencia de diversos círculos comerciales, cada uno de ellos centrado en torno a un enclave que sobresale por su papel como centro acumulador y redistribuidor de recursos. Estos circuitos comerciales quedaban interrelacionados entre sí a partir de las comunicaciones establecidas entre estos enclaves centrales. La constatación de la existencia de una unidad económica y cultural en el Mediterráneo occidental, centrada en Cádiz, y que alcanzaría ambas orillas del Estrecho, ya fue apreciada en los años 50 por Tarradell, que fue quien acuñó el nombre de “Círculo del Estrecho” para esta red occidental (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:169-170).

El gran centro organizador del Mediterráneo occidental será Gadir, parte de cuya problemática arqueológica hemos planteado ya. Su situación atlántica podría obedecer a un deseo de aprovechar las rutas del comercio atlántico de la etapa anterior (Aubet 2000b:34). Estrabón y Plinio nos describen la situación de Cádiz de una manera muy aproximada a cómo la

conocieron sus fundadores. En aquella época estaría formada por tres islas que con el tiempo llegarían a unirse a la costa. De hecho, los griegos llamarían a este archipiélago “Gadeira”, en plural, reflejando la presencia de diversos islotes. Destacaría una isla principal, Kotinousa, de 18 kilómetros de largo, en uno de cuyos extremos, el más cercano a la costa, se alzaría el templo de Melkart. Una segunda isla, Erytheia, mucho más pequeña y situada al Norte de la anterior, fue elegida para establecer la ciudad.

Hay que tener en cuenta que, en la época de Estrabón, es posible que el estrecho canal que separaba ambas islas (Lám. 5) hubiera empezado a cegarse, puesto que sitúa la ciudad y el templo en ambos extremos de la isla mayor. También es posible que se refiera a la ciudad romana, que sí se hallaba en la isla mayor. Aún habría una tercera isla, Antípolis, situada entre las anteriores y la costa, en la que los fenicios decidieron no instalarse y por la que se expandiría la ciudad ya en época romana.

Las medidas dadas por Estrabón (III, 5, 3-5) coinciden con las ofrecidas por Plinio (*Hist. Nat.* IV, 119-120):

*«Al comienzo mismo de la Bética y a veinticinco mil pasos de la entrada del estrecho se halla Gades que, según escribe Polibio, tiene doce mil pasos de largo y tres mil de ancho. Dista de tierra firme, por la parte que más cerca está, menos de setecientos pies; por las demás partes, más de siete mil; su extensión es de quince mil pasos. [...] Por la parte por donde mira a Hispania, a cien pasos más o menos, hay otra isla de mil pasos de largo y otros mil de ancho, en la que en su tiempo estuvo la población de Gades. Éforo y Filístides la llaman Eritea, Timeo y Sileno Afrodisiade, los naturales de la zona la denominan Isla de Juno. Timeo dice que a la mayor la solían llamar Cotinusa en su lengua, los nuestros la llaman Tartesos, los púnicos Gadir, que en lengua púnica significa “recinto”».*⁷

⁷ Traducción de Ignacio García Arribas, 1998.

Basándose en estas descripciones, se ha tratado de buscar una correspondencia arqueológica con los textos. A partir del estudio de estos textos, García y Bellido identificó el área del templo con el islote de Sancti Petri, al sudeste de la ciudad actual. Lo cierto es que en sus alrededores se han hallado cinco pequeñas estatuas de bronce representando a divinidades, que se han datado en el siglo VIII a.C. Sin embargo, no han podido asociarse con restos de estructuras.

Los estudios paleotopográficos indican que Erytheia se correspondería con la zona de Torre Tavira, donde se han encontrado algunos restos fenicios, pero tardíos y que difícilmente se pueden asociar a estructuras urbanas (Escacena 1986), destacando el famoso “sacerdote de Cádiz”, una figura de bronce datable en época arcaica. Según esto, el templo de Astarté que habría en Erytheia se situaría en el extremo occidental de la isla, en la Punta del Nao, pero tampoco se han encontrado restos arquitectónicos que lo corroboren.

Por otra parte, Álvarez Rojas (1992) defiende que Plinio, al referirse a Erytheia, está hablando de la tercera isla en realidad, puesto que la isla al Norte de Kotinoussa ya no existiría en su época, al unirse con la isla mayor y que, por tanto, Antípolis se identificaría con la isla pequeña al Norte del canal. Para él, la ciudad primitiva se hallaría en el actual barrio de Santa María, donde se han encontrado algunos restos de hogares y ánforas de los siglos VIII-VII a.C. (Muñoz Vicente, 1995-1996: 80).

Lo cierto es que, junto con los ya comentados procedentes de la excavación de urgencia de la Calle Ancha, los restos más antiguos corresponden a cerámicas del siglo IX a.C. halladas en un sondeo en la plaza de la Catedral, una zona que se corresponde con lo que habría sido el “puerto cerrado” de la ciudad fenicia (Arteaga *et al.* 2001:383). No obstante, esta zona también presenta importantes intrusiones de materiales de época más tardía, pues el famoso “Canal Bahía-Caletá” en que se ubicaría el puerto no empezaría a rellenarse de sedimentos hasta época

romana y su colmatación aún tardaría en producirse, manteniéndose mientras tanto el puerto en uso (Arteaga y Roos 2002:28-30). A pesar de esta dificultad arqueológica, sus excavadores han manifestado que esos primeros restos deben vincularse al poblamiento más antiguo de Gadir, centrado en torno al puerto y de carácter insular, rechazando la propuesta de un primer asentamiento en tierra firme en el Castillo de Doña Blanca.

Lo cierto es que la superposición de la ciudad actual hace difícil el hallazgo de niveles arqueológicos claros, y particularmente de estructuras, máxime teniendo en cuenta que las excavaciones sólo se llevan a cabo cuando es necesaria una intervención de urgencia, no como parte de un proyecto de investigación continuado. Además, existe la posibilidad de que los cambios en el nivel del mar hayan podido destruir parte de la antigua ciudad.

Eso llevó a algunos investigadores a considerar que los restos de estructuras más antiguos (de las dos primeras décadas del siglo VIII a.C.) y que reflejan una urbanización son los que se han encontrado en el Castillo de Doña Blanca⁸ (Puerto de Santa María), en tierra firme, mientras que en los territorios correspondientes a las antiguas islas los materiales antiguos, muy escasos, se corresponden fundamentalmente con fragmentos cerámicos. En Doña Blanca se han hallado restos de viviendas rectangulares, con muros de mampostería, situadas sobre tres terrazas, alcanzando una extensión en su primera etapa de cinco hectáreas, lo que indica una población bastante numerosa (Ruíz Mata 1993).

El conjunto estaría fortificado, lo que se corresponde con el nombre de Gadir, que significa «lugar fortificado» en lengua fenicia. Se ha propuesto así que tal vez el primitivo poblamiento de la ciudad se caracterizara por una dualidad, con un núcleo de población isleño en la isla, en el que se concentrarían las funciones políticas, y otro en tierra firme, más

⁸ Hoy el Castillo de Doña Blanca se encuentra separado de la costa por una marisma, pero en época fenicia se encontraba junto al mar, en la desembocadura del río Guadalete.

poblado y donde se llevarían a cabo las actividades comerciales y productivas (Ruiz Mata 1999). Por ejemplo, en Doña Blanca aparece ya en el siglo VIII una acumulación de una tonelada de plomo, destinada a la copelación de la plata.

Lo cierto es que el Castillo de Doña Blanca presenta unas características excelentes para su utilización como puerto y no es inusual encontrar otros ejemplos de puertos fenicios en tierra firme, como Toscanos. Esta situación ideal no se vería alterada hasta el cambio de era, cuando la sedimentación ya habría rellenado el estuario del Guadalete (Rambaud 1997:85) hasta el punto de dificultar el acceso marítimo al Castillo de Doña Blanca. Además, como ya hemos comentado, también se han encontrado restos de escorias de plomo que indican una transformación de la plata obtenida en las minas andaluzas para su posterior comercialización, algo que apunta a un papel primordial de Doña Blanca en la exportación de mercancías a otros puntos del Mediterráneo.

Todo ello, junto con la presencia de una muralla que encerraría un espacio de unas seis hectáreas, habla a favor de que el Castillo de Doña Blanca sería el núcleo principal de los colonos gaditanos y anterior a la ocupación residencial de la isla (que se produciría ya a comienzos del siglo VI a.C.), por lo que parece deducirse de los enterramientos encontrados, lo que además apoyaría un papel colonial de Gadir más allá de lo puramente comercial, dada la riqueza de recursos agrarios de que dispondría este asentamiento en la costa (Ruiz Mata 1999), si bien hay voces que se resisten a esta interpretación (Aubet 1994; Muñoz Vicente 1995-1996), debido a la importante presencia de material indígena, que Ruiz Mata ha achacado a una convivencia entre ambos pueblos. De este modo, la polémica sobre la situación del más antiguo poblamiento gadirita sigue abierta.

Así, como decíamos, en el Mediterráneo occidental el lugar que concentra el comercio internacional sería Gadir, encargado tanto de organizar la obtención de recursos en un área que abarcaba desde Portugal al

Atlántico marroquí y de darles salida hacia mercados internacionales, como de recibir productos del Mediterráneo central y oriental y redistribuirlos por su área de influencia. Este sistema de círculos coloniales fue promovido por Arteaga (1995:159) para representar el funcionamiento del Círculo del Estrecho dentro del contexto más amplio de la colonización fenicia mediterránea. En cada uno de estos círculos funcionarían centros de primer orden, como Gadir, y otros de segundo y tercer orden, que desempeñarían actividades más concretas, fruto de una economía especializada. Por ello, con la caída del comercio fenicio, estos últimos enclaves serán los más afectados, pues tendrán más dificultad para reestructurar sus economías (Arteaga, 1987:208) a causa de esa especialización.

Este tipo de organización precisa de la presencia de una autoridad estatal que permita planificar el modo para llevar a efecto de la manera más rentable posible los objetivos de producción. Es por ello que, en este sistema comercial, el templo desempeñará un papel muy importante. La autoridad religiosa sería también el representante del gobierno de la metrópolis y el garante de los intercambios. La vinculación del templo gaditano con su referente tirio queda clara a través del texto de Justino (44, 5), en el que se nos relata cómo los *sacra* del santuario de Melkart en Tiro fueron trasladados y depositados en el templo de Gadir. De este modo quedaría sancionada la aprobación del Estado y la casta sacerdotal tirios hacia la fundación de la nueva ciudad (Marín 2011:215), algo que ya podíamos intuir por la importancia dada al oráculo en el relato de Estrabón.

La conocida leyenda de Dido nos ofrece una idea del poder que el templo ejercía en la propia Tiro. El marido de Dido, Acherbas, es el sumo sacerdote de Melkart y como tal, el personaje más poderoso después del monarca. Además, no sólo es el esposo de una princesa de sangre real, sino que además es su tío, lo que implica que ya pertenecía a la familia real antes de su matrimonio. Posiblemente los más altos cargos dentro del templo fueran siempre desempeñados por personajes ligados a la familia real. El

hecho de que el rey Pygmalión, hermano de Dido, ordene su asesinato confirma que el poder del sumo sacerdote de Melkart es lo suficientemente grande como para causarle problemas al monarca de la ciudad si decide ponerse en su contra.

No obstante, a pesar de que la historia de Dido nos presenta dos facciones políticas en las que monarca y templo se encuentran divididos, lo más habitual sería un clima de colaboración entre ambas instituciones, forjado a partir de los lazos familiares que unirían a sus máximos representantes. Así, Melkart, dios tutelar de la ciudad de Tiro y protector de su monarquía, se convierte en su representante en las colonias. Se ha apuntado, en ese sentido, que las empresas marítimas tirias asociadas a la presencia de un templo de Melkart estarían siempre organizadas por el palacio tirio (González Wagner 2008:25), a través de este representante.

Los comerciantes fenicios son denominados por Isaías, en su célebre oráculo contra Tiro (23:8), como «príncipes mercaderes». Al contrario que en Grecia, en Próximo Oriente el mercader era un personaje respetado, en muchos casos perteneciente a la nobleza. Esto parece indicar que el comercio estaría practicado por una aristocracia mercantil, posiblemente emparentada con la realeza tiria, y que actuaría bajo la protección del Estado. Parece difícil que una empresa de tales características pudiera partir de una iniciativa totalmente privada, habida cuenta de los riesgos y el enorme coste de una expedición comercial tan ambiciosa. De este modo, el palacio ofrecía a sus comerciantes garantías de protección en todos aquellos lugares bajo su influencia, mediante un representante, el templo. Estos lugares donde se mantienen las condiciones comerciales dadas por el Estado serían a los que Polanyi (Polanyi, Arensberg y Pearson 1976) llamó «ports of trade» o puertos de comercio. Como en estos lugares las equivalencias estarían fijadas de antemano y garantizadas por el templo, no sería necesario el uso de dinero.

Así pues, el impulso comercial parte de la ciudad, encargada de dar protección a esos mercaderes fenicios que se aventuran en tierras lejanas. Para ello, nombraría representantes del Estado en las colonias, que otorgarían esa protección como lo haría el rey fenicio (Alvar, 1981). Esos representantes serían los sacerdotes. Esta función del templo explica la vinculación espacial que suele existir entre el puerto, como foco principal del comercio, y el templo situado en sus cercanías. Por ejemplo, en Kitión el templo de Melkart y Astarté se encuentra pegado a las instalaciones portuarias, al Norte de la colina de Bamboula (Romero 1998:113). El papel protector de los navegantes que adquieren estas divinidades se encuentra íntimamente ligado a las operaciones comerciales que se efectuarían bajo la protección del santuario.

Por ello, Blázquez (2006) considera que el templo ejercería las funciones de *karum*, nombre con el que se conocía en Oriente a estos lugares destinados al intercambio de mercancías y en el que están vigentes las condiciones de mercado establecidas por el Estado. Estrabón (III, 5, 5) nos informa de que el templo de Melkart fue construido al fundarse la ciudad, lo que nos habla de su importancia, tanto como representante de la metrópoli, al ser el dios principal de Tiro, como por su papel garante de los acuerdos comerciales (Escacena 1986), por ejemplo mediante el control de las mercancías llegadas a la ciudad, la validación del sistema de pesas y medidas y posiblemente funciones de banca, papel que también tenía el *Herakleion* de Tiro. Por otra parte, también se ha considerado el templo como sede de la vinculación tributaria que las colonias mantendrían con su metrópoli. Así, el templo gaditano, que operaba bajo la autoridad tiria, se encargaría de la administración y organización de la producción de los enclaves localizados en su territorio colonial (Arteaga 1994:32) siguiendo los intereses de Tiro.

Se ha resaltado el papel marítimo de Melkart (Tsirkin 1995), que le hacía protector de los marinos y, en consecuencia, de los colonos y de los

comerciantes que se aventuraban a viajar a tierras lejanas. No hay que olvidar que los griegos acabarán identificando a Melkart con Heracles, personaje destacado por sus viajes, en conmemoración de los cuales levantaría las famosas Columnas para señalar el fin del mundo conocido, y que podrían simbolizar la situación de los templos de Gadir y Lixus. Pero también es fundamental el hecho de que Melkart (*melek-qart*) significa “rey de la ciudad” (Aubet 1994:139), lo que le convierte en protector y representante de la monarquía, papel que ejercerá también en las colonias tirias.

Considerando todos estos datos, la colonia no podría funcionar según sus objetivos en ausencia del templo, de ahí que la fundación de la ciudad y la del templo vayan unidas. Se ha llegado a proponer que el santuario pudo funcionar como centro de intercambios incluso antes de la instalación definitiva de los colonos (Belén 2000:307). En el caso de Gadir, o de la propia Huelva, donde los templos ocupan islas frente a la costa, una actitud que demuestra un acercamiento progresivo a la población indígena antes de la fundación del asentamiento en tierra firme.

Si bien el papel del gran santuario de Melkart en Gadir siempre ha quedado fuera de toda duda, esta función tutelar del templo ha llevado a reinterpretar otros conjuntos monumentales. Por ejemplo, el enclave fortificado del Cabezo Pequeño del Estaño, interpretado como un asentamiento orientalizador, es considerado hoy como un santuario fenicio con origen en el siglo VIII a.C., en base al tipo de construcción de casamatas, y que complementaría la función de un posible templo que se encontraría ya en el centro urbano de La Fonteta, a la vista de las molduras decoradas aparecidas en el yacimiento y de las estelas reutilizadas en la murallas, que podrían ser significativas de una necrópolis o incluso de un *tophet* (González Prats 2007:74,76).

También en los últimos años se ha abandonado la teoría de que El Carambolo sea un poblado indígena⁹, sino que se considera que sería un santuario fenicio dedicado a Astarté y que protegería con su presencia la ruta metalífera del Guadalquivir en dirección a Cádiz. Un ejemplo sería el *ex voto* a Astarté dedicado por dos hermanos fenicios, que indica que en El Carambolo eran los propios fenicios asentados en la zona, y no unos indígenas aculturados, quienes practicaban el culto a la diosa (González Wagner 1983).

Además, recientemente también se ha planteado una posible fundación fenicia de Sevilla a mediados del siglo VIII a.C., basándose en el topónimo *Spal*¹⁰, una población a la que correspondería la tutela de la Astarté del templo de El Carambolo (Belén y Escacena 1997:113). De este modo, Belén Deamos (2000:295-305) ha planteado la existencia de una red de santuarios distribuidos junto a las vías de obtención de recursos, sirviendo a los intereses de poblaciones semitas instaladas en asentamientos indígenas, y cuyo centro neurálgico sería el *Herakleion* de Gadir. Evidentemente, y dada la importancia económica que el Valle del Guadalquivir y la zona de Huelva tienen para la economía colonial, es natural que en estos lugares se procurase disponer de puntos seguros para efectuar los intercambios, bajo una autoridad que certifique la legalidad del proceso comercial. El templo funcionaría como mercado o *karum*, que además controlaría el tráfico de metales (Plácido, Alvar y González Wagner 1991). En Onoba, Pellicer (1996:123-124) ha propuesto la existencia de otro templo, que controlaría las minas de esta provincia.

Por su labor económica, los templos orientales no permanecerían como recintos de uso exclusivo para los comerciantes fenicios, sino que

⁹ A pesar de que es en tiempos bastante recientes cuando se ha aceptado de manera generalizada el origen netamente oriental de El Carambolo, lo cierto es que ya existían voces discordantes desde hace décadas, a la vista de los ricos materiales orientales que no permitían pensar en imitaciones indígenas o importaciones de tal categoría en un poblado indígena tan pequeño (Negueruela 1979-80:349).

¹⁰ En efecto, *Spal* es una palabra de raíz cananea (Díaz Tejera 1982:20).

navegantes de muy diversas procedencias acudirían a ellos, ya fuera para proceder a sus negocios o para expresar su creencia en sus propias divinidades. Es el caso de Huelva, donde en la zona destinada a uso cultural ha aparecido un gran número de cerámicas griegas. Esto encaja perfectamente en la idea de un sistema colonial basado en la existencia de puertos de comercio abiertos al tráfico internacional. El templo, como punto de referencia dentro del enclave portuario, compartiría también este carácter abierto al uso de otros navegantes.

Los indígenas no permanecerán ajenos a este uso conjunto del templo. Prueba de ello es el santuario del Cappidazzu, en Sicilia, en cuya primera fase, correspondiente al siglo VII a.C., los restos de sacrificios aparecen vinculados tanto a cerámica fenicia como indígena (Bondi 2005:21). No obstante, creemos que este uso del santuario por parte de los indígenas se vincularía sobre todo a su carácter como emplazamiento físico de las relaciones con los colonos. Es por ello que en los templos occidentales, como veremos más adelante, no se aprecia una continuidad del culto una vez que los pobladores orientales abandonan la zona. Caso diferente, en este sentido, sería el del santuario de Tas Silg, en Malta, un lugar de culto dedicado a Astarté que se eleva sobre un templo más antiguo en que se veneraba a la diosa local. La integración de espacios culturales indígenas dentro de la esfera religiosa fenicia sí daría lugar a un sincretismo a partir del cual se podrían unir las creencias locales y orientales.

Este papel económico y social del templo explica la aparición de centros de culto (y de pobladores orientales, en consecuencia) en puntos no sólo de la costa, sino también del interior¹¹, siguiendo las rutas de acceso a los recursos económicos, en los que también se efectuarían intercambios (Belén 2009:194). Sería el caso del santuario de El Carambolo. Identificado por Carriazo como un poblado tartésico, sus cuatro fases de construcción

¹¹ Hay que tener en cuenta, no obstante, que los cambios operados en la geografía de la costa andaluza desde la Antigüedad supone que muchos de estos lugares se encontrarán cerca del mar y no en el interior, o en lugares fácilmente accesibles navegando río arriba.

han sido reinterpretadas como cuatro complejos religiosos orientales construidos sucesivamente (Belén 2009:202-203).

Otros templos con funciones similares alejados de la costa actual serían los de Montemolín, Coria del Río o Carmona. Algunos investigadores ven en ellos templos fenicios que servirían a esas poblaciones orientales asentadas en el Bajo Guadalquivir. Otros prefieren considerarlos centros de uso mixto, o incluso exclusivo de indígenas fuertemente aculturados. En todo caso, lo que es innegable es la relación de estos lugares de culto con las rutas de transporte que unían la campiña andaluza con la costa.

En este sentido, se ha tratado de reinterpretar también edificios que tradicionalmente han sido catalogados como simples almacenes. Es el caso del edificio C de Toscanos, que por su monumentalidad y dimensiones posiblemente ejercería funciones plenas como centro de comercio y tendría un carácter público que lo situaría directamente bajo la autoridad del gobierno de la ciudad, al modo de los prototipos orientales de los que derivaría (Prados Martínez 2000:174-176). Su construcción, fechada en torno al año 700 a.C., implicó la destrucción de algunas estructuras habitacionales previas (Niemeyer 1982:112), lo que da idea de la importancia que este edificio iba a tener para la comunidad y de su carácter público. Ya Almagro Gorbea (1999:151) interpretaba este edificio como un conjunto palacial adecuado a la fuerte jerarquización del mundo fenicio. Como decimos, su tamaño y distribución lo enlazan directamente con los edificios públicos orientales dedicados al almacenamiento y abiertos al intercambio de mercancías bajo la protección de la autoridad, que en este caso podríamos vincular con una autoridad de tipo religioso, emanada del templo principal de Gadir. Edificios similares han aparecido en otros ámbitos del mundo colonial fenicio, como Abul, Nora o Motya (Botto 2007:117-118), lo que confirma la importancia que este tipo de construcciones tenía para la organización económica de las comunidades coloniales.

Este tipo de organización jerarquizada y apoyada en la autoridad emanada de los santuarios sería la que los fenicios emplearían en su aventura colonial. También en Occidente, y gracias a la planificación de la autoridad central, representante de la metrópolis, desde las primeras fases de la expansión colonial se buscarían lugares costeros que permitiesen, a través de las rutas terrestres y fluviales, extender su influencia sobre los territorios cercanos y explotar los recursos de la zona.

Tras la fundación de Gadir (si seguimos la secuencia temporal proporcionada por las fuentes escritas, pues ya hemos visto la problemática existente en torno a la fecha de fundación de los diferentes enclaves), nacen toda una serie de asentamientos en Andalucía Oriental (Lám. 6), en los que ya se aprecia un interés mayor por el control del territorio¹². Aunque se ha querido explicar su fundación en función de las necesidades de Gadir, ya como centros productores de alimentos para los colonos gaditanos o como puertos destinados a resguardar a los barcos que emprendían la peligrosa travesía a Gadir, lo cierto es que los centros de la costa oriental andaluza parecen revestir mayor importancia de la que tradicionalmente se les ha atribuido, desempeñando un papel esencial en la organización del sistema productivo colonial.

La interpretación de estos centros como meros «puertos de comercio» ha sido contestada por Niemeyer (1986), quien a partir del análisis del yacimiento malagueño de Toscanos ha constatado que estos asentamientos reunían todas las características de una ciudad: urbanismo planificado, división del trabajo y concentración poblacional. Eso sí, Niemeyer resalta que estos enclaves no son comparables a las colonias griegas, a pesar de que se basa en las características de éstas para su trabajo,

¹² Esta aseveración se asienta sobre el hecho de que son centros instalados ya en tierra firme, frente a la supuesta fundación de Gadir en un islote. No obstante, las teorías que sitúan la Gadir primitiva en el Castillo de Doña Blanca demostrarían un mayor interés gaditano por controlar de manera efectiva un territorio en tierra firme. Por otra parte, la instalación en una isla no impide el control sobre el *hinterland*, algo que ya ocurría en la misma Tiro (Arteaga 1987:212).

sino que son establecimientos con un carácter propio, ya que considera que sus objetivos serían muy diferentes a los de las colonias griegas, más centradas en la búsqueda de terrenos cultivables (Niemeyer 2002:100). No obstante, como veremos, la explotación agraria es también un objetivo económico fundamental para los fenicios, si bien es cierto que su sistema productivo se estructura de manera distinta.

Los tres asentamientos nombrados en las fuentes clásicas, Malaka, Sexi y Abdera, mantienen entre ellos una distancia de 60-70 kilómetros, algo que podría hablarnos de una intencionalidad en la organización del espacio. Entre ellos se fundan otros enclaves cuyo nombre no nos ha sido transmitido por los autores grecorromanos. Estos otros asentamientos se encuentran extraordinariamente cerca unos de otros. Destacable, por ejemplo, es la escasa distancia que separa el Morro de Mezquitilla de Chorreras, apenas un kilómetro, si bien este segundo yacimiento parece haber sido abandonado en etapa muy temprana, ya en el siglo VII a.C. Por ello, un hecho destacable de las colonias de la Andalucía oriental es la aglomeración de centros poblacionales, todos ellos siguiendo un patrón de asentamiento semejante, en promontorios poco elevados y cercanos a la desembocadura de un río, y generalmente con una necrópolis situada en un lugar en altura cercano. Es el caso de Toscanos y Jardín, Morro de Mezquitilla y Trayamar, o Almuñécar y el cerro de San Cristóbal.

Este tipo de patrón de poblamiento, con los centros tan cercanos unos a otros, no parece responder a necesidades de la navegación, como se proponía en el pasado, sino a una ocupación planificada de las desembocaduras de los ríos con el objetivo de acceder a las ricas tierras agrícolas de las cuencas (Remedios 2007:221). Esta idea es apoyada por la pronta puesta en explotación de los asentamientos tras su fundación, detectable arqueológicamente a través de la distribución de las primeras ánforas de fabricación local en esta zona, posiblemente en Morro de Mezquitilla, catalogadas como T.10.3.1.1, y que están presentes en niveles

de mediados del siglo VIII a.C. en lugares tan dispares como Cádiz, Lixus o San Bartolomé de Almonte, tal vez vinculadas con la exportación de vino (Ramón 2006:193-195).

Por otra parte, el importante número de colonias y el tamaño alcanzado por algunas de ellas hablan de un traslado importante de población desde Fenicia, algo que sólo podría ser llevado a cabo con la planificación del Estado tirio y sus representantes gaditanos, lo que iría acorde con esa fundación en base a unos objetivos previos.

Los centros fenicios de Andalucía Oriental logran mantenerse gracias a la explotación de los ricos recursos agrarios y marítimos de la zona, base del comercio que mantienen tanto con las poblaciones indígenas como con Gadir, y al aprovechamiento de los recursos metalíferos de las sierras cercanas, fácilmente accesibles desde allí. En ese sentido, el establecimiento de relaciones con los indígenas siguiendo las cuencas de los ríos nos presenta un panorama de intercambios muy dinámico. Es el caso del río Guadalhorce, donde podemos encontrar centros indígenas centrados en la actividad agrícola, como la Raja del Boquerón y Morenito, o bien en la minera, como el Abrigo del Chumbo, centrado en la extracción de hierro (Domínguez Pérez 2007:154-155), cuyo objetivo final serían las colonias costeras, donde serían transformados y preparados para la exportación.

Alvar y González Wagner (1988) consideran que una producción de este calibre, obviamente enfocada a la producción de excedentes, debía contar con el apoyo de mano de obra indígena, si bien no conocemos bajo qué condiciones se produciría y qué estatus jurídico podrían tener estos nativos, desde trabajadores libres hasta esclavos. En Morro de Mezquitilla, el edificio K almacenaba gran número de recipientes cerámicos que contendrían productos alimenticios destinados al comercio (Schubart 1986) y que probablemente, dada la escasa población del asentamiento, provendría de los asentamientos indígenas cercanos. Así pues, parece que el

intercambio con los pobladores locales constituyó uno de los principales medios para el aprovisionamiento de materias primas.

Gracias a esta organización, las colonias del litoral oriental del Andalucía lograron alcanzar una importante prosperidad comercial, hecho atestiguado por la presencia de espacios destinados al almacenaje de productos.

Emblemático en ese aspecto es el gran almacén de tres naves de Toscanos, construido en la segunda mitad del siglo VII a.C. y que es fiel reflejo de un momento de auge económico en estas colonias. Como edificio público, probablemente unía a su carácter comercial un matiz político y posiblemente religioso. Su caso no es único, y en otras colonias también surgen nuevas dependencias industriales, lo que nos habla de un crecimiento económico acelerado.

Un yacimiento que ha sido ampliamente estudiado es Cerro del Villar (Málaga), fundado a finales del siglo VIII a.C., cuya situación privilegiada en la desembocadura del Guadalhorce parecen indicar que su objetivo era aprovechar la riqueza agraria del *hinterland* (Schubart 2001), ya que se han documentado tanto la presencia de cultivos de regadío, como de una actividad ganadera notable, si bien Aubet (2006:95-96) considera que estas actividades se iniciarían en una etapa ya muy avanzada del asentamiento y que, por lo tanto, su fundación no estaría dirigida a estas actividades. Al igual que Toscanos, presenta un gran edificio central que podría ser considerado un almacén. Los talleres dedicados a la producción de cerámicas parecen indicar que gran parte de la producción se destinaba a la exportación¹³. El éxito del asentamiento queda patente en la expansión que experimenta ya avanzado el siglo VII a.C., cuando parte de su población ocupa la cercana Loma del Aeropuerto (González Wagner 2007b:59).

¹³ El asentamiento de Cerro del Villar ha ofrecido más de 79.000 fragmentos cerámicos, sobre todo envases para el transporte, cuencos y platos (Curiá, Delgado, Fernández y Párraga 2000:1476).

A finales del siglo VIII a.C. se datan los restos más antiguos hallados en Malaka, bajo la Alcazaba medieval de la actual Málaga (Suárez Padilla *et al.* 2007:216), en los que será el germen primitivo de lo que luego será una importante ciudad incluso en época romana. Parece que en un principio Malaka fue fundada con una fuerte vinculación a las actividades metalúrgicas, a la vista de la gran cantidad de escorias, toberas y algunos hornos (Arancibia *et alii* 2011:132), que transformarían los metales obtenidos en la Sierra de Ronda. En esta época, Malaka aún no tiene un papel destacado entre los asentamientos de su entorno, y será con el tiempo cuando experimente un crecimiento de la población y una diversificación económica que lo sitúe a la cabeza de los yacimientos malagueños. De hecho, cuando la mayoría de estos asentamientos experimenten una crisis derivada de los reajustes económicos de comienzos del siglo VI a.C., Málaga saldrá beneficiada y recibirá población de algunos enclaves abandonados, floreciendo una próspera industria basada en la metalurgia del hierro (Maluquer 1985:15) y convirtiéndose en un enclave central para la organización del territorio.

Hay que tener en cuenta que para la obtención de recursos y distribución de productos los fenicios utilizaron, siempre que les fue posible, las cuencas fluviales como vías de transporte (Barthélemy 2000:293). Para moverse dentro de los círculos locales de comercio es presumible la presencia de naves más pequeñas y manejables que los *gauloi*, que quedarían reservados para las travesías mediterráneas. Por ejemplo, en Mazarrón (Murcia) se han recuperado pecios de eslora pequeña, no más de 8 metros. De este modo, los fenicios eran capaces de remontar los cursos de los ríos hasta alcanzar poblaciones bastante alejadas de lo que hoy sería la costa. También es cierto que el paisaje costero y fluvial se ha visto muy alterado desde entonces, y que yacimientos que hoy parecen totalmente inaccesibles de este modo sí lo eran en el primer milenio antes de nuestra era.

Este aprovechamiento de los ríos como medio de transporte se advierte en la distribución de los yacimientos fenicios, generalmente situados en las desembocaduras fluviales, con acceso por tanto al mar y al río. Por medio de este último, podían ejercer una penetración hacia las tierras del interior y a los poblados indígenas situados en ellas, de quienes obtendrían los productos necesarios para sus industrias.

Las redes comerciales fenicias se sirvieron, siempre que les fue posible, de las rutas de intercambio indígenas preexistentes, aunque las integraron en su propio sistema y cambiaron su organización de manera que fuese más efectiva. Establecieron una jerarquía entre los centros indígenas, de tal modo que los diversos asentamientos tuvieran diferentes funciones a la hora de redistribuir los productos. Para ello, los fenicios fomentaron la creación de una aristocracia indígena en aquellos centros destinados a convertirse en lugares centrales de su organización, mediante un sistema de intercambio desigual. De este modo, además, no sólo conseguían aliados comerciales entre los indígenas, sino que creaban un nuevo mercado al fomentar la demanda de bienes de lujo importados.

El golfo tartésico (Lám. 7), llamado por los romanos *Sinus Tatessicus* y posteriormente *Lacus Ligustinus*, se abría al mar desde Sevilla, generando un entrante marítimo que convertía en costeras zonas que hoy son de interior. El golfo comenzaría a colmatarse en época romana, cuando adoptaría el aspecto de un mar interior, desapareciendo en la Edad Media al convertirse en una marisma.

El uso del término *lacus* por Avieno ha generado cierta confusión, pues se pensaba que sería un lago de agua dulce, pero sólo en tiempos romanos y por encima de la desembocadura del río podría darse algo parecido, pues para la época que nos ocupa el Guadalquivir desembocaría en un golfo abierto al mar (Arteaga, Schulz y Roos 1995:117-122). La apreciación de estos cambios en la geografía costera andaluza condujo a considerar que algunos asentamientos considerados de interior no lo eran,

sino que se situaban directamente en la costa de esta gran bahía. En todo caso, los ríos que desembocaban en esta bahía resultaban navegables en mayor extensión de lo que lo son hoy día. Teniendo en cuenta esto, el acceso directo de orientales a las campiñas del Bajo Guadalquivir, que ha sido negado insistentemente por algunos sectores de la investigación, parece una posibilidad mucho más asentada.

Los fenicios utilizaron el Guadalquivir como vía de transporte, lo que les permitió establecerse de manera estable en zonas alejadas de la costa (que por aquel entonces no estaría tan lejos) y que ofrecían gran cantidad de materias primas. El río sería navegable hasta más al Norte de Caura, la actual Coria del Río, localidad en la que Escacena (2001a:80 y ss.) ha querido identificar un puerto de comercio fenicio en el que se habría establecido un grupo de comerciantes orientales. En este golfo también derivaba sus aguas el Guadiamar, hoy afluente del Guadalquivir, vía de salida de los metales de Aznalcóllar.

Existiría un importante comercio interno entre Gadir y las colonias situadas en la costa mediterránea andaluza. Morro de Mezquitilla, Malaka, Chorreras, Cerro del Villar, Toscanos, Sexi y Abdera se destacan por la producción de productos elaborados a partir de los recursos naturales de la región. Esta orientación económica haría que no sólo enviaran a Gadir productos destinados a la exportación, sino que tuvieran un importante papel en el abastecimiento de alimentos del núcleo gaditano.

Avieno (*O.M.* vv. 180-182) informa de que existía una ruta terrestre entre Gadir y Malaka, que era utilizada cuando las condiciones del mar no permitían atravesar el estrecho, y que tendía una duración de cinco días, si bien podría resultar un tanto forzado, dada la distancia de 200 kilómetros entre ambas ciudades (Alvar, 1981:291), que obligaría a viajar a una media de 40 kilómetros al día.

La prosperidad económica de la que parecen gozar estas colonias se materializa en la aparición de nuevas fundaciones, como Cerro del Peñón y Alarcón (Vélez-Málaga), en lo que Arteaga (1987:216 y ss.) considera una segunda fase colonial, de expansión, que abarcaría la primera mitad del siglo VII a.C. En esta época se funda también Asido, la actual Medina Sidonia, cerca de Cádiz, asociada en base a la toponimia con una fuerte presencia de inmigrantes de Sidón.

La segunda mitad del siglo VII a.C. supone el momento álgido de la economía de todas estas colonias (tercera fase colonial de Arteaga). Por un lado, se da un crecimiento demográfico importante en las colonias ya existentes, que se manifiesta en una mayor complejidad de su urbanismo. Coincide esta etapa con las campañas asirias de Asarhaddón contra Sidón, en torno al 677 a.C., y de Asurbanipal contra Tiro, entre los años 663 y 662 a.C., que sin duda resultaría en una nueva oleada migratoria hacia Occidente. Las relaciones con el Mediterráneo siguen siendo pujantes, como muestran las cerámicas áticas, corintias o samias que aparecen en los yacimientos hispanos.

Como decíamos, en los poblados ya existentes se aprecia un notable crecimiento demográfico, presumiblemente con gentes llegadas de Oriente (Bravo Jiménez 2000), coincidiendo con un momento en el Imperio asirio, bajo los reinados de Asarhaddon y Asurbanipal, vuelve a ser lo suficientemente fuerte como para ejercer su presión de nuevo sobre Fenicia, incidiendo sobre todo en las tierras agrícolas del interior, ya que Tiro queda reducida a sus posesiones insulares. Sería en ese momento cuando se produciría la llegada masiva de colonos agricultores que se instalarían en asentamientos no costeros. Fruto de ese crecimiento, en las colonias occidentales también aparecen nuevas estructuras destinadas a la industria y al comercio.

Con la importante red comercial del «círculo del Estrecho» funcionando a pleno rendimiento, los fenicios buscan nuevos mercados y, si

bien ya se habían producido unos primeros contactos con la fachada oriental de la Península Ibérica en épocas anteriores¹⁴, será ahora cuando se incluya esta zona de manera regular en su circuito comercial, buscando tantos nuevos mercados como nuevas fuentes para aprovisionarse de materias primas (Lám. 8).

Hasta entonces, la colonia fenicia más oriental del territorio ibérico era La Fonteta, en Alicante, un asentamiento fundado en las cercanías de la indígena Peña Negra, y con una activa industria que incluía la metalurgia, transformación de productos agrarios y fabricación de cerámicas para el transporte. En esta zona se puede observar una fuerte relación entre colonos e indígenas, al ser integrados éstos en el proceso productivo fenicio, hasta el punto de que las ánforas fabricadas allí muestran sellos y grafitos fenicios, siendo por tanto los orientales quienes controlaban la red de intercambios (Vives-Ferrándiz 2005:187-188). En efecto, en Peña Negra pronto surgen alfares propios que fabrican contenedores de tipo fenicio, posiblemente para servir a la industria de transformación de productos agrarios, en cuya obtención el papel de los poblados indígenas también sería preeminente.

En esta etapa de expansión, la cabeza de puente para los contactos con el Nordeste sería Ibiza, cuya fundación Diodoro (V, 16, 2-3) data en el año 654 a.C., aunque la atribuye a los cartagineses. Las excavaciones comenzadas en los años 80 del pasado siglo determinaron que los primeros pobladores fenicios, procedentes del Sur de la Península, como indican las cerámicas halladas, se establecieron a mediados del siglo VII a.C., en fechas cercanas a la indicada por Diodoro, en dos puntos de la isla separados por apenas diez kilómetros (Lám. 9), primero en Sa Caleta y, poco después, en la bahía donde se levanta la ciudad actual (Gómez Bellard *et al.* 1990), si bien también se ha señalado que la mayor antigüedad de Sa Caleta

¹⁴ Además de la presencia de importaciones fenicias en el área alicantina, relacionadas con el yacimiento de La Fonteta, se han encontrado algunos fragmentos de ánforas fenicias en la desembocadura del río Ebro que podrían datarse a finales del siglo VIII o comienzos del VII a.C. (Vives-Ferrándiz 2005:151).

obedecería a la pérdida de los niveles más antiguos del Puig de Vila bajo el casco urbano de la actual Ibiza (Ruiz de Arbulo 1998:40), ya que sus condiciones geográficas, en un punto abierto en el centro de la bahía, hacen a esta zona mucho más apropiada para el establecimiento de una colonia.

El hecho de que los restos fenicios se hallen bajo la ciudad actual ha supuesto un problema para los arqueólogos a la hora de localizar estructuras de este período, por lo que la investigación se ha centrado en la cercana necrópolis de incineración del Puig des Molins, que comenzaría a utilizarse a finales del siglo VII a.C. y permanecería en uso durante la centuria siguiente (Costa y Fernández 1997:406). No obstante, es lógico pensar que la fecha de comienzo de utilización de la necrópolis debió coincidir con la fundación del cercano asentamiento de la bahía.

Sa Caleta será un yacimiento de corta duración, pues se abandona en el primer cuarto del siglo VI a.C., tal vez debido a que el nuevo enclave en la bahía se adaptaba mucho mejor a sus nuevas pretensiones económicas, dirigidas hacia el Mediterráneo central.

Los hallazgos arqueológicos han revelado que la isla había estado despoblada por al menos quinientos años antes del establecimiento de los colonos orientales, por lo que un establecimiento fenicio en la zona no podría obedecer a la búsqueda de un nuevo mercado. Sin embargo, sí podría relacionarse con el intento fenicio de expandir sus rutas comerciales hacia la zona catalana. Desde la isla es fácil alcanzar la costa nordeste siguiendo una navegación de cabotaje. Los fenicios que se establecen en Ibiza son originarios del Sur peninsular y sus intereses son, por tanto, los de las colonias andaluzas. Por ello, parece claro que la fundación de un enclave en Ibiza obedece a una decisión tomada por las autoridades gaditanas, representadas por el templo de Melkart, con la intención de abrir una nueva ruta comercial que permita expandir el radio de acción de la flota gadirita.

Desde Ibiza, los fenicios accederían a la desembocadura del Ebro, donde aparecen, en relación con este comercio, materiales fenicios datables en la transición entre el siglo VII y el VI a.C. El río serviría como vía de transporte para los metales del interior de Cataluña, que obtendrían, en bruto o ya transformados, de los pueblos indígenas, estimulando la formación de jerarquías de un modo semejante al empleado en el Sur peninsular. Gran parte de estos metales sería transformada en los talleres de Sa Caleta antes de su distribución a otros centros.

En la zona catalana, la demanda fenicia estimuló el nacimiento y crecimiento de poblados vinculados con la minería e incluso la metalurgia, como es el caso de Puig Roig, que ha ofrecido restos de fabricación de bronce. Aldovesta destaca como centro especializado en la acumulación y redistribución de productos, con un edificio destacado a modo de almacén que ofreció numerosas ánforas fenicias occidentales (Asensio i Vilaró 2005:553-555), para lo que su ubicación a orillas del Ebro resultó fundamental.

No obstante, hay que señalar que las relaciones con los indígenas al Norte del Segura se basaron exclusivamente en los intercambios comerciales (Oliver Foix 2008:129), que si bien estimularían las diferencias sociales, no nos permiten hablar de una orientalización, al no existir enclaves de población fenicia en la zona. La cerámica presente en la zona catalana es básicamente de transporte, y apenas existen vajillas de mesa, que son utilizadas por las élites locales como elemento de prestigio. Esto indicaría que los principales productos exportados a esta zona serían de consumo, posiblemente vino u otros productos alimentarios de lujo, que sería utilizado por las élites de estas comunidades para manifestar su poder en celebraciones públicas.

En todo caso, la situación de Ibiza permite pensar que también funcionó como escala para los viajes hacia el Mediterráneo central y oriental. Un ejemplo de estas relaciones mediterráneas sería la presencia de

ampollas de perfume de tipo sardo (López Rosendo 2005:673), que serían redistribuidas por Occidente desde Ibiza.

Acorde con esta etapa expansiva de la colonización fenicia occidental, en los últimos años se ha revelado la importancia de las colonias portuguesas dentro de la red productiva del Círculo del Estrecho (Lám. 10). Si bien hoy pertenecen a una unidad política diferente, en la Antigüedad pertenecían al mismo horizonte cultural y estaban ligados dentro del mismo proyecto económico. Esto es particularmente evidente en el caso de los yacimientos del Algarve portugués, perfectamente integrados en la cultura del área tartésica, con cuyos enclaves no presentan apenas diferencias (Arruda 1999-2000:60). La importancia de Portugal a la hora de obtener el estaño atlántico, cuya abundancia es reconocida por Avieno (*O.M.* 109-115), metal ausente del Suroeste peninsular, ya debía ser reconocida por los fenicios a la hora de fundar Gadir, y sería un factor más para elegir su emplazamiento.

Estrabón (III, 5, 11) señala que los fenicios remontaban la fachada atlántica de la Península hasta llegar a las islas Cassitérides, donde obtenían estaño y plomo. La situación exacta de las Cassitérides sigue siendo objeto de discusión hoy en día, pues los propios antiguos la desconocían. Posiblemente el término se aplicó a diferentes lugares a lo largo de la Edad Antigua, dependiendo de cuál fuera el yacimiento de estaño más boyante en su época (Alvar 1980:47). Se ha señalado que podrían hallarse frente a las costas gallegas (Pellicer 1998), pero que también podría referirse a las Islas Británicas. Avieno (*O.M.* 113-116) menciona que las islas Oestrimnidas, islas también desconocidas que podrían corresponderse con las Cassitérides, eran ricas en estaño y que los tartésicos negociaban con sus habitantes para conseguirlo, y Plinio (XXIV, 156) afirma que el estaño se encontraba en Lusitania y Galicia, lo que parece reforzar la idea de que las Cassitérides se encontrarían en el Noroeste peninsular.

El acceso a la zona portuguesa por vía marítima no sería sencillo. Durante la mayor parte del año, los vientos soplan desde el Noroeste, es decir, justamente en contra de la dirección que habrían de seguir los navíos que trataban de subir por la costa portuguesa. Como indica M. Arruda (1999-2000:28-29), este problema no sería superado hasta la invención de la vela triangular latina, que permite navegar de lado y aprovechar los vientos adversos. Así pues, las naves fenicias habrían de servirse de remos para superar esta circunstancia, pero aún así el viento obligaría a que no se pudiera navegar totalmente en línea recta, con el consiguiente alargamiento del trayecto.

Sin embargo, en vista de las dificultades a la hora de rodear el cabo de San Vicente, otros autores han sugerido una ruta alternativa, que seguiría la costa africana al pasar el Estrecho hasta llegar a la altura de la colonia fenicia de Lixus. Desde allí, vientos y corrientes marítimas eran favorables para una navegación directa hacia Lisboa. De este modo, además, quedarían enlazadas tres de las colonias más importantes del Mediterráneo occidental.

El objetivo final del viaje serían las cuencas del Mondego, Tajo y Sado, ríos que conectaban la costa con zonas de riqueza metalífera del interior. Los fenicios no eran ajenos a la riqueza de esta zona. De hecho, a su llegada a la Península se encontrarán con una ruta comercial basada en los metales que conectaría el Norte y el Sur de la fachada atlántica (Frankenstein 1997:117 y ss.). En el Suroeste de la Península no hay apenas evidencia de una industria del bronce indígena antes de la llegada de elementos orientales, pero sí se advierte una dependencia comercial de las manufacturas de bronce del Noroeste, insertadas en el contexto de la cultura de Hallstat. Se ha querido ver un producto de este mercadeo en el depósito de la Ría de Huelva, abundante en objetos de bronce, particularmente espadas de tipo atlántico (Vives-Ferrándiz 2005:58).

Se ha propuesto que esta ruta seguiría vigente durante el período colonial, por lo que parece indicar el alcance hacia el Norte de los jarros

tartésicos (Alvar 1981:293), siguiendo una ruta que casi corresponde a la que siglos más tarde sería llamada Vía de la Plata, y estaría al cargo de los tartésicos, quienes utilizarían este estaño para su propia industria y para comerciar con los fenicios. Incluso hay quienes apuntan (Torres 2005a), apoyándose en un análisis de los topónimos prerromanos, que la presencia de objetos orientalizantes no se debe a la acción directa de los fenicios, sino a la colonización del territorio por parte de grupos tartésicos fuertemente orientalizados con origen en Extremadura, que habrían llegado a las costas portuguesas siguiendo esta vía terrestre y con el objetivo de obtener metales para el comercio, fundando toda una serie de enclaves en las desembocaduras de los principales ríos, en un proceso de colonización marítima que seguiría parámetros semejantes a los practicados en Extremadura y Alto Guadalquivir (Almagro Gorbea y Torres 2009:121-123). No obstante, esta teoría ha sido rápidamente contestada, aludiendo que tanto las cronologías presentes en Portugal, en muchos casos anteriores a la penetración del Orientalizante en Extremadura, como los restos arqueológicos apuntan a una presencia directa de los colonizadores fenicios (Arruda 2011:152-154). Además, esta irrupción fenicia habría provocado un colapso de la economía tradicional atlántica, al quedar los contactos monopolizados por los navegantes orientales (Hidalgo y De la Peña 2000:810).

Pellicer (2000) no cree en la vigencia de la ruta terrestre y considera que resultaba mucho más sencillo el acceso a los metales de la Meseta occidental desde los enclaves de la costa portuguesa, dada la presencia de la cadena montañosa de Sierra Morena en el camino desde el Sur. Así, para él, el recorrido de los jarros tartésicos no seguiría una dirección Sur-Norte, sino que penetrarían desde el Oeste siguiendo las cuencas fluviales. Del mismo modo, las influencias orientalizantes que es posible apreciar en la Meseta Sur debieron llegar también desde la costa, dada la dificultad de comunicaciones desde el Sur (Pereira Sieso 2011:673). En todo caso, se ha apuntado que, de seguir en uso, la ruta terrestre se vería seriamente afectada

en el siglo VI a.C. cuando los masalotas abrieron una nueva ruta por la Galia, generando una crisis en las estructuras económicas tartésicas (Alvar, 1980:47).

Los fenicios aprovecharán esta ruta atlántica de los metales ya organizada y la insertarán en su propio sistema económico, conectándolas con las redes de intercambio del Mediterráneo y monopolizando las rutas de larga distancia hasta el Mediterráneo central (Guerrero Ayuso 2008:71). Las posibles rutas marítimas anteriores pasarían a manos de los fenicios, que las explotarían de manera exclusiva. De acuerdo con esto, las numerosas excavaciones realizadas en Portugal en los años 80 del pasado siglo revelaron que en algunos yacimientos considerados orientalizantes hasta entonces habría establecida población fenicia. De este modo, se confirma que los fenicios habrían tenido acceso a los metales del Norte, estableciendo toda una serie de enclaves fenicios en puntos estratégicos que les permitían el acceso a rutas secundarias por medio de los ríos. En nuestra opinión, el propio enclave de Castro Marim, situado en la desembocadura del Guadiana y hoy día en el territorio portugués, supondría una primera escala marítima hacia la pared atlántica de la Península Ibérica, ya fuera desde la cercana Huelva o la propia Gadir.

La presencia fenicia en las costas portuguesas ha resultado ser muy temprana, y algunos enclaves portugueses han arrojado fechas de C-14 que los sitúan en una etapa contemporánea a Toscanos y poco posterior a los más antiguos yacimientos andaluces (Arruda 2011:151). Estas fechas tan elevadas confirmarían que el acceso a los metales atlánticos se encontraba dentro de los planes económicos fenicios desde los primeros momentos de la colonización. Si bien esta línea comercial se reforzaría durante la expansión del siglo VII a.C. con una intensificación de la presencia oriental, lo cierto es que podemos situar a los yacimientos portugueses en la vanguardia de la colonización de Occidente.

Así pues, en las desembocaduras de los grandes ríos portugueses, un enclave fenicio era el encargado de acumular los productos de la zona, llegados por vía fluvial, y desde ahí enviarlos a Gadir. Estos enclaves principales serían Abul en el Sado, la Alcaçova de Santarem en el Tajo y Santa Olaia en el Mondego (Arruda 1999-2000), a los que se une Castro Marim en la desembocadura del Guadiana, si bien su cercanía a Huelva integraría a este asentamiento en el mundo orientalizante tartésico del Suroeste peninsular. Además, los datos arqueológicos, apoyados por las fechas de C-14 obtenidas en algunos niveles, parecen indicar que las zonas visitadas en primer lugar por los orientales fueron las cuencas del Tajo y del Mondego, y no la del Sado en el Sur, lo que parece demostrar que los fenicios no seguían una expansión lineal, sino siguiendo unos objetivos predeterminados (Arruda 2008:15). De hecho, las fechas de C-14 más antiguas son las ofrecidas por el yacimiento de Santarem, en el Tajo, en torno a los siglos IX-VIII a.C., unas dataciones que parecen confirmadas por la antigüedad de sus cerámicas (Arruda 2000:63).

Por el contrario, la influencia orientalizante en el Bajo Alentejo es más tardía y de menor alcance, producto de la irradiación desde zonas nucleares del mundo tartésico y sobre todo desde el cercano centro de Castro Marim, cuya posición costera le integraría de manera más temprana y directa en el sistema comercial fenicio. En vista de estos datos, parece que la influencia orientalizante en esta zona queda limitada al recorrido de los grandes ríos, quedando los territorios interiores alejados de sus cuencas marginados de este tráfico económico y cultural, que sólo les afectaría de manera indirecta.

Así pues, podemos deducir que la costa occidental portuguesa, a la que acceden siguiendo las rutas marítimas desde Gadir, contó con una presencia fenicia directa desde época muy temprana. Si tenemos en cuenta que uno de los principales recursos de la fachada atlántica peninsular es el que suponen los metales del Noroeste, parece claro que los fenicios se

instalaron en Portugal con un conocimiento previo de esta riqueza metalífera y con el objetivo claro de poder acceder a ella. En ese sentido, los establecimientos fenicios, ya sean de nueva planta o no, buscan sobre todo la facilidad de comunicaciones con territorios productores, más que la presencia directa de los recursos, como en el caso de la desembocadura del Tajo, cuya principal ventaja es su posición geográfica.

Si bien su fundación por parte de agentes fenicios no parece clara más que en el caso de Abul¹⁵, en todos ellos sí hubo con seguridad un establecimiento de poblaciones exógenas de forma permanente, fundando barrios propios dentro de poblados ya existentes. En la desembocadura del Sado, Abul, fundada en la primera mitad del siglo VII a.C., centralizaría la producción de la región, apoyándose en los poblados de Alcácer do Sal y Setúbal, que a pesar de su origen indígena contarían posiblemente con la presencia de fenicios asentados en ellos. La presencia en Abul de un edificio de gran tamaño, semejante al de Toscanos, apoya el papel redistribuidor que detentaría este enclave. El río, como vía de comunicación natural, permitiría una penetración hacia Extremadura, de donde obtendrían cobre.

En el Tajo, Santarem, situada en una privilegiada posición río arriba, Lisboa y Almaraz centralizarían toda la producción de una serie de asentamientos de carácter orientalizante que obtenían recursos primarios, en particular estaño, de las regiones del interior.

En la desembocadura del Mondego encontramos el yacimiento de Santa Olaia, fundada en los comienzos del siglo VII a.C., cuyo carácter como establecimiento fenicio ha sido discutido. No obstante, la gran presencia de materiales fenicios y la propia configuración del poblado, con viviendas rectangulares con zócalo de piedra y muros de adobe, parecen hablar de un asentamiento de origen oriental, desde el cual se centralizarían las actividades metalúrgicas de los poblados del interior. A Santa Olaia

¹⁵ En los últimos años, Arruda (1999-2000:253) ha propuesto también una fundación fenicia para Santa Olaia, si bien esta teoría no es admitida por todos los investigadores.

llegarían el estaño, el plomo y el oro gallegos a través de los intercambios con los poblados indígenas emplazados a lo largo del curso fluvial, entre los cuales destacó Conímbriga, cuya cercanía a la costa le convertiría en el centro principal a la hora de realizar intercambios con los colonos, según parece deducirse de la presencia de objetos orientalizantes a raíz del establecimiento de Santa Olaia. El asentamiento presenta evidencias de la práctica de una metalurgia a gran escala, si bien la ausencia de moldes indicar que la actividad en Santa Olaia se limitaría a la transformación primera del mineral (Arruda 2000:62,65), y desde allí sería enviado a Gadir, encargado de abastecer con este metal los talleres metalúrgicos de la zona del Estrecho. Se ha apuntado que el ámbar presente en los yacimientos del Norte portugués tendría un origen africano, y que su presencia en esta zona se debería a su valor como objeto de intercambio (Pellicer, 1998).

Para mantener este tipo de intercambios sería preciso que otros centros menores colaboraran en esta estructura comercial, ejerciendo como intermediarios entre el puerto fenicio principal y los pequeños enclaves indígenas. De fundación indígena, la arqueología parece indicar que en estos centros también habría una presencia fenicia que interactuaría con las elites locales, bastante clara en el caso de los asentamientos del Sado y Tajo.

En el Sado, la zona con una influencia orientalizante más fuerte, estos centros principales sería Alcácer do Sal y Setúbal. Arruda (1999-2000:98 y ss.), sostiene que sería el primero de estos yacimientos el encargado de organizar el espacio indígena circundante, lo que situaría a sus elites en un plano de superioridad con respecto al resto del territorio, ya que su relación con los colonos fenicios sería mucho más directa.

Este papel sería paralelo al de Lisboa en el estuario del Tajo, poblado indígena beneficiado por su situación geográfica. La influencia orientalizante en el Mondego ya sería mucho menor, y se concentraría sobre todo en torno a Santa Olaia y el yacimiento indígena de Conímbriga,

encargado de acumular los metales que servirían para el comercio con la colonia fenicia.

Los intercambios que tendrían lugar en el entorno controlado por Santa Olaia, basados sobre todo en la obtención de metales del Suroeste a partir de las redes indígenas locales, llevaron a la presencia de algunos objetos de filiación mediterránea en el actual territorio gallego. Al Norte del Mondego ya no encontramos asentamientos fenicios, pero sí elementos orientalizantes fruto de los intercambios comerciales, si bien su presencia es bastante escasa. Se podrían señalar como objetos llegados por esta vía comercial un par de fragmentos de un plato de engobe rojo y un posible fragmento de ánfora Cruz del Negro en el asentamiento pontevedrés de A Lanzada, y un pie de trípode en el Castro Pequeno de Noixón (González Ruibal *et al.* 2010:597).

También hemos de considerar, dentro del área de influencia gaditana, las fundaciones fenicias de la costa atlántica de Marruecos. La primera de ellas, y la más importante, será Lixus, en la desembocadura del río Loukkos, a la que Estrabón (XVII, 3,2) llega a comparar con Gadir y de cuyo templo dice Plinio que es más antiguo que el gaditano. Fundada según los datos arqueológicos en el siglo VIII a.C., se ha señalado sobre todo su carácter comercial (López Pardo 1996:255), dado que permite el acceso al marfil, que sería transformado en objetos de adorno en los talleres del Sur peninsular, y el oro norteafricano.

Una prueba de este traslado de marfil a la Península lo supone el pecio de Bajo de la Campana (Cartagena), de finales del siglo VII a.C., en el que se encontraron colmillos de elefante presumiblemente destinados a su transformación en objetos ornamentales (Le Meaux 2005:1121).

En las décadas siguientes se darían otras fundaciones de menor entidad¹⁶, que ya estarían destinadas a la obtención de otros recursos, básicamente marítimos: pescado y púrpura. Rachgoun, yacimiento norteafricano fundado a mediados del siglo VII a.C., presenta paralelos cerámicos con los materiales de la Península Ibérica que han permitido relacionarlo con la expansión que en esa época inicia el entorno gaditano (Negueruela 1979-80:351).

En Melilla, la antigua Rusaddir de Plinio, también se han encontrado resto fenicios que demuestran una frecuentación de los fenicios occidentales, algo que no es de extrañar si consideramos su cercanía a las costas hispanas y las magníficas condiciones como fondeadero que ofrece la bahía en que se encuentra. Estas características, unidas a su posición geográfica central entre las rutas hacia el Atlántico y hacia el Mediterráneo oriental, hicieron de Melilla un enclave volcado hacia el comercio. La fundación del enclave se produciría en torno a finales del siglo VII a.C., según las ánforas T-10.1.2.1 encontradas en las excavaciones de la Casa del Gobernador (Aragón 2009:75). Por lo que respecta a los productos obtenidos en la colonia, Fernández Uriel (1998:60-80) ha señalado la miel, basándose en el significado del nombre griego de Melilla, Melissa, y el símbolo de la abeja que siglos después aparecerá en sus monedas¹⁷; la sal, fundamental en el mundo antiguo y en particular en la industria fenicia, para cuya obtención Melilla ofrece buenas condiciones; y la púrpura, de cuya elaboración no tenemos restos arqueológicos en Melilla, pero sí constancia de la existencia de bancos de múrices.

El islote de Mogador, en la costa atlántica marroquí, es, hasta la fecha, el establecimiento fenicio situado más al Sur, aunque tendría un

¹⁶ Destaca particularmente el asentamiento de Kouass, ya del siglo VI a.C., situado al Norte de Lixus y dedicado a la producción de cerámica para la industria de salazones. La cerámica de Kouass aparece con relativa frecuencia en los yacimientos peninsulares, como resultado de este comercio (López Pardo 1990a).

¹⁷ No obstante, tampoco descarta un significado religioso, más allá del meramente económico (Fernández Uriel 2004:155-159), vinculado con Astarté.

carácter sólo estacional, a la vista de los restos arqueológicos encontrados hasta la fecha. Su situación como punto más alejado para la presencia fenicia ha servido para identificar esta isla con la Kerné de los textos clásicos (López Pardo 2008:52). Vinculada a las necesidades del comercio gaditano, la reorganización de comienzos del siglo VI a.C. condujo a su abandono. Aunque en época púnica se volverá a frecuentar la isla, nunca destacará por la presencia de un grupo amplio de pobladores, lo que se aleja un poco de las afirmaciones del Periplo de Hannón, donde se indica que el navegante púnico asentó a casi treinta mil colonos en la zona entre el Estrecho y Lixus, distribuidos en seis enclaves, una densidad poblacional que aún no se ha visto confirmada por la arqueología, reservando una última parte de los colonos para asentarlos en la lejana Kerné.

Hay que tener en cuenta las difíciles condiciones de navegación hasta Mogador, descendiendo la fachada atlántica, razón por la que López Pardo (2008:63) ha sugerido que la navegación hacia esta isla seguramente se realizara utilizando *hippoi*, embarcaciones más ligeras y que permiten navegar incluso con vientos contrarios. En general, este tipo de naves posiblemente serían las utilizadas habitualmente por Gadir para conectarse con otros enclaves de su círculo comercial, y sobre todo con los situados en la fachada atlántica, donde la navegación sería más complicada.

Además, la propia situación de Mogador, un islote azotado por los vientos y donde con frecuencia se formaba un fuerte oleaje, explica el hecho de que los fenicios decidieran instalar tan sólo un campamento estacional, ya que las condiciones de vida serían demasiado duras para establecer una colonia permanente. De todos modos, Mogador está siendo desde hace unos años objeto de nuevas campañas emprendidas por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, por lo que en los próximos años podremos tener nuevas noticias sobre este yacimiento.

En los últimos años se han descubierto nuevos yacimientos entre Lixus y Mogador, lo que viene apoyando las noticias de Estrabón, quien

afirma que en esta zona había abundancia de factorías fenicias. Se trataría de centros pequeños, encargados de actividades especializadas y complementarias, como la producción de cerámica de transporte o la pesca (López Pardo 1990a).

Los centros más alejados de los núcleos más importantes de la red fenicia occidental no sólo se dedicaron en exclusiva a la obtención de recursos, sino que no permanecieron ajenos a los intercambios comerciales. Así, el marfil obtenido en lugares tan lejanos como Mogador no encontraría su destino final en Gadir, sino que parte también llegaría a los establecimientos atlánticos norteños, del mismo modo que el estaño del Norte sería redistribuido por toda el área (Guerrero Ayuso 2008:71), allí donde fuera necesario.

En definitiva, nos encontramos con que el Mediterráneo occidental compone por sí mismo un área económica capaz de autoabastecerse a partir de un sistema de especialización de las zonas productivas, dirigido por Gadir como cabeza política y económica visible de todo el conjunto.

La jerarquización de los enclaves es el recurso a través del cual se logra una mayor efectividad del sistema económico. Tendríamos así toda una serie de centros de primer orden, encargados de la captación de los recursos de su zona y de la redistribución de los bienes importados llegados a ellos. Si bien la producción de bienes suele ser una actividad también presente en estos centros, su función principal es la de centro redistribuidor. Gadir sería el primero de todos esos centros, el puerto más importante y el encargado base para que ese sistema de redistribución basado en la importación/exportación funcione correctamente. El templo de Melkart sería la autoridad desde la que partirían las iniciativas de fundación de centros que lograron poner en marcha este sistema.

Inmediatamente por debajo se situarían los centros de segundo orden, dedicados a la captación de las materias primas y a su transformación

en productos elaborados para su posterior envío a las grandes colonias desde donde serían exportados a diversos puntos de Occidente y del Mediterráneo. Estaríamos hablando de enclaves muy diversos, dedicados a actividades tan variadas como la producción de aceite y vino, o el fundido de metales.

En último lugar encontraríamos los centros productores de materias primas, que se limitarían simplemente a la producción o apenas a un primer tratamiento del producto, como pueda ser el caso de los enclaves en que se purificaba el mineral de plata obtenido en los centros mineros. Creemos que en este mismo escalafón podrían situarse los asentamientos indígenas que basaron su prosperidad en la obtención de un excedente para el intercambio con las colonias, ya que las materias primas proporcionadas por ellos sin duda suponían una buena parte, sino la mayor, de las necesarias para mantener la producción de las industrias de transformación coloniales.

Se trata de un sistema complejo y ramificado que permite una industria muy rentable y una gran movilidad de la producción. Los mismos centros que canalizaban sus productos hacia los centros principales recibirían a su vez de éstos los bienes importados que emplearían en sus intercambios y que hacían que todo el sistema funcionase correctamente.

El problema de toda esta gran maquinaria mercantil es que el fallo de alguno de los niveles superiores originaría el fin de toda la jerarquía inferior dependiente de él. Los centros más pequeños, muy especializados y demasiado dependientes del sistema redistribuidor, tendrían muy difícil reestructurar sus economías en el caso de que la orientación productiva y comercial general cambiase de orientación. Por ello, son precisamente este tipo de centros los que sufrirán en mayor medida los efectos de la reestructuración que la red colonial fenicia experimenta en el siglo VI a.C., llegando en algunos casos a ser abandonados una vez que han perdido su lugar en el sistema.

4. LOS RECURSOS ECONÓMICOS DE OCCIDENTE.

Las fuentes clásicas están de acuerdo en presentar la plata tartésica como el motivo principal del establecimiento de colonias fenicias en la Península Ibérica. No obstante, eran los indígenas quienes llevaban a cabo el proceso de explotación de los minerales, si bien los fenicios lo controlaban indirectamente por medio de las relaciones de dependencia comercial que ellos mismos habían creado. En efecto, los fenicios organizaron una compleja red destinada a obtener este preciado metal, centralizada en Gadir, punto de embarque hacia Oriente de la plata obtenida en las minas de las montañas onubenses y sevillanas.

Parece ser que fueron los fenicios quienes trajeron a la Península Ibérica técnicas efectivas para el trabajo de la plata. Aunque no se descarta una explotación nativa de la plata en el Bronce Final (Hunt 2005:1243), los indígenas no conocían la copelación¹⁸, necesaria para el trabajo de las jarositas argentíferas, el mineral de plata más abundante en la zona, que presenta agregaciones de otros metales, como oro, plomo, hierro o cobre.

El proceso para la obtención de plata consistía en dos fases: la fusión y la copelación. Para la primera era necesario moler el mineral argentífero, para así proceder a su fundición junto con el plomo. De esta acción resultaban la escoria, que era desechada, y el régulo, mezcla en la que el plomo había captado el oro y la plata. Para separar el plomo de estos materiales nobles era necesaria la copelación. Para ello, se colocaba la mezcla en un recipiente llamado copela y se sometía de nuevo a la acción del fuego. El plomo se eliminaba de dos formas: parte se evaporaba en

¹⁸ Algunos autores, como Pérez Macías (1995:434), o Blanco y Rothenberg (1981), han tratado de retrotraer el inicio de la copelación al Bronce Pleno, relacionándola con el conocimiento que los indígenas ya tendrían de la metalurgia del bronce y la presencia de escorias con contenido en plomo en la necrópolis de La Parrita (sin embargo, pequeñas cantidades de plomo pueden estar contenidas en la plata no copelada). En rigor, lo cierto es que no encontramos evidencias de copelación de la plata en el Bronce Final (Izquierdo 1997:98).

contacto con el oxígeno, al ser un elemento oxidable, y otra parte quedaba adherido a las paredes de la copela. Esta parte que queda unida al recipiente es el litargirio.

Sin esta técnica, los indígenas tendrían que trabajar mineral de plata puro, que en estado metálico es muy difícil de hallar, lo que explica la escasísima presencia de una metalurgia de la plata anterior al establecimiento de las colonias. Serán los fenicios quienes comiencen a utilizar el plomo como colector de la plata y, como consecuencia, la explotación generalizada de jarositas. Por ello, no será hasta los inicios del período orientalizante cuando empezemos a encontrar en los yacimientos indicios de la copelación de plata, practicada por primera vez en el Castillo de Doña Blanca en el siglo VIII a.C.

No obstante, el plomo es un mineral ausente de esta región, por lo que se haría necesario importarlo de otras zonas, si bien es posible que, en algunos casos (el mineral tipo gossan, que puede aparecer recubriendo las afloraciones de jarosita, escaso, pero también presente), el mineral autóctono posea de manera natural la cantidad de plomo necesaria para la copelación, y que el litargirio resultante se pueda aprovechar para otros minerales deficientes en plomo (Pérez Macías 1996). Para Fernández Jurado (1995:415), ésta sería la razón de que la ruta metalífera Riotinto-Niebla-Huelva funcionara con mayor independencia de Cádiz, ya que en esta zona el mineral de gossan es algo más abundante. Para el proceso de copelación era necesaria la construcción de hornos capaces de alcanzar los 1.000°C. Se trataba de hornos circulares con una cúpula de arcilla, en los que se colocaban toberas para insuflar oxígeno al carbón soplando (Fernández Jurado 1993:145).

Un dato reseñable es el hecho de que, normalmente, los procesos necesarios para la obtención de la plata no tienen lugar en el ámbito minero, sino que se realizan en poblados metalúrgicos que no tienen por qué estar situados cerca de las minas, pero sí de las vías de comunicación por las que

luego serán derivados. La principal razón sería que era necesaria una gran cantidad de combustible para los procesos transformadores, por lo que se buscaban lugares donde abundara la madera (Fernández Jurado 1993). En estos poblados la manipulación del metal no se hacía a escala industrial (exceptuando Huelva), sino en pequeños talleres domésticos, por lo que las escorias y los restos del plomo utilizado para la copelación aparecen dispersos por toda su superficie (Pérez Macías 1996). Una vez transformado, el mineral ya podría ser enviado a la costa desde estos enclaves, por lo que su situación en lugares bien comunicados era esencial.

Otra razón de mayor interés aún es que la transformación de la plata, al realizarse fuera de los ambientes mineros donde trabajaba la mano de obra indígena, parece haber permanecido como competencia exclusiva de los colonos. Los lugares donde se efectuaba el proceso de copelación son de fundación fenicia, como podría ser el caso de Tejada la Vieja, si bien esto no es aceptado por todos los investigadores, o muestran la presencia de un contingente de gentes orientales, como Niebla.

En todo caso, parece que no hubo una transferencia de los conocimientos tecnológicos que permitían realizar el proceso completo de transformación de la plata. Esa circunstancia generaría una dependencia aún mayor de las comunidades indígenas, y se encontraría en la base del intercambio desigual.

Otro factor a tener en cuenta es que las técnicas de extracción del mineral no experimentaron tampoco grandes avances. Las minas se limitaban a la excavación de trincheras superficiales para acceder al mineral de gossan enriquecido (Moreno Arrastio 2000:165). Esto supone que, sin mejoras técnicas, un incremento de la producción sólo se puede conseguir mediante la aportación de más mano de obra y la extensión del terreno explotado, técnicas que, en última instancia, pueden llevar a un agotamiento del mineral superficial.

El principal foco de explotación de la plata será Riotinto, en la provincia de Huelva (Lám. 11). Se ha calculado que de estas minas se llegarían a extraer más de 440 toneladas de plata en época tartésica (Fernández Jurado y Ruíz Mata 1985). Allí encontramos el importante yacimiento minero de Cerro Salomón, de comienzos del siglo VII a.C., donde los trabajadores indígenas convivirían con técnicos fenicios encargados de instruirles en las técnicas de extracción y transformación del mineral. La influencia oriental se advierte en el muro curvado que protege la entrada a las viviendas, al modo de las viviendas cananeas, si bien no existe un urbanismo planificado y las técnicas constructivas presentan en general un aspecto pobre. Los materiales encontrados para la extracción y trabajo del metal encuentran sus paralelos en otros utilizados en Oriente. Es el caso de las piedras con cazoletas, utilizadas para triturar el mineral antes de proceder a su copelación, que se realizaría en las propias viviendas. Todos estos datos han servido para proponer una fundación fenicia¹⁹ del asentamiento (Blanco y Rothenberg 1981:26).

Niebla sería otro yacimiento metalúrgico vinculado a Riotinto que dirigiría su mineral hacia Huelva (Fernández Jurado y Ruiz Mata 1985:42), enclave que con el asentamiento de los fenicios ha convertido la producción de plata en su principal actividad, como atestiguan los hornos metalúrgicos y los restos de esta actividad a gran escala que han revelado las excavaciones en la ciudad.

Otro foco minero importante sería el constituido por las minas de Aznalcóllar, en Sevilla, objeto de una explotación organizada desde el asentamiento indígena fortificado de Tejada la Vieja, donde se realizaría la redistribución del mineral, pero demasiado alejado para ser el hábitat de los mineros. Destaca el hecho de que este poblado parece mostrar un urbanismo

¹⁹ En realidad, Blanco y Rothenberg no se decantan entre la atribución del poblado a los fenicios o bien a indígenas fuertemente orientalizados. No obstante, habida cuenta de los avances realizados desde la publicación de su obra, que incluyen la confirmación de una presencia fenicia en tierras cada vez más interiores, creemos que se puede optar sin duda por una fundación fenicia.

planificado desde sus comienzos, al contrario que el Cerro Salomón. Esto, junto con la arquitectura empleada, nos remite a modelos orientales que hablarían de un establecimiento de fenicios en el lugar (Fernández Jurado 1987:180).

Aunque se ha señalado que estaría habitado desde el Bronce Medio (Blanco y Rothenberg 1981:281), lo cierto es que durante el Orientalizante Tejada la Vieja surge como poblado urbanizado, se amuralla y comienza su andadura como centro redistribuidor del mineral extraído al servicio de la ruta de los metales hacia Gadir. De hecho, las cerámicas que encontramos en este asentamiento son muy similares a las que pueden encontrarse en el Bajo Guadalquivir (Fernández Jurado 1987), lo que parece remitirnos a un mismo taller, posiblemente gaditano.

La fundación de Tejada seguramente sea la causa de que se abandone el cercano poblado de Peñalosa, que habría desempeñado la misma función durante los primeros años de presencia fenicia. Posiblemente responda a una necesidad de mayor control sobre el proceso de obtención del mineral por parte de los colonos. Parece que el papel de Tejada sería el de tomar un primer contacto con el metal extraído, como demuestra el lavadero de metales encontrado en el poblado. Aunque también se han hallado restos de transformación del mineral, no son tan abundantes como en Almonte, por lo que parece que la función primordial de Tejada sería la de organizar el transporte del mineral obtenido en las minas a su siguiente destino, donde se procedería a la extracción de la plata. Con el fin de las explotaciones fenicias en la zona, Tejada sigue en funcionamiento, pero dejando de lado la actividad metalúrgica (Fernández Jurado 1993).

El metal en bruto llegaría hasta este poblado, procedente de Aznalcóllar, y en su mayor parte sería enviada a San Bartolomé de Almonte para su transformación. El poblado metalúrgico de San Bartolomé de Almonte, cercano a la que por entonces sería la orilla del *sinus Tartessicus*, dependería de Tejada, de la que dista unos 40 kilómetros, en el sentido de

que recibiría de este enclave el metal procedente de Aznalcóllar. En Almonte se encontrarían en abundancia tanto madera como los materiales calizos necesarios para la copelación de la plata (Fernández Jurado y Ruiz Mata 1986), lo cual, unido a su cercanía a la antigua costa, convertía este emplazamiento en perfecto para el beneficio de la plata. Estos mismos autores han querido identificar hornos de fundición en determinadas estructuras existentes en el poblado, pero también se han interpretado como posibles vertederos (Rovira 1995a).

Posteriormente, derivaría el metal obtenido en el propio poblado, a mayor escala que en Tejada, hacia Gadir. A diferencia de Tejada, San Bartolomé no presenta un urbanismo organizado, sino que se compone de cabañas circulares aisladas unas de otras, una ordenación genuinamente tartésica (Fernández Jurado 1995:413). A pesar de ello, los materiales cerámicos indicarían una presencia oriental en el asentamiento. Estuvo en funcionamiento hasta el cambio entre el siglo VII y el VI a.C.

A través de los cauces fluviales, Gadir recibía el metal fundido en los enclaves mineros de Tejada la Vieja y San Bartolomé de Almonte. Por vía marítima llegaría el producido a gran escala en Huelva, una auténtica ciudad que podría funcionar con más independencia, dado su papel como enclave central de su propia área. En efecto, parece que Gadir ejercía un control directo sobre la ruta Aznalcóllar-Almonte, que no tendría sobre Huelva. Análisis de los isótopos de plomo existentes en los metales de Aznalcóllar han coincidido con los de la plata hallada en el Castillo de Doña Blanca, donde el mineral sería tratado a nivel industrial (Hunt 1995:455), como revelan las cantidades de plomo almacenadas allí. El urbanismo de Tejada la Vieja y el hecho de estar amurallada parece mostrar, con su mayor influencia oriental, que fue diseñada al servicio del comercio de metales gaditano.

En ese sentido, y como decimos, Huelva desempeñaría la práctica totalidad del proceso independientemente de Gadir, con su propia ruta desde

Riotinto y Niebla. Una vez obtenidos los metales, serían llevados a Huelva, donde mercaderes fenicios se harían con ellos ya transformados y los llevarían a Gadir para su exportación. Fernández Jurado (1995:415) considera que la relación entre Huelva y Gadir sería de tipo comercial, basada en el intercambio de los metales onubenses por otros productos, mientras que la relación de Gadir con los enclaves de la ruta de Aznalcóllar sería de tipo colonial, con una gran dependencia de la producción con respecto al puerto fenicio.

Para estos yacimientos, los metales eran la base de su comercio con Gadir. Análisis realizados sobre la cerámica a torno de San Bartolomé de Almonte y del Cabezo de San Pedro (Huelva), demuestran que era originaria del Castillo de Doña Blanca (Fernández Jurado y Ruiz Mata 1986). Esta ruta de los metales permite que podamos encontrar cerámica y otros objetos de fabricación gadirita en poblados situados en el interior, alcanzando Extremadura e incluso Salamanca.

Estos materiales, sin embargo, no alcanzarían esta zona por mediación directa de los mercaderes fenicios, sino que serían los tartesios quienes redistribuirían los productos fenicios para lograr los metales que, en última instancia, llegarían a Gadir, encargada de centralizar los productos para la exportación.

El oro era otro mineral presente en estos mismos puntos mineros, por lo que su proceso de extracción y sus rutas serían similares a las de la plata, si bien en cantidad mucho menor. También habría oro, y en abundancia, en la región de Portugal y en el Noroeste peninsular, cuya existencia no sería desconocida para los fenicios. Plinio (*Hist. Nat.* IV, 115) indica que el Tajo era rico en oro. Será de estas zonas de donde los fenicios obtengan la mayor parte del oro, sirviéndose para ello de la red de enclaves de la costa atlántica peninsular, que les permitían el acceso, si no directo, sí mediante intermediarios, al oro del Noroeste.

Estrabón (III, 4, 2) nos habla de la presencia de oro, plata y otros metales en los montes situados en las cercanías de Malaka, pero lo cierto es que estos metales preciosos no parecen haber sido transformados a gran escala en las colonias malagueñas, por lo que posiblemente su explotación en época arcaica no resultaría lo suficientemente rentable en esta zona, que parece haberse centrado sobre todo en la producción y transformación de productos de origen agrícola.

Por lo que respecta al cobre, si bien podemos encontrarlo en prácticamente las mismas estribaciones montañosas, hay que apuntar que, con respecto a este mineral, el sistema de explotación fue diferente y más difícilmente rastreable, ya que se fundamentó sobre enclaves pequeños y de carácter estacional. Son escasas las evidencias de que el cobre fuese explotado antes de la llegada fenicia (Pérez Macías 1995) y de hecho los objetos de bronce escasean en esa etapa, por lo que es de suponer que en su mayoría serían obtenidos a través del intercambio con la España atlántica. En época fenicia pueden destacarse las minas de Chinflón, Cala, el río Corumbel y, en menor medida, Sierra de Tejada, que ya habían sido explotadas en el período inmediatamente anterior.

El mineral también sería tratado en poblados²⁰ cercanos a la fuente de extracción antes de su evacuación, que no seguiría la misma ruta que la plata, ya que no encontramos restos de su manipulación en ninguno de los poblados productores de plata expuestos antes, por lo que no se puede demostrar si el cobre seguía una ruta hacia los puertos fenicios o si se destinaba al consumo interno. No obstante, es poco lo que se conoce aún al respecto como para avanzar una teoría. Lo que sí es cierto es que, en los poblados donde se constata una manipulación del mineral de cobre, no aparece ningún material fenicio, por lo que se ha señalado un desinterés de los fenicios hacia esta producción de cobre (Pérez Macías 1996), pudiendo

²⁰ Pero en este caso la obtención del bronce no sería la actividad principal del poblado, como ocurría con los centros productores de plata, sino tan sólo una más.

obtenerlo en cambio de la zona del Algarve, donde observamos una presencia fenicia en algunos establecimientos costeros, y Extremadura, accesible desde la costa a través de los grandes ríos occidentales, o incluso desde el Noroeste gracias a la ruta de los metales atlántica. De este modo, los poblados del Sur peninsular tartésico situados bajo la esfera fenicia no practicarán apenas la extracción del cobre, seguramente porque no resultaba rentable frente a la aportación que los fenicios podían hacer de bronce obtenido en otros lugares (Pérez Macías 1995). Lo cierto es que el cobre tomó un cierto protagonismo en la fabricación de objetos de adorno, destacando los jarros de bronce con decoración de palmeta en el asa.

Los fenicios también obtenían estaño de la Península, pero no en el Suroeste, zona que carece de este metal, lo que contribuye a explicar que los pobladores autóctonos no desarrollaran una industria del bronce previa a la llegada de los colonizadores. Por ello, serán los fenicios quienes aporten, por un lado, técnicas para el trabajo del bronce y, por otro, el estaño necesario para trabajarlo. Estrabón (III, 5, 11) dice que los fenicios obtenían este metal, además de plomo y pieles, comerciando con los habitantes de las Cassitérides.

Los investigadores piensan que estas islas se situarían frente a la costa de Galicia (Pellicer 2000:95), basándose en la presencia de algunos restos procedentes de los talleres gaditanos²¹, aunque también se han propuesto como posibilidad las Islas Británicas, con las que Blázquez (1975) observa relaciones de intercambio anteriores a la llegada fenicia, y que continuarían después por mediación de las gentes de la Armórica. También apoyaría esta teoría el hecho de que la orfebrería castreña presentaría una influencia oriental, con el uso de técnicas como el globulado.

²¹ Destaca particularmente la cerámica de engobe rojo aparecida en Conimbriga y Santa Olaya, siendo este último centro de posible fundación fenicia.

Lo cierto es que en los últimos años se han descubierto enclaves fenicios en las desembocaduras de los grandes ríos portugueses, que permitirían que los colonizadores controlaran desde la costa el mercado de metales lusitanos. Desde los enclaves situados más al Norte, en la desembocadura del Mondego, los fenicios podrían ser capaces de acceder a los metales gallegos, a través de las rutas secundarias que sí estarían controladas por los indígenas. De este modo, además de estaño y plomo, recibirían oro que, por otra parte, en Galicia se encontraría en estado más puro, a diferencia de las piritas auroargentíferas del Suroeste.

En cuanto al hierro, en La Fonteta se han hallado restos de escorias y hornos de fundición que indican un trabajo de este metal, que sería extraído de las minas situadas en Orihuela y Santomera (Fernández Nieto 1999:40). En Toscanos se localiza el que puede ser el horno más antiguo para la metalurgia del hierro, de mediados del siglo VII a.C. En Morro de Mezquitilla se han encontrado hornos que, según Schubart (1986), no estarían destinados a la fundición primaria del metal, sino a la elaboración de objetos con este metal.

En Abdera se han podido recoger escorias de fundición de hierro y plomo, metales que serían obtenidos en la cercana Sierra de Gádor (López Castro 2007:166). También aparecen restos de este tipo de actividad metalúrgica en otros yacimientos de la Andalucía Oriental, como Cerro del Mar y Toscanos, si bien parece que esta actividad fue algo más tardía y secundaria, dado que estos asentamientos parecen haber tenido una orientación más agraria. Por ello, es posible que obtuvieran el mineral de hierro a partir del comercio con los indígenas.

En este período, el hierro aún no contenía las cantidades de carbono necesarias para alcanzar la categoría de acero, por lo que se trataba de un hierro dulce, muy maleable, que se trabajaba en caliente sobre yunque (Rovira Lloréns 1993). El hierro, dado su valor en este período, se usaría

sobre todo para la elaboración de armas, dejándose el bronce para la elaboración de objetos suntuarios.

En los últimos años, cada vez se han dedicado más atención al estudio de los productos agrícolas que los fenicios obtenían en sus colonias hispanas, ya fueran para el consumo de los colonos o para el comercio. Este auge se debe principalmente a la aparición de nuevas teorías sobre la colonización agrícola fenicia (Alvar y González Wagner 1988:169 y ss.), que vienen a sintetizar algunos hechos que se habían venido resaltando desde hace tiempo, como la importante densidad poblacional o la dedicación desde un principio a actividades agrícolas y ganaderas²². Aquellos investigadores que desarrollan hipótesis a favor de la colonización agrícola fenicia pretenden, en definitiva, mostrar un panorama de diversificación económica y alejarse del modelo clásico que centra la economía fenicia en el comercio y, por consiguiente, en la obtención de metales sobre los que asentar un tipo de intercambio fundamentado en los bienes de prestigio.

Esta perspectiva se ha visto reforzada en los últimos años con nuevas investigaciones que tratan de establecer una relación entre la llegada de los colonizadores fenicios y los posibles cambios en el paisaje derivados de su presencia. Así, Arteaga (1995:153) indica que a partir de la llegada fenicia al Sur peninsular el proceso de colmatación de las bahías andaluzas se acelera extraordinariamente. Arruda (2005:295) ha señalado un aumento de los espacios de cultivo en el valle del Tajo coincidente con la instalación de gentes de origen oriental, y comenta la existencia de pequeños poblados agrícolas fundados en un momento avanzado de la colonización y situados en las inmediaciones de los grandes centros de los estuarios del Mondego y Tajo, que para la investigadora portuguesa podrían ser el resultado de una colonización interna derivada de un exceso de población en los centros

²² Ya algunos autores habían manifestado las excelentes posibilidades agrarias de algunos de los asentamientos fenicios, en particular los de la costa mediterránea andaluza, una situación geográfica que sólo podía obedecer a un importante papel de los productos agropecuarios dentro de la economía de estos lugares (Schubart 1982:91).

urbanos (Arruda 2008:18-19). Estudios polínicos en torno al Castillo de Doña Blanca (López García, López Sáez y Hernández Carretero 2005:386) demuestran que durante el siglo VII a.C. el bosque que rodeaba el asentamiento se degrada, como consecuencia de las actividades agrícolas.

Se ha querido resaltar también la importancia de la diversificación económica en la zona portuguesa. Si bien los asentamientos lusos, ya sean de nueva fundación o mixtos, se encuentran en la desembocadura de los grandes ríos que conducen a las minas metalíferas del interior, también coinciden en el espacio con territorios en los que, incluso hoy, la explotación de sal es un recurso económico importante (Arruda 2009:124). Es de suponer que los comerciantes orientales no despreciarían la posibilidad de obtener un producto de tanto valor en la Antigüedad.

Sintetizando brevemente sus propuestas, Alvar y González Wagner (1988:170) han establecido tres modalidades de agricultura propias de las colonias fenicias hispanas:

- Una agricultura de autoabastecimiento para la subsistencia de los colonos de los asentamientos costeros, caracterizados por su importante proyección comercial.
- Una agricultura destinada a la comercialización de los productos obtenidos.
- Una agricultura de autoabastecimiento de los asentamientos no dedicados al comercio.

El primer caso planteado por estos autores ha sido posiblemente el más discutido, pues tradicionalmente se aludía a que estas colonias, de función claramente comercial y enfocadas hacia la producción de metales, obtenían sus alimentos mediante la importación o, más comúnmente, por medio del comercio con las poblaciones indígenas vecinas. Sin embargo, estos autores señalan que la escasa presencia de cerámica indígena en los

yacimientos fenicios echa por tierra esta posibilidad. Cada colono poseería su propia parcela de tierra cultivable en las cercanías del poblado que sería explotada por la familia, pero es posible que pronto pasaran a utilizar a los indígenas como mano de obra.

Por lo que respecta a la agricultura destinada al comercio, Alvar y González Wagner la relacionan con las cerámicas R1 de Vuillemont (10.1.1.1. y 10.1.2.1. de Ramón Torres), típicas de los fenicios peninsulares, y empleadas para el transporte de esta clase de productos. Su presencia indicaría que los productos agrícolas con los que los fenicios comerciaban no podían ser obtenidos en los poblados indígenas, pues en tal caso irían envasados en cerámica indígena, si bien ha sido posible identificar copias locales de este tipo de envases que demuestran que sí había un trasvase de productos agrícolas de los enclaves indígenas hacia las colonias. No estaría claro el régimen de propiedad de las tierras destinadas a esta actividad, ya que depende de si estaba organizada desde el Estado o no. En ese caso, la propiedad tal vez recayera en el templo de Melkart de Cádiz, que como hemos visto era el representante en Occidente del Estado tirio y el encargado de organizar la colonización de la Península Ibérica. Aún en el caso de que la propiedad fuera privada, Alvar y Wagner no descartan que los colonos tuvieran que pagar algún tipo de impuesto al templo por el disfrute de la tierra. Para explotar estos amplios territorios sería totalmente necesaria la mano de obra indígena, al menos en determinados momentos del año, para la que estos autores proponen un régimen de trabajo servil. En el almacén de Toscanos, junto a la típica cerámica de transporte fenicia, han aparecido gran número de recipientes indígenas realizados a mano, que indicarían la presencia de agricultores nativos que producirían una cierta cantidad de materias primas para la colonia.

La tercera modalidad de agricultura propuesta aludiría a un período posterior. Hemos visto ya cómo en el siglo VII a.C. se aprecia un importante crecimiento demográfico en las colonias fenicias peninsulares. Alvar y

González Wagner consideran que dicho crecimiento se debe a una aportación poblacional proveniente de la propia Fenicia, que pasa por momentos de exceso demográfico y problemas políticos. El Imperio asirio ejerce una mayor presión sobre Fenicia, lo que se traduce en pérdida de territorio. Los campesinos fenicios que se quedan sin tierra emprenden el camino hacia las colonias de Occidente. Algunos de ellos fundarían nuevos enclaves con funciones agrícolas, aprovechando para ellos las ricas tierras en el interior de las cuencas fluviales. Estos autores han resaltado la mayor importancia de este tipo de población colonizadora para la aculturación del elemento indígena, minimizando el impacto cultural que pudiera haber llegado desde la costa. No obstante, hay que señalar que en su momento se criticó mucho esta teoría, ya que no existían suficientes restos arqueológicos que la demostrasen y porque además habrían tratado con ella de hacer encajar el modelo colonizador fenicio en el modelo griego. De hecho, Alvar y González Wagner basan su análisis en la existencia de necrópolis, como Cruz del Negro, en las que se aprecia una aculturación de los pobladores autóctonos junto con una presencia de elementos fenicios.

A pesar de la existencia de reticencias con respecto a algunos puntos de la teoría de Alvar y González Wagner, hoy día sí que hay una mayor aceptación con respecto a la importancia de lo agrícola en la colonización fenicia. Así, se han hecho estudios que demuestran que en estas colonias se cultivaban cereales como el trigo desnudo, la cebada vestida, el mijo y la escanda, siendo los dos primeros los más abundantes.

Destaca el cultivo de la vid para la elaboración de vino, destinado tanto a la exportación como al consumo interno. La vid sería importada por los fenicios, y ya la encontramos en el Castillo de Doña Blanca en el siglo VIII a.C. (Fernández Nieto 1999:33). Arruda (2008:18) ha señalado que desde comienzos del siglo VIII a.C. se aprecia una aceleración del proceso de deforestación asociada a las comunidades fenicias del territorio

portugués, coincidente con un momento en que los pólenes de vid aumentan significativamente.

Del mismo modo, otra serie de productos serían introducidos por los fenicios en territorio hispano. Es el caso de algunas leguminosas, como los garbanzos y las habas, frutos secos como las almendras, y árboles frutales como el granado y la higuera, fundamentales en la agricultura oriental y que comienzan a aparecer en Occidente durante este período.

Más complicado es el tema del olivo. Tradicionalmente se ha admitido que fue introducido en la Península Ibérica por los fenicios, con el objetivo de elaborar aceite con el que comerciar. Lo cierto es que antes de la llegada fenicia, parece que los indígenas ya recurrían al acebuche, un tipo salvaje de olivo. De este modo, la introducción del olivo se daría en un contexto indígena que ya conocía sus usos, lo que ha generado problemas a la hora de aceptar si fueron los propios fenicios quienes producían su aceite o si el proceso quedaba en gran parte en manos de los indígenas (Catalá 1999). De todos modos, parece que no existe duda a la hora de aceptar que la producción industrial de aceite para la exportación, incluyendo la plantación organizada de olivos para ese propósito, se puede asociar directamente a la presencia fenicia.

No hay que olvidar tampoco la explotación de productos agrarios no destinados a la alimentación, como el lino y el esparto, con los que se elaborarían tejidos (recordemos que los fenicios eran famosos por su habilidad como tejedores), cuerdas o cestas. Las telas tintadas podrían haber formado parte del repertorio productivo de las colonias occidentales, aprovechando los conocimientos técnicos traídos desde Oriente, pero la nula capacidad de conservación de esta clase de materiales impide a la Arqueología confirmar este punto.

Por otra parte, un recurso abundante en la Península Ibérica y que tiende a olvidarse fuera de su asociación con otras industrias es la madera,

un producto por el que los fenicios eran famosos en su patria, como demuestran las expediciones comerciales egipcias en busca de los cedros del Líbano. No obstante, los estudios palinológicos reflejan que, a finales del segundo milenio antes de nuestra era, la superficie boscosa de Próximo Oriente se había reducido drásticamente, por lo que se ha llegado a proponer incluso que la búsqueda de recursos madereros pudo ser una de las principales causas de la expansión fenicia a Occidente, lo que explicaría que muchas colonias fenicias se establezcan en puntos donde no existen fuentes de metal, pero sí bosques (Treumann 2009:169-176). En todo caso, e independientemente de si éste era el objetivo primario de los colonos, lo cierto es que las colonias fenicias, en su búsqueda de los mejores emplazamientos, elegirían siempre que les fuera posible lugares con riqueza maderera, algo esencial tanto para la construcción como para su utilización en otras industrias, como la metalurgia o la alfarería. Además, no hay que olvidar que el papel preponderante de los comerciantes fenicios en el Mediterráneo se basaba en la posesión de una flota abundante que les permitía acceder a los focos de recursos y a los principales centros de mercado, y que precisaba de una reserva abundante de madera para su construcción y mantenimiento.

Por lo que respecta a la ganadería, en los enclaves fenicios destacan los ovicápridos, algo tradicional en la cabaña ganadera de la propia Fenicia. Estos animales serían particularmente importantes, puesto que con su pelaje abastecerían a la industria de tejidos teñidos de lujo.

En la Península Ibérica vemos un incremento de los bóvidos con respecto a la tradición fenicia, lo que muestra que los colonos supieron adaptarse a las condiciones del paisaje hispano, tan diferentes a las de su territorio de origen y que favorecerían la cría de este tipo de animales. Considerando el aporte cárnico de estos animales, mucho mayor que el de los ovicaprinos, tendrían un peso mayor en la dieta de los fenicios occidentales.

El cerdo no tiene mucha importancia entre los restos faunísticos estudiados para este período²³. Se ha llegado a hablar de una limitación religiosa a su consumo, pero lo cierto es que sí está presente en los asentamientos fenicios, si bien en una cantidad mucho más pequeña que los animales nombrados anteriormente. Tanto en Toscanos como en Doña Blanca se ha advertido una preferencia hacia el consumo de individuos muy jóvenes (Morales *et al.* 1995:534). Parece advertirse un incremento de la cría de cerdo a partir del siglo VI a.C., lo que podría relacionarse con la reestructuración económica que en ese período sufren las colonias fenicias hispanas y que podría haber llegado a afectar, según esto, a las preferencias ganaderas de los colonos.

Todos estos animales proporcionarían cuero. A ello se suma la lana, que sería un elemento importante para la elaboración de tejidos, los cuales se exportaban luego por todo el Mediterráneo. La carne de bovinos y cerdos, una vez convenientemente desecada, podría introducirse también en los circuitos comerciales.

También se advierte la presencia de gallinas y asnos, cuya cría no está documentada en la Península antes de la llegada fenicia, y que aparecen por primera vez en el Castillo de Doña Blanca y Toscanos (Iborra, Grau y Pérez Jordá 2003:39). La caza no supondría una actividad importante, estando este tipo de animales prácticamente ausentes de los yacimientos costeros. Sí parece algo mayor su incidencia en los asentamientos del interior, destacando a este respecto Tejada la Vieja, cuya muestra faunística, escasa, presenta una abundancia de ciervo (Morales *et al.* 1995:529).

También se tiende a valorar cada vez más la importancia de la industria de las salazones de pescado durante el período fenicio arcaico, frente a las viejas teorías que sólo consideraban esta actividad fundamental

²³ Excepto en el Cerro del Villar, donde representa el 82% de los restos faunísticos. No obstante, se ha señalado que esta cantidad no sería real, sino producto del método de cuantificación utilizado, que ha magnificado la muestra al aparecer los restos en conexión anatómica (Morales *et al.* 1995:528).

para la economía de estos asentamientos tras la reorganización del siglo VI a.C. No hay que olvidar que, para el período entre el siglo VIII y el VI a.C., el tipo de ánfora más común es el R1 (10.1.1.1. y 10.1.2.1. de Ramón), que en gran proporción debía servir para el transporte de estas conservas (Aguayo, Carrilero y Martínez 1991), si bien también para otros productos como aceite y vino. En Cádiz, los restos de este tipo de industria anteriores al siglo VI a.C. son escasos, como es el caso de las ánforas T-10.1.2.1 aparecidas bajo el antiguo Teatro Andalucía asociadas a restos de ictiofauna, lo que parece indicar que, aunque existente, esta industria no contaría aún con estructuras fijas que permitan una producción a gran escala (Bernal y Sáez Romero 2007:335-336). Restos semejantes parecen indicar una producción de conservas de pescado en el Cerro del Villar (Aubert 1992:306).

Esta actividad conservera exigiría también la existencia de una industria de extracción de sal, producto fácilmente accesible en las costas andaluzas y portuguesas²⁴. Esta actividad sería también muy destacada en el ámbito de La Fonteta, junto con la metalurgia de la plata, una zona muy rica en salinas que ya eran explotadas por los indígenas mediante rutas trashumantes (Mederos y Ruiz Cabrero 2000-2001: 16-20). Gracias a la construcción de estructuras que permitían la evaporación del agua marina, las salinas del Círculo del Estrecho podrían llegar a producir entre 30.000 y 50.000 toneladas anuales de sal, que tal vez incluso se exportase a zonas tan alejadas como el Mar del Norte y el Báltico, donde este recurso era difícil de obtener (Fernández Uriel 2000:346).

No hemos de olvidar que, como consecuencia de esta industria de transformación de productos agrarios, la producción a gran escala de ánforas de transporte fue una actividad muy importante para muchos de los centros

²⁴ En este sentido, Arruda (2005:295) ha resaltado la tradicional explotación de las salinas de las desembocaduras del Mondego y el Sado.

fenicios, a la que se unía la fabricación de vajillas de prestigio, que por sí mismas ya constituirían objeto de comercio.

Gadir, a pesar de que no ha ofrecido apenas evidencia arqueológica de los alfares de época arcaica, debió destacar como centro productor tanto de cerámica para el envase y transporte de otros productos, a la vista de la expansión de los productos realizados con pastas gaditanas, como de la cerámica de lujo de engobe rojo, que es posible encontrar en diversos puntos del Mediterráneo. Los alfares gaditanos elaboraban estas cerámicas de mesa según prototipos fenicios, con las tipologías propias de la vajilla fenicia. Por su valor como producto de lujo, debía ser un elemento importante en las transacciones con los indígenas, pues es frecuente encontrar este tipo de materiales cerámicos en las tumbas tartesias. Como veíamos antes, la cerámica gadirita es frecuente en los centros relacionados con la extracción de metales. Los mismos estudios muestran que esta cerámica que se importaría desde Gadir sería fabricada en el Castillo de Doña Blanca, donde se localizaría la industria alfarera gaditana²⁵.

La fabricación de ánforas será una de las principales actividades para muchos centros del área de influencia gaditana, destacando en ese sentido los asentamientos de la costa mediterránea andaluza, donde la fabricación de derivados agrarios se produjo a gran escala. Una característica propia de la producción cerámica del Sur peninsular es la presencia de esquisto como desgrasante en las pastas, un elemento que hace a estas producciones muy reconocibles (Vives-Ferrándiz 2005:126). Además, las pastas procedentes de los talleres gaditanos se caracterizan por la presencia abundante de nódulos de calcita y cuarzo, y por un núcleo de color gris o marrón oscuro (Ramón 1995:256). No obstante, sólo recientemente se ha comenzado a hacer estudios que permitan analizar la composición de las pastas y diseñar así el recorrido seguido por las cerámicas gaditanas.

²⁵ Algo que refuerza la idea propuesta por Ruiz Mata de que el Castillo de Doña Blanca era el gran centro industrial y comercial de la Cádiz fenicia.

Como hemos comentado, las ánforas de tipo 10.1.1.1. y 10.1.2.1. gaditanas servirían para el envasado de productos alimenticios, como vino, aceite o incluso conservas de pescado. Un caso notable sería la exportación del vino producido en las colonias de la Andalucía oriental, que nos indica una especialización de los centros productivos. Si bien algunos centros contaban con una importante producción cerámica, parte del vino sería transportado hasta Gadir en odres para ser envasado convenientemente, y sólo entonces estaba listo para acceder a los mercados internacionales. Este tipo de ánfora será el más habitual entre los siglos VIII y VI a.C., período en el que se mantiene prácticamente invariable, si exceptuamos ligeras variaciones en el grosor del borde (Florido 1984:420-421).

Algo característico del tipo 10.1.2.1. (Lám. 12), posterior en el tiempo al T-10.1.1.1., es que se aprecian más variantes que en el modelo anterior, lo que ha llevado a hablar de una proliferación de talleres en toda el área occidental (Ramón 1995:281), coincidiendo con la etapa de expansión económica que el mundo colonial occidental vive desde mediados del siglo VII a.C. Estas formas anfóricas serán imitadas por los indígenas del ámbito tartésico, que fabricarán sus propias ánforas para transportar sus productos siguiendo modelos fenicios.

Otro producto marítimo de capital importancia era la púrpura, extraída de la concha de determinadas especies de moluscos y utilizada para el tintado de tejidos, actividad en la que los fenicios destacaban especialmente. Tuvo que ser ésta una industria importante, dada la gran cantidad de moluscos y el complejo proceso de transformación necesarios para conseguir este apreciado tinte. La púrpura sería exportada tal cual, pero sobre todo se emplearía en la propia industria textil de las colonias donde se producía, buscando obtener un mayor margen de beneficios en una actividad que era prerrogativa casi exclusiva del pueblo fenicio. La pesca del múrex, el principal molusco del que se obtenía el tinte de púrpura, se extendería por las costas atlánticas, donde sería abundante, en particular en la zona

marroquí, pero continuando hacia el Norte, pudiendo llegar incluso hasta Galicia (Fernández Uriel 1995:47-48). Se han encontrado restos de estas conchas en Gadir, donde se presume que debió existir una fuerte industria textil, en Ibiza, en Villaricos y en Toscanos.

Además de estos productos de origen autóctono, no podemos dejar de mencionar que en la Península Ibérica existirían talleres donde se trabajarían materias primas de procedencia exterior. Es el caso del marfil africano. En Gadir²⁶ existirían talleres donde se trabajaba el marfil traído del Norte de África, siguiendo esquemas traídos de Oriente que aquí se simplifican, despojados del significado simbólico que tendrían en origen y reducidos a elementos decorativos que cobran nuevas interpretaciones adaptadas al mundo colonial. En general, los marfiles de estilo asirio, cuya estética es adoptada por los fenicios, gozaron de cierta popularidad como objeto de prestigio no sólo en Oriente, donde destaca su presencia asociada al palacio de Nimrud, sino en el resto del Mediterráneo (Lám. 13), pudiendo encontrarse ejemplares en Grecia e incluso en Etruria (Pisano 1999:16-17). No es de extrañar, pues, que los fenicios adoptaran este tipo de artesanía para abastecer a sus propios mercados.

Los motivos parecen inspirarse en las tallas de marfil y sobre todo en los cuencos labrados sirio-fenicios (Lám. 14), así como en la tradición egipcia (Niemeyer 2003:204), y se plasmaban mediante incisión o calados. Mayoritariamente aparecen representados animales, destacando el león, de estilo oriental, con cierto aire egipzante típico del arte fenicio, y el toro, un animal muy utilizado en las representaciones artísticas fenicias (Almagro Gorbea 2004:9), y cuya importancia queda remarcada por el simbolismo que supone que los altares presenten la forma de la piel de este animal.

²⁶ La distribución de los marfiles siguiendo la cuenca del Guadalquivir y su presencia en otros puntos del Mediterráneo parecen hablar a favor de la localización de una industria del marfil en la propia Gadir.

La mayor parte de los marfiles conservados corresponden a peines, aunque también se trabajaban placas destinadas a recubrir piezas de madera. Estos marfiles serían utilizados a menudo en el comercio con los indígenas, pues aparecen con frecuencia en contextos funerarios tartésicos, pero también se destinarían a la exportación al Mediterráneo, pues en Cartago (donde trabajaría otro taller de marfil) y Samos se han encontrado ejemplares que parecen producto del mismo taller hispano (Aubert 1979:50).

Por último, se ha apuntado que un recurso importante para los fenicios occidentales serían los esclavos, un comercio que pudo practicarse a gran escala (Moreno Arrastio 2000:170). Los textos clásicos, y en particular la información proporcionada por Homero en la *Odisea*, dan a entender que este tipo de comercio era practicado por los fenicios en el ámbito oriental, aunque no constituía su principal actividad. Partiendo de esa situación, no sería extraño que en Occidente continuaran con ella como una forma más de aprovechar los recursos del entorno. No obstante, el hecho de que se trate de un tipo de mercado que no deja restos arqueológicos evidentes hace que esta propuesta aún se encuentre dentro del terreno de lo hipotético. De todas formas, si consideramos esta posibilidad, estaríamos ante una actividad que presentaría importantes consecuencias para las comunidades indígenas, tanto para aquellas que comenzaran a practicar esta actividad para satisfacer la demanda fenicia, como para aquellas que sufrieran las incursiones.

5. LAS COLONIAS FENICIAS EN EL MEDITERRÁNEO CENTRAL.

La instalación pacífica (entendiendo como tal la ausencia de enfrentamientos armados a gran escala) de colonias fenicias es un fenómeno que veremos presente en el resto del Mediterráneo, de acuerdo con una red comercial que buscaba la expansión del mercado internacional. El Mediterráneo central, al igual que Occidente, se organizará de manera interna de manera jerárquica, constituyendo su propio círculo productivo dentro del ámbito más amplio del Mediterráneo colonial. No obstante, desde muy pronto uno de estos enclaves, Cartago, destacará sobre el resto en cuanto a crecimiento económico, desarrollando unas características propias que, con el tiempo, acabarán convirtiéndole en una de las mayores potencias de la Antigüedad.

Las islas del Mediterráneo central estarán inmersas, por su situación geográfica, en las líneas comerciales marítimas desde antes incluso de la fundación de enclaves coloniales en sus costas. Los antiguos navegantes micénicos y chipriotas ya habrían frecuentado estos territorios desde la segunda mitad del segundo milenio antes de nuestra era, incluyéndolos en las rutas comerciales internacionales de la Edad del Bronce. Por ello, la llegada de los fenicios habría estado precedida por un conocimiento bastante exacto de las mejores vías de comunicación y de los recursos disponibles en estas tierras.

Un hecho que caracteriza a la colonización fenicia en las islas del Mediterráneo central, y que la diferencia del Extremo Occidente, es la convivencia, en el mismo territorio, con elementos coloniales de origen griego desde fechas muy tempranas. La presencia activa de griegos y fenicios en los mismos territorios desmiente las viejas teorías que ven un

clima de competitividad entre ambos pueblos y presenta un panorama histórico en el que la colaboración sería la tónica dominante.

Los propios fenicios serán los encargados de difundir los primeros objetos griegos que vemos en los territorios del Mediterráneo central, fundamentalmente escifos eubeos del Geométrico Medio, que encontramos tanto en las islas (incluyendo los poblados indígenas), como en Etruria y el Lacio (Cabrera 2003:69-70), si bien pronto los griegos instalarán sus propias colonias. A pesar de ello, la instalación griega no degenera en una competencia por el comercio local, y el intercambio entre unas y otras colonias sigue presente, por lo que, en general, se puede hablar de una convivencia pacífica entre ambos grupos étnicos.

En Sicilia, la colonia de Motya (Lám. 15) se establece en una pequeña isla despoblada, pero pronto se asientan en ella un número notable de indígenas, ante las perspectivas económicas que ofrece la presencia fenicia, llegando la cerámica indígena a mano a alcanzar un 37% del total en los niveles más antiguos del *tophet* (Bondi 2005:21). Motya alcanzará un notable papel como puerto internacional que se manifiesta en las dimensiones del propio asentamiento, ya que llega a ocupar 40 hectáreas en el siglo VI a.C. (Martín Ruiz 2010:7), a mediados del cual se data la construcción del segundo puerto, artificial, de la ciudad. Su situación geográfica, en la intersección de las líneas marítimas hacia Occidente y hacia Oriente, la convertiría en la responsable de la redistribución de productos hacia otros puntos del Mediterráneo. En ese sentido, es una opinión generalizada que los productos del área del Estrecho alcanzarían el Mediterráneo oriental por medio de Motya, en un proceso que abarataría los costes del desplazamiento y permitiría a los comerciantes occidentales empresas más breves, con menos riesgo y con más capacidad de ganancia, al poder vender sus productos y obtener los que necesitaban en un puerto más cercano.

Tucídides (VI, 2, 6) nos cuenta que, antes del establecimiento de los griegos en la isla, los fenicios la ocupaban prácticamente en su totalidad, pero que después se concentrarán en Motya, Palermo y Solunto, en la parte occidental. Lo cierto es que tan sólo estos tres establecimientos ofrecen niveles de época arcaica, y parece que la población fenicia arcaica en Sicilia no fue tan numerosa como nos quiere dar a entender el texto de Tucídides (Gómez Bellard 1991:48). Habida cuenta de que no se produce una colonización agraria del territorio y que la ocupación de Sicilia será fundamentalmente urbana, no era necesario el desplazamiento de grandes contingentes de población. En parte, esta escasez poblacional ayudaría al entendimiento y la falta de conflicto con los colonos griegos durante este período.

La aparente división de la isla en una zona fenicia y otra griega no impedía el establecimiento de relaciones fluidas entre ambos pueblos, ya que objetos de procedencia griega aparecen con frecuencia en contextos fenicios, y viceversa. En Palermo, la cantidad de material griego en la necrópolis es tal que se ha llegado a proponer una población mixta de fenicios y griegos (Bondi, Botto, Garbati y Oggiano 2009:164). La convivencia con los griegos se materializará en cierta influencia helena sobre las formas cerámicas y la decoración. Por el contrario, la influencia fenicia sobre la zona griega no parece tan intensa, y se limita a la presencia de objetos, signos de un vivo comercio.

Del mismo modo, las relaciones con los indígenas son buenas, algo que en parte podemos achacar al nulo interés que los fenicios muestran hacia el control efectivo del territorio. Sicilia no posee una gran riqueza en recursos naturales, y su importancia viene por la situación estratégica que ocupa en el Mediterráneo central, cruce de las líneas marítimas hacia Occidente, el Norte de África y Etruria.

Las relaciones entre fenicios e indígenas basadas en el contacto con las élites quedan también claras en Cerdeña (Lám. 16), donde los primeros

objetos orientales, previos a la instalación permanente de colonias, aparecen en los poblados nurágicos, los recintos fortificados característicos de las poblaciones sardas del Bronce. Es el caso del asentamiento de Sant'Imbenia, cercano a los depósitos de hierro y plata de la región de Nurra (Bondi, Botto, Garbati y Oggiano 2009:194), donde aparecen cerámicas de engobe rojo en fechas muy tempranas y pronto se comienza a imitar las ánforas de transporte de tipo fenicio, como consecuencia de la inclusión del asentamiento en los circuitos comerciales internacionales controlados por los orientales (Hayne 2010:155-156). Hay que tener en cuenta que los habitantes de los *nuraghi* ya habían tenido contactos previos con navegantes orientales, como parece deducirse de la presencia de cerámicas micénicas datables en los siglos XIV y XIII a.C. (Ruiz de Arbulo 1998:30), lo cual sin duda contribuyó a unos primeros contactos mucho más fluidos con los navegantes fenicios.

En las zonas donde se produce la instalación de colonias también se aprecian el establecimiento de relaciones entre ambos grupos. El *tophet* de Sulcis presenta evidencias de núcleos familiares mixtos, a la vista de las cerámicas indígenas que aparecen mezcladas con las fenicias, una situación parecida a la que se da en las necrópolis de la isla (Bernardini 2008:571-572). Hay que señalar que la instalación fenicia, fundamentalmente costera, ocupa lugares donde apenas había población nurágica, que suele encontrarse en tierras del interior, las mejores para la agricultura, lo que, como decíamos, en parte explica la ausencia de conflicto entre ambas poblaciones.

En Cerdeña se realiza una colonización muy dirigida al aprovechamiento de todos los recursos del territorio. A la abundancia de terrenos aptos para la agricultura se une la presencia de minas de hierro y de plomo argentífero (Gómez Bellard 1991:51), muy deseado porque facilitaba el proceso de copelación de la plata, al hacer innecesaria la adición de plomo durante el proceso. Este interés por la explotación de recursos explica que en Cerdeña se aplicara un patrón de poblamiento diferente al de Sicilia,

con abundancia de centros costeros y rutas que llevaban a las fuentes de materias primas del interior. La Arqueología revela que la isla se encontraba inmersa en las rutas comerciales del Bronce Final, por lo que es probable que los fenicios tuvieran conocimiento de sus riquezas mucho antes de instalarse en ella.

Al igual que en la Península Ibérica, los fenicios obtendrán los recursos del interior fundamentalmente mediante el intercambio con las poblaciones locales, lo que incidirá también en una orientalización de su sociedad. De igual manera que en Occidente, serán los sectores dominantes de las comunidades sardas las principales beneficiarias de este intercambio, logrando asentar las bases de un poder de tipo aristocrático.

Sólo a finales del siglo VII a.C. parece surgir un interés genuino por controlar directamente los recursos del interior, lo que se ha relacionado con la destrucción de algunos centros indígenas y la fundación de otros fenicios (González Wagner 2007a:127), como Olbia y Cagliari. Esta situación podría estar en la raíz de los ataques detectados sobre enclaves fenicios de la isla en el siglo VI a.C.

La primera colonia fenicia de la isla es Sulcis (Sant'Antioco), situada en un islote frente a la costa suroeste, un enclave que será de vital importancia en las rutas que conectan el Mediterráneo central con otros puntos de Occidente y Oriente. Sulcis ha ofrecido las estructuras arqueológicas más antiguas de la isla, con materiales de la primera mitad del siglo VIII a.C. No obstante, la estela de Nora, que se ha datado en diversas fechas entre el siglo XI, el IX y el VIII a.C., se ha considerado la prueba de una frecuentación fenicia, con un posible santuario, en la zona. A pesar de ello, no han aparecido en Nora otros indicios arqueológicos que apunten a fechas tan altas. De hecho, la frecuentación del área en fechas antiguas y la existencia de un lugar sacro no tiene por qué indicar necesariamente una fundación colonial, cuyos primeros restos arquitectónicos corresponderían a finales del siglo VII a.C., en consonancia con las primeras sepulturas (Botto

2007:110-111). Hay un texto de Pausanias (X, 17, 5) que afirma que Nora fue la primera ciudad de la isla, fundada por gentes de Iberia, una afirmación que ha sido reforzada por algunos autores en base a la estela de Nora, ya que algunas traducciones de la inscripción incluyen una referencia a Tarsis, que fue tomada como prueba de su mayor antigüedad:

«[...] en Tarshish,
y fue conducido a Sardinia. Él está a salvo. A salvo
está la tripulación de la
“Reina”. Monumento
Que el heraldo ha construido
Para Pummy²⁷»

La pérdida de dos líneas al comienzo de la inscripción dificulta tanto su traducción como su interpretación. Sin embargo, hoy se tiende a ver en ese dato una prueba de la importancia de Nora en la ruta hacia Occidente (Botto 2011:38) y de la frecuentación precolonial de la zona, más que el testimonio de una fundación occidental.

A pesar del marcado carácter comercial de Sulcis, se aprecia también un notable interés por la explotación agrícola, como demuestra la ocupación de la cercana Monte Sirai, que permitía a los habitantes de Sulcis ejercer un control mucho más efectivo sobre el territorio (Domínguez Monedero 2003:25), rico en terrenos cultivables. Es en esta zona sur de la isla donde se observa una colonización más intensiva, con pequeños poblados que controlan un territorio más extenso, bajo la autoridad de Bithia, Nora y Karalis. En el centro occidental destaca por su tamaño e importancia Tharros, que en el siglo VII a.C. experimentará un importante crecimiento, como parece demostrar la inauguración de la necrópolis de San Giovanni di

²⁷ Adaptación al castellano a partir de la traducción realizada por Lipinski (2004:238).

Sinis, situada al Norte del primitivo asentamiento, y la fundación del enclave de Othoca al otro lado de la bahía del Oristano (Van Dommelen 2005:127).

Este tipo de establecimientos exige la presencia de un número de colonos considerable, por lo que ya no estaríamos hablando de los mercaderes y artesanos propios de las primeras fases colonizadoras, sino de un contingente poblacional amplio y diverso que incluiría individuos de todas las clases sociales. Es probable que las colonias sardas se convirtieran en el destino de muchos agricultores afectados por la presión asiria en la costa fenicia.

Los intereses comerciales de los fenicios no tardarán en dirigirse hacia Etruria, fácilmente accesible desde la corta oriental de Cerdeña y la costa norte de Sicilia. Ya desde el siglo VIII a.C. abundan los objetos de origen oriental entre los ajuares de las necrópolis de Tarquinia, Visentium o Volterra, y se aprecian penetraciones hacia el interior fruto del propio comercio local etrusco (Muñiz Coello 1974:111-112). Estas penetraciones se han relacionado con el surgimiento del fenómeno orientalizador en Etruria.

El comercio entre las colonias de las islas centromediterráneas y la Península Ibérica estará presente desde las primeras etapas de la colonización fenicia. En ese sentido, parece que existe una continuidad entre las rutas comerciales del Bronce Final y las del Hierro, lo que es una prueba más del aprovechamiento que los fenicios hacen de los circuitos de intercambio preexistentes. Las excavaciones de la calle Méndez Núñez de Huelva han revelado una importante cantidad de cerámica de importación sarda de tradición nurágica datable en el siglo IX a.C., asociada con las cerámicas fenicias (Botto 2011:40), lo que demuestra que el papel de Cerdeña como escala previa de los navegantes que se dirigían al Extremo Occidente estuvo presente desde los primeros momentos de la colonización. En La Fonteta se han localizado piezas de vajilla fina de alta calidad,

algunas con engobe rojo y otras pintadas, que han sido consideradas procedentes de Sulcis (González Prats 2008:72).

La gran colonia fenicia del Mediterráneo central será Cartago, en la costa de la actual Túnez. Su importancia en los siglos venideros, y sobre todo sus conflictos con Roma por el control del Mediterráneo, hicieron que muchos autores clásicos se ocuparan de escribir sobre la ciudad, prestándole particular importancia a su fundación. La leyenda de la princesa Elisa-Dido, transmitida en su versión más conocida por Justino (XVIII, 4-5) y Flavio Josefo (*C.Ap.* 1, 125), supone el relato más conocido al respecto. Narra cómo, tras el asesinato de su esposo, sumo sacerdote de Melkart, por su hermano Pygmalión, rey de Tiro, Elisa huye de la ciudad con un grupo de aristócratas contrarios al monarca. Tras una parada en Chipre, donde cuentan con el apoyo del templo de Astarté, acaban llegando al Norte de África, a una región cercana a la colonia de Utica (que también les presta su apoyo), donde fundarán la ciudad.

Dentro de la diversidad de noticias de los autores grecorromanos sobre el año de establecimiento de la ciudad, Timeo sitúa la fundación de Cartago 38 años antes de la primera olimpiada, es decir, en el año 814-813 a.C., que suele ser la fecha más aceptada por los investigadores. Sin embargo, los restos más antiguos hallados por la arqueología serían cerámicas euboicas de mediados del siglo VIII a.C., si bien dataciones recientes de C-14, realizadas sobre restos de ganado aparecidos en la zona de Bir Massouda, ofrecen fechas algo más antiguas que se aproximarían mucho a la fecha tradicional (Docter *et al.* 2007:91-92).

La ciudad se asentaba sobre varias colinas, siendo la de Byrsa el lugar donde se ubicaba el núcleo político y religioso según las fuentes clásicas (Lám. 17), si bien nos resulta poco conocido por las remodelaciones de época romana. La arqueología, sin embargo, ha localizado el núcleo primitivo de la ciudad en un sector costero de unas 25 hectáreas encuadrado entre la colina de Byrsa y la de Juno (Ramón 1991:36). Se han localizado

diversas zonas de enterramiento, residenciales e industriales, destacando una amplia área dedicada a la metalurgia del hierro situada al Sur de Bir Massouda, alejada unos 90 metros de las viviendas más cercanas (Docter *et al.* 2007:96). Las necrópolis arcaicas se sitúan, siguiendo la tradición fenicia, fuera de los límites de la ciudad, en puntos altos aprovechando las elevaciones de Byrsa, Juno y Douimes. No obstante, el crecimiento de las áreas sepulcrales y de la propia ciudad llevaría a que esa distancia se recortara. Parecido sería el caso del *tophet*, otro de los centros emblemáticos del culto religioso, que existiría desde el siglo VIII a.C., y en época arcaica se situaría alejado del núcleo de la ciudad.

Desde las primeras décadas tras su fundación, Cartago funcionaría como puerto de comercio internacional, recibiendo productos de todos los puntos del Mediterráneo, para lo que su posición geoestratégica en mitad de las rutas entre Oriente y Occidente resultaría fundamental. Desgraciadamente, las remodelaciones de época romana no permiten tener testimonio arqueológico de la infraestructura portuaria de la ciudad, que sólo nos es conocida a través de los textos. Estrabón (XVII, 3, 14-15) nos habla de dos puertos, uno exterior dedicado al comercio y un puerto artificial, o *cothon*, interior y de forma circular, que se uniría al anterior mediante un canal y que estaría destinado a las naves de guerra.

Las cerámicas griegas aparecen casi desde su fundación, posiblemente llegadas a través de la misma ruta fenicia por la que también arribaron a la Península Ibérica. Se trata de vasos medio y tardogeométricos y protocorintios entre los que los elementos eubeos destacan por su abundancia (Ramón 1991:35). Por otra parte, no hay que olvidar la estratégica situación de Cartago frente a las islas centromediterráneas, que pronto le permitirían establecer contacto comercial directo no sólo con las colonias fenicias allí instaladas, sino también con las griegas, en una situación que contrasta con las luchas que se darán en el siglo VI a.C. por el

control de la zona, que se saldaron con la victoria cartaginesa y el dominio púnico sobre las islas.

Por lo que respecta a Occidente, las ánforas del Círculo del Estrecho (las conocidas T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1) suponen un 6% del total ya en el tercer cuarto del siglo VIII a.C., para crecer hasta un 20% a comienzos del siglo VII (Mansel 2011:70). Esto nos da una idea del papel de Cartago no sólo como puerto comercial entre Occidente y Oriente, sino también como consumidora. Al igual que la metrópolis de Tiro, la imposibilidad de mantener a su población sólo con lo producido en su hinterland, de pequeño tamaño durante la época arcaica, convertiría a Cartago en destino final de productos de consumo procedentes de Occidente y de Cerdeña.

Del mismo modo, en las colonias hispanas han aparecido ánforas procedentes de Cartago. Los tipos anfóricos cartagineses hallados en nuestro territorios son el T.3.1.1.1 y T-3.1.1.2, de mediados del siglo VIII y primera mitad del VII a.C., y los T.2.1.1.1 y T.2.1.1.2, ya de finales del siglo VII y mediados del VI a.C. (Mansel 2011:70). Su distribución parece haber sido amplia, alcanzando no sólo a Gadir, sino también a centros secundarios como La Fonteta (González Prats 2008:70). El tipo 2.1.1.2 (Lám. 18) será un modelo que cuente de particular éxito, al fabricarse también en Sicilia y Cerdeña, posiblemente a raíz de la creciente influencia de Cartago en la zona.

Pero Cartago no es el único referente y la influencia del comercio occidental alcanza también a los tipos anfóricos. Al final de la época arcaica nos encontramos con ánforas fabricadas en los enclaves del Mediterráneo central que presentan formas que parecen inspiradas por el T-10.1.2.1 occidental. Serían los tipos 1.1.1.1, 1.1.2.1, 1.1.2.2 y 13.2.1.1 (Mansel 2011:70), fabricadas en centros de Sicilia y Cartago desde finales del siglo VII y durante la primera mitad del VI a.C., y el T-1.2.1.2, fabricado en centros sardos durante los dos primeros tercios del siglo VI a.C. (Ramón 1995:167-168). Gras llegó a relacionar las ánforas vinarias etruscas de ese

período con las ánforas fenicias ovoides del siglo VII a.C. (Oliver Foix 2008:137), es decir, con las T.10.1.2.1.

Resulta curioso que estos tipos anfóricos comiencen a fabricarse en el ámbito centromediterráneo precisamente cuando el comercio con Occidente comienza a decaer. Tal vez nos encontremos ante un intento de suplir la carencia de productos occidentales, que empiezan a llegar con mayor rareza, con manufacturas locales. En ese sentido, este dato resulta de particular interés por cuanto indicaría que los productos occidentales seguían gozando de popularidad en las colonias del Mediterráneo central, por lo que su rarificación en el siglo VI a.C. no obedecería a un cambio en los patrones de consumo de estas colonias, sino a un cese de producción en el propio Occidente.

III. LA IDENTIDAD COLONIAL FENICIA

La sociedad fenicia colonial, entendida desde el punto de vista cultural y social, supone un objetivo fundamental para la investigación actual sobre el fenómeno del colonialismo. El sentimiento identitario de los colonos orientales es parte esencial a la hora de analizar las relaciones que se establecen con los habitantes indígenas de las regiones en que se asientan. Por esta razón, en este capítulo se pretende ahondar en las costumbres y formas de vida propias de los fenicios occidentales, analizando los marcadores arqueológicos que les caracterizan, para proceder posteriormente al planteamiento de los efectos que dichos rasgos identitarios podrían tener en sus relaciones con las comunidades indígenas.

Hay que tener en cuenta que el contacto con los indígenas de las diversas regiones mediterráneas conllevaría una evolución de algunas de sus costumbres y formas de vida. Poco a poco, la sociedad colonial iría desarrollando rasgos propios que la diferenciarían de la que habían dejado en Oriente, conformándose una identidad colonial propia en la que se encuadrarían los modos de vida de los colonos asentados en Occidente. Esta evolución, que arqueológicamente sólo podemos ver en la cultura material, como en el caso del desarrollo de formas locales de cerámica con amplia diferenciación regional que podemos observar sobre todo a partir de mediados del siglo VII a.C. (Peserico 1999:131), se produciría también a nivel ideológico. Es por ello que, bajo los presupuestos del Postcolonialismo, la sociedad colonial debe ser analizada primeramente en términos locales, más que como un proceso suprarregional (Van Dommelen 2002:142).

Por otra parte, dentro de la propia sociedad colonial podemos apreciar rasgos diferenciadores que nos hablan de una heterogeneidad de sus miembros. Durante décadas, la investigación tendió a ver la cultura fenicia colonial como un bloque homogéneo, valorado cualquier manifestación arqueológica diferente como parte de la cultura local orientalizante (Álvarez

Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:171). Sólo en tiempos muy recientes se ha prestado mayor atención a las diversas identidades étnicas que podían agruparse dentro del conjunto de los colonos occidentales, a pesar de las dificultades que este tipo de estudios presentan al ocuparse de elementos que no siempre dejan rastro en el registro arqueológico.

En ese sentido, la reinterpretación que se ha hecho de algunos yacimientos calificados en su día de tartésicos, y que hoy han pasado a considerarse fenicios, ha permitido presentar un panorama mucho más rico, en el que existen diferentes manifestaciones culturales dentro de una misma sociedad colonial.

1. ORIGEN Y DIVERSIDAD DE LOS COLONOS.

Aunque se acepta de manera generalizada que Tiro fue el motor de la colonización, mucho se ha especulado sobre la diversidad de orígenes de los colonos llegados a Occidente. Es por ello que, aunque se sigue utilizando por tradición y unicidad semántica, también en este trabajo, el término “fenicio” para calificar todo lo relativo a los colonos que se establecerán en el Mediterráneo occidental en este período, sería más adecuado referirse a ellos como “orientales”, pues no todos procederían de las ciudades-Estado fenicias.

En ese sentido, Moscati marcó varios puntos que, en su opinión, permitían establecer una identidad fenicia: procedencia de una misma área geográfica, compartir la misma lengua y haber experimentado los mismos procesos histórico-culturales (Lancellotti y Xella 2004:115). Estos marcadores serían los que han permitido a los investigadores del Mediterráneo antiguo referirse a los fenicios como conjunto. No obstante, esta misma tendencia a agrupar bajo un título homogéneo las diversas identidades que se dieron cita en la empresa colonizadora fenicia, en base a unos pocos elementos comunes, hace que, más que sencillamente transformar esta etiqueta en una categoría artificial útil para la investigación, se haya tendido a aceptar realmente esa homogeneidad como un hecho, no como una construcción histórica.

Es por ello que hay que tener en cuenta que, ya en la propia Fenicia, no existía entre sus gentes conciencia de pertenecer a una misma nación. A pesar de los rasgos culturales que tenían en común, cada ciudad-estado fenicia conservaba una independencia política que se plasmaba en el sentido identitario de sus habitantes. Es sabido que fueron los griegos quienes observaron en los mercaderes procedentes de esta zona unos modos de vida comunes que les permitió agruparlos bajo el término griego de *phoniké*, en

referencia al color rojo de sus famosas telas tintadas, pero los fenicios nunca se denominaron a sí mismos de este modo.

No obstante, a pesar de la división política, los habitantes de las ciudades fenicias no dejarían de ser conscientes de los elementos culturales y sociales que tenían en común. Ello nos lleva a la existencia de un sentimiento de pertenencia supraestatal que no se relaciona con las divisiones políticas, la consideración de ser *cana'ani* o cananeos, que aparece en las cartas de Amarna y en la *Historia de Fenicia* de Sanchuniaton recogida por Filón de Biblos (López Castro 2004:156). Este sentimiento de pertenencia a una cultura común viajaría con las gentes fenicias hasta sus colonias occidentales. San Agustín nos relata, en una época tan tardía como los comienzos del siglo V d.C., que los campesinos de la región de Hipona aún se consideraban cananeos.

Así, ante la división política de Fenicia, los textos clásicos²⁸ resaltan el origen tirio de los fundadores de Gadir, presentándoles además como los primeros orientales en llegar a las costas de la Península Ibérica. Las investigaciones arqueológicas han tendido a reforzar la atribución de la empresa colonial a los tirios, observando los paralelismos que las cerámicas fenicias peninsulares más antiguas muestran con las de Tiro. No obstante, hay que señalar que los trabajos arqueológicos en Tiro han sido más intensos, mientras que es poco lo que conocemos de otras ciudades fenicias como Sidón (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:87), lo que dificultaría identificar la presencia de sus ciudadanos en las colonias hispanas.

Partimos de la base de que Tiro, incluso contando con el resto de ciudades fenicias, difícilmente estaría dotada de un excedente de población lo suficientemente amplio como para dotar de habitantes a todas sus colonias mediterráneas. En ese sentido, Mederos Martín (2003-2004:125) ha señalado la más que probable intervención de toda una serie de ciudades del

²⁸ Fundamentalmente Estrabón (III, 1, 5), Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 3) y Pomponio Mela (III, 6, 46).

litoral levantino y de Chipre que no quisieron perder su oportunidad en la gran aventura de la colonización de Occidente. Las circunstancias políticas de Oriente y el nuevo mundo de oportunidades que se abría en las colonias debieron servir de acicate para que una amplia diversidad de gentes orientales decidiese unirse a la empresa fenicia.

Algunos autores han señalado, a la vista de los nuevos hallazgos que retrotraen la presencia fenicia en Huelva hasta finales del siglo X a.C. (González de Canales, Serrano y Llompart 2004:197; 2008:642), que el predominio tirio para esta época no está tan claro y que, por tanto, el papel de otras ciudades fenicias como Sidón debió ser mucho mayor en las primeras navegaciones hacia Occidente (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:88), como parecen demostrar los paralelismos entre las primeras importaciones fenicias en Occidente y la artesanía propia de Sidón (Gubel 2006:87). También se ha señalado el papel que en el comercio del Mediterráneo oriental tendrían las ciudades filisteas, e incluso se ha llegado a señalar que colonias como Gadir o Lixus serían fundaciones filisteas que Tiro conquistaría militarmente a lo largo del siglo VII a.C. (Garbini 2001:42-43). Si bien no podemos compartir esta afirmación, sí da una idea de las nuevas líneas abiertas en los estudios sobre la identidad del elemento colonial fenicio.

Existen diferencias en materiales como las cerámicas o incluso en los tipos de enterramiento, como veremos más adelante, que apoyan esta diversidad étnica de los colonos. En este tipo de evidencias se apoyó Alvar (1999b:384) para proponer un origen de determinados sectores de la comunidad colonial en el Norte de Siria y Chipre. En general, y a medida que se va profundizando en este tipo de estudios, se tiende a aceptar que, independientemente del papel impulsor que tradicionalmente se le otorga a Tiro, la aventura colonial fenicia contó con la colaboración de otras ciudades de su entorno, llegando a compararse esta empresa conjunta con la

llevada a cabo por las colonias griegas en la Magna Grecia (Almagro Gorbea 2005:24).

Sin embargo, resulta más difícil afinar qué elementos orientales estaban presentes en cada una de las colonias. La convivencia de elementos comunes, junto con la propia evolución de la cultura colonial como una línea aparte de la metropolitana, dificulta enormemente la asignación cultural de cada colonia. Esta situación se debe a que la cultura fenicia es esencialmente integradora. La adopción de formas estéticas, costumbres e incluso elementos religiosos de otras culturas es un rasgo esencial del mundo fenicio oriental. Por otra parte, no es desdeñable la influencia que la cultura fenicia tuvo sobre otros pueblos del Levante, impregnando su cultura material.

Se ha apuntado que, frente al carácter más fenicio continental de asentamientos como Morro de Mezquitilla o Chorreras, Toscanos presenta algunos materiales, en particular cerámicas pintadas, que parecen señalar a un origen chipriota de sus habitantes (Negueruela 1979-1980:350). La investigación ha tendido a destacar el elemento chipriota como parte fundamental de la empresa colonial, algo que no carece de fundamento si tenemos en cuenta que la isla sería la cabeza de puente para la expansión hacia el resto del Mediterráneo.

Más difícil aún parece relacionar los testimonios arqueológicos de los yacimientos occidentales con las diferentes ciudades-Estado fenicias. En algunos casos se ha recurrido a la toponimia para apuntar uno u otro origen (Lipinski 1984). Es el caso de Asido, la actual Medina Sidonia, cerca del Castillo de Doña Blanca²⁹ y Cádiz, en cuyo topónimo se ha querido ver un

²⁹ Se ha llegado a proponer que el antiguo solar de Asido sería el propio asentamiento del Castillo de Doña Blanca, a la vista de algunos restos que apuntarían hacia el culto a Eshmun, y que su población se trasladaría a Medina Sidonia tras los sucesos bélicos de la Segunda Guerra Púnica (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:89-92). Estos autores refuerzan así su teoría de que Gadir no pudo ser fundada por los tirios en las fechas dadas por los autores clásicos (*ca.* 1103 a.C.), ya que por entonces sería Sidón la ciudad hegemónica en Fenicia (*op. cit.*: 97).

origen sidonio de sus habitantes (Escacena, Montañés, Ladrón de Guevara y Perdigones 1994:190 y ss.). Su fundación, en la primera mitad del siglo VII a.C., coincide con los años posteriores al cerco a Sidón del monarca asirio Senaquerib (705-681 a.C.), lo que explicaría un exceso de refugiados sidonios que quizás hubieran podido refugiarse en Occidente, pero lo cierto es que los materiales hallados son demasiado escasos como para asegurar la presencia fenicia en el poblado.

En el caso de Sidón hemos de tener en cuenta que esta ciudad compartió con Tiro varios avatares políticos, llegando a tener incluso una monarquía conjunta a partir de Ithobaal I (887-856 a.C.) que se prolongará hasta el 721 a.C. Lo cierto es que Sidón sufrió más presión militar de Asiria, llegando a ser atacada en varias ocasiones. En esas circunstancias, parte de la población sidonia buscaría refugio en otras ciudades fenicias, entre las cuales Tiro sería una elección preferente por su importancia y por las estrechas relaciones políticas que en algunos momentos de su Historia mantuvo con Sidón.

Al respecto, hay que señalar que existe un pasaje de Justino (XVIII, 3, 5) en el que informa de que Tiro había sido fundada por los sidonios un año antes de la caída de Troya. Evidentemente, esta noticia no se refiere a una auténtica fundación, puesto que Tiro ya existía en esas fechas, aunque en época de Justino los avatares históricos de Tiro ya se encontrarían muy desdibujados, sino a una refundación tras un posible saqueo que algunos autores han querido relacionar con posibles ataques de los Pueblos del Mar. Lo cierto es que Tiro no ha ofrecido niveles de destrucción para ese período, lo que ha llevado a Tsirkin (1998:180) a interpretar este texto como testimonio de una presencia de refugiados sidonios en Tiro, que con el tiempo sería recordada como una refundación de la ciudad. De ser esto así, nos encontraríamos ante la huella que, en un texto muy posterior, dejó una de estas oleadas de refugiados sidonios, cuyo recuerdo posiblemente se debiera a la dimensiones de esta inmigración.

En nuestra opinión, estos refugiados sidonios en Tiro serían con seguridad un porcentaje importante de los emigrantes que buscarían un futuro mejor en las colonias occidentales, dado que Tiro no tendría la capacidad de mantener estos aportes poblacionales de otras ciudades en su propio territorio, tanto por las dimensiones de la propia ciudad, que en este período se encuentra reducida al territorio insular, como por lo reducido de su hinterland, que impediría el desarrollo de una agricultura a gran escala.

Por otra parte, y aunque su pista es aún más difícil de localizar, no hemos de excluir la posible presencia, aunque a menor escala, de personajes procedentes de otras ciudades orientales no fenicias. A este respecto, conocemos por los textos bíblicos las empresas comerciales conjuntas que Tiro e Israel llevaron a cabo. Si los fenicios aprovecharon estas aventuras comerciales como plataforma para la fundación de colonias, no tendría sentido excluir a los personajes hebreos que podrían haberles acompañado en la empresa y decidir de igual manera permanecer en Occidente.

Del mismo modo, aquellos pueblos que mantuvieran relaciones cordiales con las ciudades fenicias podrían generar cierto movimiento migratorio hacia ellas, dependiendo de las circunstancias políticas y económicas de sus lugares de origen, y en última instancia parte de esos inmigrantes podrían haber decidido emprender la aventura colonial, de igual manera que los refugiados sidonios. En ese sentido, se ha señalado la presencia de antropónimos de raíz hebrea, filistea y moabita en grafitos aparecidos en Mogador (López Pardo y Mederos 2008:309-311). De todas formas, la huella arqueológica de la posible presencia de estos orientales no fenicios es muy débil, de lo que hemos de inferir que su número no fue grande y que sus costumbres tendieron a diluirse en el tejido dominante de creencias e ideologías comunes a los habitantes de la región fenicia. En todo caso, serían necesarios análisis más profundos del material arqueológico para poder establecer conclusiones firmes sobre este tema.

Así pues, seguimos apoyando la preeminencia de Tiro como impulsor estatal de la colonización, pero teniendo en cuenta que el colectivo humano que formaría parte de esa empresa procedería en muchos casos de otras ciudades del entorno fenicio, y quizás incluso de otros ámbitos de Oriente Próximo. En ese sentido, hay que destacar que la presencia de enclaves fenicios distribuidos por todo el Mediterráneo supondría posiblemente la existencia de una “población volante”, que acabaría llegando a las colonias occidentales desde otras situadas en el Mediterráneo central y oriental. Estaríamos hablando de personajes de origen oriental, pero portadores ya de su propia cultura colonial generada en los diferentes enclaves fenicios del Mediterráneo. La cultura colonial, como hemos visto, tiende a alejarse progresivamente de la cultura de la metrópolis al seguir una evolución diferente. Estos orientales procedentes de otros lugares del Mediterráneo tendrían la misma base cultural, pero añadirían características propias acuñadas en sus respectivos entornos coloniales.

Así pues, del mismo modo que ya hemos destacado el papel que los fenicios de Chipre parecen haber tenido en la colonización de Occidente, a la vista de determinados rasgos culturales y artísticos propios de esta isla, y que no encontramos en la metrópolis tiria, que parecen haber ejercido cierta influencia en la cultura de los fenicios occidentales, es muy posible que gentes de origen fenicio, pero procedentes de otros entornos coloniales del Mediterráneo, acabaran por formar parte de la población de las colonias occidentales.

Se ha señalado la presencia de cerámicas de origen sardo e itálico entre los restos más antiguos hallados en la ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2006:13-29), lo que nos muestra que las relaciones entre los diversos sectores coloniales del ámbito fenicio tienen su origen en épocas muy tempranas de la colonización. Es probable que, junto con el tráfico de objetos, también existiera un movimiento de población que implicaría que algunos habitantes de las colonias centromediterráneas

acabaran instalándose en los enclaves occidentales, si las oportunidades de negocio así lo requerían.

En definitiva, nos encontramos ante un panorama en el que las colonias del Mediterráneo occidental no sólo contarían con la presencia de personajes orientales de muy diversas procedencias, sino también con gentes cuya herencia cultural proviene de otros ámbitos coloniales de raíz fenicia.

A toda esta diversidad étnica y cultural hay que sumar la diversidad social de los individuos asentados en las colonias occidentales. Historias como la de Elisa y la Arqueología nos muestran la presencia de personajes de alto rango social al frente de la aventura colonial, quienes ocuparían los principales cargos políticos y religiosos en las nuevas ciudades. Su posición social vendría determinada por su vinculación a la clase dominante de las ciudad de origen, a la que representan en los nuevos territorios, pero en ocasiones esta migración de elementos aristocráticos podría deberse a la existencia de fricciones y tensiones políticas que obligaran a estos grupos aristocráticos a abandonar su ciudad de origen, ya sea por el miedo a las represalias o por la imposibilidad de mantener su posición social en la metrópolis. Además, como se ha señalado para el caso de Cartago, sólo una clase aristocrática sería capaz de desplegar la dinámica política necesaria para la evolución y expansión de la ciudad (Niemeyer 1989:29), a través del establecimiento de instituciones que regulen la vida de la colonia y adopten las medidas políticas y económicas necesarias para su crecimiento.

Pero no todos los individuos llegados al lejano Occidente serían aquellos «príncipes mercaderes» de los que hablaba Isaías. Como ha señalado López Castro (2005:406), la colonización fenicia reproduciría una sociedad de clases oriental encabezada por personajes de rango aristocrático. Así pues, junto a los dirigentes de las primeras exploraciones, representantes del Estado tirio y encargados de organizar la empresa colonial en torno a la autoridad del templo, también viajarían artesanos, mercaderes privados procedentes tanto de la metrópolis como de otras zonas del mundo colonial,

campesinos y, en general, todo tipo de gentes dispuestas a buscar una oportunidad en las nuevas tierras. Con el tiempo esta situación se mantendría, y las colonias se convertirían en un destino deseable para refugiados de otras ciudades orientales y campesinos acuciados por la escasez de tierras.

El estudio de las diferencias sociales dentro de las colonias fenicias no está exento de dificultades, sobre todo si tenemos en cuenta que las necrópolis coloniales, la principal fuente de información sobre diferenciación social, no representan a la totalidad de la población, aunque el enterramiento en ellas representa en sí mismo un factor de estatus. Sí se han podido apreciar diferencias arquitectónicas entre las viviendas de algunos centros fenicios como Toscanos, donde algunas residencias destacan por su tamaño y calidad frente a otras, caso del edificio H y otros en los alrededores del conocido edificio C, o Morro de Mezquitilla, donde al gran tamaño y numerosas habitaciones de las viviendas construidas en la primera fase se une una perfecta planificación urbana. Por otra parte, hay que tener en cuenta que no todos los personajes de alto rango llegados a Occidente serían aristócratas provenientes de Tiro, sino que es posible que las colonias se convirtieran en una alternativa válida también para las élites de otras ciudades orientales que podrían sufrir problemas, ya de índole política o militar, en sus lugares de origen (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:193). Es por ello que es posible apreciar diferencias en la cultura material, particularmente en las necrópolis, entre los objetos de lujo vinculados a unos asentamientos u otros.

Evidentemente, en parte es posible observar una diferencia de estatus entre unas colonias y otras. Aquellos enclaves más antiguos que ha sido posible excavar en cierta extensión suelen presentar, en general, zonas residenciales bien planificadas, ya que sería en ellas donde se asentarían desde un comienzo las clases dirigentes de la sociedad colonial. Por el contrario, los habitantes de enclaves de fundación más reciente, destinados a

abrir nuevas rutas y situados en zonas alejadas del centro neurálgico que supone el Sur de Andalucía, serían gente de una extracción social inferior a los que les esperaban condiciones de vida y trabajo más duras que las presentes en las antiguas colonias. No apreciamos artículos de lujo entre los habitantes del enclave estacional de Mogador ni entre los fundadores de Sa Caleta, cuya escasa planificación urbana y sus viviendas de pequeño tamaño (González Wagner 2005a:158) encajan bien con la idea de un centro de avanzada para la expansión comercial. En estos centros no llegarían a asentarse los miembros de las élites coloniales, que residirían en enclaves de mayor tamaño e importancia económica, sino que su población estaría formada fundamentalmente por los propios trabajadores y comerciantes encargados del funcionamiento de estos asentamientos. La necrópolis de Puig des Molins confirmaría este aspecto, pues sus incineraciones, depositadas en urna o directamente en cavidades excavadas en el terreno, presentan ajuares prácticamente inexistentes (Costa y Fernández 1995:298).

2. MANIFESTACIONES ARQUEOLÓGICAS DE LA SOCIEDAD

FENICIA.

El estudio de las sociedades antiguas, en particular de aquellas que no han dejado testimonios literarios, reviste gran dificultad porque sólo contamos con los restos conservados de la cultura material para tratar de comprender el trasfondo ideológico de estas comunidades. En el caso de los fenicios occidentales, a pesar de tratarse de un pueblo que conocía la escritura, tan sólo conservamos algunos epígrafes de escasa extensión. Así pues, la mayor parte de la información que poseemos sobre las tradiciones, creencias y modos de vida de los habitantes de las colonias occidentales procede de textos grecolatinos, de fechas muy posteriores a esta etapa y que ofrecen una visión mediatizada por sus propios prejuicios culturales.

Es por ello que el estudio de la cultura material se convierte en el principal medio para acceder al conocimiento sobre los aspectos sociales e ideológicos de los fenicios occidentales. Los objetos, como agentes físicos de la cultura, son el reflejo de la sociedad que los creó y los utilizó. En las siguientes páginas pasaremos a analizar aquellos aspectos culturales que son más fácilmente rastreables a través del trabajo arqueológico y que creemos fundamentales para entender los rasgos que caracterizaron a la identidad social de los fenicios occidentales.

A) Los asentamientos.

A la hora de establecerse en las tierras occidentales, los colonos orientales manifiestan una tendencia a reproducir el aspecto de las ciudades fenicias, una transposición del aspecto constructivo de los enclaves que podríamos relacionar con una evocación de los valores políticos y sociales que se daban en ese entorno. El ejemplo sería Gadir, con su ubicación

insular como si fuera una pequeña Tiro, transposición sancionada por el traslado de los *sacra* de Melkart desde el templo tirio. Por supuesto, esta intención de imitación de la metrópolis se ve limitada por los condicionantes: el territorio no es el mismo, del mismo modo que la sociedad colonial no es la misma que la de la metrópolis, sino un reflejo de la misma que evoluciona de manera diferente con el tiempo.

Aún así, se pueden señalar algunos rasgos comunes en el aspecto formal de las colonias fenicias mediterráneas. Se observa una clara preferencia por la ocupación de islotes, como pueda ser el caso del Cerro del Villar, o de penínsulas como Almuñécar o Cerro del Prado (Schubart 1999:71). Aparte de las ventajas defensivas que este tipo de posición otorga, y que son evidentes en otros asentamientos del Mediterráneo como Nora (Botto 2007:115), hay que considerar estas fundaciones como parte de una aproximación progresiva a la tierra firme, es decir, al territorio donde los indígenas tienen sus hábitats, lo que indicaría una intencionalidad no agresiva a la hora de establecer enclaves en territorios foráneos.

En general, observamos que los asentamientos se encuentran en lugares abiertos al mar y ligeramente elevados, una situación que favorecería una rápida retirada por vía marítima en caso de ser necesario (Schubart 1999:72). Resulta curiosa esta preocupación por búsqueda de emplazamientos que permitan una buena defensa, habida cuenta del carácter pacífico que se le suele achacar a la colonización fenicia, al menos en su primera etapa. Creemos que debemos ver en esta elección de los espacios no sólo un reflejo de las ubicaciones habituales en Fenicia, sino un interés genuino por la defensa que evoca la existencia de posibles conflictos de carácter menor.

Por otra parte, la vocación marítima y comercial de las colonias occidentales se refleja en esa necesidad de situarse en zonas favorables para el atraque de navíos. Se buscan zonas de aguas poco profundas y resguardadas del viento, que permitan establecer muelles de amarre sin

necesidad de realizar complicadas obras de ingeniería. No obstante, cuando las condiciones naturales del lugar elegido no eran las más adecuadas, podían realizarse construcciones que mejoraran el emplazamiento del puerto. Es por ello que en Occidente, cuya costa es más irregular y existen corrientes marítimas de mayor fuerza, aparece el *cothon*, un puerto artificial creado a partir de la construcción de una dársena en la costa cuyo acceso es facilitado por un canal que la conecta con el mar (Romero 1998:110). De todas formas, las primeras fundaciones en particular se preocuparán de elegir zonas donde las condiciones naturales hagan innecesaria la construcción de estructuras complejas.

Al mismo tiempo, la desembocadura de los ríos se convierte también en un lugar preferente, máxime si tenemos en cuenta del papel de los cursos fluviales como vías de comunicación que permitían el acceso a las zonas del interior, donde se encontraban los recursos agrícolas y mineros. La concentración de enclaves en determinadas zonas iría encaminada a la explotación del territorio a partir de una jerarquización de los centros de producción que permitiese el acceso a esos recursos no presentes en la costa.

En la Península Ibérica se podría señalar cierta tendencia al pequeño tamaño de los asentamientos, cuyas dimensiones irían de apenas dos hectáreas, en el caso de Morro de Mezquitilla, a las ocho de Cerro del Villar (Aubet 2006:96). Se trata de una diferencia notable con respecto a las colonias del Mediterráneo central, donde los centros importantes pueden llegar a ocupar amplias extensiones, como en el caso de las cuarenta hectáreas que alcanza Motya en el siglo VI a.C. Esto parece indicar una predilección por una ocupación diseminada por el territorio y poco tendente a la concentración que sí vemos en otras zonas del Mediterráneo, posiblemente vinculada con una intención de aprovechar los recursos naturales de manera diversificada, para lo que resulta más efectiva la maximización de la jerarquización de los enclaves productivos.

El tipo de técnicas constructivas también es fiel reflejo de la procedencia de sus pobladores. Las viviendas son cuadradas o rectangulares, con muros que cuentan con un zócalo de piedra sobre el que se levanta una pared de adobe, y tienden a organizarse alrededor de un patio central. Los pavimentos suelen ser de tierra apisonada o arcilla, pero en ocasiones, cuando se trata de un edificio señalado, pueden aparecer embellecidos con arcilla rojiza o incluso se realizan suelos de conchas marinas, como se ha podido constatar en Castro Marim (Arruda, Teixeira y Oliveira 2007:474) y en El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007:130). Este tipo de suelos se han relacionado con un uso cultural del edificio, ya que su delicadeza haría inviable su utilización en zonas muy transitadas.

El urbanismo fenicio tiende a la formación de calles más o menos rectilíneas y a la existencia de espacios abiertos, a modo de plazas públicas donde los miembros de la comunidad podrían llevar a cabo actividades comunes o comerciales. No obstante, se trata de un urbanismo que se adapta a las características del territorio, en lugar de modificarlas. Sería el caso de Lixus, donde parte de las viviendas estarían organizadas en terrazas para salvar el desnivel del terreno, de modo que algunas casas presentarían peldaños para acceder a las diferentes habitaciones (Aranegui 2007:375-376). En Toscanos, al encontrarse el núcleo del poblado en la parte más alta del promontorio, las calles se construyen a diferentes niveles unidos por escaleras (Niemeyer y Schubart 1968:80-81), lo que permite aprovechar mucho mejor el espacio.

Esta adaptación se aprecia también en Castro Marím, instalación del siglo VII a.C. sobre un asentamiento del Bronce Final. Al levantarse directamente sobre el lecho de roca, las construcciones se adaptan a las irregularidades del terreno, llegando en un caso a excavar en la roca para una mejor implantación de los cimientos (Arruda, Teixeira y Oliveira 2007:467).

En general, las características constructivas y urbanísticas de los enclaves fenicios son comunes en todo el mundo colonial. En ese sentido, se ha señalado que el tipo de vivienda homogeniza a los habitantes de los asentamientos, independientemente de sus orígenes, ayudando de este modo a la construcción de la identidad colonial (Delgado y Ferrer 2007a:25). En nuestra opinión, la conservación de técnicas constructivas es un factor más que tiende a vincular al colono con sus orígenes, y a resaltar la importancia de éstos dentro de su formación identitaria.

Las colonias fenicias occidentales presentan, dentro de su organización urbana, una división de los espacios que muestra sobre el plano la complejidad de su sociedad. Como ha indicado González Wagner (2007b:47-48), la ciudad es fundamentalmente la manifestación espacial de la especialización económica y funcional, reflejando las relaciones de producción existentes en una comunidad. Como centros de producción organizados, muchas de las colonias occidentales presentan una división del espacio en base a sus actividades económicas. En ese sentido, podemos calificarlas como ciudades propiamente dichas, independientemente de otros factores como el tamaño o la presencia de arquitectura monumental.

En parte, esta división espacial de las actividades productivas se debía a la búsqueda de una mayor comodidad para los habitantes de la ciudad, ya que algunas industrias serían foco de malos olores, ruidos e incluso podían implicar riesgos de incendio. Por ello, es bastante habitual que los talleres metalúrgicos y cerámicos se sitúen en zonas bastante alejadas del núcleo residencial, como en el caso de los pequeños talleres metalúrgicos de Morro de Mezquitilla. Si se da la circunstancia de que el recinto esté amurallado, es habitual que este tipo de talleres se sitúen pegados a la construcción defensiva, como se ha podido observar en La Fonteta o Málaga (Suárez Padilla *et al.* 2007:220).

El culmen de esta distribución espacial de las actividades lo ofrecería la propia Gadir, que aprovecha todos los espacios disponibles de la bahía

constituyendo un centro polinuclear. A pesar de que no nos es bien conocida arqueológicamente la época arcaica de la ciudad, la situación de los alfares destinados a la industria conservera a partir del siglo VI a.C. en la isla de San Fernando, alejados de cualquier zona residencial, ofrece una idea clara de los principios organizativos seguidos por los fenicios para la ubicación de sus talleres.

En el Cerro del Villar se han identificado unos espacios abiertos a uno de los principales ejes urbanísticos del asentamiento que se han interpretado como una calle comercial (Lám. 19), ya que en ellos se han encontrado vasijas con restos de pescado y otros productos, y pesos para su medición con inscripciones fenicias (Aubert 1997:203). En la parte trasera de uno de estos espacios se ha podido constatar la realización de actividades metalúrgicas en la que se practicaba la refundición de objetos de plata, hierro y bronce. Las minuciosas excavaciones llevadas a cabo en este asentamiento han permitido la identificación de estas estructuras comerciales, pero lo cierto es que gran parte de las colonias occidentales debían contar con zonas destinadas al uso comercial, semejantes a las calles de mercado que existían en las ciudades orientales.

Como punto final, habría que añadir que esta tendencia a reproducir en el mundo colonial las estructuras urbanas orientales podría ser considerada como prueba del papel organizador que Tiro, a través de su sede gaditana, tendría sobre todo el ámbito fenicio occidental. No obstante, al hacer hincapié en la reproducción de las estructuras políticas tirias a través del templo de Gadir, se ha tendido a crear una imagen en que la “identidad tiria” es la única presente (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:172-173). Si bien es cierta la predominancia política, económica y organizativa de Gadir, a partir de su estrecha vinculación con Tiro, no podemos pensar que esta superestructura política borró otras identidades culturales que estarían presentes en la sociedad colonial y cuya manifestación es apreciable a través de los restos arqueológicos.

B) Las creencias religiosas.

Los colonos orientales que llegarían a las colonias occidentales no sólo traerían consigo objetos de su tierra, sino también todo un conjunto de creencias. La religión, y por extensión los ritos funerarios, que veremos más adelante, supone uno de los ámbitos más característicos de un pueblo, además de incluir todo un conjunto de tradiciones poco sujetas a cambios. López Castro (2004:160) ha resaltado que el culto a los mismos dioses constituiría uno de los fundamentos de la identidad étnica para las gentes fenicias, sobre todo a la hora de resaltar su alteridad con respecto a los habitantes de las regiones en que establecieron sus colonias.

Hemos visto anteriormente el destacado papel que el templo ocupaba dentro de la organización del mundo colonial fenicio, tanto en su aspecto político como en el económico, todo ello vinculado a su valor como representante de la autoridad colonial. Su importancia queda reflejada en el hecho de que es precisamente el templo el edificio que marca el lugar donde se habrá de fundar la ciudad. Estrabón (III, 5, 5) relata que el templo de Melkart fue construido en el momento de fundación de Gadir. Entendemos de este fragmento que no era posible el funcionamiento de la colonia sin la presencia del templo, por lo que sus funciones irían mucho más allá de las meramente religiosas.

No obstante, el énfasis que la investigación ha puesto en la importancia del templo en sus características económicas y políticas ha llevado a un cierto olvido de sus funciones primigenias como centro religioso. Esta importancia del templo como lugar de culto es la que nos puede ayudar a entender un aspecto propio de los colonos occidentales, el de las creencias. Como decimos, el carácter tendente al conservadurismo de las creencias religiosas puede hacer que su análisis se convierta en una valiosa herramienta a la hora de estudiar la evolución de la mentalidad de los colonos fenicios que se asentarán en Occidente.

En el mismo extracto que veíamos antes Estrabón describe la existencia de una isla consagrada a Heracles (de nuevo Melkart) frente a la costa de Huelva. Esta información parece verse confirmada por la aparición en las cercanías de la isla de Saltés de unas figurillas de bronce, datadas en torno al siglo VII a.C., que representan a personajes masculinos con rasgos que remiten a los *smiting gods* de Oriente (Belén 2000:295), en un tipo de representación que es bastante característica del Melkart fenicio. Su situación en un islote frente al que sería el poblamiento fenicio instalado en Huelva (Pellicer 1996:124) encaja con la tendencia fenicia a situar los lugares de culto y enterramiento en puntos visibles desde el poblado, pero alejados de él.

En general, parece que la presencia de un templo es fundamental en la fundación de cada colonia fenicia. La continuidad de poblamiento en algunos de estos centros limita las posibilidades de la arqueología a la hora de localizar los lugares de culto de cada colonia, pero se ha podido documentar la presencia de un santuario, o de al menos algún edificio modesto adecuado para las actividades religiosas, en muchos enclaves.

A la fundación de Baria, a finales del siglo VII a.C., acompañaría la fundación de un posible santuario dedicado a Astarté del que tan sólo se conservarían algunos elementos arquitectónicos sueltos (López Castro 2007:172), ya excavados por Siret, pero que habían sido interpretados como viviendas privadas (López Castro 2005b:10). Esto indica que el templo sigue siendo un elemento fundamental en la organización urbana de los fenicios, estando presente desde la misma fundación de los enclaves.

En la misma línea, se ha podido localizar un santuario fenicio en Malaka en las cercanías de la Catedral. Su construcción, datable a mediados del siglo VII a.C., coincidiendo con la fundación de la colonia, muestra las características habituales en este tipo de santuarios, con un suelo enlucido con engobe rojo y un altar con forma de “piel de toro” (Arancibia *et alii* 2011:133).

Precisamente este tipo de altar parece ser uno de los elementos básicos de los santuarios fenicios del Mediterráneo occidental, que además parece respetar determinada posición en su colocación, guiándose por el Este señalado en el solsticio de verano. En el caso del santuario de Coria del Río, se observa que el altar no está alineado con las paredes del edificio (Lám. 20), puesto que la evolución urbanística de la ciudad hizo que el templo perdiera su orientación primigenia, que en cambio el altar sí mantiene (Conde, Izquierdo y Escacena 2005:79). La propia forma del altar, replicada en exvotos y otros elementos, parece conservar el significado simbólico del objeto al que imita. En otros puntos del Mediterráneo la existencia de este tipo de simbología relacionada con la piel de toro ha sido en muchos casos solapada por su interpretación como lingotes (Escacena 2011:173), pero su amplia difusión vinculada al mundo religioso parece expresar una relación común con las creencias divinas.

Del mismo modo, hay que contar con la existencia de santuarios no vinculados a un poblado, como pueda ser el caso de Gorham's Cave, en Gibraltar, una cavidad natural en la que se han encontrado restos cerámicos que parecen confirmar que ese espacio se utilizó como lugar de culto al menos desde el siglo VII a.C., seguramente vinculado a la navegación, en un papel semejante al que tendría Nora antes del establecimiento definitivo de colonos. Se ha vinculado su uso con los habitantes del asentamiento fenicio de Cerro del Prado, a raíz de las similitudes entre los materiales de ambos yacimientos (Domínguez Pérez 2007:152).

En las últimas décadas los trabajos arqueológicos han interpretado diversos conjuntos arquitectónicos como templos fenicios, de tal modo que han sido uno de los principales marcadores que han permitido detectar la presencia de gentes orientales habitando en territorios del interior, estableciendo sus barrios en diversos poblados tartésicos, si bien algunos investigadores aún prefieren interpretar estos edificios como santuarios vinculados a la aristocracia orientalizante (Almagro Gorbea y Moneo

2000:120-122). No obstante, todos los rasgos de estos lugares de culto los categorizan como plenamente semitas (Marín y Belén 2005:456).

La reinterpretación del conjunto de El Carambolo como un centro religioso fenicio dedicado a Astarté y dependiente del enclave fenicio de Spal supone la confirmación de una presencia fenicia en el interior del valle del Guadalquivir, si bien en aquella época se hallaba en la desembocadura del Guadalquivir, allí donde sus aguas se abrían al *sinus Tartessicus*. Erigido a mediados del siglo VIII a.C., se habría mantenido en uso durante más de 200 años, sufriendo reformas y ampliaciones que nos hablan de la vitalidad del santuario. Su altar es uno de los mayores encontrados en el mundo colonial, con casi cuatro metros de longitud (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005:123-124). Su importancia como centro religioso, unida a la ya comentada como centro económico, queda fuera de toda duda, evidenciada por la presencia del famoso tesoro. Los pectorales de oro, que replican la forma de los altares, han sido reinterpretados como joyas con las que se adornarían los toros destinados al sacrificio (Amores y Escacena 2003:20).

Se une de este modo al conjunto de centros culturales fenicios identificados en la zona. Vinculado a Spal se ha identificado también el santuario de Coria del Río, en el Cerro de San Juan, inserto en un barrio fenicio que se habría asentado en la indígena Caura, y que habría estado en uso desde el siglo VIII a.C. La presencia de una gran ancla de piedra ha hecho que se plantee la consagración del conjunto a una divinidad protectora de los navegantes (Belén 1993:48-50), lo que encaja con la paleogeografía del lugar, abierto al *sinus Tartessicus*. También se ha vinculado con Baal al identificarlo con el *Mons Cassius* del verso 259 de la *Ora Maritima* (Belén 2000:297).

Destaca por su importancia el santuario de Montemolín, en el término municipal de Marchena y muy cercano al que sería el poblado tartésico de Carmona, identificado a partir del llamado edificio D, de clara influencia oriental (Chaves Tristán y De la Bandera 1991). Supone un

complejo de varios edificios, de construcción escalonada entre finales del siglo VIII y comienzos del VI a.C., siguiendo una disposición claramente oriental. Las cerámicas polícromas aparecidas en el yacimiento también apuntan con claridad a la presencia de gentes orientales, si bien asentada desde tiempo atrás en el territorio (González Wagner 2005a:159).

Cástulo, en Jaén, ya estaría situado en la periferia del mundo tartésico, pero se han detectado indicios de una posible presencia fenicia en el santuario, en base a su arquitectura y a los ritos practicados en la necrópolis, que incluye la presencia de un ajuar de tipo fenicio, con los elementos necesarios para el rito tradicional oriental (De la Bandera y Ferrer Albelda 1995). Ya en la costa portuguesa, confirmando la importancia del santuario en el proceso de colonización fenicia, se ha propuesto la presencia de un edificio de estas características en Castro Marim, en base a la existencia de un pavimento de conchas semejante al presente en el Carambolo Bajo y en otros lugares del ámbito colonial (Arruda, Teixeira y Oliveira 2007:478). En Abul, la presencia de un altar en el centro del patio del edificio principal (Lám. 21) parece hablar a favor de un uso religioso (Mayet y Tavares da Silva 1997:267).

Quizás el caso más sobresaliente sea el de Cancho Roano, en Badajoz, es decir, en un lugar bastante alejado ya del núcleo del mundo tartésico. Las grandes dimensiones del edificio, de inspiración oriental, junto con la presencia de un nivel de cenizas en la fase de amortización del santuario, correspondientes a incendios intencionados, han suscitado multitud de propuestas sobre su naturaleza, atribución y funciones (Harrison 1989:190-191). Cancho Roano fue interpretado por su excavador, Maluquer de Motes, como un palacio sacro orientalizante, una teoría que se ha desarrollado hasta convertir el conjunto en sede del poder de un monarca indígena de tipo oriental, que funcionaría como centro redistribuidor en su territorio (Almagro Gorbea 1996:55-65). No obstante, otros estudios han propuesto una adscripción genuinamente oriental para esta edificación

(López Pardo 1990b), convertida así en un templo fenicio que controlaría una de las rutas hacia la periferia tartésica.

Quizás la respuesta se encuentre en el hecho de que son las fases más antiguas del edificio, B y C (Lám. 22), las que presentan elementos relacionados con el culto, como los suelos en rojo y los altares, mientras que están ausentes en su última fase o A (Martín Bañón 2004:126). En nuestra opinión, esta diferencia podría obedecer a la pérdida de su uso cultural por el abandono de las gentes que practicaban dichas creencias, tal vez orientales asentados en la zona, quedando después el edificio para uso exclusivo de la aristocracia local.

Lo cierto es que la construcción, de adobe sobre zócalos de piedra, así como la distribución de las estancias y almacenes en torno a un patio central, remite sin duda a prototipos orientales. La presencia de altares en forma de “piel de toro” testimonia las funciones religiosas que con toda seguridad tenía el conjunto, a lo que se une la existencia de dos posibles betilos (Celestino 2001:50) que habría que relacionar con un culto de tipo oriental.

Volviendo a un ámbito más general, y por lo que respecta a las divinidades objeto de este culto, en Occidente encontraríamos a la clásica tríada fenicia: Baal, Melkart y Astarté. Si bien estos dioses aparecen comúnmente en las diversas ciudades-Estado fenicias, es necesario señalar que la atención que cada uno de ellos recibía y su papel dentro de las creencias ciudadanas divergía de unos centros a otros.

En Occidente, la presencia de santuarios dedicados a Melkart parece claramente predominante, lo que no es de extrañar dado su papel como dios tutelar de la ciudad de Tiro, de donde partió el impulso colonizador. A ello se une el hecho de que Melkart se identifica también con la propia realeza tiria, siendo su labor de protector de la monarquía la más antigua de sus atribuciones, que luego extenderá a toda la ciudad a partir del reinado de

Hiram I (González Wagner 2008:25). Posiblemente esta estrecha vinculación con la realeza de Tiro se encuentre en la base de las labores que el templo ejerce como representante de la metrópolis en el mundo colonial. No hay que olvidar que, según los textos clásicos, fue un oráculo de Melkart el que movió a los tirios a emprender la fundación de una ciudad en el Extremo Occidente.

Por otra parte, la importancia que Melkart tiene en el mundo colonial puede explicarse también por el propio carácter de la divinidad. Melkart, que luego se identificaría con el viajero Heracles, está vinculado con la protección de los marinos y los viajes a larga distancia. No en vano los griegos verán en él una representación de Heracles, quien llegó a los confines de la tierra peleando contra terribles monstruos. Gadir, allí donde se elevaba un templo de Melkart, sería la prueba de esta llegada de Heracles al Extremo Occidente.

En general, este carácter vinculado a la navegación y, por extensión, a toda la empresa colonial, es lo que hace de Melkart una divinidad venerada en las principales colonias fenicias del Mediterráneo. En Cartago, la importancia del dios viene dada ya por su propia leyenda fundacional, puesto que la razón que mueve a este grupo de tirios a buscar un nuevo territorio es el asesinato de Acherbas, sumo sacerdote de Melkart en Tiro. En este caso, además, los textos reflejan cómo los sacerdotes del templo de Cartago realizaban un viaje anual a la metrópolis para realizar ofrendas al Melkart tirio. Posiblemente, todas las colonias tuvieran cierta conciencia de esta dependencia religiosa hacia el dios de Tiro, si bien se ha apuntado que en el caso de Gadir su lejanía y su carácter de delegación occidental, reflejada por el traslado de los *sacra*, le conferiría mayor autonomía (Marín 2011:216). Siglos después, Pomponio Mela (III, 4, 46) se hace eco de esta importancia del *Herakleion* gaditano, basada en el hecho de que los huesos del dios reposan en él.

La divinidad femenina Astarté también tiene una buena representación en las colonias occidentales, aunque sin llegar al nivel de Chipre o Cartago, donde se convertirá en el culto principal de la ciudad bajo la forma de Tanit. En general, Astarté aparece en muchas ocasiones vinculada a Melkart³⁰, como es en el caso de Gadir, donde también existiría un santuario consagrado a ella y que aún permanecía en época romana bajo la advocación de Venus (*Ora Mar.* 314-317). Al igual que la diosa romana, su presencia suele ir asociada a cursos de agua. Por ejemplo, se ha apuntado que una estalacmita situada en la entrada de Gorham's Cave, cuya forma recuerda vagamente a la de una mujer, podría identificarse con una representación betflica de la diosa (Belén y Pérez 2000:531), cuyo culto también parecen sugerir los fragmentos de frascos de perfume hallados en la cueva (López Rosendo 2005:672). En este sentido, parece que en las colonias occidentales Astarté potenció su actividad como protectora de la navegación (Marín 2011:217), lo que explicaría su frecuente asociación con Melkart.

A Astarté se vincularía, en su vertiente de diosa de la fecundidad, un tipo de sacerdocio femenino de raíz plenamente oriental y que se extenderá por el mundo colonial, el relacionado con la prostitución sagrada (Jiménez Flores 2002:17). Si bien se trata de una práctica difícil de detectar arqueológicamente, los textos clásicos de autores como Estrabón, Marcial o Juvenal (Jiménez Flores 2001:23-26) han constatado su perduración en diversas ciudades del Mediterráneo incluso en época romana, lo que da una idea de la importancia de este tipo de culto y el mantenimiento de las tradiciones orientales en el ámbito colonial.

Más esquivada parece la presencia de Baal, sobre todo si tenemos en cuenta que a esta divinidad se asocia la tradición religiosa más polémica de los fenicios, el sacrificio infantil o *mlk*, del cual es testimonio la presencia

³⁰ Si bien la complejidad de la religión oriental dificulta aclarar cuál es la relación que le une, parece que ambos dioses estarían unidos por lazos matrimoniales.

del *tophet*. Precisamente éste es el punto en que se pierde la pista de Baal en Occidente, ya que la arqueología no ha revelado la existencia de *tophets* en ninguna de las colonias del ámbito occidental, mientras que sí aparecen en Cartago o las islas del Mediterráneo central, por ejemplo. No obstante, la evidencia presencia de *tophets* en la patria fenicia tampoco es muy abundante, pero eso no significa que no existieran, como demuestran las abundantes referencias de otros pueblos con respecto a estos lugares en Fenicia (Moscati 1968:77), sino que simplemente no se ha podido detectar su huella arqueológica. Del mismo modo, no se puede descartar totalmente su presencia en Occidente, puesto que existen algunas señales, como los tres enterramientos infantiles situados junto al área de culto de Castro Marim (Arruda, Teixeira y Oliveira 2007:479), que podrían constituir testimonios de este tipo de prácticas en el Mediterráneo occidental. Hemos de tener en cuenta que la diversidad étnica y cultural de los grupos de colonos establecidos en Occidente puede implicar que determinadas creencias o costumbres arraiguen de manera más o menos intensa en cada lugar.

De hecho, la vinculación que se ha hecho de algunos lugares de culto, caso de Coria del Río, con Baal, se basa en la interpretación geográfica de textos posteriores en el tiempo o en las características formales de alguna figurilla asociada, ya que la ausencia del característico *tophet* nos impide rastrear el culto a Baal del mismo modo que en el resto del Mediterráneo. Es también el caso de Gadir, donde Estrabón (III, 5, 5) señala la existencia de un *Kronion*, es decir, un templo de Cronos, divinidad a la que los autores grecorromanos vincularán a Baal. De todas formas, no hay datos arqueológicos o literarios que nos permitan avanzar más datos sobre la presencia de este santuario, ni siquiera su antigüedad.

En todo caso, de existir un culto a Baal en el área occidental, parece que no estuvo tan vinculado a la tradición del *mlk*, y de ahí la ausencia de *tophet*. Es posible que el papel predominante del Melkart gaditano, con quien comparte algunos rasgos relativos a la protección de las tradiciones y

la estirpe (Marín 2011:219), incidiera en una menor importancia del culto de Baal en las áreas vinculadas a Gadir.

La presencia de santuarios en todos aquellos lugares alcanzados por la colonización fenicia debe ser considerada en su valor como motor de orientalización, pues observamos que los indígenas también harán uso de estos lugares, por su papel como centro de intercambio. En ese sentido, se ha señalado que los indígenas no adoptaron las creencias fenicias puesto que eran innecesarias en su sociedad, que se basaba en estructuras sociales y económicas muy diferentes (Alvar 1991b:356). Lo cierto es que no parecen existir pruebas de una asimilación de la religión fenicia por parte de los indígenas, una circunstancia que trataremos más adelante.

Por otra parte, los templos revelan un interés de los colonos orientales por conservar las creencias y tradiciones que habían traído consigo desde Oriente. Todos estos santuarios presentan elementos constructivos comunes, destacando la presencia de un altar, en forma usualmente de lingote o, en su defecto, rectangular, que supondría uno de los elementos principales del templo al ser sobre él donde se celebrarían los sacrificios. La abundante presencia de cenizas en las cercanías de estos altares indica que los animales sacrificados al dios se incineraban.

Se ha señalado también que la orientación de determinados elementos podría conllevar cierta carga religiosa. Es el caso de Coria del Río, donde se ha comprobado que el eje mayor del altar señala el punto de salida del sol en el solsticio de verano (Belén 2000:297). Esta orientación hacia el Este se relacionaría con la que mantienen algunas sepulturas, lo que podría relacionarse con el papel religioso del disco solar, o bien con una referencia al lugar de origen de los colonos.

Parece usual la consagración de exvotos a la divinidad como muestra de agradecimiento por los favores concedidos. En El Carambolo se encontraron pequeños objetos de barro cocido que podrían ser interpretados

como reproducciones de la divinidad, en este caso bajo la forma de betilo³¹ (Belén 2000:300). Más interesante aún resulta el descubrimiento en el mismo santuario de un pequeño modelo de barco realizado en cerámica (Escacena, Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007), que posiblemente habría que vincular con el agradecimiento a Astarté por un viaje sin incidencias y que resalta el carácter marítimo de la diosa.

El abandono de algunos santuarios a lo largo del siglo VI a.C. no sólo nos habla del cese de su uso como centro de comercio, sino de la desaparición de ese tipo de cultos en esos territorios, que podemos vincular al fin de la presencia fenicia en la zona. No estaríamos hablando aquí de un cambio en la religiosidad, pues se puede observar que los hombres que se encargaron de amortizar los santuarios mostraron cierta preocupación por mantener su carácter sacro y evitar la profanación. En El Carambolo, al ocultamiento de las joyas que componían el tesoro del templo, se une el enterramiento de un posible betilo de sílex negro tras un pequeño muro (Belén 2000:299), donde no pudiera ser encontrado.

En cambio, en aquellos lugares donde se constata una continuidad del poblamiento fenicio, los templos continuaron en funcionamiento, experimentando labores de reforma en el caso de ser necesario. Es el caso del santuario fenicio localizado cerca de la Catedral de Málaga. Ante la destrucción del antiguo templo, a causa de la construcción de una nueva muralla, se construye un nuevo santuario que apenas se aleja unos metros, de tal forma que el altar se mueva lo menos posible con respecto a su antigua ubicación (Arancibia *et alii* 2011:133). Esto nos revela no sólo una continuidad en las creencias, sino además un especial respeto por el lugar de culto, que trata de mantenerse lo más semejante posible. Del mismo modo, el santuario localizado en la calle Méndez Núñez de Huelva parece experimentar una ampliación en su fase III, a partir de mediados del siglo VI

³¹ La representación anicónica de la divinidad es muy frecuente en algunas culturas orientales, entre ellas la fenicia. Los betilos son la manifestación de este aspecto de la divinidad, bajo la forma de piedras de cierto tamaño.

a.C. (Gómez Toscano 2007:453), coincidiendo con un momento de auge de las cerámicas griegas.

Esta actitud conservadora contrasta con la destrucción o la amortización ritual que hemos observado en algunos santuarios del interior. Por ello, consideramos que la desaparición de estos lugares de culto no puede deberse a otra razón más que al abandono de esas zonas por parte de los colonos fenicios. Allí donde continúa la población oriental, los lugares de culto siguen en activo. Por otra parte, a pesar de que en algunos casos se ha documentado la presencia de cerámicas indígenas en los santuarios, y por tanto un uso local de los templos, el hecho de que éstos caigan en desuso tras la marcha de la población fenicia implica que la orientalización no había sido tan profunda entre los indígenas como para compartir unas creencias que hicieran necesaria la conservación de los santuarios. En ese sentido, se ha señalado que la religión, por la escasa permeabilidad que los componentes ideológicos tienen a las influencias externas, compone en muchos casos un signo de la propia etnia, es decir, marcaba la frontera entre dos pueblos en contacto (Escacena 2011:166). Esta simbología del santuario, como centro de la economía colonial y centro religioso diferenciador, podría explicar los niveles de destrucción que se aprecian en algunos de ellos.

Más allá del mundo de los templos y los grandes dioses fenicios, existiría todo un mundo de creencias que entrarían dentro del campo de la religión cotidiana y la superstición. Un rasgo reseñable de la religión fenicia es su permeabilidad frente a las creencias de otros pueblos, que les hace adoptar no sólo soluciones estilísticas para la representación de sus propios fenómenos religiosos, sino también elementos sacros que incorporan a sus propias creencias.

Posiblemente la cultura que mayor influencia ejerció sobre la religión fenicia sea la egipcia. Las representaciones de Melkart con faldellín y luciendo la corona alta del Alto Egipto, y de Astarté con el peinado

hathórico, son una clara muestra de cómo los fenicios encuentran en los dioses extranjeros semejanzas suficientes como para adoptar su estilo formal.

En ese sentido, destaca la popularidad de la que parece gozar el dios Bes egipcio entre los fenicios de todo el Mediterráneo. Representado como un enano deforme (Lám. 23), Bes es un dios menor que en el ámbito egipcio se encargaba de la protección del hogar y la familia. Posiblemente sea este carácter doméstico la razón de su aprecio por parte de los fenicios, que incluyen amuletos con la imagen de este dios en las sepulturas de sus muertos, una tendencia que se incrementará ya en época púnica.

Al nivel de creencias de menor entidad, destaca la presencia de amuletos de origen egipcio, particularmente vinculados al mundo funerario. Es el caso de los escarabeos egipcios, cuya popularidad llevó a que fueran imitados por artesanos fenicios, y que aparecen distribuidos por todo el mundo mediterráneo fenicio. En ellos aparecen grabadas figuras egiptizantes, como esfinges, halcones y diosas aladas, un repertorio iconográfico que va más allá de lo representado en los escarabeos egipcios originales, cuya parte inferior solían aprovechar para la escritura. La selección de estas figuras muestra una cierta asimilación de determinadas creencias de origen egipcio, ya que el hecho de escoger ciertas imágenes demuestra que se representarían las que eran comprendidas y adaptadas al imaginario de los receptores fenicios de la pieza. Además de ser un elemento habitual en las sepulturas, también es usual encontrarlos en santuarios, como pueda ser el caso de Gorham's Cave donde, entre otros de fechas más tardías, se ha encontrado escarabeos en pasta vítrea de fabricación egipcia datados en los siglos VII y VI a.C. (Domínguez Pérez 2007:153), o Coria del Río, donde han aparecido dos escarabeos de fabricación fenicia datados en torno a finales del siglo VII a.C. (Conde, Izquierdo y Escacena 2005:82-85).

C) El mundo funerario.

La Arqueología de la Muerte supuso toda una tendencia investigadora, enmarcada en la Nueva Arqueología, que se basaba en el convencimiento de que los actos implícitos en las prácticas funerarias reflejan la realidad social y la simbología de un pueblo, por lo que suponen una fuente fundamental de estudio para conocer una sociedad determinada (Lull y Picazo 1989:6). No obstante, también se ha señalado que el propio carácter simbólico de las prácticas funerarias pueden distorsionar la imagen que nos dan de las relaciones sociales (Krueger 2008:15), por lo que el análisis debe ir más allá del mero estudio de los objetos como parte de una categoría social. Los ritos funerarios no nos muestran exactamente la realidad social, sino la manera en que los vivos la representaban conforme a sus necesidades, de modo que su estudio puede ayudarnos a discernir el modo en que se reelaboraban las identidades sociales en el contexto colonial (Janes 2010:131). A nivel arqueológico, las necrópolis suponen conjuntos cerrados que concentran materiales de un momento histórico concreto. A través de su estudio, es posible obtener información sobre creencias, estratificación social o relación con otros pueblos, pero siempre teniendo en cuenta que el registro arqueológico conservado supone sólo una parte del total y que nos encontramos ante la recreación ficticia de una realidad, no ante esta realidad misma.

De particular importancia para el estudio de las identidades en el mundo antiguo colonial es el importante papel que los ritos funerarios tienen en la conservación del vínculo con la herencia cultural que sus ancestros trajeron desde la tierra madre. Si bien estas tradiciones pueden ser alteradas y modificadas como resultado de la distancia con la metrópolis y las nuevas formas culturales surgidas en el entorno colonial, como en el caso de Motya, en que el tradicional plato que acompaña el ajuar es sustituido por una olla, debido a los cambios en la alimentación (Delgado y Ferrer 2007a:33), en general las costumbres funerarias se destacan por su conservadurismo, fruto

de su carácter como elemento identificativo de una determinada etnia o cultura.

En el ámbito funerario fenicio arcaico de la Península Ibérica, el primer punto destacable es la clara preferencia por la incineración como rito. La investigación solía destacar el contraste con la propia Fenicia, donde la inhumación sería el rito generalizado durante toda la Edad del Bronce. Sin embargo, lo cierto es que la cremación también está presente en Oriente, y con más frecuencia de la que se suponía hace unos años, si bien en el propio territorio fenicio las necrópolis se conocen mucho peor que en el Occidente mediterráneo (Sader 1995:15). En la propia Tiro, la presencia de la incineración es importante, en vista de los resultados ofrecidos por la necrópolis de Tiro Al-Bass, excavada en tiempos recientes.

A mediados del siglo IX a.C. la inhumación comienza a convivir con la incineración, hecho que se ha explicado por las invasiones de los Pueblos del Mar, por medio del contacto con áticos y eubeos, o incluso por una posible influencia de los campos de urnas del Danubio (Pellicer 2007:40). En definitiva, se afirma que la incineración es adoptada por aquellos grupos fenicios en contacto con poblaciones externas que la practican. Sin embargo, Bienkowski (1982:87) muestra cómo la cremación no era en absoluto desconocida para los fenicios, quienes irían considerándola aceptable poco a poco y practicándola junto con la inhumación, en una prueba de la heterogeneidad de este pueblo. Gasull (1993:80) considera que la incineración está tan presente como la inhumación, existiendo una dualidad de ritos explicable en base a las características geopolíticas del Levante, que propician la mezcla de poblaciones.

En todo caso, la incineración parece tener mayor incidencia en el Sur del territorio fenicio (Lám. 24), donde por otra parte también es donde se concentra la mayoría de necrópolis conocidas. Es el caso de Atlit, en cuya necrópolis arcaica predomina este rito. En las cercanías de Tiro la presencia de la cremación es bastante alta (Sader 1995:21-26), destacando la

necrópolis de Tiro-Al Bass, que presenta sólo sepulturas de cremación (Aubet, Núñez y Trellisó 2004:58). Desde ahí llevarán el ritual a todo el Mediterráneo, siendo la incineración el rito mayoritario durante toda la época arcaica. Teniendo en cuenta que se ha propuesto la relación entre la cremación y los rituales asociados a Melkart (López Castro 2006:77), y considerando el papel de éste como dios principal del panteón tirio, se podría llegar a establecer una relación entre las ciudades levantinas más vinculadas a la influencia de Tiro y la incineración como rito funerario, aunque no existen suficientes datos como para formular una hipótesis firme en ese sentido.

La excepción en el ámbito occidental es Cartago, donde se da la situación inversa, con predominio de la inhumación en época arcaica, para ir pasando progresivamente a la incineración a partir del siglo VI a.C. Lo mismo sucede en Malta. Se ha achacado esta circunstancia a la vinculación chipriota de los habitantes de Cartago, dado que la inhumación también está muy presente en dicha isla (Garrido Roiz 2004:277). No obstante, hay que destacar en este sentido que los restos más antiguos de enterramientos en Cartago parecen corresponder a una necrópolis de incineración en la zona de Bir Massauda, que sería desmontada, y los restos trasladados, a mediados del siglo VII a.C. al reconvertirse la zona en un área industrial (Docter *et al.* 2007:98). En definitiva, y frente a la creencia habitual, en Cartago es posible encontrar los dos ritos, siendo la incineración el más antiguo y siendo sustituida progresivamente por la inhumación a partir del siglo VII a.C. De nuevo en este caso, las dificultades que se encuentra la Arqueología, al trabajar sobre un terreno permanentemente reocupado, son las que pueden provocar una interpretación parcial de los hallazgos, sobre todo en el caso de incineraciones sin urna.

En vista de la diversidad de ritos funerarios que se dan en el mundo fenicio colonial, hemos de suponer, como afirmaba Gasull, que la colonización se efectuaría a través de diversos grupos humanos homogéneos

procedentes de un mismo territorio que llevarían consigo sus costumbres funerarias. Es decir, que si el ritual de una colonia diverge respecto al de otra se debería a que el grueso de su población tendría un origen diferente. Si bien el papel de Tiro como artífice de la expansión parece indiscutible, hemos visto cómo los colonos que integrarían el grueso de las expediciones podrían tener su origen en otras ciudades orientales. La presión asiria se materializaba en ocasiones en la destrucción y abandono de ciudades fenicias, incluida la propia Sidón, afectada por campañas de castigo. Los residentes de estas ciudades buscarían refugio en la poderosa Tiro, y desde allí podrían embarcarse hacia nuevas tierras.

En este sentido, hemos visto cómo el orden social colonial tiene a reproducir el del lugar de origen. Así pues, siendo, como parece, que las necrópolis estaban abiertas sólo a las élites coloniales, es de suponer que la aristocracia de cada colonia practicaría los cultos funerarios de su ciudad de origen. De este modo, las diferencias apreciables entre unas necrópolis coloniales y otras obedecerían a las diversas procedencias de las élites ciudadanas.

Generalmente, la incineración del cuerpo se producía en piras o *ustrina* habilitadas a tal efecto dentro de las necrópolis, situadas a mayor o menor distancia de la sepultura. Es menos representativa la incineración directa en la propia tumba o *bustum*, que exige un tipo de fosa adaptada a este uso y que aparecerá más tardíamente (Ramos 2000:1694). Finalizada la combustión, se recogían los huesos restantes, se limpiaban y se introducían en una urna o bien se depositaban en la fosa que sería su destino final. Esta característica podría servir como distinción con respecto a enterramientos indígenas de influencia fenicia, pues, en los casos en que el cadáver se incinera en un lugar distinto al de su reposo definitivo, lo habitual para los indígenas es recoger tanto los huesos como las cenizas resultantes de la cremación del cadáver.

Hay que destacar que las necrópolis conocidas en la Península Ibérica para el período arcaico son escasas y de reducido tamaño. Aún suponiendo que la Arqueología sólo haya descubierto una pequeña parte del total de necrópolis, el número de individuos presentes en cada una, en ocasiones durante períodos de utilización bastante amplios, se revela insuficiente para dar cabida a los habitantes de las colonias. Hemos de suponer entonces que sólo algunos individuos tenían derecho a ser enterrados en estos lugares, seguramente aquellos con una posición social destacada dentro de la comunidad. Es el caso del Cerro de San Cristóbal, que a lo largo de doscientos años de utilización sólo presenta 22 sepulturas. En ese sentido, es posible también que algunas de estas necrópolis tuvieran un carácter familiar. Por ejemplo, en el caso de Toscanos vemos que durante el período de utilización del poblado sus habitantes hicieron uso de al menos tres necrópolis diferentes: Casa de la Viña, Jardín y Cerro del Mar.

Esta situación se modificará a partir del siglo VI a.C., en que el paso a la inhumación y una estratificación social menos rígida, debido al fortalecimiento de las estructuras urbanas, seguramente serían las causas que propiciarían la aparición de necrópolis más amplias, en algunos casos auténticamente masivas, como Villaricos.

Considerando que la cremación es el rito mayoritario, creemos que los restos incinerados de los individuos con menos recursos económicos y sin relevancia social serían depositados por sus familias en lugares no señalados, habiendo desaparecido para la Arqueología. Necrópolis más pobres, como en Puig des Molins o Rachgoun (López Castro 2006:77), enclaves fundados en la periferia del núcleo colonizador que suponía el Sur peninsular, indicarían la ausencia en el asentamiento de una auténtica aristocracia como ocurría en colonias de mayor importancia y antigüedad.

Por lo que respecta a la propia situación de la necrópolis, parece existir un patrón común a todos los centros fenicios del Mediterráneo. La necrópolis se sitúa siempre a cierta distancia del hábitat, pero en un punto

observable desde éste, ya sea una colina o la orilla opuesta a un curso de agua (Rodero 2001:82). La distancia entre el punto de hábitat y el punto de enterramiento se mantiene siempre. Si el enclave crece, las sepulturas se alejan, por lo que las tumbas más arcaicas siempre serán aquellas más cercanas al poblado. Un ejemplo claro es el de Cartago, donde las tumbas más recientes son aquellas que se sitúan en los puntos más altos de las colinas que rodean la ciudad. La relación con una corriente de agua también parece de particular importancia. Reseñable al respecto es el caso de los yacimientos de la zona de Vélez, donde se da una gran concentración de poblados, ya que las necrópolis siempre se sitúan enfrente del hábitat, pero en la orilla opuesta del río. Toscanos tiene su necrópolis, Trayamar, en la orilla opuesta del río Vélez, mientras que Cerro del Mar, que prospera tras el abandono de Toscanos y se sitúa en la misma orilla que la vieja necrópolis, entierra a sus muertos en la orilla donde se encontraba Toscanos, en un cambio que se ha considerado prueba del dinamismo poblacional fenicio (Zamora 2006:358). La corriente de agua funcionaría como una frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Las necrópolis fenicias parecen carecer de organización interna por razones de estatus, sexo o edad, como sí sucede con las indígenas. Esto podría relacionarse con la escatología fenicia, con una idea del Más Allá en el que, si bien prima la comodidad del difunto, no existe una diferenciación social en base a las propiedades materiales. No obstante, como hemos comentado antes, el tamaño de las necrópolis parece indicar que sólo algunos individuos tenían el derecho a enterrarse en ellas, por lo que la estratificación social vendría marcada por su propia presencia allí. Diferente es el caso de los niños, al haberse reinterpretado los *tophets* como lugares de enterramiento infantil, independientemente de si la muerte fue por causas naturales o resultado de un sacrificio ritual. En este sentido, la Península Ibérica no ha ofrecido aún ninguno de estos lugares, tan habituales en todo el Mediterráneo fenicio, y los escasos enterramientos infantiles aparecen en las necrópolis junto a los adultos.

La orientación Este-Oeste, con ligeras variaciones, suele ser la habitual en las sepulturas fenicias durante los siglos VIII y VII a.C.. El hecho de colocar la tumba en esta dirección podría indicar, además de una alusión al Sol naciente y por tanto a la vida, una intención de evocar el origen oriental del difunto. Esta costumbre, no obstante, es adoptada por los indígenas en algunas necrópolis orientalizantes, si bien el proceso de adopción de rituales foráneos puede implicar un cambio de significado de los mismos. De todas maneras, a partir del siglo VI a.C. la orientación Este-Oeste parece perderse, y muy pocas tumbas la conservan (Ramos 1990:32-33). En base a lo propuesto anteriormente, esto puede significar tanto una modificación en las creencias como un distanciamiento con respecto a las raíces orientales de los difuntos, tras décadas de asentamiento en Occidente.

En cuanto a la arquitectura, la adscripción fenicia, indígena o mixta de algunas necrópolis (Belén 2001:60-68) puede suponer un problema a la hora de establecer paralelos claros con otros puntos del Mediterráneo. Los investigadores aún no se han puesto de acuerdo a la hora de asignar algunas necrópolis a un determinado horizonte cultural, lo que hace que el paisaje de los enterramientos fenicios en la Península Ibérica varíe de unos estudios a otros.

Las primeras sepulturas fenicias que encontramos en el ámbito peninsular corresponden a pozos con cámara lateral que contienen incineración en urna (Lám. 25), como los que encontramos en Almuñécar. Su datación, entre finales del siglo VIII y comienzos del VII a.C., se ha realizado en base a dos *kotylai* protocorintias aparecidos en la tumba 19B (Lám. 26). El Cerro de San Cristóbal destaca no sólo por el número de enterramientos, 22, sólo superado en este período por el Cerro del Mar, sino porque todas las incineraciones se depositan en urnas de alabastro de procedencia egipcia, ofreciendo la mayor concentración de vasos de este tipo del mundo fenicio.

Las incineraciones en urna suponen también el rito empleado en el Cerro del Mar, donde se han localizado al menos 28 sepulturas de pozo con una cámara lateral donde se colocaría la urna (Niemeyer 1982:107-109). Sin embargo, esta sencillez arquitectónica no tiene por qué considerarse un indicativo de pobreza, ya que en muchos casos emplean urnas de alabastro de origen egipcio, algo que parece un rasgo peculiar de la Península Ibérica, dado que tumbas similares que encontramos en otros puntos del Mediterráneo, como Sicilia, utilizan urnas de cerámica (también presentes en Lagos, Trayamar, Puente de Noy...). Los ricos ajueres y el uso de urnas de alabastro egipcias para depositar las cenizas indican la alta posición social de los colonos allí enterrados, algo que explicaría también la escasez de sepulturas. En este sentido, en el Campillo de Adra, única necrópolis vinculada hasta el momento a Abdera, tan sólo se encontró un enterramiento en urna de alabastro, y otras tres en Montañez, junto al Cerro del Villar (Pellicer 2004:15). Similar es el caso de Lagos, donde la construcción de una carretera impidió que se descubrieran más posibles enterramientos (Aubet *et al.* 1991:18).

Al respecto de las urnas de alabastro (Lám. 27), hay que señalar que posiblemente llegarían a las ciudades fenicias como parte de los presentes diplomáticos hechos por Egipto a sus aliados. Durante la dinastía XXII, un Egipto ya debilitado mantenía relaciones comerciales con diversos reinos de su ámbito geográfico, entre ellos las ciudades-Estado fenicias. Su presencia se ha documentado en los palacios de diversas monarquías orientales. Su llegada a la Península Ibérica, pues, pudo realizarse a través del palacio tirio, que donaría estos objetos de gran prestigio a los aristócratas que iban a convertirse en sus representantes en Occidente. Dada la vinculación que existe en Oriente entre estos vasos de alabastro y la realeza, López Castro (2005c:1150-1151) ha propuesto esta misma asociación para Occidente, vinculando a las aristocracias coloniales con la familia real tiria. El prestigio asociado a este tipo de vasos explica su imitación posterior por artesanos fenicios, como sería el caso de los aparecidos en Trayamar. También resulta

particularmente interesante el hecho de que estos vasos de alabastro egipcios sólo se encuentran en las necrópolis fenicias arcaicas de Andalucía, a excepción de algunos ejemplares aislados en la necrópolis de Juno en Cartago. En nuestra opinión, y considerando que el lugar de origen de estas urnas sería el palacio tirio, su presencia exclusiva en territorio hispano indica la importancia que para las autoridades tirias tenía la empresa colonizadora en el Extremo Occidente, posiblemente en relación con su significación como símbolo de la conquista de los confines del mundo conocido.

Así pues, este uso de los tipos arquitectónicos considerados más simples entre personajes de alto nivel social, como los enterrados en Almuñécar, se debería más bien a la ausencia en estos primeros años de artesanos capacitados para construir sepulturas de cámara como las que se usaban en la metrópolis (Jiménez Flores 1996:59). De todos modos, Tejera Gaspar (1975:207) ha señalado que este tipo de sepultura sería una evolución de los pozos con cámara típicos de Sidón, adaptados al rito incinerador, del que señala su fuerte tradición siria.

Como comentábamos antes, el tipo de enterramiento incinerador en urna parece ser el habitual entre los primeros colonos llegados a nuestras costas. A un nivel mucho más modesto, se documenta el enterramiento de Chorreras, en que los restos de una mujer y un bebé son introducidos en un ánfora centromediterránea enterrada a poca profundidad y con escaso ajuar (Martín Córdoba *et alii* 2007:30-31).

Más recientemente, la necrópolis de Cortijo de San Isidro, vinculada al asentamiento de La Rebanadilla, en Málaga, ha revelado doce enterramientos de incineración, de los cuales siete se encontraban en urna cerámica (Arancibia *et alii* 2011:131). El pequeño tamaño de la necrópolis encaja bien en el tipo de cementerios que encontramos en este período, con escasos enterramientos, lo que nos habla de necrópolis que probablemente

tenían un carácter familiar y en los que sólo algunos individuos tendrían el derecho a reposar.

Las incineraciones en urna componen el rito mayoritario en la necrópolis de Las Cumbres, cercana al Castillo de Doña Blanca. La presencia de objetos metálicos, tales como placas de cinturón, fíbulas y cuchillos de hierro, junto con la existencia de túmulos y cerámicas a mano incluidas en el ajuar (Ruiz Mata 1987:160), todos ellos elementos característicos del mundo funerario indígena, ha propiciado su adscripción mixta, ya que sus excavadores han definido algunas tumbas como probablemente fenicias. Estas sepulturas carecerían de los elementos considerados indígenas y tienden a aprovechar oquedades en la roca para depositar las urnas en vez de cavar nuevos pozos. En todo caso, el carácter mixto de esta necrópolis sería, por un lado, prueba de la influencia orientalizante sobre las élites indígenas y, por otro, una confirmación de los lazos establecidos entre ambas comunidades. No obstante, hay que tener en cuenta que el período de utilización de esta necrópolis es bastante breve, y apenas abarca la segunda mitad del siglo VIII a.C.

En esta línea de enterramientos se situaría también la necrópolis de Cruz del Negro (Lám. 28), que ha sido definida como indígena, mixta o fenicia por diversos investigadores. Con 68 enterramientos, es más amplia de lo que suelen ser las necrópolis coloniales de este período, pero sin duda, el tipo de enterramiento de incineración, en la mayoría de los casos en las urnas cerámicas pintadas que han recibido el nombre del yacimiento, recuerda al rito fenicio. El mismo tipo de enterramiento encontramos también en Medellín (Almagro Gorbea, Mederos, Torres y Lorrio 2005:1219), considerado uno de los enclaves principales del mundo tartésico, pero donde no obstante se considera la posibilidad de la presencia de algunos pobladores fenicios en atención a estas sepulturas.

Este tipo de urnas, en combinación con otro rito de carácter oriental, como es la incineración *in situ* en una fosa con canal central, son utilizadas

también en la necrópolis de Senhor dos Mártires, vinculada a Alcácer do Sal (Arruda 2011:152), un asentamiento indígena en el que habría instalada una población fenicia. En Tavira, en el Algarve portugués, encontramos también urnas de tipo Cruz del Negro insertas en cavidades excavadas en la roca (Arruda 2008:19). Las características de ambas parecen conectarlas directamente con los pobladores fenicios asentados en la zona.

Lo cierto es que, aunque la adscripción de las necrópolis de este tipo aún queda abierta, a pesar de que la cada vez más comprobada presencia de fenicios en las tierras del interior parece hacer más posible una adscripción mixta o colonial, son innegables las reminiscencias fenicias del rito empleado. Una influencia de este alcance, que afecte a un elemento tan característico de una comunidad como es el mundo funerario, sólo parece posible a partir de un contacto continuado y muy cercano con la sociedad colonial, un contacto que sólo sería posible a partir de la instalación de orientales en las tierras del interior.

Al igual que Almuñécar, este tipo de enterramientos muestran similitudes con los de la necrópolis de Tiro-Al Bass (Aubet, Núñez y Trellisó 2004). Los objetos cerámicos incluidos en el ajuar, como veremos más adelante, componen un conjunto predeterminado característico de los enterramientos de la metrópoli.

En el siglo VII a.C. vemos aparecer en las necrópolis españolas tumbas con cámara: las de pozo corresponden a un tipo frecuente en el Mediterráneo fenicio, con paralelos en Tiro y Sidón. Su antecedente más inmediato lo vemos en Biblos, hacia el 1800 a.C., con pozos de más de seis metros de profundidad, que un dromos en pendiente hace enlazar con la cámara. Esta tumba estaría inspirada por modelos egipcios, y pronto se extendería a otras poblaciones fenicias, convirtiéndose en la sepultura fenicia clásica (Harden 1985:95). Es un tipo muy habitual en Cartago, y que también podemos observar en la Península a partir del siglo VII a.C., como en el caso de la tumba 1E de Puente de Noy (Lám. 29). En ocasiones, el

acceso a la tumba prescinde del pozo y se realiza a través de rampa o escaleras. Tejera (1975:210) ha querido ver aquí una influencia no cartaginesa, presente en necrópolis tanto africanas, como Jbel Mlezza (donde no obstante, como es habitual en esta zona, la inhumación es el rito principal), como de Cerdeña y Sicilia, pero sin embargo no hay que desdeñar la posibilidad de que las propias características del suelo en que se asienta la necrópolis obliguen a introducir estas variantes. Es el caso de Puente de Noy, donde las cámaras excavadas presentan plantas irregulares por las dificultades de excavación, o Trayamar, en que las cámaras no están excavadas, sino que se construyen con sillares (Lám. 30), utilizando mampostería de tipo oriental que combina madera y piedra, un modo de construcción habitual en Próximo Oriente, donde también aparecen los nichos en las paredes (Schubart y Niemeyer 1976:197), si bien este tipo de cámara funeraria es original de Occidente.

Por otra parte, un elemento común en Oriente, y que no suele encontrarse en el ámbito peninsular es un monumento exterior que señale la localización de la sepultura (Ramos 1990:49). El único resto material de un monumento de este tipo para época arcaica lo conformarían dos leones de piedra hallados junto a la tumba 4 de Puente de Noy, que podrían haber formado parte de un monumento turriforme, así como los betilos de La Fonteta, que han llegado hasta nosotros porque en el siglo VII a.C. fueron utilizados en la construcción de la muralla (Martín Ruiz 2009a:51). Durante el período púnico sí se hacen más presentes las estelas y sobre todo los cipos sobre la sepultura, como ocurre en Villaricos. Estelas y cipos aparecen en los templos también como soportes materiales de la divinidad. Del mismo modo, en las tumbas podrían servir como receptáculo del alma terrenal del difunto (al igual que los egipcios, los fenicios creían en una duplicidad de alma, con una parte que emigraría al mundo de los muertos *-rouah-* y otra que permanecía ligada al de los vivos *-nephesh-*). Se consideraba que el *nephesh* (palabra que muy elocuentemente también servía para denominar al monumento funerario) se encontraba en las entrañas del ser humano, por lo

que tras la muerte aún se le podía alimentar, de ahí la necesidad de ofrendarle alimentos a esta parte del difunto que quedaba ligada a la tierra (Prados 2005:639-641).

El ajuar es colocado junto al difunto después de la cremación, al contrario que en las necrópolis indígenas, donde era quemado junto con el cadáver. La parte más reseñable del ajuar funerario fenicio la forma el repertorio cerámico (algo que contrasta con la preferencia indígenas por los objetos metálicos), realizado preferentemente en engobe rojo (Lám. 31). En Fenicia, este tipo de cerámica es más habitual en la zona Norte, más afectada por las incursiones asirias (Jiménez Flores 1996:99), pero en general puede ser encontrada en todo el mundo fenicio. Siempre aparecen los mismos objetos, acompañados o no de otros, independientemente del rito utilizado. Entre estos objetos que no parecen faltar se encuentran los oinochoes de boca trilobulada, para la contención de líquidos relacionados con libaciones rituales. Normalmente aparece asociado con algún tipo de pátera o plato, que sería su complemento en el ritual.

Junto a ellos encontramos jarros de boca de seta, muy comunes también en la necrópolis de Tiro-Al Bass (Aubet, Núñez y Trellisó 2004:49), a los que se unen alabastrones. Ambos recipientes contienen aceites y perfumes, usados durante el ritual funerario para purificar el cadáver. Otros objetos presentes en el repertorio funerario fenicio típico son las lucernas (Lám. 32). Excepto en el caso de los enterramientos en cámara, donde la falta de luz las haría necesarias durante el sepelio, se aprecia que no han sido usadas, por lo que se incluirían por su significado como símbolo de luz que habrá de guiar al difunto en el otro mundo. Además de estos objetos, aparecen también contenedores cerámicos de líquidos y alimentos, que almacenarían ofrendas para el difunto. Con el tiempo su número se simplifica y actuarían como símbolos, sin necesidad de contener realmente los alimentos. En todo caso, su función era servir de alimento al espíritu del

difunto o *rephaim*, que había pasado a habitar la ciudad de los muertos, de la cual la necrópolis era su representación en este mundo.

Por último, desde comienzos del siglo VII a.C. no es infrecuente encontrar quemaperfumes acompañando a estos objetos, destacando por su factura y tamaño los formados por dos cazoletas superpuestas hallados en Trayamar. Si bien su uso podría estar relacionado con la presentación de una ofrenda a la divinidad, tendría una función práctica a la hora de ocultar el olor de la descomposición durante la celebración de las exequias fúnebres.

No es infrecuente encontrar amuletos formando parte del ajuar (Lám. 33). En muchas ocasiones estos pequeños objetos se introducen dentro de la urna (Ramos 1990:69; Aubet, Núñez y Trellisó 2004:55). Aunque a veces pueden estar realizados en materiales preciosos, no son incluidos por su condición de joyas, sino por la propia función protectora del amuleto. Para los fenicios, la ostentación social tras la muerte no era un punto de importancia, sino que lo que procuraban era lograr subsistir en la otra vida. Destacan los amuletos de influencia egipcia, cuya impronta en el arte fenicio ya hemos comentado en la sección anterior. Los escarabeos están muy presentes en el área mediterránea, pero bastante menos en la Península Ibérica, ya sean egipcios originales o imitaciones realizadas en talleres fenicios. En ocasiones van engarzados sobre un soporte basculante en forma de media luna, algo que podría relacionarse con el culto a Astarté. De todas formas, la adopción de elementos religiosos egipcios, como los escarabeos o las imágenes de Bes, da idea de la permeabilidad de la religión fenicia, que no pone obstáculos a la adopción de creencias y símbolos propios de otros pueblos. En esa línea iría también el uso compartido que hemos observado en sus templos.

Un caso particular es el de los porta-amuletos de metal, también de origen egipcio, joyas con forma de estuche que contendrían un rollo de papiro o de metal muy fino grabado con oraciones. De un estilo más funcional en el siglo VII a.C., a partir del siglo VI adquieren formas más

complejas incorporando la figura de una cabeza de animal como tapa, como es el caso de los ocho porta-amuletos de Puente de Noy (Ramos Sainz 1990:99). La función de estos objetos como depositarios de un documento escrito puede relacionarse con el poder que las palabras tienen por sí mismas como elementos de poder. Si bien la escritura fenicia no tiene las implicaciones esotéricas que los jeroglíficos egipcios contienen en sus dibujos y combinaciones, no sería extraño que la consideración sagrada de la escritura que tenían éstos impregnase en cierto modo también el uso de la escritura como elemento de protección religiosa.

Un fenómeno curioso en este sentido puede constituirlo el hecho de que en el Cerro de San Cristóbal las cartelas faraónicas de las urnas siempre aparecen dirigidas hacia la entrada de la sepultura. Considerando la improbabilidad de que los fenicios asentados en nuestras costas conocieran el idioma jeroglífico, es muy posible que esta costumbre obedeciera a un deseo de impresionar a cualquier posible violador de la sepultura. La tendencia a incluir textos amenazantes para cualquiera que osara perturbar el sueño del difunto aparece arraigada en muchas culturas mediterráneas, incluida la zona fenicia. En este sentido, los jeroglíficos egipcios, con su aspecto críptico y casi mágico, podrían desempeñar este tipo de función.

Mención aparte merecen los huevos de avestruz. Su uso enlaza con la importancia del huevo en la cosmogonía fenicia, que explicaba el origen del mundo a partir del poder generador del huevo, y establecía la relación del mismo con Mot, dios de la muerte. Este significado enlazaría con las pinturas murales de la necrópolis de Jbel Mlezza, donde el espíritu del difunto es representado como un gallo que hace su entrada en la ciudad de los muertos (Lám. 34).

Los huevos pueden aparecer enteros o adaptados como recipientes, y en ocasiones están decorados, usualmente con motivos geométricos. Su número es mucho mayor en Cartago, mientras que para el período arcaico su presencia en la Península Ibérica es bastante más limitada, si bien es posible

encontrarlos incluso en sepulturas indígenas. Cuando se presentaban rellenos de ocre se remarcaba su carácter apotropaico, dado que el ocre, por su capacidad de conservación del cadáver, siempre ha sido relacionado con el mundo funerario. El uso del ocre en la Península, ejemplificado en Trayamar y Cerro de San Cristóbal, decae a partir del siglo VI a.C. (Ramos 1990:110). Los huevos suelen aparecer cerca de la cabeza del difunto, es decir, en un lugar de importancia dentro de la sepultura. Como indicábamos antes, en la Península Ibérica no son tan abundantes como en otros puntos del Mediterráneo, si exceptuamos el caso de Villaricos, donde ha aparecido en gran número. Considerando que esta necrópolis comienza su andadura en el siglo VI a.C., se ha argumentado que la mayor presencia de huevos de avestruz se debe a la creciente influencia de Cartago, donde eran comunes desde los primeros tiempos de la ciudad.

Por lo que respecta a los ritos funerarios, destaca por su importancia el banquete. De origen oriental, sus orígenes pueden rastrearse ya en Ugarit. Los familiares celebrarían una comida sobre la tumba en honor al difunto, durante la cual se efectuarían ofrendas y libaciones para que el muerto disfrutase del banquete como un invitado más. En la idea fenicia de la muerte, la sepultura se correspondía con la vivienda del difunto en el *Sheol*, siendo así un nexo entre ambos mundos. Las ofrendas otorgadas al difunto en este lado se materializarían en su disfrute en el Más Allá. Así, el bienestar del muerto depende en gran medida de los actos que en su favor efectúan los vivos. Por ello, era recomendable que los familiares continuaran celebrando banquetes y libaciones en honor del difunto con cierta periodicidad. El olvido de estas obligaciones convertiría al muerto en un habitante desgraciado del inhóspito Más Allá. Como ya hemos comentado, los fenicios creían, al igual que los egipcios, en la dualidad del alma, de modo que el alma vegetativa o *nefesh* permanecía en la sepultura y debía ser alimentada (Prados 2007:151). La importancia de este rito es tal que incluso en época romana se atestiguan evidencias de la realización de banquetes funerarios, de los que la *terra sigillata* es excluida frente a formas

cerámicas más tradicionales (Bendala 1991:184), una prueba más de la conservación de la identidad propia frente a las nuevas influencias.

Por último, tras la celebración del banquete y una vez depositados los restos, se procedería al cierre ritual de la tumba. Se utilizan grandes losas de piedra, o muros de sillares en el caso de las cámaras, para cerrar la sepultura, y luego se cubre el conjunto con tierra. En muchas ocasiones, entremezclados con esta tierra aparecen trozos de la cerámica utilizada para el banquete, que se fragmentaría intencionadamente tras el mismo, ya que quedaban inutilizados para un uso posterior (Niveau 2006:42), y cuyos restos podemos encontrar en Trayamar o Puente de Noy (Jiménez Flores 1994:134-135). No obstante, hay que tener en cuenta que las cámaras serían reutilizadas para nuevos enterramientos, por lo que este cierre no siempre sería definitivo.

En definitiva, podemos considerar que las costumbres funerarias suponen para los colonos asentados en Occidente uno de los nexos más genuinos con las tradiciones orientales traídas desde su patria. El paso de cremación a inhumación, a lo largo del siglo VI a.C., frente a la conservación de otros ritos funerarios, incluso en épocas muy posteriores, puede tomarse como base para determinar los aspectos más importantes de las creencias de estos individuos, que marcarían los elementos más profundos y característicos de su identidad.

Al mismo tiempo, la diversidad que podemos apreciar en los tipos de sepultura sería el reflejo de la heterogeneidad de la sociedad colonial, en la que se darían cita aspectos procedentes de distintos ámbitos culturales orientales. No obstante, aquellos elementos comunes que formarían parte fundamental de los ritos funerarios de los colonos indicarían la existencia de un conjunto de tradiciones y creencias que compondrían una base común, sobre la cual se construye la identidad colonial occidental.

3. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD.

En los últimos años, conceptos como el de aculturación e hibridación han llevado a nuevos planteamientos con respecto al sentimiento identitario de los colonos asentados en las costas hispanas. Lo cierto es que las tendencias postcolonialistas han provocado un creciente interés de la investigación por las consecuencias sociales del proceso colonizador, abriendo nuevos campos de estudio y aportando una visión renovada de las relaciones entre indígenas y colonos.

Sin embargo, también se ha tendido a dar una idea idealizada de la colonización fenicia. La ausencia de un carácter militarista y de una conquista efectiva del territorio por parte de los orientales llegados a Occidente ha servido para fortalecer una imagen de mutua colaboración y aprovechamiento, estableciéndose una relación de la que ambos grupos resultarían beneficiados. En última instancia, se ha considerado incluso que la convivencia entre ambos grupos daría lugar a una sociedad en la que los elementos autóctonos y foráneos se habrían confundido hasta formar parte de una misma comunidad. Sería éste el resultado de llevar el concepto de hibridación al extremo, hasta el punto de borrar la diversidad que implica el proceso colonial, un hecho que ya ha sido criticado (Dietler 2009:30).

En relación con esto, en los últimos años surge la cuestión de si la sociedad colonial, tras varios siglos establecidos en Occidente, puede ser considerada aún como “fenicia”, o si ha llegado a confundirse con la sociedad local de tal modo que forme parte ya de la comunidad tartesia. El estudio de la identidad resulta, por esta razón, un campo de alto interés para la investigación, pues en parte de ello dependen en gran medida las relaciones establecidas entre los pueblos en contacto.

Ya hemos visto cómo se pueden rastrear diversos orígenes entre los colonos. No era una sociedad homogénea, por lo que la identidad “fenicia”

(un término acuñado por el pueblo griego, pero no asumido directamente por los habitantes de las ciudades-Estado fenicias) de los colonos llegados a Occidente ya es bastante discutible. No obstante, podemos identificar bajo el nombre de “fenicios” a determinadas comunidades que a lo largo del Mediterráneo comparten ciertas prácticas que permiten describirlos colectivamente, aunque nivel local estas mismas comunidades puedan presentar cierta diversidad (Hodos 2009:222). En esa línea irían las ideas que ya hemos visto sobre cómo los fenicios adquieren cierta unidad bajo el nombre de «cananeos», y cómo en una información tan tardía como la de San Agustín ese sentimiento de pertenencia a la cultura cananea sigue presente. A pesar del tiempo transcurrido, determinados sectores de la población tienen conciencia de tener un origen oriental que los diferencia del resto de la población. Por tanto, no parece que en ningún momento se produjera un mestizaje tal que diluyera a las personas de origen oriental entre la población local.

En este sentido, podríamos hablar de una “identidad colonial”, asumida por aquellos elementos foráneos que llegan desde el otro extremo del Mediterráneo. Independientemente de los diversos orígenes que pudieran tener en Oriente, una vez asentados en Occidente creemos que hubieron de asumir una nueva identidad conjunta, frente a los indígenas de los territorios en que se establecen. Esta nueva cultura se originará a partir de las desviaciones que sufre su cultura original en el proceso de reproducción de la cultura foránea llevada a cabo por los indígenas (Van Dommelen 1997:309). Así pues, la cultura colonial se origina mediante un proceso de hibridación por el cual la cultura indígena también ejerce cierta influencia sobre los colonizadores, tras recibir a su vez los elementos propios de la orientalización. Esta cultura adoptada por los colonos occidentales compondría la identidad colonial, basada en creencias, elementos culturales y modos de vida semejantes y, sobre todo, en el sentimiento de alteridad respecto a las gentes occidentales.

Como decimos, en este contexto entra en acción el fenómeno de hibridación. Los colonos orientales asumirán algunos elementos propios de las sociedades occidentales, del mismo modo que los indígenas experimentaron una evolución en la que se incorporaron muchos elementos orientales que, tras ser reelaborados, son de nuevo transmitidos a la cultura de los colonos, en lo que podría considerarse incluso un ciclo de retroalimentación cultural. La sociedad colonial seguirá así un rumbo cultural y social diferente al de sus metrópolis, cuyo resultado sería la conformación de esa identidad colonial. Cuando nos referimos a «fenicios occidentales», estamos hablando de los colonos occidentales que comparten esta identidad. Una identidad que, por otra parte, es percibida por otros pueblos y en etapas mucho más recientes, como queda en evidencia cuando Diodoro de Sicilia y Estrabón se refieren a los habitantes de las antiguas colonias peninsulares como “fenicios” en vez de “púnicos”, estableciendo una diferenciación con los habitantes de Cartago y sus ciudades asociadas en el Mediterráneo central³² (López Castro 2004:154).

En la creación de esta identidad merece la pena tener en cuenta la propuesta de Arteaga (1994:34), que señala, a consecuencia de las contradicciones generadas por el sistema productivo, el surgimiento de una oligarquía cada vez más despegada de la aristocracia mercantil tiria como la base de la diferenciación progresiva de la cultura material colonial con respecto a la de la metrópolis. Bajo una nueva perspectiva, podemos considerar esta evolución diferenciada como parte de la formación de una identidad colonial que une a los orientales asentados en Occidente, independientemente de su origen, que como hemos visto podía ser muy diverso, y les otorga una conciencia propia y separada de la identidad “oficial” de Tiro, que no les resulta ya útil para autodefinirse en el contexto colonial.

³² Aunque, como el propio López Castro indica a continuación (2004:155-156), ésta no es la posición normal de los historiadores en época romana, que tienden a tratar a todos los pueblos de origen semita como “púnicos”, con toda la carga negativa que el término conlleva en este periodo, como una manera de unificar a los no romanos.

La cultura colonial es una cultura netamente mediterránea, que difícilmente podemos identificar con ese “Oriente” artificial y arquetípico en el que se ha querido encajar todo lo relacionado con el mundo fenicio (Purcell 2006:26). Así pues, se trata de un fenómeno nacido en el mundo colonial, que no tiene nada que ver con una “identidad tiria” que no sería compartida por gran parte de los fenicios occidentales, sino con los elementos comunes que los colonos comparten y desarrollan de manera conjunta más allá de su diversidad étnica y cultural interna, que en muchos aspectos seguiría presente, como demuestran las diferentes costumbres funerarias o elementos de cultura material.

El hecho de que Gadir tuviera un papel preponderante en el círculo fenicio no implica, además, que el resto de las colonias fenicias que alcanzan unas ciertas dimensiones urbanas y albergan una comunidad ciudadana importante no desarrollaran una identidad propia que uniría a sus habitantes mediante el sentimiento de pertenencia a su propia ciudad (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:190-191). El orgullo ciudadano, presente en las ciudades-Estado fenicias, debió tener su traslación en el mundo colonial, y sería incrementado en el período posterior con el mayor desarrollo del fenómeno urbano, todo ello bajo el trasfondo común que supondría esa “identidad colonial” compartida por todos los fenicios occidentales y para la que es especialmente revelador el pasaje de Pomponio Mela (II, 96), natural de Tingentera, en que se define a sí mismo y a su comunidad de origen como fenicios, no como púnicos (López Castro 2004:158-159), en una reivindicación del pasado más remoto de los fenicios occidentales frente a la ocupación cartaginesa.

Este panorama caracterizado por fuertes sistemas ciudadanos unidos mediante pactos políticos bajo la dirección de Gadir sería el descrito por Arteaga (1994:26) cuando desarrolla el concepto de Liga Púnica Gaditana para la época posterior al siglo VI a.C. A estos lazos políticos creados entre las antiguas colonias fenicias habría que añadir el sentimiento de

pertenencia a una misma comunidad con un pasado común, que tendría su origen en esa identidad colonial forjada en el período arcaico y estaría en la base de esa unidad política.

Por otra parte, consideramos que la alteridad frente a los indígenas occidentales se conservó, manteniéndose ambas sociedades independientes y diferenciadas, de un modo semejante al de los criollos respecto a las poblaciones nativas en las colonias americanas. Incluso en los casos en que los fenicios se asientan en territorios con una cultura ampliamente desarrollada, como en el caso de Egipto, siempre se mantiene una cierta fidelidad a las costumbres y cultos tradicionales, a pesar de su alto nivel de integración cultural (Xella y Lancellotti 2004:122). Siendo así, el caso occidental sería mucho más evidente, en tanto que es la cultura fenicia la que ofrece los marcadores de poder y riqueza que desean ser adquiridos por las élites locales, es decir, los factores que definen el estatus del individuo están marcados en gran medida por elementos culturales orientales traídos por los colonos. En el ámbito occidental, la oriental se convierte en la cultura guía de las clases dominantes, mayor razón para que los fenicios conserven sus propias características culturales, que son también símbolo de su estatus.

Así pues, cabe preguntarse si el proceso de hibridación no condujo a la existencia de grupos sociales que, al compartir elementos culturales y modos de vida semejantes, nacidos en el contexto colonial, constituyan una comunidad propia que no pueda adscribirse ni a los colonizadores ni a los colonizados. Es en esa circunstancia en que surge el concepto de ambivalencia, por el que, a pesar de la profunda asimilación que unos individuos puedan tener de los elementos característicos de un grupo, nunca llegan a formar parte de él (Bhabha 1994:86-87), permaneciendo así la alteridad existente entre colonos y locales. En ese sentido, el propio sistema que promueve la participación de los elementos autóctonos en la cultura colonial, por medio de la aculturación, impone también los límites

necesarios para mantener la legitimidad del grupo que se beneficia del control de las estructuras económicas (Cañete y Vives-Ferrándiz 2011:139).

Si bien se ha detectado la presencia de gentes orientales viviendo en poblados indígenas, y de población autóctona en las colonias, y sin negar que en determinados sectores de la población, básicamente entre las élites, se produjeran fenómenos de mestizaje, no podemos hablar por ello de una sociedad conjunta que llega a interrelacionarse hasta el punto de no distinguir a unos personajes de otros en base a su origen, como han considerado algunos autores (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:324). Por supuesto, tras décadas de coexistencia, las características identitarias de la comunidad de origen oriental serían diferentes de las de los primeros colonos, del mismo modo que los pobladores locales también habían experimentado variaciones fruto del contacto continuado, lo que llevaría a que ambos grupos compartieran elementos culturales, pero eso no significa que no conservasen rasgos culturales propios que les permitían remarcar su propia identidad y, al mismo tiempo, mantener la diferencia con el “otro”. En ese sentido, en época romana aún existía una separación lingüística entre las minorías que hablaban el idioma semita y las comunidades iberas (Morgenroth 2004:127), lo que parece hablar a favor de una separación étnica entre dichas sociedades, que se mantienen independientes a pesar de los intercambios culturales existentes entre ambas.

En ese sentido, se ha alegado que el excesivo peso otorgado a las categorías básicas de colono-colonizado ha borrado otras identidades sociales asociadas a cuestiones como el estatus o el género (Delgado y Ferrer 2007a:36). Lo cierto es que, si bien la dualidad establecida entre los pobladores orientales y los no orientales se concibe como punto de partida fundamental, su articulación en combinación con otras divisiones sociales puede ser de gran utilidad para marcar los límites del mestizaje. Como veremos después, la introducción de una mujer indígena en la sociedad fenicia por medio del matrimonio se produce dentro de unos márgenes

marcados por su condición femenina. Su caso nunca podría ser el mismo que el de un miembro masculino de la aristocracia local que, a raíz de sus relaciones con los colonos, adopta sus formas de vida y logra una integración en la comunidad colonial por medio del matrimonio. Consideramos que el primer caso podría darse con cierta frecuencia, dado que sus implicaciones sociales en la comunidad receptora no serían demasiado grandes, mientras que el segundo caso ya supondría una situación excepcional dentro del contexto colonial.

Las teorías postcoloniales han tendido a tratar las relaciones entre colonos e indígenas prestando particular atención a las negociaciones que hicieron posible el funcionamiento del sistema, pero lo cierto es que en ocasiones eso ha llevado a una idealización del fenómeno colonial, al presentar un ambiente en que unos y otros resultan igualmente beneficiados del proceso.

No obstante, algunos estudios se han preocupado de la existencia de una tensión derivada de la situación colonial que podría desembocar en conflictos, señalando que con dicho término no nos referimos exclusivamente al uso de la violencia, sino que incluiría también formas de hostilidad más veladas.

Se ha señalado que el sistema colonial fenicio tiene una marcada tendencia hacia el monopolio de los recursos a través de la posesión exclusiva de los medios de producción, generando así una desigualdad a la que sólo se puede responder desde la sumisión o el conflicto abierto (Moreno Arrastio 2008:51-57). Esta circunstancia iría íntimamente ligada a la percepción identitaria de los grupos en conflicto, puesto que la identificación del grupo explotador con el de los colonos desembocaría a una intensificación del sentimiento de alteridad con respecto a ellos y provocaría que a las fricciones económicas se sumase un componente étnico.

Consideramos en base a esto, por tanto, que la conflictividad rastreable en los sucesos que a lo largo del siglo VI a.C. sacudieron al mundo colonial occidental debe ser analizada prestando particular atención al componente identitario de los grupos en contacto, puesto que los pactos sobre los que se habían asentado sus relaciones durante el período arcaico, y que en este período entran en crisis, se fundamentaban sobre una conciencia de alteridad respectiva. Las circunstancias sociales originadas por la coexistencia de dos identidades diferenciadas suponen un factor fundamental a la hora de analizar las relaciones entre grupos, como elemento más característico de una situación colonial.

Por esta razón, en el siguiente apartado pasaremos a analizar al conjunto de los pobladores indígenas, centrándonos en la evolución de su identidad durante el período colonial, y tratando de marcar los límites y alcance que el fenómeno orientalizante tuvo para estas comunidades.

IV. LA SOCIEDAD LOCAL: EVOLUCIÓN Y CONTACTO

La llegada y establecimiento de las poblaciones orientales en el Sur de la Península Ibérica causaría una alteración profunda de los modos de vida de las poblaciones indígenas de la zona. Desgraciadamente, nuestro conocimiento de la sociedad local del Bronce Final es aún limitado, ante la escasez de evidencias arqueológicas datables en este período. No obstante, nuevos descubrimientos y estudios van revelando poco a poco más datos al respecto.

Uno de los temas más controvertidos con respecto a las poblaciones con las que entablaron contacto los fenicios a su llegada a la Península Ibérica es precisamente el grado de complejidad alcanzado por estas sociedades en la etapa previa. En general, se acepta que antes de la llegada de los primeros colonos fenicios, las sociedades indígenas del Suroeste peninsular se hallaban inmersas en un proceso de jerarquización social que había permitido la formación de unas élites que actuarán como interlocutores frente a los orientales.

Este proceso, sin embargo, se verá alterado a raíz de las relaciones establecidas con los fenicios, que al intervenir sobre las bases económicas de estas comunidades alterarán su evolución social. Como resultado, las élites locales experimentarán un fortalecimiento que acabará desembocando en la formación de auténticas aristocracias. Al mismo tiempo, no obstante, estas élites generan una dependencia con respecto al sistema colonial establecido por los fenicios para mantener las bases de su poder, lo que acaba por generar la inclusión de la población indígena en unas estructuras productivas explotadoras.

A la hora de analizar a las comunidades locales desde el punto de vista de su identidad social, es inevitable hacer referencia al fenómeno orientalizante como elemento más destacado de este período, hasta el punto que ha sido utilizado para nombrar esta etapa. El alcance de la

orientalización, sin embargo, es un tema que aún precisa de plena atención por parte de los investigadores. El orientalizante queda plasmado en la cultura material, en particular en aquella asociada a las élites indígenas como objetos de prestigio, pero la adopción de elementos formales no tiene por qué implicar la asunción de la ideología que estos objetos pudieran tener en sus lugares de origen. Como veremos en las siguientes páginas, la reelaboración de su significado que implica la adopción de un elemento como parte de la cultura local hace que éste se vea inmerso en las estructuras ideológicas indígenas. En ese sentido, podemos hablar de una transformación de la identidad local a raíz de la llegada de influencias foráneas, pero que no supone una pérdida de sus bases fundamentales.

Así pues, en el presente capítulo trataremos de analizar esas transformaciones que experimenta la identidad colonial, pero prestando particular atención a la conservación de la misma a través de todo el período colonial, como medio no sólo para la propia identificación social, sino para mantener la separación con respecto a ese “Otro” que supone la presencia de gentes orientales en el mismo territorio.

1. TARTESSOS: UNA TIERRA MÍTICA EN EL EXTREMO OCCIDENTE.

Mucho antes de que la colonización fenicia de la Península Ibérica fuera objeto de estudio, Tartessos ya era una fuente de fascinación para numerosos estudiosos que trataban de localizar el reino mítico del rey Argantonio. Consagrada por los autores griegos como una tierra de increíbles riquezas situada en el extremo del mundo conocido, el carácter casi legendario del reino de Tartessos creó toda una corriente de investigación que veía en estos textos la confirmación de la existencia de un primer reino hispano comparable culturalmente a otras grandes civilizaciones de la Antigüedad.

Las referencias más antiguas a Tartessos aparecen en la Biblia, si bien no con el nombre que le dieron los griegos, sino como Tarsis o Tarshish, una palabra semita. Esa diferencia ha hecho que la identificación de Tartessos con la Tarsis bíblica sea una cuestión abierta aún hoy, ya que algunos investigadores creen que los textos bíblicos se refieren en realidad a la ciudad de Tarso, en Cilicia.

En el Libro de los Reyes aparece en varias ocasiones la palabra “Tarsis”, en relación a las expediciones comerciales conjuntas emprendidas por el rey Salomón e Hiram I de Tiro en el siglo X a.C. Los textos bíblicos sólo incluyen referencias geográficas al aludir a los lugares de los que partían estas “naves de Tarsis”, pero no a su destino. Por otra parte, la lista de productos que, según estos textos, se podían obtener en la región de Tarsis es tan dispar que sólo contribuye a oscurecer el problema, al incluir elementos como metales preciosos, marfil o incluso pavos reales, productos que se identifican mejor con los obtenidos en Asia Menor. El problema de la identificación de la Tarsis/Tarshish bíblica con la Tartessos occidental es un tema que aún hoy sigue atrayendo el interés de muchos investigadores que

analizan los documentos literarios, epigráficos y arqueológicos para tratar de justificar esa correspondencia (Koch 2004; Lipinski 2004:225-266). De todas formas, se ha apuntado que existe la posibilidad de que el significado de Tarsis, identificada con una tierra de riquezas, variara con el tiempo, cambiando su localización a medida que aumentaba el conocimiento de nuevos territorios (Blázquez 1999a:17-18), en un proceso semejante al que seguiría la identificación de las islas Cassitérides.

Las primeras referencias griegas al Extremo Occidente proceden de Homero, como escenario para los héroes míticos, pero no aportan información real. La primera mención directa de Tartessos aparece en la leyenda de Gerión transmitida por Estesícoro en el siglo VII a.C. A partir de ese momento, Tartessos aparece en los textos griegos como paradigma de un fértil territorio con abundantes riquezas metalíferas. Destaca el texto de Heródoto (I, 163) en que presenta al longevo rey Argantonio, quien ofrece a los focos la posibilidad de instalarse en sus tierras. Otro fragmento de este autor (IV, 151-152) nos habla de Tartessos como un mercado seguro y aún no explotado por los griegos. Lo fundamental en estos relatos griegos es la idea que se transmite de Tartessos como símbolo del fin del mundo, que no es otro que el límite de la expansión marítima griega (Plácido 1999:82).

En época helenística se asienta aún más la idea de la extraordinaria riqueza en plata del territorio tartésico. También se refuerza la idea de Tartessos como ciudad, fortalecida por Estrabón ya en época augustea, y se va tendiendo progresivamente a identificarla con Gadir, que sería en aquellos momentos la ciudad más importante de las costas hispanas y la única con la que estos autores pueden relacionar los relatos antiguos sobre el reino de Argantonio. Esta tendencia continúa con los autores romanos, como Plinio, y será la base de los posteriores estudios de época moderna.

La aparición de Tarsis en la Biblia hizo que ya desde el Renacimiento numerosos investigadores se ocuparan del tema, centrando sus esfuerzos en la identificación entre Tarsis y el Tartessos griego, y en la

búsqueda de su ubicación exacta. Estudiosos como Rodrigo Caro o el padre Pineda asumieron la idea de Tartessos como primer reino civilizado de Occidente, y afanaron en la identificación de la magnífica ciudad que le habría servido como capital.

La investigación moderna sobre Tartessos quedaría inaugurada con dos investigadores extranjeros, Bonsor y Schulten. George Bonsor, desde una perspectiva más arqueológica, excavó numerosos yacimientos del interior del Guadalquivir, pero sin relacionarlos con la cultura tartésica, ya que consideraba que Tartessos era una gran ciudad de fundación fenicia. Por otra parte, el investigador alemán Adolf Schulten, siguiendo el ejemplo de Schliemann en Troya, buscó incansablemente la supuesta capital del reino de Tartessos, la ciudad desde que Argantonio dirigiría su reino, sobre la base de los textos clásicos, que constituyen su fuente de información fundamental.

Las propuestas de Schulten calaron hondo en la investigación realizada en nuestro país durante las décadas siguientes, como veremos más adelante al respecto de su hipótesis sobre el fin de Tartessos. La necesaria identificación de Tartessos con una cultura urbana o la aculturación pasiva del sustrato indígena son algunos de los puntos que se mantuvieron durante largo tiempo como premisas de partida para cualquier investigación sobre el mundo tartésico (Fernández-Miranda 1999:95). No obstante, su propuesta de situar el origen de Tartessos en la llegada de refugiados egeos³³ que huían de los Pueblos del Mar no tuvo tanto éxito, ya que la investigación realizada durante la época franquista tendía a resaltar el origen autóctono de la civilización tartésica, de tal modo que encajara perfectamente dentro de la ideología del régimen, en la que el “destino histórico” de España estaba marcado por hitos fundamentales, siendo de este modo Tartessos el primer reino español.

³³ Producto de un antisemitismo que contrasta con las teorías de Bonsor.

En este sentido, se procede en esta época, por primera vez, a la búsqueda de los marcadores arqueológicos que definirían a la civilización tartésica. Blanco Freijeiro y Maluquer de Motes serán los principales investigadores de este período, analizando los hallazgos arqueológicos desde el punto de vista material. Son también los primeros en señalar el influjo oriental de muchos de estos objetos, pero remarcando que se trata de manufacturas locales, hasta el punto de clasificar como indígenas muchos de los hallazgos que hasta ese momento se habían considerado fenicios (por interpretación de Bonsor, en muchos casos), definiendo así la cultura material que le correspondería a Tartessos.

Es en este ambiente en el que se produce el gran descubrimiento que va a marcar la investigación sobre Tartessos en las décadas siguientes. En 1958 es hallado el famoso tesoro de El Carambolo durante unas obras de reforma del local de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de la provincia de Sevilla. Las joyas fueron definidas como tartésicas, y la posterior excavación llevada a cabo por Maluquer y Carriazo identificó el yacimiento como un poblado indígena. Las cerámicas pintadas tipo Carambolo (Lám. 35) y las de retícula bruñida halladas en el yacimiento se convirtieron en el modelo a partir del cual se interpretará la cultura material de Tartessos.

En particular, el supuesto fondo de cabaña identificado en El Carambolo Alto fue utilizado para representar todo un horizonte indígena precolonial en el que ya se apuntaban los rasgos de la cultura tartésica clásica. De este modo, se sancionaba la existencia de una cultura tartésica en evolución antes de la llegada de los fenicios, resaltando así el carácter indígena de esta cultura. La zona baja de la colina correspondería a un momento de expansión del poblado ya en época colonial, identificable a partir de las construcciones rectangulares de influencia oriental y la existencia de cerámicas a torno.

A partir de ese momento, estas cerámicas pintadas y de retícula fueron utilizadas como fósil-guía a la hora de catalogar los yacimientos

como tartésicos precoloniales, apoyándose en las estratigrafías obtenidas en El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007:65 y ss.), fortaleciendo así la idea de una cultura tartésica autóctona que pronto se verá influida por elementos foráneos. Es el caso del Cabezo de San Pedro de Huelva, cuya etapa fundacional preferencia fue definida en base a las cerámicas bruñidas y tipo Carambolo encontradas en la primera fase de ocupación (Belén, Del Amo y Fernández-Miranda 1982:23).

De todas formas, la asignación precolonial de El Carambolo Alto fue puesta en duda por algunos investigadores (Amores 1995:167), y se destaca el hecho de que ya el propio Maluquer había identificado, en el mismo nivel de cenizas en el que se encontraron las cerámicas pintadas, fragmentos de huevo de avestruz (Maluquer 1960:286), un rasgo que parece evocar directamente a la presencia fenicia. Sin embargo, la tendencia general de la investigación, junto con el escaso conocimiento que en esas fechas se tenía sobre la presencia oriental en la Península Ibérica, favoreció la proliferación de estudios asentados sobre la idea de una cultura tartésica precolonial. Los orígenes de esta cultura no estarían claros, por lo que se sitúa el origen de la cultura tartésica en la repoblación de los territorios del Sudoeste³⁴ durante el Bronce Final preferencia, con el surgimiento de abundantes asentamientos que ya podemos llamar tartésicos: sería la denominada fase tartésica precolonial antigua, localizada entre los siglos XI y X a.C. (Pellicer 1982:41-42).

Estos intentos de periodización se enmarcan en un contexto en el que, ante el descubrimiento y estudio de las colonias orientales de nuestro país, intensificado desde los años 70 y 80 del siglo XX bajo los auspicios de la Nueva Arqueología, la investigación sobre Tartessos comenzó a preocuparse de manera preferente por su origen y por los procesos de

³⁴ La falta de hallazgos relativos al Bronce Pleno y la desconexión entre las primeras etapas de la Edad del Bronce y el supuesto Bronce Final tartésico precolonial en el Sudoeste llevó a elaborar una teoría que contemplaba un vacío poblacional en la zona que abarcaría al menos la mitad del II milenio antes de nuestra era (Pellicer 1982:43).

aculturación. Con los estudios sobre las colonizaciones orientales en el Mediterráneo en pleno auge y la aparición de asentamientos fenicios en las costas andaluzas, resurge con fuerza la cuestión de si Tartessos es una cultura autóctona o si se origina a partir de los estímulos orientales llegados desde el Mediterráneo. Esta segunda propuesta fue considerada de corte difusionista, puesto que explicaría las innovaciones producidas en las comunidades tartésicas a partir de la llegada de elementos foráneos más avanzados. No obstante, esta teoría acerca de la transmisión cultural ha sido muy matizada en años posteriores, alejando las posturas favorables a la importancia del estímulo oriental de las posturas simplemente difusionistas. Por el contrario, los presupuestos de la *New Archaeology* tendieron a favorecer perspectivas indigenistas, al apoyar la evolución interna como factor fundamental de cambio. En esa línea, se tendía a ver en el período preorientalizante una fase formativa de la cultura tartésica que sería dinamizada posteriormente por la presencia oriental (Bendala 2000:67), pero sin dejar de ser un fenómeno eminentemente autóctono. Como veremos, será muy recientemente cuando se tienda a conciliar ambas posturas, poniendo en valor a todos los elementos que confluyen en el contacto colonial.

Lo cierto es que los hallazgos arqueológicos de los últimos años, que tienden a adelantar cada vez más el inicio de la presencia fenicia en el Suroeste de la Península Ibérica, inclinan la balanza del lado de aquéllos que consideran que la cultura tartésica es el resultado de la orientalización de los indígenas del Suroeste peninsular, es decir, la sociedad surgida de la convivencia entre las comunidades orientales e indígenas. Argumentos frecuentemente utilizados por los autores que propugnan la existencia de una cultura tartésica prefenicia, como la posible copelación local de la plata antes de la llegada fenicia (Pérez Macías 1995:434), quedan de este modo insertos en un espacio temporal en que la presencia y asentamiento de elementos orientales en las costas hispanas es ya un hecho. A ello se unieron las revisiones realizadas sobre la cronología de la cerámica tipo Carambolo,

que tendían a retrasar sus fechas de producción y, sobre todo, negaban la existencia de precedentes locales (Aubet 1992-1993:340), insertando este tipo de producciones dentro de un contexto mediterráneo en el que existen contactos entre pueblos.

En los últimos años, el debate sobre Tartessos se ha visto reavivado a la luz de la aparición de nuevos trabajos sobre el tema que han arrojado propuestas muy arriesgadas. El detonante será la reinterpretación que se ha hecho del conjunto de El Carambolo tras las campañas llevadas a cabo entre 2001 y 2005 por Fernández Flores y Rodríguez Azogue. Estas campañas arqueológicas revelaron que las estructuras arquitectónicas presentes no pertenecían a un poblado tartésico, como Carriazo había interpretado en su día, sino a un santuario construido según técnicas orientales en algún momento entre finales del siglo X y comienzos del IX a.C. (Lám. 36).

Esta propuesta de interpretación se asocia a los estudios de Belén Deamos y Escacena Carrasco sobre la presencia de santuarios fenicios en el interior, siguiendo la vía de penetración natural del Guadalquivir. Estos autores ya habían planteado que El Carambolo no era un poblado, sino un gran santuario dedicado a Astarté, de quien se encontró una figurilla de estética egiptizante, que serviría como centro cultural a los habitantes de la factoría fenicia de Spal (Belén y Escacena 1997:113), al igual que el santuario de Coria del Río (Escacena 2002:68-71). La idea no era nueva, ya que Blanco Freijeiro (1979:95) había barajado en su momento la posibilidad de que El Carambolo fuese un lugar de culto, ante la calidad y abundancia de las cerámicas presentes en el yacimiento y, posteriormente, Blázquez (1995:111-115) había planteado que el culto a Astarté debió jugar un papel fundamental en el yacimiento.

Como decimos, las excavaciones de 2001-2005 (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007:88 y ss.) no sólo han confirmado el carácter de santuario de El Carambolo, sino que además han resaltado su autoría fenicia. De este modo, los materiales locales que habían servido para definir

toda una cultura tartésica anterior a la llegada fenicia se convierten en contemporáneos ya de la influencia oriental. Esta circunstancia hace que muchos de los yacimientos excavados bajo estas prerrogativas deban ser revisados y sus materiales reinterpretados.

En esta línea se ha apuntado que las cerámicas pintadas tipo Carambolo, que habían servido para definir todo un horizonte cultural autóctono prefenicio, imitarían en realidad prototipos chipriotas (Pellicer 2006:28), lo que las situaría en un momento en que los mercaderes orientales ya actuaban en las costas peninsulares.

En definitiva, este giro de la investigación ha llevado a la desaparición del llamado “Bronce Final tartésico precolonial” (González Wagner 2011:125) y, en última instancia, a la confirmación de Tartessos como la cultura producto de la acción colonizadora de los fenicios sobre las poblaciones indígenas del Suroeste peninsular. Este mundo colonial será el que conozcan los griegos a su llegada a la Península Ibérica, una realidad a la que pondrán el nombre de Tartessos (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007:269). Su núcleo se localiza en el entorno de Huelva y el Bajo Guadalquivir, pero su influencia alcanza un hinterland amplio que se extendería por el cauce del Guadiana y llegaría hasta el Tajo.

Estas posturas han sido vistas por algunos autores como una revitalización del discurso difusionista (López Castro 1999:46), pero bajo la perspectiva postcolonial se descarta esa idea de pasividad que implicaba el difusionismo, y resalta el papel indígena en la conformación de la cultura orientalizante.

2. EL BRONCE FINAL EN EL SUROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.

A pesar de que la revisión arqueológica de los asentamientos considerados anteriores a la presencia fenicia ha revelado un panorama mucho menos estructurado del que se consideraba para los tiempos precoloniales, no hay por ello que obviar los evidentes signos de crecimiento que presentan las comunidades del Suroeste peninsular durante este período. Las comunidades que encontrarán los colonos orientales a su llegada se encontraban ya inmersas en un proceso de desarrollo estructural y social, como consecuencia del control de rutas comerciales locales, que les permiten un crecimiento económico, y de la influencia de elementos orientales que van llegando desde el Mediterráneo (Espinosa y Gutiérrez 2006:1), por medio de los circuitos comerciales marítimos de la Edad de Bronce.

A la hora de analizar esta etapa, no entraremos en la espinosa cuestión de si hubo o no una discontinuidad en el poblamiento del Suroeste peninsular entre el Bronce Pleno y el Bronce Final, por encontrarse más allá de los objetivos planteados para este trabajo, por lo que nos centraremos en los hallazgos de origen oriental detectados en la zona y en la situación del mundo indígena en los momentos inmediatamente anteriores a los que se marcan para esa llegada de los primeros colonos orientales.

Partimos de la base de que las comunidades indígenas del Sur peninsular no permanecían aisladas de las corrientes culturales del Bronce mediterráneo. Schubart señala la semejanza que las copas argáricas tenían con algunos tipos mediterráneos (Schubart 1976:342), lo que demuestra que las influencias externas van llegando poco a poco, por medio de las redes de intercambio a pequeña escala que van naciendo a lo largo de todo el Mediterráneo (Ruiz-Gálvez 2009:98). A la llegada de los fenicios ya

encontramos entre los indígenas formas vasculares de origen oriental, como los vasos *a chardon*³⁵ o soportes de carrete (Negueruela 1979-80:347), que serían adoptadas a raíz del contacto con los primeros mercaderes de origen oriental llegados a la Península Ibérica. En estas fechas, los principales responsables del comercio marítimo serían los micénicos, cuyo régimen palacial hace del poderío naval una de las bases fundamentales de su crecimiento.

Estos contactos de la Península Ibérica con gentes de origen oriental se remontarían a la segunda mitad del segundo milenio antes de nuestra era, en torno a los siglos XIV o XIII a.C., cuando ya existirían las condiciones técnicas para permitir que este comercio mediterráneo llegara a Occidente, al menos con una cierta continuidad (Ruiz-Gálvez 2009:97-98). A pesar de ello, los testimonios de la posible llegada de navegantes micénicos son muy escasos. Se pueden citar dos fragmentos de cerámica del Heládico Reciente datadas en los siglos XIV-XIII a.C., hallados en el Llanete de los Moros, en Montoro (Ruiz-Gálvez 1993:46). La escasez de hallazgos referidos a estos contactos nos revela que nos encontraríamos ante viajes de tipo exploratorio, muy espaciados en el tiempo, y no a una ruta comercial estable. Por otra parte, las fechas barajadas nos llevan a un momento en que el sistema palacial micénico estaba cerca de su fin y su dominio marítimo en decadencia. No obstante, estas exploraciones serían el germen de los contactos más frecuentes que se producirán en los siglos siguientes y que, finalmente, desembocarán en la fundación de colonias orientales en la Península Ibérica.

Con la caída de Micenas, será Chipre quien continúe las navegaciones mediterráneas. Parece que el papel de Chipre fue fundamental en lo que se refiere a los contactos con la Península Ibérica, que se intensifican. Los tres vasos chipriotas de Paterna de la Ribera, cerca de

³⁵ No obstante, también se ha negado la existencia de estos vasos *a chardon* antes de la etapa colonial (Ruiz Mata y Pérez 1989:291), en base a lo confusas que resultan las escasas estratigrafías disponibles para este período.

Cádiz, fechados hacia la segunda mitad o finales del siglo X a.C., serían testimonio de este tipo de contactos (Pellicer 2004:27). Se ha apreciado la influencia chipriota en algunos objetos asociados a los banquetes, como los vasos de bronce de Berzocana; en cerámicas, como las de la Cuesta del Negro o del Llanete de los Moros; en las armas (Blázquez 2011:8,10), incluyendo algunos objetos de hierro en contextos del Bronce Final portugués; o en la factura de los enseres de oro presentes en el tesoro de Villena (Ruiz-Gálvez 1993:49).

Un indicio fundamental para atestiguar este comercio chipriota del Bronce Final sería la presencia en la Península Ibérica de sistemas de peso mediterráneos documentados con anterioridad a la presencia fenicia, y basados en el ciclo minorasiático, el sistema de peso más común en Chipre y el Levante mediterráneo a comienzos de la Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez 2000:11-12). La existencia de este tipo de medidas, con un área de distribución que cubre el Mediterráneo y amplias zonas de Europa, sólo puede remitir a la existencia de un circuito de intercambios a gran escala dotado de cierta estabilidad.

Los navegantes chipriotas no sólo traerán consigo objetos e influencias orientales, sino que además pondrán en contacto el Occidente con las islas del Mediterráneo central, una relación que ya existiría anteriormente, pero que en esta época comienza a mostrar una mayor regularidad. De ahí que, junto a la aparición de fíbulas chipriotas en yacimientos peninsulares tanto de la vertiente mediterránea como de la atlántica, aparezcan también fíbulas de tipo siciliano (Ruiz-Gálvez 1993:49). La presencia de esta clase de objetos en la costa portuguesa parece confirmar que el objetivo del comercio mediterráneo del Bronce era el estaño, abundante en el sector Noroeste de la Península Ibérica.

No obstante, también hay que señalar que hay quien prefiere ver en estos objetos de origen oriental no la presencia de navegantes chipriotas, sino el testimonio de la perduración de rutas prehistóricas que unirían las

islas centromediterráneas con el Sur de la Península Ibérica. La presencia chipriota está bien documentada en las costas del Sur de Cerdeña, desde donde partiría la ruta de los navegantes sardos hacia el Extremo Occidente (Ruiz de Arbulo 1998:38-39). Sin embargo, no hay razones para pensar que los chipriotas, capaces de alcanzar Cerdeña, no pudieran del mismo modo tener conocimiento a través de los sardos de esta ruta hacia Occidente y navegarla por sí mismos, si bien la frecuencia con la que llevarían a cabo este tipo de viajes es algo que no podemos conocer.

Además de la conexión mediterránea, también hay que tener en cuenta que el Suroeste peninsular también participó de la corriente de intercambios que durante el Bronce recorría la vertiente atlántica, y en la que se insertarán posteriormente los navegantes de origen oriental para obtener estaño. La prueba más conocida de esta llegada del bronce atlántico es el depósito de bronce de la Ría de Huelva.

Hallado en 1923 durante una draga de la ría, se trata de un depósito formado por 397 piezas de bronce³⁶, de las que la gran mayoría eran armas, aunque también se incluían algunos objetos de adorno personal como fíbulas. Las dataciones de C-14 aportaron fechas que situarían este depósito en el paso del segundo al primer milenio antes de nuestra era³⁷. La acumulación de estos objetos se ha explicado como consecuencia de un ritual funerario en el que los difuntos eran depositados en el agua, siendo estos objetos parte de su ajuar (Belén y Escacena 1995:111), si bien se ha apuntado que, al hallarse todos los objetos prácticamente en el mismo punto de la ría formando un mismo depósito perteneciente al mismo arco temporal, esta explicación es poco plausible, y hace más probable que la acumulación de objetos se debiera al naufragio de un barco mercante (Ferrer

³⁶ Si bien durante posteriores dragados aparecieron algunos objetos más que se unieron a la colección ya existente (Ferrer Albelda *et alii* 1997:70).

³⁷ En vista de las fechas cada vez más antiguas que se proponen para la presencia fenicia en la Península Ibérica, se ha apuntado que el depósito podría corresponder ya a un tráfico comercial controlado por los fenicios (González Wagner 2008:16). En todo caso, sí que parece necesaria un reinterpretación del conjunto a la luz de los nuevos hallazgos.

Albelda *et alii* 1997:76-77). No obstante, también se ha contestado que, a pesar de esa supuesta unidad estratigráfica, en el depósito conviven objetos de muy diversas cronologías, caso de las fíbulas anulares, datadas en el mejor de los casos a finales del siglo VII a.C., que harían inviable la teoría del pecio naufragado en el Bronce Final (Escacena 2010:31). Por otra parte, la procedencia del metal es local en la mayoría de los objetos (Rovira 1995b:56). Para Ruiz-Gálvez (1995a:32), estos objetos tendrían un valor simbólico al señalar lugares pertenecientes al territorio de una comunidad, que de esta forma remarcaría su posesión de la tierra, una tradición llegada de las manos de grupos de población asentados en la zona y desplazados desde el Norte.

El depósito incluye elementos con tradición en el Bronce atlántico, como las espadas de lengua de carpa, pero también objetos de influencia oriental, como los escudos de escotadura en uve. Su presencia indicaría un ánimo de emular los símbolos de poder de culturas más avanzadas, adaptados al lenguaje local, como signos del estatus que algunos miembros de las comunidades indígenas comienzan a adquirir (Ruiz-Gálvez 1995b:154).

De este modo, no sólo confluyen en Huelva materiales llegados de diversas procedencias, sino que el bronce de tipo atlántico también tendrá una salida hacia el Mediterráneo, llegando a encontrarse hachas y espadas de tipo onubense en yacimientos itálicos, como es el caso del depósito de Monte Rovello, en Etruria, o los de Monte Sa Idda y Monte Arrubiu, en Cerdeña (Botto 2011:34). En este sentido, las rutas seguidas por este comercio son las mismas que más tarde utilizarán los fenicios, integrándolas en su sistema económico. Cerdeña ya ocuparía un papel fundamental, ya como escala marítima o como fuente de bronce, en las rutas que los chipriotas seguirían para alcanzar el estaño de la Península Ibérica (Ruiz-Gálvez 1993:43-45), lo que dota de cierta unidad a este comercio preferencial.

Por lo que respecta a los intercambios culturales, se ha propuesto que la técnica de la “cera perdida”, con la que se realizaron una serie de bronce hallados en yacimientos portugueses³⁸, pudo haber llegado a la Península Ibérica a través de Cerdeña, donde ya se desarrollaba desde el siglo XI a.C. introducida por elementos chipriotas (Botto 2011:41). Esto nos hablaría de unos contactos que irían más allá del mero comercio ocasional, ya que este tipo de transferencias culturales precisarían de contactos frecuentes, o incluso de la presencia de elementos foráneos en territorio hispano.

El asentamiento del Cabezo de San Pedro de Huelva será el centro de este tráfico atlántico-mediterráneo basado en el bronce (Izquierdo 1995:46), experimentando un crecimiento en esta época. Sería entonces cuando empezaría a destacarse un sector de la comunidad dedicado a la organización de los intercambios. La presencia de objetos foráneos, que en algunos casos arrojan fechas que podrían considerarse “precoloniales”, nos hablan de un nivel de intercambios que ya precisa la dedicación exclusiva de un sector particular de la comunidad, cuya presencia favorecería la continuidad de los intercambios a la llegada de los mercaderes orientales.

No obstante, y en lo que se refiere a este tráfico comercial “precolonial”, hay que puntualizar que las fechas cada vez más antiguas que se dan para los comienzos de la colonización fenicia en Occidente llevan a una obligada reflexión sobre los materiales foráneos del Bronce Final. Como hemos visto, hasta fechas muy recientes, los datos que estamos manejando eran considerados pruebas de la existencia de rutas de intercambio indígenas que precederían el establecimiento de la red comercial fenicia (Ruiz-Gálvez 2005:254), y que incluso habrían servido de atracción para los comerciantes orientales, que verían en la existencia de estas antiguas rutas la base para su propia actividad. Como decimos, algunos autores ya han apuntado que la dispersión de estos objetos sería no una

³⁸ Esta técnica sigue en uso durante el período colonial y ha sido tomada como base para distinguir la joyería de fabricación indígena, de piezas macizas, de la realizada en las colonias fenicias, en la que aparecen piezas huecas (Perea 2000:152).

prueba de la existencia de estas rutas indígenas, sino una consecuencia del establecimiento de las primeras fundaciones orientales, negando el indigenismo de estos intercambios (González Wagner 2008:17). Lo cierto es que la revisión de las dataciones obtenidas para los objetos de estos primeros intercambios, en relación con los hallazgos fenicios más antiguos, como los de Huelva o los de la calle Ancha de Cádiz, se hace cada vez más necesaria para resolver esta cuestión.

Hay que destacar que, a pesar de este dinamismo en los intercambios, no se aprecia una explotación a gran escala del mineral de cobre en el Suroeste peninsular durante este período. Se han detectado algunos pequeños poblados en la zona del Andévalo vinculados a su extracción, si bien parece que son abandonados antes del período colonial, ya que ningún material orientalizante ha sido hallado en ellos. Además, todos ellos tuvieron un volumen de explotación bastante limitado, el suficiente para mantener el autoabastecimiento. La causa de este aparente desinterés puede ser la ausencia de estaño, necesario para obtener la aleación de bronce. Éste, abundante en el Noroeste peninsular, podía ser obtenido a través de la red de distribución atlántica. Sin embargo, parece que los intercambios se centraron más en la obtención de los objetos de bronce ya manufacturados.

En las estelas del Bronce Final del Suroeste peninsular observamos una perfecta combinación de las influencias atlántica y mediterránea. Las de tipo más sencillo, que suelen mostrar un escudo con escotadura en uve, flanqueado por una lanza y una espada, aparecen en el sector norte del cuadrante suroeste, alejadas de la costa. Estos escudos, a pesar de haber sido documentados también en Irlanda, Europa atlántica, Chipre y Grecia, aparecen primeramente en la Península Ibérica, lo que podría indicar que su origen es hispano (Celestino 2009:233-235), si bien no existe consenso al respecto.

Más interesante para el estudio de las primeras influencias mediterráneas es el tipo de estela más complejo, en el que ya aparece representada la figura humana, un guerrero que porta sus armas de estilo atlántico, pero que aparece rodeado de símbolos de estatus orientales, desde carros³⁹ a peines (Lám. 37). La distribución de estas estelas es menor, limitándose a algunas zonas del Guadiana, Algarve y Guadalquivir (Celestino 2009:236). No obstante, hay que señalar que la cronología de estas estelas es apenas ligeramente anterior a la llegada de los fenicios, y que sólo en época orientalizante aparecen en Tartessos, por lo que algunos autores prefieren achacar sus rasgos a las influencias recibidas durante el proceso de precolonización fenicia (Ruiz-Gálvez 1999:87). Por otra parte, hay que tener en cuenta que la Arqueología tiende a hacer cada vez más temprano el asentamiento de colonos fenicios en las costas hispanas, por lo que hoy día la aceptación de estas fechas nos llevaría a considerar que gran parte de las estelas del Suroeste serían ya contemporáneas de la colonización fenicia.

De todos modos, habida cuenta de que su área de expansión primaria se sitúa en zonas alejadas de la costa, lo que las estelas nos están indicando es que ya existía un sistema de intercambios lo bastante avanzado como para que llegaran a estas zonas los objetos orientales que aparecen representados en las estelas. Por otra parte, esta amplitud de los intercambios sólo sería posible si en la costa existía una sociedad lo suficientemente compleja como para llevarlos a cabo, lo que supone una negación del supuesto vacío poblacional del territorio en estas fechas (Gómez Toscanos 2008:41) y una afirmación de la complejidad alcanzada por la sociedad indígena en la etapa inmediatamente anterior a la llegada de los fenicios.

El significado exacto de estas estelas de piedra sigue siendo aún objeto de debate. Se ha especulado con la posibilidad de que se traten de

³⁹ Hay que tener presente, en este sentido, el papel del carro como instrumento de guerra, más allá de su posible significado simbólico (Moreno Arrastio 2000:158).

hitos territoriales que marcarían las fronteras entre diferentes comunidades y las rutas de paso principales de un territorio (Ruiz-Gálvez y Galán 1991). No obstante, la teoría que se ha manejado con mayor frecuencia es su atribución como monumentos funerarios⁴⁰ de personajes relevantes para la comunidad (Almagro Basch 1966:200), jefes guerreros que hablarían de la existencia de una jerarquización social. Estos jefes exhibirían los objetos orientales como símbolos de su estatus (Lám. 38).

Si admitimos la existencia de jefaturas militares en base a las representaciones de estas estelas, podríamos encontrarnos ante una sociedad de tipo guerrero en que la violencia no estaría excluida. Se ha llegado incluso a relacionar las imágenes representadas en algunas estelas con la posibilidad de caza de humanos para un mercado de esclavos, ya en el contexto de la colonización fenicia (Moreno Arrastio 2000:157).

El patrón de poblamiento en los años previos a la llegada de los fenicios sigue ya los patrones que lo caracterizarán en las centurias siguientes. Se observan asentamientos de diversas categorías, ocupando un lugar preeminente aquellos que tenían mejor acceso a las vías de comunicación naturales y una posición de ventaja de cara al control del territorio circundante. Es el caso de centros como Montemolín o Carmona, los cuales experimentarán un importante crecimiento durante el período orientalizante.

En todo caso, parece entonces que las sociedades del Suroeste peninsular habían abandonado ya los principios de una sociedad igualitaria. Fuera fruto del contacto con otras culturas gracias a las líneas comerciales del Bronce Final, o a su propia evolución interna, lo cierto es que ya parecen contar con unas élites que poseen cierta preeminencia política sobre el resto de la comunidad, y que habitarían en esos poblados centrales. Su presencia

⁴⁰ En la mayor parte de los casos estas estelas no se han podido vincular con una sepultura, por lo que es posible que los cuerpos fueran quizás tratados de algún modo que no deje restos, quedando las estelas como memoria de estos individuos.

sería fundamental a la hora de organizar la red de explotación y comercio fenicio, y podría ser incluso una de las razones que llevaron a los comerciantes orientales a establecerse en esta zona, pues sin una sociedad jerarquizada que garantice la producción y la estabilidad de los intercambios no habría sido posible establecer su red de comercio y producción (Aubert 1990:33). En otras palabras, de nada habría servido la riqueza de recursos del Suroeste peninsular sin la existencia de una organización social previa que permitiera explotarlos y canalizarlos hacia las colonias costeras.

3. RELACIONES ECONÓMICAS CON LOS FENICIOS.

El proceso de paulatina jerarquización social que estaban viviendo las comunidades indígenas del Suroeste peninsular va a resultar interrumpido y alterado por la llegada de los colonos fenicios. Los primeros fenicios llegados a Occidente son comerciantes, fundamentalmente, y no disponen del capital humano para explotar por sí mismos los recursos del territorio. Por ello, su alianza con las élites indígenas resulta fundamental para el establecimiento de su red comercial. Del mismo modo, la colaboración con los comerciantes orientales resultará beneficiosa para las élites locales, pues gracias a ella obtienen productos exóticos que les son necesarios para subrayar y aumentar la diferenciación social. De este modo, generan tanto productores como consumidores.

Fruto de esta relación, el proceso de jerarquización social se verá acelerado. Para satisfacer la demanda de materias primas es necesario aumentar el rendimiento de la explotación, lo que desembocará en la división social del trabajo y en una sobreexplotación de los recursos disponibles. Las élites, como organizadoras de este sistema productivo en calidad de intermediarias con los demandantes mediterráneos, asentarán su posición social dentro de sus propias comunidades.

Así pues, a pesar de que el proceso de diferenciación social se verá modificado por la injerencia fenicia, debemos considerar que ya existía un cierto nivel de jerarquización entre las comunidades locales, el suficiente como para haber generado unas élites capaces de establecer relaciones con los comerciantes orientales en calidad de representantes de su pueblo y de poder conceder pactos para la explotación de los recursos disponibles en su territorio, así como de organizar la fuerza de trabajo de los pobladores locales. Este tipo de pactos no podrían haberse establecido en el caso de una sociedad tartésica igualitaria. La existencia de una élite local (Arteaga

2001:219) es lo que permite a los fenicios tener un interlocutor válido con el que tratar para conseguir el derecho a asentarse en unos territorios y, sobre todo, para comenzar a organizar un sistema de producción englobado dentro del sistema económico mediterráneo.

El modo primero en que se materializa esta colaboración entre élites locales y colonos orientales será el intercambio mediante el sistema de don y contradón. El regalo de objetos de lujo a los sectores dirigentes del área tartésica permitiría, en primer lugar, establecer una relación amistosa con las comunidades, paso esencial y previo al establecimiento físico de un asentamiento colonial. En este sentido, en estos intercambios se dirimían las relaciones sociales y de poder, por lo que ambos grupos en contacto consiguen algo, quedando los “precios” relegados a un segundo plano (González Wagner, 2005b). Los fenicios no desarrollaron en el Sur peninsular una ocupación militar del territorio, sino que fundaron sus asentamientos en la costa con el consentimiento de sus habitantes, o al menos eso se desprende de la ausencia de elementos defensivos en las colonias en estos primeros momentos. De este modo, con estos intercambios los fenicios no sólo conseguían materias primas, sino que establecían relaciones de amistad con los pueblos que controlaban zonas ricas en recursos (Aubert 1994:126), y con ello lograban el derecho al disfrute de la tierra y el acceso a mano de obra.

El paradigma clásico, así pues, apoyado en esta ausencia de potencial militar por parte de los colonos, recrea una situación en que la colonización fue llevada a cabo de manera totalmente pacífica y con la connivencia de las comunidades indígenas. No obstante, y como veremos más adelante, esta imagen está siendo desmontada por algunas voces críticas que, basándose en nuevas interpretaciones de las fuentes arqueológicas, consideran que el colonialismo fenicio pudo incluir elementos violentos, si bien no a través de actos bélicos concretos.

Como decimos, la casi total ausencia de elementos defensivos en las colonias se ha tomado como prueba de que se trató de una colonización amistosa y con la aprobación de la población local. A favor de esta idea iría el asentamiento de colonos orientales en poblados indígenas ya existentes. Emblemático en ese sentido sería el enclave de Huelva, en el que se identificado un barrio fenicio que ocuparía la parte más baja de los cabezos en que estaría asentada la población local. La colaboración llegaría hasta el punto de que la muralla que rodea ambas partes, fenicia e indígena, está construida con técnicas orientales (Lám. 39). De todas formas, los restos orientales cada vez más antiguos que han aparecido en Huelva podrían aportar una visión diferente, ya que junto a ellos aparecen materiales indígenas idénticos a los de la fase indígena más antigua del Cabezo de San Pedro (González Wagner 2011:121), por lo que la ocupación de la zona por ambos pueblos pudo ser simultánea, o incluso pudo ser la presencia fenicia la que sirviera de estímulo para el asentamiento de pobladores locales en las cercanías, en un fenómeno similar al que vemos en otras colonias occidentales⁴¹.

Sería el caso del asentamiento indígena localizado en la Plaza de San Pablo de Málaga, si bien su escaso período de funcionamiento, tan sólo algunos años en el último cuarto del siglo VIII y apenas los comienzos del VII a.C., junto con la fragilidad de las estructuras de habitación, hacen pensar en un enclave estacional con objetivos meramente comerciales (Fernández Rodríguez *et al.* 1997:244-246). En una línea semejante, la fundación del asentamiento fenicio de La Fonteta sirvió de acicate para que el flujo de indígenas trashumantes que seguían con sus ganados la cuenca del Vinalopó, en busca de la sal presente en Salinas, aumentara y, posteriormente, para el establecimiento de nuevos poblados indígenas en las cercanías, como El Monastil o Camara (Mederos y Ruiz Cabrero 2000-2001:6-17).

⁴¹ Es necesario apuntar, sin embargo, que excavaciones más recientes en la zona del antiguo puerto onubense han aportado indicios de actividad más antiguos.

En general, la presencia de colonias fenicias supuso no sólo la creación de nuevos centros indígenas, sino un estímulo para el crecimiento y desarrollo de los enclaves ya existentes con los que entran en contacto, siempre bajo el auspicio de las élites dominantes indígenas. En el Suroeste peninsular la escasez de restos arqueológicos previos a la etapa fenicia han llevado incluso a barajar un vacío poblacional anterior al establecimiento de colonos en la zona. No obstante, la revisión de los datos arqueológicos apuntan a una utilización del puerto de Huelva durante el último cuarto del segundo milenio antes de nuestra era, un poblamiento cuya continuidad quedaría atestiguada en niveles situados en la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro (Gómez Toscano 2009:37) y que desmentiría el supuesto vacío poblacional del Suroeste peninsular en las centurias inmediatamente anteriores a la colonización de la zona.

Sin entrar en este punto, lo cierto es que, a raíz de la llegada de los colonos, esta zona experimenta un fuerte crecimiento demográfico, que puede relacionarse con la expansión de la agricultura (Escacena 2010:41). En efecto, la demanda fenicia obligaría a un incremento de la producción, que precisaría y propiciaría al mismo tiempo un aumento de la población trabajadora, que podrían haber llegado al territorio tartésico desde zonas al Norte del Guadiana, Extremadura y el Algarve, o incluso desde el Tajo (Celestino 1998:3-4).

Estas relaciones establecidas entre fenicios e indígenas serían el fruto de contactos previos a la fundación, en los que los presentes a los dirigentes indígenas serían parte fundamental. No obstante, hay que tener en cuenta que la aceptación del regalo implica la creación de una deuda. Los bienes con que las élites indígenas responderían a la deuda contraída no serían otros que las materias primas deseadas por los fenicios. Para ello, estos dirigentes necesitarían establecer un sistema de explotación que les permitiera un acceso regular a estos bienes. Se crearía así una relación de dependencia mediante la cual las élites precisan implementar la explotación

para así seguir accediendo a los productos orientales que les permitían mantener su estatus dentro de la comunidad. A los colonos les interesa reforzar el papel de estas élites dentro de sus comunidades, pues ellas serán encargadas de dirigir a la mano de obra local hacia las actividades que son necesarias para que los fenicios obtengan las materias que precisan para el mantenimiento de sus sistema económico.

Desde este punto de vista, las relaciones entre los colonos y las élites indígenas ya no parecen tan beneficiosas para ambas partes. Al generar una dependencia de las élites con respecto al circuito comercial fenicio se establece una dominación económica que redundará en un mayor beneficio para los colonizadores orientales.

Alvar considera que este primer tipo de intercambio previo al establecimiento de colonias se encuadraría dentro de las formas del Modo de Contacto no Hegemónico, que estaría presente hasta que el desarrollo de las comunidades indígenas permitiera la coexistencia con los fenicios. Una vez establecida una ocupación física del territorio, los fenicios podrían comenzar con la explotación sistemática de los recursos y de las gentes encargadas de obtenerlos, lo que Alvar ya define como Modo de Contacto Sistemático. Para ello resultaría fundamental la cooperación de un sector social autóctono capaz de controlar al resto de la población y de compartir con los fenicios su hegemonía (Alvar 2000:33).

M^a Eugenia Aubet (2009:353) ha indicado que el comercio fenicio en la Península Ibérica se basaría en un sistema de reciprocidad entre los elementos coloniales y las elites tartésicas, pero asentado sobre un intercambio desigual y colonialista. Esta desigualdad vendría dada por el hecho de que para los tartésicos primaba el valor de uso, mientras que para los colonizadores fenicios primaba el valor de cambio (López Castro 2005a:407). Como consecuencia, se produce un cambio en la sociedad indígena, al acentuarse las desigualdades sociales, y un agotamiento progresivo de sus recursos al pretender satisfacer la demanda del

colonizador, única manera de obtener los productos en cuya acumulación basan las elites tartésicas su prestigio (Barceló 1995:564).

Sin embargo, otros autores han señalado que este modo de intercambio no sería tan injusto, puesto que los productos no tienen más valor que el otorgado por cada sociedad, desmontando la idea clásica de un colonialismo en el que los nativos son engañados por los elementos extranjeros⁴², que se aprovechan de su desconocimiento con respecto a los valores de cambio. Desde esta perspectiva postprocesualista, los indígenas no son engañados, puesto que su ideología otorga el valor a los productos que obtienen del intercambio, y en este caso les permite conseguir objetos que de otro modo serían inaccesibles y que en el contexto de sus comunidades son los que les permiten mantener una posición de poder (Krueger 2008:9).

Si bien, bajo nuestro punto de vista, esto no acaba con el hecho de que el intercambio sea desigual, dado que, desde una perspectiva meramente económica⁴³, los intercambios favorecen claramente a los fenicios, lo cierto es que los productos exóticos introducidos por los fenicios en el ámbito tartésico adquieren un nuevo significado y, en consecuencia, un valor diferente en el que se conjugan categorías que van más allá de lo económico para la sociedad indígena. Los fenicios entregan a los indígenas cerámicas griegas⁴⁴, escarabeos egipcios, tejidos, marfiles y otros productos exóticos que eran apreciados como bienes de prestigio entre las elites locales, las

⁴² Esta idea se apoya fundamentalmente en el fragmento de Diodoro de Sicilia (V, 35, 3-4) en el que relata cómo los fenicios logran extraordinarios beneficios en sus transacciones al intercambiar a los nativos los valiosos metales por objetos de escaso valor.

⁴³ Esta visión económica no pretende olvidar, por supuesto, que los intercambios en la Antigüedad incluyen también aspectos morales, políticos y sociales (Krueger 2008:10), pero dado que éstas son categorías que se expresan de manera diferente en la sociedad indígena y en la colonial, el valor económico presente en los intercambios debe ser tenido en cuenta como nivel primario de análisis.

⁴⁴ Las cerámicas griegas aparecidas en el territorio tartésico entre los siglos VIII y VII a.C. serían exclusivamente producto de este intercambio, utilizadas por los fenicios como regalo de prestigio (Cabrera 1995:392-393). A partir del siglo VI a.C. aumentaría radicalmente su cantidad, pues son los propios griegos quienes comienzan a tener relaciones comerciales con el Sur de la Península.

cuales monopolizaban el intercambio comercial con los extranjeros para asentar su poder.

No obstante, esta circunstancia será precisamente la que generará una dependencia económica con respecto a los colonizadores que puede considerarse una forma de explotación. El hecho de que el valor de uso dado por los indígenas a estos productos sea muy alto no significa que suplan así la diferencia en el valor de cambio. Como ha señalado González Wagner (2011:124), lo que se intercambia no son los valores de uso o de cambio, sino los costes sociales de producción, y ahí es donde se aprecia que los fenicios salen claramente beneficiados.

Por otra parte, también se ha indicado que en la raíz de este intercambio desigual se encuentra el hecho de que son los colonos los propietarios de los medios de comunicación (Alvar 1998:50). En efecto, en un contexto en que el comercio internacional se efectúa por vía marítima, fundamentalmente, no resulta posible para los indígenas introducirse en los circuitos de intercambios mediterráneos sin la intermediación de los fenicios, como agentes efectivos del movimiento de mercancías a través de sus barcos. Esto significa que, independientemente del control que las élites locales puedan ejercer sobre la producción, sus acciones están determinadas por el hecho de que la única manera de darle salida comercial es mediante el intercambio con los fenicios, que de este modo poseen la capacidad de intervenir a través de la demanda de esos productos.

Así pues, el modo de producción local queda dominado por el modo de producción colonial, que, sin embargo, procura la conservación de las estructuras anteriores para explotarlo en su propio beneficio (González Wagner 2011:124). Las élites indígenas serían una pieza fundamental en este sistema, ya que al quedar integrados en él aceptan las condiciones de explotación impuestas.

La jerarquización social fruto de este proceso se materializará en una jerarquización de los enclaves. Los centros desde los que las élites orientalizantes controlan su territorio y redistribuyen los beneficios obtenidos en el comercio se consagrarán como asentamientos de primer orden. Los poblados que controlan un pequeño territorio a nivel local quedarán incluidos en la esfera de los grandes centros que supervisan la zona a nivel supralocal, aquéllos que poseían el monopolio efectivo de las relaciones con los colonos. Un ejemplo de esta jerarquización geográfica sería el proporcionado por Carmona y Setefilla. Los dirigentes tartesios de Setefilla, que opera como centro redistribuidor de su zona, quedarían sometidos a la aristocracia mercantil de Carmona, posiblemente mediante relaciones reguladas por un sistema tributario (Izquierdo 1994:87), siendo por tanto Carmona quien efectúa el intercambio directo con los colonos.

Como hemos visto, el sistema fenicio se sirvió, siempre que le fue posible, de las rutas de explotación de materias primas y de comercio preexistentes. Sin embargo, para atender a la demanda fenicia, debería darse un incremento de la productividad capaz de producir el excedente necesario para mantener los intercambios con los colonos. Esta intensificación de la explotación fue alentada por las élites locales, principales interesadas ya que es a partir de este comercio cómo consiguen fortalecer su posición y obtener los símbolos de estatus que le son precisos para manifestarla frente a su comunidad.

Dado que las técnicas de explotación no difieren en gran medida de las existentes en el Bronce Final, ya que no se da una transferencia de tecnología, la intensificación de la productividad tuvo que realizarse a través de la ocupación de nuevos territorios y del aumento de la mano de obra. A este respecto, se ha señalado que estos trabajadores podrían proceder de las tierras del interior situadas al Norte de Guadiana, lo que explicaría también la tardía llegada del Orientalizante a esos territorios, que se produciría a partir del siglo VI a.C., cuando el hundimiento de la producción llevaría a la

dispersión de esta mano de obra excedentaria de vuelta a sus lugares de origen (Celestino 2008:28-29).

Este sistema incrementaría el poder de las clases dirigentes, que al tener el monopolio de los intercambios acaban por tener el control sobre cada vez más tierras y sobre aquéllos que las habitan. Al ser también las élites las beneficiarias de ese comercio, se ha señalado que en realidad se produce una explotación de los pobladores indígenas a través de la apropiación de los excedentes productivos (Pellicer 1994:86). La desigualdad social derivada de esta situación precisó de la adopción de toda una compleja ideología que legitimaría el poder de la clase dominante.

Se ha especulado con la teoría de que parte de esa mano de obra se habría conseguido a través de la captura de esclavos, generando episodios de violencia en los territorios aledaños a Tartessos, y cuya manifestación arqueológica serían los grabados presentes en las estelas del Suroeste (Moreno Arrastio 2000:161-162). En ese sentido, para el mundo colonial sardo se ha planteado que el trabajo de las minas sería realizado por esclavos de procedencia foránea, mientras que el metalúrgico ya estaría en manos de una población local servil bajo la dirección de la autoridad fenicia (Acquaro 1999:36).

Partiendo de estas ideas, en los últimos tiempos se ha tendido a revisar el concepto de colonización pacífica que tradicionalmente se le ha atribuido a la colonización fenicia. Se consideraba que, al ser sus intereses estrictamente comerciales y no precisar, por tanto, de tierras, su establecimiento en las costas hispanas no generó ningún tipo de conflicto con los indígenas, quienes de hecho controlarían los terrenos cultivables en torno a los enclaves fenicios y serían los encargados de abastecer a los colonos.

En parte, esta teoría se asienta sobre la ausencia de armamento en las colonias hispanas, a pesar de que sabemos que los fenicios llevaron a cabo

actividades militares en su territorio, de las cuales son testimonio la representación de tropas fenicias realizadas por otros pueblos, en particular los asirios. Lo cierto es que los fenicios no incluían el armamento como parte de su ajuar funerario, lo que, unido al menor conocimiento arqueológico que se tiene de la patria fenicia, ha conducido a que se conserven muy pocos restos de armamento incluso en las ciudades fenicias (Stary 2000:211-213). No podemos descartar, por tanto, que la ausencia de armas fenicias en territorio peninsular se deba en gran parte a un vacío arqueológico, ya que, si bien no con un ejército⁴⁵, parece lógico pensar que los colonos fenicios debieron contar al menos con algún tipo de contingente armado para garantizar su seguridad.

En las últimas décadas, con las nuevas teorías sobre la colonización agrícola, que sí harían necesario un control territorial por parte de los fenicios, junto con el desarrollo de la investigación sobre el intercambio desigual, se ha prestado mayor atención a los signos que puedan hablarnos de contactos violentos entre colonos y autóctonos. González Wagner (2005b:178) considera que existen formas de agresión más allá de las manifiestamente violentas, que se desarrollan en el ámbito de lo económico y social, como es el caso del intercambio desigual. La adquisición de tierras, ya fuese mediante el uso de la violencia, o mediante pactos, no dejaría de generar fricciones entre colonos y autóctonos (González Wagner, 2005b:185).

En estas circunstancias, la posibilidad de un ataque violento se convertiría en algo real, lo que explicaría el amurallamiento de algunos centros fenicios, como el Castillo de Doña Blanca o La Fonteta, demasiado reforzado como para obedecer simplemente a un papel de la muralla como centro delimitador simbólico del espacio urbano. Por parte tartésica, una muestra de posibles contactos violentos podrían ser las estelas funerarias del

⁴⁵ No obstante, se ha propuesto que, aunque no pueda atestigüarse arqueológicamente, Gadir debió contar, además de con una flota propia, con un ejército que le permitiera defender los intereses de su metrópli (De Frutos 1983:14-15).

Suroeste, en las que aparecen representaciones de armas, propias del carácter guerrero de sus elites. Algunos centros indígenas, como Carmona o el Cerro Macareno (Morgenroth 2004:44), presentan también murallas en este período. Todo ello genera un panorama en que parece existir una violencia latente, no sólo ya con respecto a los colonos fenicios, con quien las aristocracias de los grandes centros tartésicos mantienen un diálogo económico, sino también por parte de los nuevos poderes que comienzan a generarse dentro del mundo indígena, y cuya eclosión se producirá a lo largo del siglo VI a.C.

4. EL PERÍODO ORIENTALIZANTE.

Como manera de resaltar su condición social, derivada de su actuación como intermediarios, las élites indígenas adoptarán costumbres y modos de vida propios de los colonos orientales. En definitiva, su integración económica en los circuitos mediterráneos conducirá a una integración cultural. La adopción de estos elementos foráneos y su incorporación a los esquemas socioculturales indígenas es lo que conocemos como orientalización. Hasta qué punto alcanzó dicha asimilación es algo que no podremos conocer con exactitud, puesto que sólo contamos con aquellos elementos culturales que podemos percibir a través de los hallazgos arqueológicos⁴⁶.

Por ello, no es de extrañar que en primer lugar el concepto de orientalizante fuese establecido como un término artístico, utilizado para referirse a los objetos y representaciones de tipo oriental halladas en el territorio griego entre los siglos VIII y VI a.C., pues es en el arte donde se refleja de manera más clara la adopción de elementos orientales. No obstante, el término ha ido evolucionando según se ha ido admitiendo que el orientalizante no se limita sólo a su aspecto estético, sino que la asimilación de motivos y formas orientales no es más que la manifestación física de todo un conjunto de creencias y costumbres que irían aparejadas a dichas expresiones artísticas.

Por ejemplo, se ha señalado que la presencia de cerámica pintada orientalizante y otros objetos en un sector concreto de Los Alcores de Porcuna estaría indicando la presencia de esa aristocracia tartesia en una determinada zona residencial del poblado (Arteaga 1997a:189-190), una

⁴⁶ Ello no ha impedido a algunos autores hablar de una auténtica “gaditanización” del mundo indígena para referirse a los efectos del fenómeno aculturador emanado desde Gadir (Chic García 2004:62).

élite que utilizaría las formas de vida orientales como una manera de remarcar su estatus frente al resto de la comunidad.

Sin embargo, el concepto de orientalizante, que ha pasado a ser un marcador temporal, pasando a definir todo el período arcaico en que el Mediterráneo se ve marcado por las colonizaciones, presenta también múltiples problemas. Quizás el principal, como ha señalado Nicholas Purcell (2006:25), sea que presupone la existencia de un Oriente en oposición a las culturas protohistóricas del Mediterráneo central y occidental, es decir, acaba haciendo de la cultura oriental una construcción artificial que no respeta su diversidad interna ni, en consecuencia, la cultura colonial que los descendientes de aquellos orientales desarrollaron en diferentes puntos del Mediterráneo.

Del mismo modo, englobar bajo el mismo concepto de “orientalizante” a las diversas culturas autóctonas que se desarrollan en el Mediterráneo colonial puede conducir a una estandarización del fenómeno y no responde a una realidad en que los distintos pueblos reaccionaron de maneras diferentes al fenómeno colonizador. Por ejemplo, se habla de un período orientalizante tanto en Etruria como en la Península Ibérica, a pesar de que en el primer caso no existen colonias en su territorio y los contactos con los elementos orientales se limitaban a intercambios comerciales que al cabo del tiempo podían desembocar en la recepción de influencias externas.

Por otra parte, subsiste el problema de las sociedades que evolucionaron en la periferia del mundo colonial, cuyas realidades son muy diferentes a las ofrecidas por aquéllas que compartían territorio con las comunidades orientales. La influencia orientalizante se va diluyendo según nos alejamos de los centros colonizadores, apoyando la idea de que los simples contactos comerciales no son suficiente como para generar el proceso de adopción de elementos que implica la orientalización.

En este sentido, las comunidades del interior situadas más al Norte de los grandes ríos como el Guadiana o el Guadalquivir presentarán una adopción de elementos orientales más tardía (que, como veremos más adelante, ha sido explicada de diversos modos) y limitada, si bien las posteriores formaciones ibéricas mostrarán una influencia oriental mucho más profunda.

Ejemplo también de este mundo periférico sería el Nordeste hispano, en que los contactos se limitaron a los intercambios comerciales y no conllevó un establecimiento de enclaves orientales en la zona. Las élites locales experimentarán un proceso semejante al de las aristocracias tartésicas gracias al dinamismo económico proporcionado por el comercio, pero su efecto será mucho más limitado. Sus enterramientos contarán con la presencia de vajillas fenicias, utilizadas como objetos exóticos de prestigio, pero en general en los poblados aparecen tan sólo cerámicas de transporte, lo que apunta a una escasísima influencia de lo oriental en las sociedades del Nordeste (Oliver Foix 2008:134). Por esta razón, las sociedades ibéricas que surgen en esta zona tras los grandes cambios mediterráneos del siglo VI a.C. se verán mucho más influenciadas por la cultura griega emanada desde Massalia y Ampurias.

Por todo ello, es necesario analizar el orientalizante en cada contexto local, a pesar de que ha sido comúnmente tratado como un fenómeno suprarregional (Van Dommelen 2006:150). Los estímulos orientalizantes llegaban de la mano de grupos culturales diversos y eran recibidos por comunidades distintas, con diferentes grados de desarrollo y que muestran actitudes diferentes a la hora de incorporar nuevos elementos.

En el caso del Sur de la Península Ibérica, la presencia de colonias fenicias, así como de pobladores orientales asentados en poblados indígenas, ha llevado a considerar el período orientalizante como término sinónimo de la época de la colonización arcaica. Lo cierto es que los intercambios culturales parecen haberse producido aquí con mayor intensidad que en

otras zonas del Mediterráneo, generando todo un nuevo repertorio de elementos ideológicos y culturales que es particularmente apreciable en el caso de los habitantes del Suroeste y que nos permite hablar de la creación de prácticas híbridas⁴⁷.

Arqueológicamente, la manifestación más evidente del orientalizante es la imitación por parte de los indígenas de objetos fenicios⁴⁸, lo que Aubet (2005:119) llama “iconografía del poder”, al ser desarrollada por las élites, pero sabemos que esto no es más que la parte visible de unos cambios mucho más profundos, que afectarían tanto a lo ideológico como a lo funerario. Nos encontraríamos ante un proceso de aculturación, entendida con el cambio producido en los patrones culturales de una sociedad a raíz del contacto con otra cultura diferente, aunque este término debe ser matizado, ya que no alcanzaría del mismo modo a toda la población, sino fundamentalmente a los sectores privilegiados, movidos por su deseo de prestigio, mientras que el resto de la población se muestra menos proclive a los cambios (Aubet 1977-1978:106). En este sentido, si atendemos al carácter más llamativo de los objetos de prestigio orientalizantes, parecería que las élites son el grupo social más permeable a las nuevas influencias, por lo que se hace necesario prestar atención a los objetos de carácter más utilitario para medir mejor el alcance del impacto colonial entre los indígenas (González Wagner 1986:133). Siguiendo esta línea de pensamiento, Carrilero (1999:171) considera que toda la sociedad tartesia se vio inmersa en el proceso de innovación que supondría la presencia fenicia, si bien la incorporación del resto de la población sería mucho más lenta que la de las élites. De todas formas, el alcance real de la difusión de las ideas y tecnologías fenicias, incluso entre las élites, es algo muy discutible, puesto

⁴⁷ En ese sentido, Van Dommelen (2006:149-150) considera que no puede hablarse de hibridación en Cerdeña antes de la época púnica, puesto que durante la Edad del Hierro, a pesar de las incorporaciones culturales que realizan, los valores ideológicos de las élites locales continúan siendo los mismos que en la etapa precedente.

⁴⁸ Las imitaciones llegan a ser tan perfectas que puede ser muy difícil distinguir un objeto fenicio de una imitación tartésica, máxime teniendo en cuenta que los fenicios occidentales desarrollarán un estilo diferente que les alejará poco a poco del arte de la metrópolis.

que no todas las influencias fueron asimiladas de la misma forma ni, como veremos, todos los conocimientos estuvieron al alcance de las comunidades indígenas.

Por otra parte, otro punto a matizar dentro del concepto de aculturación sería la supuesta pasividad de la sociedad indígena frente a la más avanzada cultura colonial. En efecto, la utilización clásica del término “aculturación” tendía a presentar una situación en que los indígenas se limitaban a la aceptación indiscriminada de los avances técnicos y los elementos culturales que los colonos orientales tuvieran a bien poner a su alcance.

Hoy día ya no se acepta una aculturación en que una sociedad actúa simplemente como receptora y otra como emisora. Los indígenas no se limitan a adoptar de manera indiscriminada toda la carga ideológica que va aparejada a las influencias recibidas, del mismo modo que el grupo colonizador no permanece estático e inalterable en el tiempo. El contacto colonial conduce a una reestructuración de las identidades de los grupos en contacto, en que el desarrollo de prácticas híbridas permite acomodar las nuevas ideas y las viejas tradiciones en una nueva identidad creada a partir del encuentro (Knapp y Van Dommelen 2010:5-6).

No obstante, todo el panorama de mutua influencia que surge a partir de la idea de hibridación debe ser tomado con cuidado. Los nuevos modelos sociales que regirán las relaciones entre colonos e indígenas son aquellos traídos por los orientales que, al intentar reproducir los sistemas culturales de su lugar de origen, alterarán las estructuras bajo las que se regían las comunidades locales (Arruda 2008:20-21), un proceso que no se dará a la inversa. En ese sentido, aunque el concepto de hibridación recalca que la apropiación de la cultura material colonial por parte de la población indígena es fundamentalmente un proceso local, también recuerda que respeta los límites de la cultura colonial hegemónica (Van Dommelen

2002:142) que, a pesar de sus intereses locales, está inserta en una red colonial suprarregional (Van Dommelen 2005:118).

La aceptación de esta realidad no implica una minusvaloración del papel de los indígenas en el proceso colonial ni una vuelta a los presupuestos difusionistas, en los que unos fascinados indígenas se muestran deseosos de imitar las formas de vida de aquellos a los que consideran superiores, pues se asume que los pobladores locales tienen la capacidad de influir en la acción aculturadora. La presencia de una cultura material orientalizante no nos puede servir como base para medir el alcance que la aculturación ha tenido sobre una sociedad. Como ha señalado Dietler (2009:33-34), el consumo de mercancías es una medida inadecuada para calibrar la aculturación de una sociedad, sino que se debe entender la lógica de indiferencia o rechazo que les lleva a no consumir determinados elementos que también estaban disponibles. A partir de ese entendimiento es cuando se puede estudiar la aculturación de una sociedad o, si no, se corre el riesgo de creer que la adopción de objetos o incluso de algunas costumbres conlleva la asimilación de la ideología asociada a ellos, algo que, a través de los mecanismos de selección, vemos que no es así. En este sentido, se tiene en cuenta que la sociedad indígena es, al igual que la colonizadora, heterogénea, y que en el análisis del proceso de asimilación o rechazo se deben considerar categorías sociales como el estatus o el género.

Así pues, la reacción local se centra más en el hecho de que la sociedad indígena, en su papel de receptora, tiene la capacidad de seleccionar aquellos elementos que le son útiles y rechazar aquellos que no encajan en sus esquemas mentales. Es decir, tienden a asimilar aquellas ideas y mercancías que pueden tener una función dentro de su sociedad porque sustituyen a otras que ya existían dentro de las propias categorías en que se estructuran sus comunidades (Ruiz-Gálvez 2008:44). Es notable el caso de la cerámica gris presente en los centros indígenas, que surge a partir de la imitación de algunas formas clásicas fenicias de engobe rojo, haciendo

de ella su vajilla predilecta (Pellicer 1982:44). Además de imitar formas fenicias, se adoptan sobre todo formas de la tradición local indígena convertidas a este nuevo tipo de cerámica (Caro Bellido 1989:191 y ss.), logrando así una integración de formas locales y foráneas bajo un mismo tipo de vajilla. En una línea semejante, se ha señalado que el propio hecho de adoptar la cultura material oriental, transformarla e introducirla dentro de sus relaciones locales y, por último, fabricarla por sí mismos, supone un tipo de resistencia frente a la importación de poder externo que acompaña a los objetos foráneos (Osborne 2006:157). Esto, sin duda, ofrece una visión muy alejada de la tradicional consideración del fenómeno orientalizador como una simple transmisión unidireccional de influencias y encaja en el concepto de hibridación como creación de nuevas identidades.

Van Dommelen (1997:319-321) ha planteado la posibilidad de distintos grados de hibridación a propósito de la Cerdeña púnica, donde se aprecia una asimilación de la cultura material púnica para las actividades diarias e incluso una adopción de los rituales funerarios púnicos, mientras que, sin embargo, los rituales relacionados con la fertilidad y la curación se mantienen dentro de las formas tradicionales indígenas, rehuyendo conscientemente cualquier injerencia foránea, posiblemente porque son ritos que asocian con una parte muy importante de su identidad.

En este sentido, podemos apuntar que la selección de los elementos que los indígenas incorporan a su propia tradición cultural, rechazando otros, revela mucho acerca de la cultura de las comunidades locales. Por otra parte, esta actitud confirma una tendencia a mantener una diferenciación con respecto al grupo de los colonizadores, no se busca la fusión social con los elementos foráneos. Como ha señalado Vives Ferrándiz (2007:553), la adopción de objetos fenicios no se realizó para parecerse a ellos, sino que son signos de prestigio y distintivos en el contexto de las prácticas locales, por lo que en estas circunstancias estaríamos ante la plasmación material de relaciones de estatus dentro de la propia comunidad indígena. Quizás el dato

más visible al respecto sea el hecho de que, a pesar de que se adopta la escritura colonial, ésta sirve como soporte para la lengua local, que se mantendrá durante la etapa íbera (González Wagner 1986:143). A nuestro modo de ver, este hecho resulta muy importante para la evolución de las relaciones entre colonos e indígenas en el período que tratamos, ya que demuestra la continuidad de la cultura indígena como elemento diferenciador con respecto al grupo colonial.

Enlazando con esto, debemos considerar entonces que la cultura en este contexto funciona como ideología política (Arteaga 2001:220), al convertirse en la manifestación del discurso que legitima la posición social de las élites indígenas dentro de sus propias comunidades y, al mismo tiempo, crea una nueva identidad en la que este grupo social puede verse representado frente al resto de la población y frente a los elementos coloniales. La ideología que refleja la cultura orientalizante desarrollada por estas élites se construye a partir de las características identitarias que van asumiendo como propias, ya sean basadas en su propia tradición o tomadas del mundo oriental.

González Wagner (1986:151) cree que hay que distinguir entre una aculturación impuesta, que se produciría por esa desigualdad entre las dos comunidades en contacto, que obliga a los indígenas a asimilar elementos culturales foráneos para integrarse en el sistema, y una aculturación espontánea, por la que los tartesios habrían aceptado de buen grado algunos de esos elementos, puesto que se traducían en un beneficio directo o en una mejora económica para su propia comunidad, inmersa en un proceso de cambio. Para Wagner aún habría un tercer tipo de aculturación, surgido del contacto entre ambos pueblos que se daría en los enclaves mixtos del interior, nacidos por el establecimiento de pobladores fenicios, dedicados a labores agropecuarias principalmente, en asentamientos indígenas. En este caso ya estaríamos hablando de un proceso de mestizaje, facilitado por la pertenencia de estos colonos a un grupo social diferente al de los

comerciantes de las colonias. En todo caso, los colonizadores también debieron experimentar cambios al entrar en contacto con estos grupos, generándose las peculiaridades que caracterizan a los fenicios occidentales y les van alejando poco a poco de los modos de vida de la metrópolis.

En todo caso, hay que tener en cuenta que para Wagner (1999:107) la aculturación no es más que una estrategia de dominación, ya que al integrar a las élites dentro de la estructura colonial logran la subordinación de estos grupos. Es decir, las élites tartésicas, al formar parte de esa estructura, la necesitan y dependen de ella para mantener su estatus, propiciando su mantenimiento, a pesar de que los beneficiados del sistema colonial son los fenicios. En palabras de Dietler (2005:65-66), la cultura material aportada por los colonos supone así un método de control, que sin embargo puede presentar consecuencias no esperadas para ambas partes, en base a la dinámica de asimilación, transformación o rechazo de la misma.

En la misma línea de pensamiento, se ha señalado que la aculturación puede considerarse una forma de violencia ya que altera el orden social, económico y político de un pueblo a través de la posición de poder ejercida por los dominadores (Remedios 2007:223). En este plano tendrían cabida desde los efectos sociales que para las comunidades indígenas tuvieron la especialización de los enclaves y la agudización de las diferencias sociales, como consecuencia del nuevo sistema económico establecido para satisfacer la demanda fenicia, hasta la desforestación y el progresivo agotamiento de las materias primas.

Esta acción destructora de la aculturación en contra de las estructuras sociales receptoras puede desembocar en la aparición de fenómenos de resistencia y supervivencia cultural, lo que Wagner (2005c:270) ha denominado “contra-aculturación”. Así pues, la selección de los elementos adoptados por los indígenas puede implicar también la existencia de acciones de resistencia no violenta.

No faltan tampoco quienes niegan absolutamente cualquier tipo de aculturación sobre las sociedades del Mediterráneo central y occidental, argumentando que será el modelo cultural griego, presente ya por medio de colonias o del simple intercambio comercial, el que encontrará mayor aceptación entre los indígenas ya desde el siglo VIII a.C. (Garbini 1999:11-13). Bajo nuestro punto de vista, esta afirmación carece de fundamento, puesto que el componente oriental presente en el helenismo tiene poco que ver con los rasgos del orientalizante occidental. Por otra parte, los primeros elementos griegos presentes en la Península Ibérica proceden del comercio fenicio, no de una presencia de comerciantes egeos⁴⁹, que no se dará de manera más o menos continuada hasta el siglo VI a.C. En definitiva, si bien es posible matizar el alcance de la aculturación, e incluso el propio significado de la misma, creemos que no tiene sentido negarla a la vista de los restos arqueológicos y de la evolución ideológica y cultural que siguen las poblaciones indígenas a raíz del contacto con los colonos orientales.

Esta matización del sentido de aculturación tiene, a nuestro modo de ver, su base fundamental en la selección consciente que los indígenas hacen al asimilar unos elementos y rechazar otros. Compartimos la opinión de Escacena (2011:168) cuando afirma que los habitantes no orientales del Suroeste se aculturaron en cuestiones tecnológicas, pero no en aquellas en las que basaban sus características identitarias. En nuestra opinión, sí que pudieron aceptar elementos simbólicos, pero sólo aquellos que podrían adaptarse a sus propios esquemas sociales e ideológicos. De este modo, mediante la aceptación o rechazo de unos elementos, y la transformación de otros para adecuarse a sus categorías mentales, los indígenas mantienen la esencia de su identidad como comunidad diferenciada de la oriental. Este

⁴⁹ Se ha apuntado para momentos bastante tempranos de la colonización la posible existencia de un “barrio” griego en la zona suroeste de la ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2008:646), pero, en todo caso, se trataría de un grupo no muy extenso de comerciantes afincados en la zona para facilitar los intercambios, sin capacidad de establecer contactos con los indígenas tan intensos como los de la red comercial fenicia.

convencimiento nos impide aceptar el mestizaje como un fenómeno de gran alcance en el contexto del mundo colonial occidental.

Vinculada con esta problemática se encuentra la posible presencia de indígenas en las colonias fenicias, tal vez por medio de matrimonios mixtos. Mucho se ha discutido acerca de la posibilidad de este tipo de uniones, que ciertamente podrían haber sido un puntal importante para el establecimiento de relaciones económicas y para refrendar la ocupación de territorios por parte de los colonos. No obstante, la fragilidad de los datos arqueológicos que podrían ser indicativos de esta presencia⁵⁰ obliga a tratar esta temática con ciertas reservas, sobre todo en lo que se refiere a un posible mestizaje, cuya existencia se ha asentado, en muchos casos, sobre el terreno de la suposición.

En ese sentido, destaca la elevada presencia de cerámica a mano en algunos centros fenicios. Es el caso de Alarcón, donde a mediados del siglo VII a.C. es posible encontrar un 16,83% de cerámica a mano, si bien hay que señalar que en esta zona los intercambios con las comunidades indígenas del interior eran intensos (Martín Córdoba *et alii* 2007:13). En el Castillo de Doña Blanca se ha contabilizado un 10% de cerámica a mano para los niveles del siglo VII a.C. (Ruiz Mata 1992:297). En Cerro del Villar se ha señalado que la presencia de cerámica de cocina a mano respondería a la presencia de habitantes indígenas, no sólo por no estar realizadas a torno, sino porque las formas remiten a un tipo de cocina que sería el característico de las comunidades nativas de la Península Ibérica (Delgado y Ferrer 2007a:24-26). Como vemos a través de estos ejemplos, la cerámica a mano, sin llegar a ser abundante y, desde luego, sin ser mayoritaria, sí tiene cierta presencia en las colonias orientales. Si la tomamos como referencia para estimar la presencia de indígenas en estos

⁵⁰ Generalmente, se vincula la presencia de indígenas con la de cerámica a mano, una relación que ya ha sido puesta en duda por algunos autores (Escacena 2011:167).

centros, podríamos deducir que el número de habitantes de origen no oriental en las colonias sería, si no abundante, cuanto menos reseñable.

De todas formas, parece que la tecnología del torno se iría imponiendo progresivamente entre estos supuestos indígenas que habitaban en las colonias, pues las cantidades de cerámica a mano presentes en los niveles de los siglos VIII y VII se reducen drásticamente en el siglo VI a.C. Es el caso de Toscanos, que pasa de un 18% de cerámica a mano en el siglo VIII a.C. a poco más de un 2% en el siglo VI a.C. (Niemeyer 1982:114-115). En estas fechas, lo que encontramos es que estas formas, generalmente cuencos de cerámica gris, cuya vinculación a la alfarería indígena ha sido resaltada, pasan a ser fabricadas a torno (Martín Ruiz 1995-96:82), lo que implicaría una adopción progresiva del torno de alfarero.

Se ha propuesto que esta presencia de cerámicas indígenas en contextos coloniales se debería a una presencia de mano de obra local, un componente poblacional que encajaría en el crecimiento que estos enclaves experimentan desde finales del siglo VIII a.C. (González Wagner 2005a:156-157). Estos trabajadores servirían a los fenicios en aquellos oficios que no tuvieran representación entre el grupo de los colonos.

No obstante, hay que señalar que la mayor parte de estas cerámicas a mano son de pequeño tamaño, destinadas a las labores domésticas y de cocina (Martín Ruiz 2000:1626-1627), y en ocasiones responden a las tipologías de cocción reductora (Lám. 40). Las cerámicas a mano con decoración pintada, formas consideradas de lujo, apenas están presentes en los asentamientos fenicios, y sólo se puede reseñar algún ejemplar en Morro de Mezquitilla, Cerro del Villar, Cerro del Peñón y Villaricos (Martín Ruiz 1995-96:79), por lo que su presencia en las colonias obedecería más bien al comercio o regalo de productos valiosos contenidos en estos recipientes. En la Casa 2 del propio Cerro del Villar se documenta que, mientras que la vajilla de cocina obedece a la tradición local, el servicio de mesa, así como otros objetos de uso cotidiano, son fenicios (Delgado y Ferrer 2007a:28).

Esto, en nuestra opinión, apuntaría a la presencia sobre todo de un sector femenino, quizás mujeres unidas en matrimonio con algunos de los habitantes de las colonias. No descartamos la presencia de trabajadores masculinos, a quienes acompañarían sus familias y que también harían uso de este tipo de cerámica de cocina, pero lo cierto es que echamos en falta la presencia de cerámicas indígenas asociadas a los supuestos trabajos que estos personajes desempeñarían en las colonias.

Por otra parte, se ha indicado que algún tipo de estas producciones a mano, en particular las ollas de cocina, pudieron ser fabricadas por los fenicios (Barceló, Delgado, Fernández y Párraga 1995:169), que simplemente buscarían en estos objetos de uso cotidiano una funcionalidad inmediata basada en su resistencia a la acción del fuego, una característica que podría hacer a este tipo de cerámica particularmente útil para los trabajos metalúrgicos, además de para la cocina. El hecho de que la cerámica a mano perdure en fechas tan avanzadas como el siglo V a.C. en un asentamiento de fundación fenicia como Villaricos (López Castro 2007:174) parece apoyar este uso de la cerámica a mano por parte de los colonos.

Quizás un marcador más fiable de la presencia de trabajadores indígenas en asentamientos fenicios sea los materiales líticos, sobre todo restos de talla de tradición local, encontrados en la calle Concepción Arenal de Cádiz (Martín Ruiz 1995-96:75-76). No obstante, la presencia de este tipo de materiales es escasa, en parte por la dificultad de identificarlos arqueológicamente, y, en todo caso, no parecen manifestar un masivo asentamiento de trabajadores indígenas en los enclaves coloniales, sino más bien una circunstancia puntual.

Un buen indicador de la presencia indígena en necrópolis y poblados fenicios lo suponen las fíbulas. Fabricadas en metal, están estrechamente ligadas a la vestimenta tradicional de los indígenas de la Península Ibérica, ya que las túnicas de tipo oriental no precisarían de este instrumento. La

fíbula de doble resorte (Lám. 41), cuyo origen se situaría en torno a las primeras décadas del siglo VIII a.C. será la más característica de los ambientes tartésicos, y puede ser encontrada en asentamientos fenicios como el Morro de Mezquitilla, Toscanos, Trayamar, Jardín, Puente de Noy y Chorreras. Aunque su dispersión es menor, las fíbulas de tipo Acebuchal (Lám. 42) también pueden ser encontradas en ambientes coloniales. Su presencia nos indica la posible presencia de un pequeño contingente de personajes indígenas entre los habitantes de estos enclaves. Al contrario que la cerámica indígena, este tipo de fíbulas pueden ser encontradas, si bien no con demasiada frecuencia, asociadas a necrópolis fenicias.

Hay que tener en cuenta que la fíbula es un objeto vinculado tanto a la vestimenta masculina como a la femenina, si bien suele establecerse una división en base a su tamaño (*vid. infra*). Nos inclinamos a pensar que, en la mayor parte de los casos, estas fíbulas pertenecerían de nuevo a las esposas indígenas de los colonos. Para el período arcaico, las necrópolis fenicias se componen de un número muy limitado de tumbas, cuyo acceso estaría reservado a ciertos individuos por razones familiares o de estatus. Así pues, creemos que el único modo de acceder a ese tipo de enterramiento sería mediante el matrimonio. Nos encontramos, además, ante sociedades de tipo patriarcal, sobre todo en el caso de los colonos, donde sería la mujer la que entraría a formar parte de la familia del esposo tras su matrimonio. Por tanto, el matrimonio entre un hombre indígena y una mujer oriental, además de poco probable, no funcionaría de la misma manera ni serviría para introducir a ese personaje indígena dentro de la sociedad colonial.

Algunas de estas fíbulas han sido encontradas fuera del territorio peninsular, en lugares tan distantes como Lixus, Rachgoun, Bithia, Pitecusa e incluso en Cartago. Estos hallazgos han llevado a proponer una posible presencia tartesia entre los componentes de las misiones comerciales fenicias (Mansel 2011:74). Esta colaboración podría suponer un interesante cambio de perspectiva en la visión tradicional de las relaciones comerciales

entre fenicios y tartesios, en la que éstos últimos eran vistos como meros elementos pasivos, limitados a un comercio local con los comerciantes orientales de su zona. Su presencia en empresas comerciales a escala mediterránea supondría la existencia de una posibilidad de integrarse de manera activa dentro de la red comercial fenicia y lograr una promoción personal a través de la práctica del comercio.

Sin embargo, también se ha señalado que gran parte de las fíbulas encontradas en necrópolis fenicias peninsulares y la totalidad de las halladas en territorio extrapeninsular destacan por su gran tamaño, superior a los 7 centímetros, que arqueológicamente tienden a identificarse como las pertenecientes a mujeres (Mansel 2011:74). Así pues, parece que los personajes tartesios que vivieron fuera de la Península Ibérica eran mujeres indígenas casadas con comerciantes fenicios, a los que las vicisitudes de su negocio llevaron a residir en otras regiones del Mediterráneo. Esta propuesta enlaza con la presencia en Cartago de cerámicas de estilo tartésico de cocina y mesa (Mansel 2011:71-73), que serían las utilizadas por estas mujeres hispanas en sus quehaceres diarios.

Teniendo en cuenta los datos manejados hasta ahora, parece que el matrimonio mixto entre colonos orientales y mujeres tartesias era una práctica habitual, si bien no masiva. Suponemos que en los primeros tiempos serían una cuestión de necesidad, pues muchos de los colonos habrían llegado a nuestras costas sin familia y el número de mujeres fenicias que se embarcaran en la aventura colonial sería bastante reducido. Además, los enlaces matrimoniales permitirían fortalecer las alianzas creadas con las élites indígenas. Como indicábamos anteriormente, estas mujeres pasarían a formar mediante su matrimonio parte de la sociedad que vivía en las colonias, de la misma manera que sus hijos, que serían educados según las costumbres orientales y a los que podemos considerar parte de la comunidad fenicia. Estas mujeres, por supuesto, conservarían muchas de sus costumbres tradicionales en el ámbito privado, pero a nivel social se

integran en una comunidad diferente, de tal forma que la nueva identidad que desarrollan en los establecimientos coloniales, como esposas de personajes orientales, se adapta a esas circunstancias e implica una asimilación profunda de los usos y modos de vida de la sociedad de la que han pasado a formar parte. Esa representación social queda patente en el hecho de que las cerámicas a mano de cocina que encontramos en los ambientes domésticos están totalmente excluidas de los contextos funerarios fenicios (Delgado y Ferrer 2007b:46). Ello conlleva la construcción de una identidad pública que presenta rasgos diferentes a la que estas mujeres desarrollarían en espacios privados.

No obstante, quizás haya que vincular con los hijos de estos matrimonios mixtos la existencia de fíbulas de pequeño tamaño en algunas necrópolis fenicias peninsulares. Su número es mucho menor que el de las fíbulas de gran tamaño, y quizás habría que ver en ellas un intento de estos personajes por resaltar su origen mixto, lo que les facilitaría el trato con los indígenas. Pesa a que estos individuos serían educados como orientales en las colonias, hemos de suponer en ellos un conocimiento mucho mayor de la lengua y costumbres indígenas, algo que resultaría muy útil a la hora de establecer acuerdos comerciales.

Si tenemos en cuenta el carácter exclusivista de las necrópolis orientales de este período, en las que no todos los difuntos tendrían cabida, esta hipótesis nos parece más probable que la de presuponer la presencia de unos personajes tartesios que llegarían a vivir en las colonias o en los establecimientos mixtos, como Huelva, llegando a alcanzar cierto estatus dentro de la sociedad colonial. Aunque, como en el caso de Huelva, es probable que miembros de la aristocracia tartesia vivieran en la cercanía de los colonos fenicios, cada cual tendría un estatus dentro de su comunidad que, aunque respetado por la otra, no es equivalente en ambas. Prueba de ello sería el mantenimiento de necrópolis diferenciadas, como es el caso de los enterramientos principescos, que acogen elementos orientales, pero

siguen siendo netamente indígenas. Además, como indicamos previamente, aunque algunos personajes de la clase dirigente tartesia también hubieran logrado contraer matrimonio con mujeres orientales⁵¹, eso les permitiría sobre todo afianzar su posición dentro de su propia comunidad, mediante una unión de “prestigio”, pero no sería suficiente para abrirles las puertas de la comunidad fenicia en un nivel de igualdad, en gran parte porque serían las mujeres quienes abandonarían su familia oriental para vivir con sus esposos, en base a las estructuras patriarcales. Por otra parte, esta imagen de los matrimonios mixtos presupone una intención por parte de las élites indígenas de integrarse en la sociedad colonial, una idea que, en nuestra opinión, obedece más a una interpretación moderna que a la realidad histórica.

En ese sentido, quizás parte de la interpretación que la investigación otorga al fenómeno del mestizaje y los matrimonios mixtos como herramientas de promoción social tenga su origen en el paralelismo, no intencionado, con el mundo colonial romano. Sobre la investigación actual aún pesan viejas asunciones que generan la aplicación de un mismo esquema sobre circunstancias diferentes. En el mundo romano, la promoción social de un miembro de las élites indígenas pasaba por su identificación con la sociedad de los colonizadores y, en última instancia, por la consecución de la ciudadanía romana, pues de este modo se le abrían las puertas de las instituciones políticas romanas que ejercían el poder efectivo sobre su comunidad. Sin embargo, en el caso de la colonización fenicia no existe un dominio político de los colonos sobre las comunidades indígenas, por lo que la supuesta promoción social que implicaría la integración en la sociedad colonial no existe en realidad. Para un miembro de la élite tartésica, que posee un prestigio y un control político real sobre sus conciudadanos, pasar a ser un habitante de las colonias no supone una

⁵¹ Además, hay que tener en cuenta que, al menos en las primeras etapas del colonialismo fenicio, el número de pobladores orientales, y en consecuencia también el de mujeres de esta procedencia, sería bastante reducido, lo que supone una dificultad añadida para la formación de matrimonios mixtos de este tipo.

mejora de su situación social, sino incluso lo contrario, ya que entre la comunidad fenicia no poseería esos rasgos de poder. Es por ello que consideramos que los matrimonios con mujeres de origen oriental, si bien podían tener su utilidad como refuerzo de las relaciones con los colonos e incluso como marcador de prestigio frente a la comunidad local, no debe ser entendido como un medio de promoción social o una manera de acceder a una sociedad en la que el papel de estos individuos jamás sería tan señalado como el que tendrían en su propio ambiente social.

En el plano opuesto, tampoco hay que olvidar los efectos de la más que posible coexistencia de fenicios e indígenas en los poblados del interior. La presencia fenicia en el interior era una idea planteada ya por Bonsor (1997:98) a finales del siglo XIX, al relacionar los objetos de tipo oriental aparecidos en la necrópolis de El Acebuchal, como marfiles y huevos de avestruz, con la presencia de colonos orientales en las tierras del interior dedicados a labores agrícolas⁵². Esta teoría, desarrollada hasta plantear toda una “colonización agraria” fenicia (Alvar y González Wagner 1988) de las tierras del Guadalquivir, sigue siendo discutida en cuanto a su alcance, pero sin duda existen evidencias de la presencia de gentes orientales en yacimientos del interior. De hecho, se ha apuntado la posibilidad de que muchos poblados considerados como sitios indígenas, nacidos en este período gracias al dinamismo económico producido por la presencia fenicia, sean en realidad el efecto de una migración de gentes orientales procedente de los centros costeros, que fundan nuevos enclaves de carácter fundamentalmente agrícola siguiendo el curso de los ríos (Escacena 2011:174). En ese sentido, se ha señalado que algunas de las incineraciones indígenas que se han justificado como consecuencia de la influencia orientalizante en el territorio son demasiado tempranas en comparación con la adopción de otros elementos de origen oriental (González Wagner

⁵² De hecho, Bonsor también consideraba que la Cruz del Negro sería una necrópolis fenicia, correspondiente a colonias orientales que se habrían situado en la zona de Los Alcores, si bien posteriormente modificó su propuesta, considerando que la incineración sería una influencia celta recibida por los tartésicos (Maier Allende 2005:333).

2005a:157), mientras que su presencia podría explicarse de manera más sencilla si la vinculamos al establecimiento de colonos orientales en las tierras del interior.

Además de la existencia de estos campesinos orientales, hay que contar también con la más que posible presencia de artesanos especializados que se asentarían en aquellos lugares con una fuerte aristocracia local, la cual requeriría sus servicios (Remedios 2007:225-226) como parte de ese proceso de exhibición del poder a través de objetos de lujo orientalistas.

Enlazando con esto, un efecto de la influencia oriental que se ha podido constatar a través de la Arqueología es el cambio formal producido en las viviendas. Los poblados indígenas se caracterizaban por una total ausencia de planificación urbanística y por la construcción de viviendas de planta circular (Escacena 1992:324). No obstante, hay que señalar que, a causa del mal conocimiento que aún se tiene del Bronce suroccidental, resulta complicado detectar las huellas de la tradición de viviendas redondas en la etapa anterior, sobre todo considerando que las construcciones argáricas ya conocían los muros rectos (Escacena 2010:131:134). A pesar de ello, la vivienda redonda encaja bien en el panorama de un Bronce Final del Suroeste que mantiene contactos con el mundo atlántico, donde los hábitats se caracterizan por este tipo de construcciones.

En todo caso, parece que en la etapa contemporánea al comienzo de la colonización los pobladores del Suroccidente peninsular habitan en viviendas redondas, y que es a raíz de la llegada de los colonos orientales cuando se comienza a apreciar una tendencia a la construcción de viviendas rectangulares, una influencia oriental llegada de la mano de los fenicios. Hay que tener en cuenta, no obstante, que este cambio experimentado en los hábitats indígenas no debe ser considerado como una innovación meramente formal. Los enclaves se modifican porque la sociedad está cambiando. La división del trabajo y la estratificación social cada vez más agudizada que experimentan las comunidades locales son las causas últimas de la

alteración de los poblados, que se adaptan a esas nuevas circunstancias sociales. De hecho, en algunos centros indígenas se mantendrá el hábitat de cabañas circulares (González Wagner 2007b:64-65), posiblemente porque no se da una presencia marcada de dichos factores de complejidad social. En otros, se da una convivencia de ambos tipos de cabaña, puesto que, con la creciente jerarquización social, desaparece el igualitarismo externo que había caracterizado a las viviendas en el período anterior, adoptando las élites la vivienda ortogonal como modo de mostrar su estatus frente a la comunidad (Delgado 2005:592) mediante la vinculación con un elemento de origen oriental.

Es posible que, en parte, esta evolución sea fruto de la presencia de dichos colonos en poblados indígenas, que llevaría a su imitación por parte de los pobladores locales. En esa línea, se ha apuntado que las primeras casas rectangulares construidas en Montemolín pertenecerían a estos colonos asentados en el interior (Chaves y De la Bandera 1991:714), pues su antigua cronología hace difícil considerarlas el efecto de una aculturación muy temprana y, además, uno de ellos presenta las características propias de un santuario de origen oriental, con influencias no sólo fenicias, sino también de Siria y Chipre (Chaves, De la Bandera, Ferrer Albelda y Bernáldez 2000:578). En todo caso, la progresiva imposición del urbanismo es reflejo de una sociedad que se va haciendo cada vez más compleja.

Continuando con la posible presencia de fenicios en zonas alejadas de la costa, hemos visto en el capítulo anterior cómo la reinterpretación de determinados conjuntos arqueológicos y el descubrimiento de otros nuevos ha llevado al convencimiento de la existencia de todo un conjunto de santuarios vinculados a las zonas de intercambio donde los fenicios ejercían su actividad y, en consecuencia, a la misma presencia de gentes orientales.

A este respecto, Estrabón (III, 2, 13) comenta el tremendo alcance que la cultura fenicia había tenido entre los indígenas y que aún era apreciable en su época: *«éstos fueron dominados de tal modo por los*

fenicios que la mayor parte de la Turdetania y de las regiones fenicias hoy son habitadas por ellos». No podemos relacionar este breve texto con una dominación política o militar real del territorio por parte de los fenicios ni, en nuestra opinión, con un asentamiento de gentes orientales en el territorio turdetano de tal envergadura como para considerar estas tierras de poblamiento fenicio mayoritario, pero sí creemos que nos está hablando de un sustrato cultural, aún presente en el período romano, en el que el componente fenicio-oriental está muy presente. A nuestro modo de ver, una “orientalización” tal debió contar con un contacto mucho más estrecho que el que otorgan las simples relaciones comerciales. Una penetración estable, más o menos desarrollada, de gentes fenicias a lo largo del Guadalquivir sí habría permitido que la cultura indígena fuera poco a poco aceptando y asimilando como propios elementos característicos del mundo oriental.

En todo caso, la integración de los indígenas en la red comercial fenicia es algo que queda fuera de toda duda. En algunos centros indígenas que medraron a raíz del contacto colonial, se aprecia la fabricación de ánforas a imitación de las T-10.1.2.1. características de las colonias del Estrecho. Es el caso de la Peña Negra, en Alicante, donde posiblemente también se asentaron elementos orientales que contribuyeron a esta integración económica, según parece demostrar la inscripción fenicia encontrada en un plato (Lám. 43) fabricado en el propio asentamiento (Vives-Ferrándiz 2010:204). Esto indica que la integración en la economía fenicia se produjo de manera organizada, buscando una estandarización de los productos que, en última instancia, conllevaría una mayor efectividad de la producción.

Los objetos de prestigio no sólo se van a obtener a través del intercambio, sino que con el tiempo surgirán talleres locales que imitarán las formas y estética de los objetos orientales. Por ejemplo, en Huelva está atestiguada la existencia de alfares indígenas que imitan el repertorio vascular y la cubrición con engobe rojo de la cerámica de mesa fenicia.

Incluso algunos tipos que se fabricaban anteriormente con decoración pintada o bruñida pasan a ser recubiertos de engobe rojo, si bien son justamente las formas que, como veíamos antes, tenían un antiguo origen oriental y habían sido incorporadas dentro del repertorio indígena ya antes de la llegada de los fenicios (Negueruela 1979-80:347).

De todas formas, se ha señalado (González Wagner 2011:124-125) que la transmisión de la tecnología oriental no alcanzó los mismos niveles que los elementos culturales. En general, se mantienen el modo de producción y las técnicas de la Edad del Bronce, una situación que se daría en todas las comunidades peninsulares, que no adoptan la tecnología del hierro, como señala Arteaga (1982:150) a propósito de Los Saladares. Esto indicaría cierta reserva por parte de los colonos, que mantendrían así una superioridad tecnológica que aumentaría la dependencia de los indígenas respecto al sistema económico fenicio. Considerando esto, la idea de una colonización pacífica y beneficiosa por igual para las partes concurrentes en ella se diluye, apuntando a la posibilidad de unas relaciones tensas fruto de la desigualdad sufrida por el elemento autóctono.

Por lo que respecta al mundo funerario, como uno de los marcadores culturales que nos son más accesibles mediante la Arqueología, no conocemos apenas nada sobre los ritos funerarios del Bronce Final en el Suroeste peninsular, y desde luego no se han encontrado evidencias seguras que hablen de un uso del ritual incinerador antes de la época colonial⁵³ (Pellicer 2008:20), pero sí que podemos constatar que a partir de la llegada de los fenicios proliferan enterramientos muy similares a los de los colonos (Lám. 44). De todas formas, y en consonancia con ese proceso de selección a la hora de adoptar elementos culturales foráneos, se aprecian también características locales, tales como la inhumación de determinados individuos (generalmente personajes de alto rango social) y la elevación de

⁵³ Por el contrario, en el Sudeste sí se han encontrado algunas evidencias de la práctica de la cremación desde la segunda mitad del II milenio a.C. (González Prats 2002:391-399).

túmulos (González Wagner 1999:107). La aristocracia tartésica, así pues, tomó aquellos elementos funerarios que pudieran serle útiles como símbolos de su prestigio. En ese sentido, los túmulos servirían para dar mayor visibilidad a las sepulturas de los linajes particularmente influyentes de la comunidad, frente a las tumbas planas localizadas en los espacios entre túmulos que podemos ver en Setefilla o en Mesas de Asta (Torres 2005b:426).

No obstante, los enterramientos bajo túmulo podrían deberse al influjo de los túmulos chipriotas, basados en prototipos sirios, como ha señalado Blázquez (1999b:127) a propósito de las necrópolis tumulares de la zona de Carmona, para los que incluso no descarta una adscripción fenicia. De hecho, se ha señalado que los túmulos no tienen precedentes en el sustrato indígena local (Escacena 1992:333). Siendo así, parece que utilizar la presencia o no de túmulos como guía para determinar la adscripción cultural de una necrópolis no tendría demasiada fiabilidad, pero sin embargo sigue siendo uno de los principales elementos que se tienen en consideración para ello. En Trayamar, cuya adscripción fenicia no se pone en duda, se llegó a documentar un túmulo como estructura indicativa (Schubart y Niemeyer 1976). Por otra parte, necrópolis como La Joya o Cruz del Negro no presentan estructuras tumulares, si bien es cierto que su asignación indígena ha sido muy discutida, e incluso descartada por muchos investigadores en el caso de Cruz del Negro.

Es posible que la adopción de la incineración se produjera a raíz de la llegada de gentes orientales, pero lo cierto es que no podemos asegurar que no fuera un rito practicado con anterioridad. Tal vez la influencia de los Campos de Urnas del Nordeste se hubiera extendido ya al Sur peninsular antes del período colonial, pero las primeras evidencias arqueológicas de incineración indígena ya son contemporáneas a la frecuentación fenicia, lo que parece desmentir esta hipótesis. Diferente sería la situación en el Levante hispano, donde encontramos la necrópolis de Les Moreres, en

Alicante, cuya primera fase de utilización sería anterior a la presencia fenicia y presenta incineraciones en urnas realizadas a mano que, sin duda, hemos de encuadrar dentro de la influencia alcanzada por la cultura de Campos de Urnas del Languedoc y el Rosellón (Pereira 2001:13).

Las aristocracias locales construyen tumbas de cámara, a imitación de las cámaras fenicias tipo Trayamar y Jardín, hasta el punto de que alguna incluye un corredor de acceso, como las cámaras de los túmulos A y H de Setefilla, o la tumba 17 de La Joya. Por lo general, estas tumbas de cámara cubierta por túmulo se han definido bajo el nombre de “tumbas principescas” (Aubet 1984:451-452), haciendo alusión a la extracción social de los personajes del mundo tartésico que serían enterrados en ellas. En definitiva, estos personajes toman unos elementos característicos del mundo fenicio y los adoptan, en cuanto les son útiles como símbolo de prestigio y poder.

Entre estos elementos destaca, por su valor, la toréutica orientalizante. Estos objetos, que incluyen, además de joyas, jarros, quemaperfumes y los llamados “braserillos”, representan una adaptación en metal del ajuar clásico fenicio, es decir, el plato, el jarro de boca trilobulada y el quemaperfumes realizados en cerámica de engobe rojo (Aubet 1984:452). Si bien esto parece indicar una adopción de los cultos fenicios, primeramente serían adoptados por las élites indígenas como manifestaciones de su poder, de ahí su elaboración en metal que los convierte por sí mismos en objetos de valor, posiblemente despojados del significado espiritual que pudieran tener en el mundo oriental, pero dotados de uno nuevo que encaje dentro de sus creencias propias y que, al mismo tiempo, sirva para resaltar su relación con los colonos y su diferenciación con respecto al resto de su comunidad. Se ha apuntado incluso que su posesión otorgaría cierto carácter sacro a los componentes de estas élites, que de este modo verían reforzado su poder (Pereira 2005:173).

Más complicado resulta buscar un significado no espiritual en la dirección en que se coloca el cadáver, que si bien no es absoluta, en la mayor parte de los casos se dirige hacia el Este (Torres 1999:152). Posiblemente deba relacionarse con el significado de renacimiento que implica el punto de salida del Sol. Lo mismo puede decirse de la inclusión de huevos de avestruz, cuya relación con la espiritualidad fenicia es evidente, o de algunos amuletos hallados formando parte de los ajuares. Por otra parte, muchas de estas necrópolis se encuentran separadas de los hábitats relacionados por cursos de agua, una costumbre también presente entre los fenicios occidentales, en una voluntad de separar el mundo de los vivos del de los muertos.

La Joya ha sido definida como la necrópolis de los indígenas asentados en el Cabezo de San Pedro durante la época de mayor esplendor del asentamiento, si bien algunas voces han criticado esta asignación, ya que el alto grado de orientalismo presente en ella podría llevar a interpretar que se trata del último lugar de descanso de gentes orientales, con posible ascendencia chipriota (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:172). Su tiempo de utilización no sería demasiado amplio, desde la segunda mitad del siglo VII hasta las primeras décadas del VI a.C., sin que se pueda afinar de manera absoluta la fecha de abandono⁵⁴. Sus sepulturas, que recuerdan a las tumbas fenicias de Chipre, probarían en el caso de ser indígenas una profunda asimilación de las costumbre funerarias fenicias (Blázquez 1999b:129-130), algo que no resulta extraño si consideramos el estrecho contacto que los pobladores del Cabezo de San Pedro mantendrían con la comunidad fenicia.

De hecho, idea de la profunda asimilación de influencias orientales la da la presencia en la tumba 16 de una bandeja con forma de “piel de toro”, que ha sido interpretada como un altar portátil (Escacena 2011:172),

⁵⁴ No obstante, el material fenicio depositado en las tumbas más recientes incluye ánforas T-10.1.2.1. y cerámica de engobe rojo, lo que indica que su uso no pudo prolongarse más allá de la primera mitad del siglo VI a.C.

incluso con evidencias de uso, y muy semejante a otra aparecida fuera de contexto en El Gandul (Lám. 45), en Sevilla (Jiménez Ávila 2002:395-396). No obstante, la presencia de estos “altares” asociados a otras sepulturas del mundo tartésico, sin huellas de uso, nos inclina a pensar que fueron acogidos por las élites locales como signos de prestigio y poder, sin vincularse a la carga de creencias foráneas que su uso como altar llevaría aparejado. Nos encontramos así con objetos que al pasar al mundo indígena adquieren un nuevo significado apropiado a sus esquemas mentales, una prueba de esa selección practicada a la hora de asimilar elementos orientales.

El rasgo más significativo de esta necrópolis es la riqueza de sus ajuares, que incluyen numerosas joyas y objetos de prestigio, destacando la presencia de un carro de guerra. Entre los objetos encontrados en las tumbas hay numerosos objetos obtenidos a través de los mercaderes fenicios, fundamentalmente ánforas y vajillas de mesa, pero también jarros de bronce de estilo oriental, braseros e incluso algún escarabeo egipcio y un huevo de avestruz. Destaca también la presencia de cerámica gris. No obstante, rodeando estos ricos enterramientos aparecen otros mucho más modestos, que pertenecerían a personajes menos destacados (Torres 2005b:429).

Esta necrópolis, por tanto, acogería los restos de esa aristocracia tartésica que había asentado su posición social gracias a las relaciones con los colonos. La introducción de objetos de tipo oriental y el propio rito utilizado buscan realzar ese estatus mostrando la fuerte vinculación establecida con el mundo oriental. Hay que puntualizar que, a pesar de esta adopción de costumbres orientales, la aristocracia tartésica también aportará rasgos propios. Por ejemplo, la amplia presencia de objetos de metal parece una característica indígena, pues no es algo habitual en las necrópolis fenicias occidentales, que normalmente muestran ajuares cerámicos y menos ostentosos. De hecho, durante mucho tiempo se utilizó esta presencia de objetos metálicos para establecer la distinción entre necrópolis indígenas y

coloniales. No obstante, muchas de estas adscripciones siguen siendo objeto de discusión. Es el caso de necrópolis como Cruz del Negro, Tavira o Medellín, cuyo rito en incineración en urna revela paralelos fenicios, pero que se han etiquetado como indígenas en base a los objetos de metal aparecidos en los ajuares. No obstante, existen voces críticas que consideran que la presencia de objetos metálicos no debe considerarse determinante a la hora de atribuir un grupo étnico determinado a los difuntos (Arruda 2011:152), sino producto de la propia heterogeneidad de la sociedad colonial fenicia.

En este sentido, una necrópolis que ha destacado por su fuerte componente orientalizante es Las Cumbres, en las cercanías del Castillo de Doña Blanca, que ha sido calificado de mayoritariamente indígena, pero con la posible presencia de alguna tumba fenicia. El rito empleado supone una orientalización muy fuerte de los personajes allí enterrados, pues la mayoría de las tumbas consisten en incineraciones en urna, en las que se depositan los huesos lavados tras la cremación, y se han detectado los restos de la celebración de banquetes rituales y libaciones (Ruiz Mata 1987:159), costumbres funerarias de indudable origen oriental.

Esta adopción tan completa del ritual fenicio supone un contacto muy directo con los colonos, como correspondería a un poblado muy vinculado a los pobladores de Doña Blanca. Pero, por otro lado, los difuntos mantienen su gusto por los objetos metálicos en su ajuar, no incluyen los elementos tradicionales del repertorio vascular funerario fenicio y cubren el espacio funerario con túmulos (otro elemento tradicional a la hora de definir la adscripción de una necrópolis). Esta selección efectuada a la hora de adoptar el ritual oriental es una muestra de cómo los indígenas no se limitan a una aculturación pasiva, sino que eligen aquellos elementos que les puedan resultar adecuados dentro de sus propias concepciones sociales y religiosas.

La presencia de objetos de metal no se limita simplemente a fíbulas o armas, sino que parece existir cierto gusto por este material a la hora de adoptar otros modelos orientales. Es el caso del jarro para líquidos que ya veíamos aparecer en las tumbas fenicias, asociadas al rito funerario, que los indígenas acogen fabricados en bronce (Lám. 46). Elaborados en las colonias fenicias durante la primera mitad del siglo VII a.C. (Jiménez Flores 1996:92), pronto pasa a ser un objeto imitado por los artesanos locales. Que en principio sea un objeto fabricado en las propias factorías fenicias, cuando para su uso particular los colonos preferían los realizados en cerámica, da una idea de la adaptación de los talleres coloniales al mercado local. Los quemaperfumes, asociados al ritual funerario fenicio, aparecen también fabricados en metal en este tipo de sepulturas.

En una línea semejante podríamos situar el caso de las bandejas rituales con asas, llamados también “braserillos”, objetos metálicos con decoración de marcado oriental que encontramos con frecuencia formando parte de los ajuares más lujosos de necrópolis como La Joya o Acebuchal. A pesar de sus influencias orientales, no es un objeto que encontremos en las sepulturas de las necrópolis atribuidas a la población fenicia, a excepción de la tumba 1 del Cerro de San Cristóbal (Martín Ruiz 1995-96:76), un cambio de contexto de utilización que de nuevo podría llevarnos a la adaptación de un producto de tipo oriental a las necesidades indígenas, cobrando un significado diferente asociado al mundo funerario.

Otro elemento habitual en las sepulturas indígenas es la presencia de marfiles con grabados orientalizantes, que tampoco aparecen en las tumbas fenicias. Los motivos representados recuerdan a los que aparecen en los cuencos metálicos orientales, como hemos comentado anteriormente, mostrando un simbolismo en muchos casos asociado al guerrero (Lám. 47). Si bien se ha propuesto que su presencia obedece a su valor ornamental y, por tanto, estarían despojados del simbolismo que estas representaciones tienen en el mundo oriental (Aubert 2009b:292), consideramos que parte del

significado de estas representaciones fue asimilado y modificado por las poblaciones locales para adaptarlo a sus propios esquemas sociales e ideológicos. Un caso semejante de adaptación sería el de los objetos decorados de la chipriota necrópolis de Salamis, donde es posible encontrar mobiliario y marfiles de inspiración egipcia decorados con jeroglíficos que no tienen sentido, puesto que el significado que los allí enterrados, que no entienden esa escritura, les otorgan es diferente al de la sociedad de origen, por eso no necesitan que los signos aparezcan de la misma manera (Janes 2010:139). Del mismo modo, los motivos orientalizantes adoptan nuevos significados para las gentes occidentales, por eso no aparecen relacionados de la misma manera ni adoptan todos los símbolos presentes en el mundo oriental, seleccionando y transformando las imágenes para adecuarlas a su propio universo simbólico. Prueba de ello sería la pervivencia de algunos elementos propios de la ideología oriental que continúan apareciendo en representaciones de época ibera, entre las cuales los relieves de Pozo Moro serían un magnífico ejemplo. Esta conservación sólo es posible porque esta simbología había llegado a enraizarse profundamente en la ideología de las poblaciones locales, pasando a formar parte de su imaginario propio.

La menor calidad que muestran estos marfiles respecto a los realizados en Oriente Próximo ha hecho que algunos investigadores quieran ver en ellos copias locales de prototipos fenicios. No obstante, dado que el marfil se obtenía a través de rutas comerciales controladas directamente por los fenicios y a la presencia de talleres en algunas colonias fenicias del área andaluza, creemos que serían fabricados por artesanos orientales localizados en estos enclaves. La supuesta menor calidad sería así producto del mercado al que va dirigido, es decir, la élite indígena, del mismo modo que la selección de imágenes representadas, que no abarcan todo el repertorio oriental sino sólo una parte, obedecería a los criterios seguidos por la clientela indígena.

Algo semejante ocurriría con los vasos cerámicos decorados con este tipo de imágenes, que serían también de fabricación colonial y considerados un objeto de prestigio para las aristocracias tartésicas. Esta atribución netamente oriental sería apoyada por las semejanzas que este tipo de cerámicas tendrían con las fabricadas en Chipre (Murillo 1989:161-162). Esto no resulta extraño si tenemos en cuenta los datos que ya apuntaban hacia la presencia de elementos chipriotas entre los colonos llegados a la Península Ibérica. La ausencia de este tipo de cerámica en los centros fenicios costeros (Morgenroth 2004:105) nos lleva a pensar que su fabricación, si bien efectuada por artesanos de origen oriental, como parece demostrar el uso del torno rápido, iría dirigida en su totalidad a satisfacer la demanda de las élites tartésicas que hicieron de estas cerámicas un elemento más de prestigio vinculado a su rango.

En la misma línea de La Joya se situaría la necrópolis del Cortijo de las Sombras, en Frigiliana, con veinte cremaciones en urna. Entre los ajuares abundan los objetos de adorno personal fabricados en metal. De nuevo, se trata de una necrópolis cuya adscripción cultural no está clara. Por el contrario, y como comentábamos antes, para Las Cumbres, cercana al Castillo de Doña Blanca, se ha optado por una adscripción mixta que haría coexistir a fenicios e indígenas en un mismo espacio funerario. En muchos casos, por tanto, la asignación cultural de una necrópolis acaba dependiendo de la interpretación personal de sus excavadores y su postura frente a los trabajos realizados por otros investigadores en diferentes yacimientos.

Una necrópolis que ha sido estudiada a fondo es la de Setefilla, en las cercanías de Carmona, consistente en enterramientos de incineración en urna bajo túmulo que ya fueron objeto de excavación en tiempos de Bonsor, siendo dos de los cuales reexcavados en tiempos más recientes por M^a E. Aubet. Estos túmulos, denominados A y B, fueron utilizados simultáneamente a lo largo de los siglos VII y VI a.C., conteniendo, respectivamente, 45 y 33 sepulturas. El primero se estructura en torno a una

cámara central, alrededor de la cual se disponen el resto de tumbas, sin diferencias notables en el ajuar, mientras que el túmulo B carece de ella. Parece que la cámara central del túmulo A fue construida en la última fase de utilización de la necrópolis, antes de la erección del túmulo, a finales del siglo VI a.C. Este dato ha sido interpretado por su excavadora como una cristalización tardía de la jerarquización social entre los indígenas (Aubet 1982:58).

En una línea similar se encontrarían el resto de las necrópolis tumulares de la región de Los Alcores. En su mayoría contienen enterramientos de incineración, ya sea en urna, fosa o directamente depositados sobre el suelo⁵⁵, excepto en algún caso de inhumaciones que quizás pertenezcan ya a una época algo más tardía. Es el caso de las inhumaciones que se encuentran dentro de la cámara del túmulo de El Acebuchal (Sánchez Andreu 1994:145). Considerando la fecha de construcción apuntada por Aubet para la cámara central del túmulo A de Setefilla, no es arriesgado suponer que la cámara de El Acebuchal fue construida también a finales del siglo VI a.C., cuando la incineración ya había dejado paso a la inhumación incluso en las colonias fenicias. Los ajuares de El Acebuchal son los más ricos de la región de Los Alcores, con abundancia de marfiles orientalizantes (Torres 1999:74-76). También ha ofrecido algún huevo de avestruz, que remite de nuevo a cultos de origen oriental.

Bonsor indicó en su momento la presencia en El Acebuchal de cuerpos inhumados que parecían presentar signos de violencia, con grandes piedras sobre sus cráneos, a los que denominó “lapidados” y que consideró fruto de un sacrificio humano. Enterramientos semejantes han sido localizados también en La Joya, y resulta difícil darles una interpretación. En general, se puede apuntar que las escasas inhumaciones en fosa

⁵⁵ En la mayor parte de las sepulturas de las necrópolis de Los Alcores, el rito consistió en la cremación en la propia fosa del cadáver.

detectadas en las necrópolis tartésicas, sea su posición violenta o no, presentan un ajuar muy escaso o nulo, lo que parece indicar que los personajes que seguían este tipo de ritual no pertenecían a las clases dominantes (Torres 1999:136). Sin embargo, el hecho de que algunos de los objetos vinculados a estos ajuares, aunque escasos, sean elementos de prestigio como marfiles dificulta la asignación social de estos personajes (Sánchez Andreu 1994:286).

Diferente es el caso de los inhumados en las cámaras de los túmulos, el tipo clásico de las denominadas “tumbas principescas”, que podemos encontrar en Setefilla, La Joya o El Acebuchal. Aunque su número es muy reducido comparado con el de individuos cremados, lo cierto es que la inhumación es un rito que se sigue practicando en combinación con la incineración, si bien no está claro si obedece a razones de estatus o cronológicas.

Otro ejemplo, ya vinculado al asentamiento de Carmona, sería Cruz del Negro, si bien hay que señalar que su adscripción, fenicia, indígena o mixta, sigue hoy a debate, ya que se ha querido ver en algunas de las sepulturas una reproducción exacta del rito fenicio, pasando así a ser una prueba de la instalación de colonos fenicios en el interior del Valle del Guadalquivir (Alvar y González Wagner 1988:182-183), mientras que otros autores siguen manteniendo su adscripción indígena (Carrilero 1999:179). La presencia de lucernas, huevos de avestruz y amuletos de nuevo remite al mundo oriental. En ella encontramos urnas de cerámica decoradas⁵⁶ conteniendo los restos incinerados de los individuos, enterradas en fosas excavadas en la tierra. En esta necrópolis se cuentan hasta 31 quemaderos, la mayoría de tipo rectangular con sección escalonada, 68 hoyos donde se

⁵⁶ El propio yacimiento será el que dará nombre a este tipo de recipientes cerámicos (Lám. 48). Las ánforas tipo Cruz del Negro presentan dos asas, cuerpo globular y decoración pintada con motivos geométricos.

depositaban los restos de la cremación⁵⁷, ya directamente o en urna, y cuatro inhumaciones (Gil y Puya 1995:84-85). Por otra parte, tanto las incineraciones en urna como las depositadas directamente en la roca resultan semejantes a los enterramientos de Puig des Molins (Costa y Fernández 1995:298), que sería una necrópolis plenamente fenicia, lo que complica aún más su asignación cultural.

Lo cierto es que en otras necrópolis indígenas de Carmona, como Alcantarilla o Cañada de las Cabras, se prefiere la incineración del cadáver en la propia fosa donde aparece depositado (Torres 1999:79-80) frente a la deposición secundaria de las cenizas que se aprecia en Cruz del Negro. Esta diferenciación de rito en una misma región parece apuntar a que los personajes de Cruz del Negro pertenecen a una clase social o una etnia diferente, lo que apoyaría la asignación fenicia que se ha propuesto para esta necrópolis. No obstante, en Medellín se ha podido documentar un factor temporal, al ser las incineraciones en urna más antiguas que las realizadas en *bustum* (Torres 1999:105), que debe ser tenido en cuenta.

Hay que remarcar que en Cruz del Negro también han aparecido inhumaciones. A diferencia de Setefilla o Acebuchal, donde las inhumaciones corresponden a los ricos enterramientos en cámara (exceptuando a los “lapidados”, por supuesto), en Cruz del Negro no se aprecia ninguna diferencia en la riqueza de los ajuares de incinerados e inhumados. Se ha querido explicar esta dualidad mediante la diversidad étnica de los colonos llegados, que traerían ideas y costumbres distintas, lo cual implica la aceptación del carácter mixto de la necrópolis. No obstante, los ajuares no permiten confirmar esos diversos orígenes de los difuntos. También se ha apuntado que el escaso período de tiempo transcurrido entre la etapa de incineración y la progresiva imposición de la inhumación como

⁵⁷ Se ha advertido que en los lugares de deposición final de los restos no sólo se depositan los huesos calcinados (como es habitual en las necrópolis fenicias) o las cenizas del difunto, sino el producto total de la incineración, incluyendo los restos de los elementos que formaban la pira funeraria. Éste es uno de los rasgos que sirvieron de apoyo para la atribución indígena de la necrópolis.

rito principal, unido a una posible reutilización de las sepulturas, sería la causa más probable para la convivencia de ambos ritos en el mismo espacio (Jiménez Barrientos 1990:221). Por otra parte, también se ha remarcado que estas inhumaciones son en parte femeninas y en parte infantiles, vinculadas a cremaciones, y presentando los cuerpos femeninos signos de violencia que se han querido relacionar con sacrificios humanos (Torres 1999:82).

Una necrópolis que resulta particularmente interesante en este apartado es Les Moreres, asociada al asentamiento de Peña Negra en Crevillente, para la cual se ha propuesto dos fases de utilización, una del 900 al 750 a.C. y otra desde esa fecha hasta el 625 a.C. (González Prats 2002:263). La continuidad temporal de su uso permite observar el paso de las incineraciones precoloniales vinculadas a los Campos de Urnas del Nordeste a la adopción de cerámicas fenicias a torno para contener las cenizas, un proceso que se une a la desaparición de las estructuras en piedra que marcaban algunas de las sepulturas, y que parece haber comenzado con los enterramientos masculinos (Vives-Ferrándiz 2010:197-200). Esta información resulta particularmente interesante a la hora de analizar cómo las influencias foráneas fueron asimiladas e integradas por parte de la comunidad local, si bien también es cierto que se ha llegado a proponer una adscripción fenicia para las sepulturas datadas ya en época colonial (González Prats 2002:387).

A estas necrópolis se unen muchas otras, tanto en el área tartésica como en su periferia, donde también se extiende el rito de la cremación. Sería el caso de Medellín, en Badajoz, o incluso La Aliseda, para cuyo tesoro se ha propuesto una finalidad funeraria, a pesar de que no se ha encontrado ningún cadáver. Sí podemos apuntar que, al igual que ocurría en las necrópolis fenicias y en base a la proporción entre enterramientos encontrados y hábitats, las sepulturas tartésicas parecen no haber estado abiertas al grueso de la población, sino que serían prerrogativa de las clases dirigentes y se accedería a ellas por lazos familiares. Quizás el resto de la

población continuara con los ritos funerarios practicados en el Bronce Final y que, como entonces, éstos no dejaran huella arqueológica, lo que ya se ha propuesto para el Hierro Reciente al relacionar la escasez de sepulturas del mundo turdetano con un regreso a las antiguas costumbres funerarias del Bronce (Escacena 1987:295-296).

No obstante, los datos aportados por estas necrópolis deben ser manejados con cuidado, pues en muchos casos su adscripción cultural fenicia o indígena no está clara. En el caso de Cruz del Negro, por ejemplo, las continuas reinterpretaciones del material arqueológico han hecho que ya sean mucho los investigadores que le adjudican un origen fenicio. Otras, como Frigiliana o La Joya, aún son objeto de debate. No obstante, la cada vez más aceptada presencia fenicia en los poblados del interior, junto con los datos que ofrece la Arqueología, hace bastante probable la presencia mezclada de individuos de ambas etnias en dichas necrópolis, si bien es una situación poco frecuente en otros puntos del Mediterráneo (Marín y Belén 2005:454). En este sentido, creemos que la posibilidad de enterramiento en las necrópolis vinculadas a los poblados del mundo tartésico vendría definida más por el rango social que por la etnia. Estos asentamientos son controlados por las élites tartésicas, que son quienes, en última instancia, tendrían la capacidad de permitir a los colonos asentados en ellos, con los que mantienen relaciones económicas, enterrarse en esos espacios.

En definitiva, observamos que esta naciente clase aristocrática se va consolidando a raíz de su relación comercial con los mercaderes orientales. Sin embargo, su poder se asentaba precisamente en la red de intercambio y redistribución que habían creado, de modo que tratan de conservar sin alteraciones las condiciones económicas y sociales que habían permitido la formación de ese circuito comercial. Por esta razón, durante el período orientalizante no apreciamos cambios notables en el patrón de asentamiento, a excepción de la articulación jerárquica del poblamiento, un proceso ya iniciado en la Edad del Bronce, del mismo modo que no parece que se

adopten la mayor parte de las innovaciones tecnológicas traídas por los colonos (González Wagner, Plácido y Alvar 1996: 147). En esta dependencia respecto al comercio exterior residía su propia debilidad, que impediría la formación de auténticas monarquías al modo oriental. En ese sentido, González Wagner (1999:111) prefiere hablar de “jefaturas complejas”, indicando así un grado de complejidad social no totalmente desarrollado. Esta postura, sin embargo, no es compartida por todos los investigadores, existiendo también quienes proponen la formación, durante este período, de una monarquía sacra orientalizante (Almagro Gorbea 1996:41 y ss.).

Si consideramos la institución monárquica como la existencia de un Estado centralizado, no podríamos aplicar un carácter monárquico para las élites del territorio tartésico, pues su poder se fundamenta sobre bases locales basadas en una jerarquización de enclaves de diversa importancia. Es decir, las élites de un asentamiento principal controlan su territorio, en el que existen centros de menor tamaño unidos por lazos económicos, que a su vez estarían refrendados por vínculos políticos, probablemente relacionados con la entrega de tributos o fuerza de trabajo. No obstante, estaríamos hablando de territorios no muy amplios y de la presencia en la zona tartésica de varios centros principales de poder.

Sin embargo, es innegable que durante este período las aristocracias locales llegan a alcanzar grandes cotas de poder dentro de sus respectivos territorios, un poder que estaría legitimado por toda una serie de construcciones ideológicas en las que el factor religioso jugaría un importante papel, al modo de las monarquías orientales. Este fortalecimiento de las élites acabaría derivando en una creciente tendencia a la territorialización, y podría haber conducido al nacimiento de una competitividad entre los distintos núcleos de poder, un proceso que se va haciendo más claro a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C.

5. LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO ORIENTALIZANTE.

A partir de mediados del siglo VII y durante la primera mitad del VI a.C., se observa un fenómeno de explotación de nuevas tierras que algunos investigadores han calificado de “colonización agraria” tartésica. Junto a la fundación de nuevos enclaves agrarios en zonas ya explotadas como Carmona y el Guadalquivir Medio, lo cierto es que desde los grandes *oppida* centrales del Suroeste parece que se desplaza un flujo poblacional que fundará nuevos asentamientos rurales en las zonas periféricas del mundo tartésico, llegando hasta Extremadura y el Alentejo por el Guadiana (Ferrer Albelda, De la Bandera y García Fernández 2007:196-202) y hasta Jaén siguiendo el Alto Guadalquivir (Almagro Gorbea y Torres 2009:120). Sería en esos momentos cuando la influencia orientalizante se extendería por las tierras más alejadas del interior, que pasan a formar parte de la periferia del mundo tartésico y redirigen su economía hacia la explotación agraria (Celestino 2008:29-30).

Estos pequeños centros rurales están totalmente especializado en las labores del campo, lo que resalta aún más su dependencia sociopolítica con respecto al *oppidum*, ya que no producen por sí mismas todos los productos necesarios para el mantenimiento de la comunidad (Arteaga 1997a:188) y su acceso a ellos viene limitado por la labor redistribuidora del enclave central de la zona, al que se unen otros centros, también dependientes, pero encargados de otras funciones relacionadas con el control directo del territorio (Domínguez Pérez 2007:147). De este modo, se crea una red de explotación agrícola controlada por los *oppida* locales. La Arqueología ha constatado la existencia de este tipo de unidades productivas jerárquicas en las campiñas del Bajo Guadalquivir y Guadalete, en la Banda Atlántica Gaditana y en el valle del río Guadalhorce (Domínguez Pérez 2007:145).

En esta época se aprecia un mayor uso del torno por parte de los indígenas, que lo conocían, pero no se había generalizado. Esto se ha relacionado con una necesidad de aumentar la producción cerámica, coincidente con una época de crecimiento económico (Martín Ruiz 2007a:130). Podríamos, si esto es así, vincular la fundación de nuevos enclaves agrarios con una expansión del comercio, que precisa, por tanto, una mayor producción de ánforas para el transporte de estos productos.

Se ha querido relacionar la aparición de nuevos centros agrícolas en el Bajo Guadalquivir con la presencia de colonos orientales, afectados por la escasez de tierras en Oriente y la presión que el Imperio asirio ejercía, de manera cada vez más intensa, sobre las ciudades fenicias. Lo cierto es que no podemos considerar estos centros como fundaciones fenicias, pues mayoritariamente presentan materiales locales, continuadores de la tradición anterior. Sin embargo, no es en absoluto descartable que gentes llegadas de Oriente se establecieran en estos centros indígenas. Al tratarse de una población no especializada de tipo campesino, su actividad no tendría mucha cabida en las colonias de la costa, establecidas sobre todo como centros de transformación, concentración y redistribución de bienes. En cambio, la prosperidad de que goza en estos momentos el campo tartésico sería un buen aliciente para establecerse en estos asentamientos rurales. En este caso, la identidad desarrollada por estos colonos dentro de sus comunidades de acogida está más relacionada con su condición social como agricultores, que con su pertenencia al grupo de los colonizadores.

Así pues, este impulso de fundación de centros agrícolas debe vincularse con el mundo tartésico. En relación con ello, a partir del siglo VII a.C. parece apreciarse también un fenómeno de tipo socioeconómico: las aristocracias tartésicas incrementan su sentido de la propiedad sobre la tierra. Como hemos visto, su papel como intermediarios de los fenicios en el proceso de extracción de materias primas y redistribución de productos elaborados había situado a estas élites en una posición privilegiada con

respecto al resto de habitantes de los poblados. Su propio estatus será el que permita mantener esta situación de interdependencias de la cual salen beneficiados y de la cual proviene su autoridad. Pero las desigualdades generadas por este sistema provocan, al mismo tiempo, cierta inestabilidad, por lo que pronto van ampliando su poder hacia la posesión efectiva sobre la tierra, privatizando los antiguos terrenos de uso comunal, como se ha señalado para el valle medio del Guadiana (Almagro Gorbea y Martín Bravo 1994:124).

Los *oppida* se convertirán en el asiento del poder político de estas élites. Estos recintos fortificados son la constatación del control sobre la tierra circundante que ejercen sus habitantes. Es el caso del enclave indígena fortificado situado en los Castillejos de Teba, en Málaga, fundado en el siglo VII a.C., en un momento en que empiezan a apuntarse los primeros signos de cambio, y que se halla en un lugar estratégico que permite un control visual de las principales rutas terrestres de la zona (Domínguez Pérez 2007:155). Otros centros, como el Cerro Macareno, se amurallan durante este período, adaptándose al nuevo patrón de poblamiento.

Una manera de reivindicar esta propiedad sobre la tierra desde un punto de vista ideológico será mediante el enterramiento de sus difuntos en grandes túmulos familiares, como en el caso de Cerrillo Blanco, en Porcuna (Arteaga 1997a: 190-191). Se trata de conjuntos que disfrutaban de una gran visibilidad, generalmente dominando el territorio circundante desde una posición de altura. Hemos de considerar aquí que el emplazamiento no se efectúa siguiendo razones de estrategia y vigilancia de un territorio, lo que supondría un desperdicio de espacio para situar una necrópolis, sino precisamente el hecho de poder ser visto desde cierta distancia. En ese sentido, las necrópolis tumulares adquirirían cierto carácter de marcadores territoriales.

Por otra parte, en este período comienzan a abundar las armas entre los objetos de ajuar, en ocasiones fabricadas en hierro, lo que nos habla de

un contexto en que a los antiguos elementos de prestigio se unen las características propias de una aristocracia con rasgos guerreros (Morgenroth 2004:123-124). El creciente interés por la propiedad territorial sin duda sería motivo de hostilidades entre las diversas comunidades indígenas, un rasgo que conducirá a sus élites a adoptar progresivamente unas características guerreras que se desarrollarán plenamente en el período íbero. En este sentido, hay que señalar que tanto el estilo de armamento, como la presencia del carro de guerra como elemento asociado al poder, nos habla de una influencia fenicia y no griega en lo referido a la impedimenta militar (Stary 2000:216-218).

Estos marcadores han permitido hablar del nacimiento de formaciones estatales dentro del mundo tartésico, a cuya cabeza se situarían estas aristocracias fortalecidas por las relaciones coloniales, hasta el punto de haberse conformado quizás como monarquías de carácter sacro (Almagro Gorbea 1990:100). Lo cierto es que, basándose en el ejemplo de *Carmo*, otros autores consideran que existen datos para apoyar la existencia de algún tipo de organización con base territorial, de la que partiría la iniciativa colonizadora agraria que se aprecia en esta etapa, pero no existen datos suficientes para establecer si estas aristocracias habían conformado ya algún tipo de formación estatal (Ferrer Albelda y De la Bandera 2005:571).

Por otra parte, hay que señalar que en este período podemos apreciar ya la aparición de núcleos de poder en los territorios periféricos a Tartessos (Almagro Gorbea 1996:80), cuyo ejemplo más conocido sería Cástulo, en Jaén, pero que estarían también representados en *Illici*, Alicante. Estas aristocracias, cuyas bases de poder no se asentaban en los mismos presupuestos de extrema dependencia del mundo colonial que se daban en el mundo tartésico, desarrollan ya un carácter guerrero de tipo heroico que prelude el mundo ibérico.

6. EL FIN DE TARTESSOS.

Dentro de los estudios sobre Tartessos, la investigación acerca de su final ha supuesto uno de los temas fundamentales, sobre todo a raíz de los trabajos de Schulten, quien prestó particular atención a esta temática. La desestructuración, a lo largo del siglo VI a.C., de todo el sistema creado a partir de la relación económica con los fenicios y la consiguiente desaparición de la clase aristocrática tartésica aún continúan siendo hoy día objeto de trabajos de todo tipo que intentan descubrir las causas que llevaron al colapso de la cultura de Tartessos.

Arqueológicamente, es posible observar toda una serie de elementos que hablan de una crisis del sistema económico comercial en que se basaba la organización social tartésica. En general, se aprecia un panorama de contracción económica que no puede desligarse de la que estos momentos experimentan también las colonias fenicias del Círculo del Estrecho. En esas circunstancias, las aristocracias tartésicas pierden las bases de su poder, lo que les llevará a su progresiva desaparición, frente a la emergencia de nuevos grupos de poder basados en la propiedad territorial que lograrán adaptarse mejor a las nuevas exigencias del escenario económico.

Al mismo tiempo, algunos asentamientos muestran para este período niveles de destrucción o incendio, lo que parece indicar que, además de los factores económicos, existieron focos de violencia que contribuirían a la desaparición del sistema social tartésico. La propuesta de un final violento ha estado siempre presente, en mayor o menor medida, en los trabajos sobre este período, sobre todo a raíz de los intentos de relacionar estas señales arqueológicas de conflicto con determinados textos clásicos que, aunque descontextualizados, nos muestran un panorama de violencia que podría corresponder con este período.

Lo cierto es que, a día de hoy, el fin de Tartessos aún permanece como una pregunta sin respuesta. Sin embargo, lo que parece claro es que resulta necesario indagar en las propias estructuras sociales y económicas, que entran en crisis en estos momentos, como punto de partida para ahondar en el problema. La existencia de estallidos de violencia, por tanto, debe ser considerada dentro de un contexto más amplio, en que el sistema organizativo que había caracterizado toda la etapa arcaica entra en decadencia y se muestra incapaz de asumir las nuevas circunstancias políticas y económicas que caracterizarán al siglo VI a.C.

A) La crisis de un sistema.

Llegado el siglo VI a.C., se aprecia un abandono de asentamientos, en particular los relacionados con la minería y, en menor medida, las pequeñas explotaciones agropecuarias fundadas a lo largo del período orientalizante, como El Palomar o Cerro Manzanillo (Duque Espino 2007:65). La población de estos poblados se reubicaría en los centros de primer orden (Ferrer Albelda, De la Bandera y García Fernández 2007:208) fortificados. Éste sería el origen de las ciudades de época ibérica. La ciudad se convierte en el centro que permite articular las relaciones de poder de las élites sobre el territorio.

Esta concentración de la población en los *oppida* fortificados se ha explicado en base a la creciente competitividad existente entre los distintos grupos de poder nacidos durante el período orientalizante, señalándose incluso la fortificación de la frontera entre la campiña de Jaén y la vega del Guadalquivir mediante la construcción de *turres* (Almagro Gorbea 1996:82). Las zonas periféricas del mundo tartésico, situadas más allá del Alto Guadalquivir, experimentan un notable desarrollo económico y tecnológico, con la expansión de su producción y la adopción de la metalurgia del hierro, hasta el punto de que se ha propuesto que podrían

haber llegado a atacar centros tartésicos ante la necesidad de dar cabida a su excedente demográfico (Izquierdo 1994:89-93). No podemos descartar tampoco que estos supuestos ataques buscaran premeditadamente el fin del sistema aristocrático tartésico, que monopolizaba las estructuras comerciales e impediría el crecimiento independiente de estos nuevos poderes nacidos en la periferia. No obstante, esta teoría ha sido criticada como causa determinante del fin de Tartessos (Ferrer Albelda 2005:199).

Lo cierto es que es posible detectar signos de decadencia en algunos centros emblemáticos del mundo orientalizante (Escacena 1993:205-208). En algunos casos, el abandono o pérdida de población de algunos centros va acompañado de niveles de destrucción. Es el caso de los asentamientos de Setefilla y Montemolín, en el que se aprecia una destrucción intencionada de los muros de piedra orientalizantes a comienzos del siglo V a.C., o de Carmona, que a finales del siglo VI muestra un nivel importante de incendio, reduciéndose el espacio habitado (Izquierdo 1994:91-92). Es de señalar que estos enclaves se destacaban por ser lugares centrales de organización en relación con la red de intercambios fenicia. En ellos habitaría una población mixta formada por miembros de la aristocracia indígena y gentes de origen oriental, como demuestran los santuarios identificados en dichos centros, que a su vez no sólo serían lugares de culto, sino también sede para la realización de los intercambios.

En la misma línea nos encontraríamos con un progresivo abandono de los santuarios orientalizantes del Bajo Guadalquivir, como El Carambolo y El Saltillo en Carmona. En El Carambolo se aprecian niveles de incendio y destrucción, además que tanto el famoso tesoro, hallado en un pozo de basuras, como una gran piedra que podría ser el betilo del templo, fueron escondidos para evitar su profanación o robo cuando el centro fue abandonado (Belén 2009:203-204). Caura también es abandonado, así como el santuario de Montemolín, en la primera mitad del siglo VI a.C., y Carmo, destruido por esas mismas fechas (Ferrer Albelda 2005:203).

Dado el papel fundamental que estos centros religiosos tenían en la correcta ejecución de las actividades comerciales, hemos de pensar que su destrucción o abandono nos habla fundamentalmente de un cambio radical en la estructura de los intercambios. Si desaparecen es porque lo ha hecho su funcionalidad y ya no resultan útiles en ese contexto. Por otra parte, su carácter de edificios sagrados implica también un cese de uso religioso, es decir, la desaparición de las gentes que practicaban esos cultos, los fenicios asentados en la zona. Para los no fenicios, el santuario es el símbolo del poder económico colonial y del culto practicado por los “otros”, esos colonos que siguen siendo vistos como un pueblo diferente y que posee creencias distintas.

Son particularmente interesantes los niveles de destrucción que podemos observar en alguno de estos santuarios. Ya se trate de una destrucción premeditada por parte de los orientales para evitar futuras profanaciones del lugar sagrado, o de un ataque violento de las poblaciones indígenas, lo cierto es que esta situación revela violencia contra un lugar, el templo, que se había caracterizado en la etapa anterior por garantizar que las transacciones se realizasen de manera segura y limpia. Atacar el templo significa atacar el signo visible de los intercambios, lo que simbólicamente nos estaría hablando de un rechazo frontal del comercio con los orientales. A ello se une el valor religioso del edificio, que representa esas creencias que podrían haber servido como factor diferenciador entre ambas comunidades. El rechazo a los orientales se manifiesta físicamente en el ataque a los símbolos de su presencia, de aquello que los diferencia de las comunidades locales.

Por otra parte, hemos de considerar que estos lugares también se habían instituido como símbolos del poder aristocrático que había surgido a raíz del contacto con los colonos. La destrucción de Cancho Roano, independientemente de su asignación como palacio orientalizador o como

templo fenicio⁵⁸, a finales del siglo V a.C. por un incendio aparentemente ritual (Pellicer 1996:82) es el colofón de este proceso de destrucción del antiguo mundo tartésico.

En consonancia con este panorama de destrucción, Ferrer Albelda (2005:204-205) señala la abundancia de puntas de flecha que aparecen en Andalucía y el Levante peninsular a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., que ha relacionado con un posible movimiento violento contra los fenicios o incluso contra la propia aristocracia orientalizante. Sin embargo, también apunta que el mapa de dispersión de estas armas muestra un vacío en la zona onubense, el centro del mundo tartésico (Lám. 49). En nuestra opinión, ello podría ser una muestra de la mayor fortaleza de las aristocracias locales asentadas en Huelva.

A finales del siglo VI a.C. también desaparecen las grandes necrópolis tumulares que habían caracterizado a las aristocracias orientalizantes (Pellicer 1996:81). En su estudio sobre la necrópolis de Setefilla, Izquierdo ha constatado los primeros marcadores de esta crisis en el túmulo B, de comienzos del siglo VI a.C. Destaca sobre todo la espectacular disminución de la cerámica a torno de engobe rojo y la aparente distribución más uniforme de los materiales que componen los ajuares, en contrapartida con la mayor acumulación de bienes por parte de algunos miembros destacados de la comunidad que se apreciaba en el túmulo A, lo que ha interpretado como un freno en el crecimiento de las diferencias sociales (Izquierdo 1994:83). Del mismo modo, los restos cremados del túmulo A presentan un nivel de calcinación mucho mayor que los del túmulo B, lo que se ha relacionado con la mayor inversión de medios por parte de los individuos del túmulo A (Aubert 1995:403-404). En efecto, un nivel de combustión alto exige una mayor cantidad y calidad del combustible para lograr un fuego con altas temperaturas, es decir, una

⁵⁸ Remitimos al capítulo III.2 para las referencias acerca de la adscripción cultural de este conjunto.

inversión tanto económica como energética que los individuos del túmulo B ya no desean o no se pueden permitir realizar.

Interesante a este respecto es la necrópolis de Cerrillo Blanco, en Porcuna (Jaén). Sobre las sepulturas de época orientalizante, con una sencilla cámara central y presencia de objetos de prestigio en el ajuar, como un peine de marfil y fíbulas, claramente vinculadas con el mundo tartésico, se sitúa ya en el siglo V a.C. una necrópolis de incineración y un conjunto escultórico que ya se relacionan con las aristocracias guerreras del mundo ibérico (Sieso, Chapa y Madrigal 2001:257-258).

Los indicios arqueológicos que testimoniaban la presencia de gentes orientales asentadas en los poblados indígenas del Bajo Guadalquivir también desaparecen. Ya hemos visto como la desaparición de los santuarios, y en particular su amortización ritual, nos lleva a la conclusión de que los fenicios asentados en los poblados del interior han decidido abandonar la zona. En Carmona, por ejemplo, hay evidencias de violencia en el barrio fenicio, que es pronto reocupado por gentes de cultura local (Escacena 2001b:29). Es posible que estos colonos orientales decidieran trasladarse a los centros fenicios de la costa, siguiendo la tendencia a la reagrupación que experimenta la población colonial en este período.

No obstante, en el caso de aquellas personas de origen oriental que se habían asentado en centros indígenas y que se dedicaban a labores agrícolas, creemos que es muy posible su permanencia⁵⁹, diluyéndose poco a poco entre la población local, dado que su representación social frente a la comunidad indígena no es la misma que la de los colonos dedicados a labores comerciales.

En consonancia con este panorama, se aprecia una reducción más que notable en el comercio entre las colonias y los centros indígenas. El asentamiento indígena de Las Monjas, en la provincia de Cádiz, que

⁵⁹ La sujeción que implica la posesión de la tierra y la menor disponibilidad de recursos económicos dificultaba la movilidad geográfica de los grupos campesinos.

ejercería el papel de redistribuidor para otros centros de menor importancia, pasa de un 50% de ánforas de fabricación fenicia sobre el total de cerámicas en el siglo VII y comienzos del VI a.C. a tan sólo un 5'6% en la segunda mitad del siglo VI a.C. (Lavado 2000:386). En general, el porcentaje de cerámicas fabricadas en el Círculo del Estrecho se reduce en todos los enclaves indígenas que en la etapa anterior aparecían fuertemente vinculados al comercio con los fenicios. Es muy avanzado ya el siglo VI y sobre todo durante el V a.C. cuando se aprecia nuevamente una recuperación comercial, basada sobre todo en la industria de salazones, transportadas a través de las ánforas Mañá-Pascual A-4 (los tipos 11.2.1.3 y 12.1.1.1. de Ramón), que continúan utilizando las líneas de distribución anteriores, pero a una escala mucho menor (Oliver Foix 1995:283,286).

Las cerámicas de fabricación fenicia y de imitación son sustituidas por nuevos tipos vasculares de mayor tamaño con decoración policroma que en muchos casos se adornan con motivos orientalizantes (Pellicer 1982:46). Aunque se puede apreciar continuidad en algunos tipos cerámicos (Ruiz Mata y Vallejo 2002:207), éstos evolucionan y se transforman en el contexto de la cultura turdetana, generando nuevas formas.

La desaparición de la cultura material que había caracterizado a la aristocracia tartésica se ha relacionado con una desaparición de la clase dominante. En realidad, el final de Tartessos es más bien el fin de las estructuras aristocráticas tartésicas (Ferrer Albelda 2005:205). En el período posterior sigue existiendo una clase aristocrática, si bien utiliza símbolos diferentes para marcar su estatus, un indicio de que las bases sobre las que se asienta su posición han cambiado.

Nos encontramos ante una nueva aristocracia que resalta su poder exaltando su carácter militarista. Surgen nuevos poblados, rodeados de fuertes sistemas defensivos, y se amurallan otros ya existentes. Los poderes locales asentados en estos *oppida* reclamarían así el control sobre la propiedad de la tierra. Se ha relacionado el surgimiento de los *oppida* con

los frecuentes conflictos que mantendrían entre sí estas nuevas élites guerreras (Pellicer 1996:82), cuyo origen ya podíamos atisbar desde finales del siglo VII a.C.

La competitividad entre las aristocracias por el control de la tierra y los recursos ha sido esgrimida también para explicar los niveles de destrucción hallados en algunos yacimientos del ámbito catalán, como Aldovesta y el Alt de Benimaquíá⁶⁰ (Sanmartí 2009:63). La tendencia a querer considerar para la zona tartésica unas estructuras supralocales de organización que fueran signo de un estadio preestatal quizás ha influido a la hora de aceptar la posible existencia de conflictos entre élites en ese territorio, pero lo cierto es que el patrón de distribución del poblamiento nos muestra un panorama en que abundan diversos focos locales de poder, que sin duda competirían entre ellos por el acceso a la tierra y los recursos.

Todos estos rasgos componen la base de lo que se ha venido llamando el “ocaso de Tartessos”, el fin como tal de la civilización orientalizante del Suroeste peninsular, un proceso largo, y no una crisis circunstancial, que se prolongaría a lo largo del siglo VI a.C.

Se han propuesto múltiples teorías para explicar el fin de Tartessos, como analizaremos en el siguiente capítulo. Se trata de un suceso histórico que no puede ser separado de la crisis que experimentan las colonias fenicias del Occidente mediterráneo durante el mismo período. Esto, unido a las tendencias difusionistas, llevó a que se hiciera particular hincapié en la causalidad externa y menos en las transformaciones locales.

En este sentido, una de las hipótesis que tuvo más éxito, en particular en la primera mitad del siglo XX, fue la que achacaba el fin de Tartessos a una intervención militar del ejército cartaginés. Esta teoría fue desarrollada por Schulten a partir de los textos de dos autores clásicos, Justino y

⁶⁰ Este asentamiento, además, se había dotado de construcciones defensivas desde su fundación en el siglo VII a.C. (González Wagner 2007a:126), lo que indica que la situación de conflicto se venía fraguando desde décadas antes.

Macrobio. Como veremos en el capítulo siguiente, a través de esta teoría se lograba explicar la desaparición del mundo tartésico y el supuesto sometimiento de las colonias fenicias occidentales a Cartago, que se convertiría en la nueva metrópolis mediterránea.

Generalmente, en tiempos más recientes se ha especulado sobre todo con un agotamiento de los recursos económicos. Fundamentalmente se ha hablado de un agotamiento del mineral de plata en las minas (Rufete 2002:189), que impediría seguir estableciendo relaciones comerciales satisfactorias con los fenicios, pero también se ha tenido en cuenta que años de explotación del territorio dejarían esquilgadas las tierras de los grupos indígenas, que experimentarían en consecuencia el derrumbe de su sistema organizativo. En una línea económica semejante, el papel de Massalia como culpable de la crisis económica tartésica, al abrir nuevas rutas terrestres que le permitían acceder al estaño del Noroeste, ha sido invocado en muchas ocasiones, una tendencia que ya ha sido criticada (Alvar 1999a:193). En resumen, estas teorías barajan diferentes circunstancias por las que la prosperidad de que gozaba el comercio tartésico pudo acabarse. Como consecuencia, la aristocracia tartésica se ve incapaz de mantener su poder y eso conduciría al fin del mundo tartésico orientalizable.

No obstante, y como veremos más adelante, al poner en relación estas teorías de base económica con la propia reestructuración que las colonias fenicias experimentan desde comienzos del siglo VI a.C., consideramos que por sí mismas no explican las crisis sufridas por ambos mundos. El hecho de que una de las zonas más afectadas sean los ricos territorios de la costa mediterránea andaluza, de vocación fundamentalmente agrícola, niegan un derrumbe del sistema a raíz del agotamiento de los metales tartésicos. Creemos que los factores sociales y políticos componen un punto de partida ineludible a la hora de analizar la decadencia del sistema colonial, pues sólo la articulación de éstos en conjunción con las circunstancias económicas puede explicar cambios de tal alcance.

Una perspectiva nueva es la que ofrece Almagro Gorbea, al analizar el problema desde un punto de vista ideológico. Plantea que las élites tartésicas, a través del control sobre los intercambios coloniales, alcanzan el grado de monarquía sacra orientalizante, que evolucionará a partir del siglo V a.C. hasta conformar monarquías heroicas de base agraria, a raíz de los estímulos recibidos desde el mundo indoeuropeo y griego, llegando a crearse incluso Estados periféricos (Almagro 1996:80-82). Por supuesto, para Almagro la mecha que enciende esa transformación es el efecto que la crisis del mundo colonial tuvo sobre las bases en las que se asentaba la economía tartésica: la formación de centros urbanos basados en un territorio político conllevará la desaparición del sistema de producción aldeano, por lo que se hará precisa una reestructuración de poblamiento que afectará a los centros más pequeños, como Montemolín o Acebuchal, a favor del crecimiento de los centros principales como Carmona (Almagro 1999:181). A partir de ese hecho, Almagro considera que los focenses aprovecharían para favorecer a las élites gentilicias del Sureste y el Levante, cuya ideología guerrera estaría más cercana a la del mundo griego, frente a las monarquías orientalizantes tartesias (Pellicer 1996:81).

A esto se añade la conflictividad social como factor de cambio, como consecuencia del creciente interés de los grupos dirigentes en la propiedad de la tierra como signo de su poder (Ruiz y Molinos 1992:244). Esta situación podría estar en la raíz de enfrentamientos entre las diversas comunidades del área tartésica y su periferia. Torres (2002:392), por su parte, considera que las tensiones sociales generadas por la creciente complejización social condujeron a la necesidad de sustituir la monarquía sacra tartésica por un nuevo sistema de organización que represente a la cada vez más poderosa aristocracia.

En una línea semejante, que creemos que puede encajar bien con estas teorías que comentamos, Arteaga (1982:163-164) propone una ruptura del equilibrio comercial y económico de la etapa arcaica, en la que se habían

mantenido los presupuestos sociales y técnicos de la Edad del Bronce, al extenderse la metalurgia del hierro. Esto supondrá el fin de los sistemas vinculados al Bronce, pues ofrece nuevas posibilidades que atentan directamente contra la hegemonía económica de los fenicios occidentales y de las aristocracias insertas en su red comercial. No hay que olvidar que el sistema productivo colonial, del que dependía el poder de las élites tartésicas, se asentaba sobre el mantenimiento de las estructuras económicas anteriores. Se produce entonces una disgregación de los centros productivos, cuyo control escapa al de las aristocracias tartésicas, lo que, en última instancia, conduce al hundimiento de las tasas de intercambio predefinidas bajo las que operaba el comercio fenicio occidental. Esto será lo que finalmente haga necesaria una reorganización del sistema económico, que no puede seguir funcionando bajo los antiguos presupuestos.

En definitiva, lo que parece claro es que, cuando hablamos del fin de Tartessos, nos estamos refiriendo a la desaparición de un sistema económico y social, que se basaba en unas estructuras que en el siglo VI a.C. se quedan obsoletas, como consecuencia de los cambios operados en el mundo indígena a raíz del contacto colonial, y que había sido propiciados por él. La desaparición de las estructuras tartésicas, que en ocasiones pudo incluir episodios de violencia, será el requisito previo al nacimiento de un nuevo tipo de sociedad, cuyas bases económicas y sociales serán diferentes, y que evolucionarán hasta conformar el mundo íbero conocido por los romanos.

B) Los comienzos del mundo íbero.

Tras la reorganización económica y social que implicó la desaparición del sistema tartésico, las nuevas circunstancias exigen una reorientación de la actividad económica. La producción altamente excedentaria que había caracterizado a la etapa anterior, y sobre la que se construía el poder de las élites orientalizantes, deja de ser necesaria. En

general, el valle del Guadalquivir experimenta cierta contracción de su actividad agrícola, tras el abandono de muchos poblados que se dedicaban a esta actividad, si bien existen excepciones, como el valle del Corbones, donde este tipo de enclaves se mantienen (Ferrer Albelda 2005:203). No obstante, ésta es una situación esperable tras una etapa de cambios. Más sintomático es el progresivo cese de la actividad minera, que había supuesto parte esencial del intercambio con los fenicios, y que para finales del siglo VI a.C. se convierte en una labor minoritaria. En ese sentido, el fin de la minería tartésica podría relacionarse no tanto con un agotamiento de las minas, sino con la ausencia de una aristocracia tartésica que le de salida comercial a esos minerales, ya que los precisa para los intercambios.

Por el contrario, el Alto Guadalquivir, que hasta entonces se había mantenido como área periférica, alejada de la directa influencia del comercio colonial, muestra un notable desarrollo desde finales del siglo VII a.C., en que la adopción de la metalurgia del hierro les permite mayor eficiencia en el trabajo de la tierra (Pellicer 1994:89). El crecimiento de la producción agraria permite un incremento demográfico. Como comentábamos antes, se ha querido relacionar la destrucción de algunos asentamientos del Guadalquivir Bajo y Medio con una invasión del territorio por parte de gentes del Alto Guadalquivir, reflejada históricamente por los textos de Macrobio y Justino sobre el ataque del rey Therón (Izquierdo 1994:92-93), que aprovecharían de este modo la crisis en que parece sumido el mundo tartésico para dar salida a su excedente poblacional y ocupar territorios en principio más fértiles.

Cierta rapidez adaptativa es constatada en la Andalucía oriental, donde las élites surgidas tras el hundimiento del sistema tartésico establecen nuevas alianzas con las colonias basadas en la elaboración de productos agropecuarios (Delgado, Fernández Cantos y Ruiz Martínez 2000:1784). La situación, en ese sentido, no sería diferente a la red de distribución y producción organizada en el mundo arcaico, pero sostenida sobre nuevos

pactos y nuevas circunstancias sociales. Por otra parte, las colonias fenicias de esa zona experimentan un aumento de su propia agricultura, que les haría menos dependientes de la producción indígena.

El mundo ibérico que surge tras la descomposición de la organización tartésica revela también importantes influencias orientales. En ese sentido, el monumento de Pozo Moro, en Albacete, ejemplifica cómo la ideología política oriental se encuentra en la base simbólica de los reyes heroizados ibéricos (Pellicer 1996:62). Los motivos decorativos que presenta, que ya veíamos en los marfiles y en la cerámica pintada de época oriental, deben sin duda su perduración a la asimilación de la simbología que llevan aparejada, adaptada a las circunstancias locales y convertida, de este modo, en referente de la aristocracia ibérica. La presencia de estos elementos de origen oriental se sitúa ahora en zonas que antes sólo componían la periferia del mundo oriental centralizado en el Bajo Guadalquivir y el territorio onubense, que habían sido las zonas en las que el contacto con los colonos se había manifestado de manera más intensa. Con la caída de las aristocracias tartésicas, esta simbología desaparece, y es recogida por los nuevos centros de poder del mundo íbero. En efecto, el mundo turdetano es el que parece menos vinculado a las influencias orientales recibidas durante la etapa anterior, y parece más bien recuperar formas arcaizantes de raíz indígena.

La cerámica, en menor medida, también es deudora de las influencias orientales. Baste para ello recordar que la cerámica ibérica roja, considerada vajilla de lujo, tiene su origen en la cerámica de engobe rojo que caracterizaba a los colonos fenicios (Escacena 1992:326). En general, parece que las influencias orientales, que en el período anterior habían permanecido más limitadas a las zonas vinculadas a una presencia fenicia, y que apenas habían alcanzado la periferia, son ahora adoptadas por los nuevos núcleos de poder surgidos tras el colapso tartésico y serán integradas dentro de la cultura íbera.

En el Sureste y Levante la incineración, cuyo origen oriental ya hemos comentado, se mantiene como rito funerario. De nuevo el antiguo territorio tartésico muestra diferencias en este aspecto, al no conocerse apenas vestigios funerarios desde la desaparición de las “tumbas principescas” y hasta época funeraria. Dado que tampoco se conocen los ritos funerarios anteriores a la época colonial, se ha querido establecer un nexo que supondría la vuelta de estas poblaciones a sus antiguas costumbres (Escacena 1992:333), con un rito funerario que no deja rastro arqueológico y que estaría vinculado a los depósitos acuáticos de armas que caracterizan al Bronce atlántico, los cuales podrían hablarnos de la costumbre de depositar a los difuntos a las aguas. Esta propuesta presenta el atractivo de encajar perfectamente en el panorama que presentábamos para el final del mundo tartésico, con un rechazo frontal tanto de los colonos asentados en su territorio, como de las costumbres de las que eran portadores y que habían sido adoptadas por la aristocracia orientalizante. Por ello, el mundo turdetano carecerá de las magníficas representaciones de arte orientalizante que caracterizarán a otras regiones del mundo íbero.

No obstante, la influencia orientalizante recibida durante siglos no desaparecerá totalmente y, junto con la permanencia de las colonias fenicias en la costa, creará un sustrato cultural que aún será percibido por los romanos a su llegada, llegando Estrabón a referirse a ellos como los más cultos entre los íberos.

V. EL SIGLO VI A.C.: LA REESTRUCTURACIÓN DEL
MUNDO COLONIAL

En los capítulos anteriores hemos visto cómo las colonias fenicias occidentales evolucionan desde los primeros asentamientos hasta formar una red interdependiente fundamentada en la especialización y el intercambio de productos. En este sistema, el papel de la mano de obra indígena, mediatizada por sus élites, resulta fundamental para la explotación de los recursos del territorio occidental. De este modo, el Mediterráneo occidental se configura como un círculo económico eficiente en conexión con el resto de áreas económicas existentes en este momento. Sin embargo, a partir de comienzos del siglo VI a.C., parece que este sistema, que había experimentado su momento álgido en la segunda mitad del siglo VII a.C., entra en crisis y se colapsa. En las siguientes páginas pasaremos a analizar los cambios que se advierten a partir de las primeras décadas del siglo VI a.C.

La segunda mitad del siglo VII a.C. se habían caracterizado por una expansión económica reflejada en el crecimiento de los asentamientos y en un incremento de la producción. Durante esos años, el círculo de influencia gaditano alcanza su máxima expansión, accediendo a los recursos de zonas bastante alejadas ya de su centro en el Sur peninsular mediante establecimientos de avanzada como Ibiza, Mogador o Santa Olaia. Esta próspera situación se ve alterada a partir del cambio de siglo. Se aprecia un abandono casi repentino de asentamientos que tan sólo unas décadas antes disfrutaban de una creciente prosperidad. La población tiende a concentrarse en los asentamientos costeros, muchos de los cuales refuerzan sus sistemas de defensa. El volumen de importaciones y exportaciones se reduce de manera notoria, en una contracción del comercio sin precedentes. Se ha resaltado particularmente la disminución del volumen de producción de plata, una de las principales exportaciones del Suroeste hispano. A estos signos se une un cambio progresivo en las formas culturales, con la paulatina desaparición de la cerámica de engobe rojo, tan característica de la

colonización arcaica fenicia, y la sustitución del rito incinerador por la inhumación en los enterramientos. Todos estos signos parecen hablarnos de una auténtica crisis del sistema económico y social creado por los colonos orientales en el Mediterráneo occidental.

Lo cierto es que los numerosos cambios experimentados por el mundo colonial occidental en estas fechas no pueden explicarse simplemente por la incidencia de un fenómeno circunstancial en el tiempo, como ha sido durante décadas para la investigación la caída de Tiro. Independientemente de los sucesos externos que puedan acaecer en los primeros años del siglo VI a.C., la reorganización experimentada por las colonias nos habla más bien de una crisis estructural, cuyas raíces pueden localizarse en el período anterior, y que condujo a la desaparición de un sistema que se había quedado obsoleto y ya no responde a las necesidades creadas por la interacción colonial.

1. TEORÍAS PARA UNA CRISIS: EL SIGLO VI A.C. EN LA HISTORIOGRAFÍA.

Tradicionalmente, se ha buscado en un suceso externo la razón de los cambios experimentados por el mundo fenicio occidental durante el siglo VI a.C.: la caída de la monarquía tiria en el 573 a.C. a manos de los babilonios, tras trece años de asedio, habría provocado la ruptura total de relaciones entre metrópolis y colonias. Como resultado, las líneas comerciales se habrían roto, provocando una brutal caída de la demanda que, en última instancia, sería la causante de la crisis económica.

La principal fuente escrita sobre la conquista de Tiro es una profecía bíblica (Ezequiel, 26). En ella se describe la destrucción total de la ciudad y el fin del imperio comercial tirio. Sin embargo, ni otros textos de la época, como los de la propia Babilonia, ni la Arqueología ofrecen un panorama tan desolador. Se ha querido explicar la visión del profeta como una exageración, fruto de la oposición al mantenimiento de relaciones del Estado judío con un pueblo politeísta como era el tirio (Alvar 1991a:22), una colaboración que también aparece reflejada en la Biblia desde los tiempos de Salomón y que generaría cierto descontento entre los sectores más ortodoxos de la población judía.

Desde luego, no parece muy lógico que los babilonios destruyeran una ciudad como Tiro, cuyas relaciones comerciales le reportarían grandes beneficios, pudiendo en su lugar establecer un sistema de tributos con el que hacerse con la mayor parte de esas ganancias. Parece que, en efecto, esa fue la situación real y que, tras la caída de la ciudad, los babilonios se limitaron a elegir un nuevo monarca a su servicio. Además, aunque la ciudad contaba con sistemas de defensa, siendo el principal su propia situación geográfica

en un islote, Tiro no posee un ejército fuerte⁶¹, que le convierta en un peligro a ojos del Estado babilonio, por lo que no habría una necesidad de arrasarlo el establecimiento para conjurar peligros futuros.

Destaca el hecho de que la referencia bíblica no nombra a ninguna otra de las ciudades del ámbito fenicio, cuya vinculación al comercio es también evidente, a pesar de que sea Tiro quien tiene la mayor potencia comercial en estas fechas. Pero, como Jaime Alvar ha señalado (1991a: 25), Tiro no tiene por qué ser la única ciudad fenicia que participa en la expansión colonial. Es más, aunque esto hubiera sido así, el resto de metrópolis fenicias tendrían la capacidad para ocupar el puesto dejado por Tiro en el caso de que su destrucción hubiera absoluta, lo que a nivel del comercio internacional hubiera significado sólo un cambio de interlocutor a la hora de efectuar los intercambios.

Por otra parte, la caída de Tiro se produce en el año 573 a.C. Aunque es difícil afinar tanto las fechas para el período que tratamos, parece que los primeros signos de cambio en Occidente son anteriores a esta fecha. Tomando como referencia el abandono de asentamientos como uno de los signos de la crisis, se ha señalado que la mayor parte de estos poblados comienzan a perder población en torno al año 600 a.C. (Alvar, Martínez Maza y Moreno 1992:45). Aún queriendo tomar como referencia los trece años de asedio previos a la toma de Tiro, resulta bastante claro que el proceso de transformación que afecta a las colonias occidentales en estas fechas ya había comenzado. Además, es de suponer que si la ciudad de Tiro fue capaz de resistir un asedio tan largo es porque sus conexiones marítimas seguían funcionando. No hay que olvidar, por otra parte, que Tiro era el principal abastecedor de productos occidentales en Oriente, en particular en lo referente al mercado de bienes de lujo, por lo que no es arriesgado pensar

⁶¹ Las frecuentes incursiones asirias durante el período anterior, con las consiguientes pérdidas de territorio y población, y su tutelaje sobre la ciudad impedirían que Tiro tuviese la capacidad de organizar un ejército numeroso, y desde luego un poderío militar suficiente como para hacer frente a la poderosa máquina de guerra neobabilonia.

que los Estados orientales son los primeros interesados en que Tiro conserve su mercado marítimo.

Bajo nuestro punto de vista, además, la caída de Tiro no afectaría gravemente al comercio de las colonias occidentales porque en este período apenas existirían líneas comerciales directas con Próximo Oriente. Hemos visto como el comercio fenicio en el Mediterráneo se estructuraba en torno a diversos círculos comerciales, que centraban la producción y recepción de importaciones en los puertos más importantes. Bajo ese punto de vista, el sector occidental, aglutinado en torno a Gadir, tendría relaciones marítimas estables con puertos del Mediterráneo central, pero mucho más espaciadas con Oriente⁶², pues los productos llegarían por intermediación de los puertos centromediterráneos y egeos, permitiendo una mayor agilidad comercial y movilidad de los bienes. Por ello, a pesar de que una desaparición de Tiro del escenario económico internacional (que, como hemos visto, no se produjo) afectaría sin duda a todo el comercio mediterráneo, su efecto llegaría en menor medida a Occidente, que fundamentalmente dependía de la demanda del Mediterráneo central. Los interlocutores económicos directos de Tiro, que se encontrarían localizados en el Mediterráneo central o en el Egeo, podrían haber continuado su actividad comercial entrando en relación directa con los pueblos orientales. Además, el propio funcionamiento de la red de producción y redistribución occidental permitía la existencia de un dinámico mercado interno que seguiría reportando grandes beneficios a las colonias occidentales.

Otros autores han preferido ver en la caída de Tiro no la causa de una crisis económica, sino de una decadencia política de la clase aristocrática gadirita frente a las oligarquías mercantiles occidentales, dado que su supremacía se basaba en el control del sistema tributario

⁶² La escasez de producciones orientales, que pronto son sustituidas por producciones propias, ha sido uno de los puntos a resaltar a la hora de considerar que las colonias occidentales contaban con una estructura económica independiente (Delgado, Fernández Cantos y Ruiz Martínez 2000:1781-1782).

metropolitano (Arteaga 2001:243-244), lo que llevará a un fortalecimiento de las comunidades urbanas y a una reestructuración del sistema colonial fenicio occidental que desembocará en la formación de las *poleis* de época púnica. Si bien esta teoría no pretende constituir en sí misma una explicación holística del panorama colonial del siglo VI a.C., ofrece una perspectiva interesante al preocuparse de los factores sociales internos del mundo colonial occidental.

Enlazando con las circunstancias políticas orientales, también se ha planteado que el fin del Imperio asirio a manos de los babilonios desembocaría en una drástica caída de la demanda de plata (Frankenstein 1997:211), dado que Asiria, el principal comprador, rendiría su capital en el 612 a.C. ante las tropas de Nabucodonosor. No obstante, en una época histórica premonetal como la que tratamos, la plata se erige como valor de cambio fundamental para todos los pueblos. A nuestro modo de ver, que gran parte de la plata tartésica acabara en territorio asirio (algo que, de todos modos, no nos parece suficientemente demostrado) no implica la inexistencia de muchos otros demandantes a lo largo del Mediterráneo, ya que los metales preciosos continúan siendo uno de los elementos más deseables de intercambio. No hay razones para creer que Babilonia deseara cortar el flujo de plata que podría llegar a través de Tiro. Por otra parte, se ha apuntado también que la dependencia asiria de la plata tartésica no sería tan grande, puesto que en este período ya se habían puesto en explotación minas muy ricas en este metal en regiones mucho más cercanas geográficamente, como las del Taurón. Aún admitiendo que el coste de la explotación en estas regiones podría ser bastante alto, aún resultaría más rentable que la plata obtenida en el otro extremo del Mediterráneo, encarecida además por las vicisitudes comerciales que atravesaría hasta su llegada final a Oriente.

Por otra parte, en la misma línea también se ha planteado un supuesto agotamiento de las minas de plata, por la incapacidad de la

tecnología disponible para alcanzar las vetas más profundas (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995:65). Sin embargo, el análisis realizado en las antiguas cotas mineras parece desmentir esta opción, ya que la presencia de mineral de plata sigue siendo notable en estos años.

De todas formas, parece que el cese de la actividad minera es posterior a los primeros signos de decadencia, situándose ya en momentos avanzados del siglo VI a.C., por lo que no podría achacarse a los vaivenes del mercado de la plata la responsabilidad de la crisis económica. Consideramos que estas teorías son demasiado dependientes de la visión clásica que hace de la explotación de la plata la única actividad de las colonias occidentales, obviando la diversificación económica que muestran gran parte de los yacimientos y convirtiendo el resto de actividades industriales en un mero complemento de la minería. De hecho, la supuesta circulación masiva de la plata tartésica por todo el Mediterráneo ya ha sido puesta en duda por algunos autores que consideran que el comercio de metales a larga distancia debió ser una excepción y que, habitualmente, se realizaría dentro de contextos regionales (Muhly 1998:318-324). Aún considerando que la actividad metalífera debió tener gran importancia en el mundo colonial occidental, no creemos que generara una dependencia tal como para hundir todo el sistema por sí sola. Además, hay que tener en cuenta que las primeras zonas afectadas parecen haber sido aquellas dedicadas a la transformación de productos agrícolas, que hasta entonces mantenían un fructífero comercio tanto con los indígenas como con las colonias del Mediterráneo central.

Atendiendo a ello, se ha propuesto también un cambio en la demanda indígena, fundamentalmente a raíz de la producción local de vino que dejaría sin mercado al vino producido en las colonias fenicias para su adquisición por parte de las élites indígenas (Sanmartí 2009:76-77). No obstante, consideramos que esta hipótesis exagera la capacidad de adquisición de productos de lujo por parte de las élites indígenas, máxime si

tenemos en cuenta que sitúa esta situación de cambio de demanda en el Nordeste peninsular, obviando las exportaciones a otros puntos del Mediterráneo y la demanda de las propias colonias occidentales, y por otra parte elimina la diversidad de producción de las colonias agrarias. No obstante, aporta elementos de interés al señalar la relación entre los cambios producidos en la sociedad indígena y la consecuente alteración en las relaciones comerciales mantenidas con los fenicios.

Siguiendo esa línea de investigación, no hay que olvidar, además, que a lo largo del siglo VI a.C. se produce también la que se ha venido llamando “caída de Tartessos”. Como hemos tratado en el capítulo anterior, el sistema aristocrático tartésico desaparece durante este siglo, y con él todo el sistema ideológico que había caracterizado a los indígenas del Suroeste peninsular durante la primera Edad del Hierro, dando lugar, en el siglo V a.C., al surgimiento del mundo ibérico.

Evidentemente, ambas crisis, la tartésica y la colonial, no pueden estudiarse de manera independiente. La teoría tradicional acuñada por Schulten situaba el origen de la crisis fenicia en repetidos ataques de los indígenas a las colonias, que desembocaría en la conquista de la zona por parte de Cartago, aprovechando el vacío de poder creado por la caída de Tiro en Oriente y por medio de su potencia militar, que le permitiría acabar con Tartessos y mantener a continuación un control directo sobre el territorio de las colonias hispanas. Se basaba para ello en dos textos aislados que relaciona. Por un lado, nos encontramos con un texto de Justino, autor del siglo III que recopila la obra de Pompeyo Trogo en sus *Historias filípicas*. En dicho fragmento (XLIV, 5, 1-3) narra una revuelta tartesia contra Gadir, que se ve en la necesidad de pedir ayuda militar a Cartago. Como resultado, los cartagineses acaban con los tartesios y aprovechan para extender su dominio sobre las colonias fenicias del Sur peninsular:

Nam cum Gaditani a Tyro... sacra Herculis per quietem iussi in Hispaniam transtulissent urbemque ibi condidissent, invidentibus

incrementis nova: urbis fmitimis Hispania: populis ac proplerea Gaditanos bello lacessentibus auxilium consanguineis Carthaginenses misere.

El problema es que Justino no nos menciona ningún otro hecho histórico que nos permita situar cronológicamente este supuesto ataque. De hecho, pasa directamente de relatarnos la fundación de Gadir y su templo a la envidia de los indígenas y el subsiguiente ataque.

El mismo problema ocurre con el texto, más amplio, de Macrobio (*Sat. I, 20, 12*), que también se ha esgrimido con frecuencia para defender esta argumentación:

Nam Theron, rex Hispaniae citerioris, cum ad expugnandum Herculis templum ageretur furore, instructus exercitum nauium, Gaditani ex aduerso uenerunt prouecti nauibus longis, commissoque proelio, adhuc aequo Marte consistente pugna, subito in fugam uersae sunt regiae naues simulque improuiso igne correptae conflagrauerunt. Paucissimi qui superfuerant hostium capti indicauerunt apparuisse sibi leones prioris Gaditanae classis superstantes, ac subito suas naues inmissis radiis, quales in Solis capite pinguntur, exustas.

El texto macrobiano nos da incluso el nombre del monarca indígena que se levanta contra Gadir: Theron, rey de la Hispania Citerior, que decide emprender un ataque naval contra la ciudad para expoliar el templo de Melkart, siendo repelido por la flota gaditana. Schulten considera que la situación de este rey en Hispania Citerior es un error de interpretación posterior, y que en realidad se trataría de un rey de Tartessos (Schulten 1972:72). No aparece aquí Cartago como potencia defensora, sino que son los propios gaditanos los que logran defender su ciudad.

A estos textos se añaden otros dos de Vitrubio (X, 13, 1) y Ateneo (4, 9, 3), menos conocidos, que también se refieren a algunos ataques sufridos por Gadir. No obstante, los datos que aportan son aún más generales, ya que en realidad dichos autores pretenden mostrar el proceso de

invención de aparatos bélicos, y sólo aportan una breve y poco fiable noticia de naturaleza histórica para ilustrarlo. Esto convierte la interpretación de estos textos en una labor mucho más difícil, por la investigación no ha hecho demasiado hincapié en ellos.

En definitiva, nos encontramos con que todos estos textos son bastante confusos, y la incapacidad para situar cronológicamente los hechos que narran ha servido para criticar su uso como fuente histórica. Ni siquiera podemos afirmar que los hechos narrados en dichos extractos sean coincidentes en un tiempo cercano⁶³. Además, su aceptación implica una conquista cartaginesa de la Península Ibérica varios siglos anterior a la presencia de los Bárquidas. A su presencia, siguiendo estas teorías, se debería la reordenación del territorio que vemos en esta época, con abandono de algunos poblados y potenciación de otros mediante contingentes de libiofenicios.

Para apoyar este dominio efectivo de Cartago sobre el territorio hispano se han utilizado otros textos, en este caso de Heródoto (7, 165) y Pausanias (10, 17), en los que se relata la contratación de mercenarios ibéricos por parte del ejército cartaginés. Aunque estos hechos son muy posteriores en el tiempo, se ha argumentado que esta incorporación de tropas hispanas no se habría producido si el dominio sobre la zona no estuviera ya asentado desde hace tiempo (Schulten 1972:125). Se trata, sin embargo, de un argumento circunstancial que presupone un comportamiento estandarizado por parte del mando militar cartaginés que no tuvo por qué haberse dado.

Otros argumentos esgrimidos por Schulten para defender el dominio territorial púnico sobre la Península Ibérica son el supuesto cierre del Estrecho por los cartagineses a raíz del tratado púnico-romano del 509 a.C.,

⁶³ Se ha querido ver en el título de *rex* exhibido por el Theron de Macrobio la posibilidad de que se trate de una época bastante posterior en el tiempo, posiblemente encuadrada en la cultura ibérica plena (Alvar 1986:167), a mediados del siglo IV a.C., y de que ni siquiera reinase en una zona vinculada al antiguo territorio tartésico (*op.cit.*: 171).

al que nos referiremos más adelante, y los periplos de los cartagineses Hannón e Himilcón, quienes realizaron viajes exploratorios por las costas atlánticas en fechas inconcretas. El investigador alemán utilizó todos estos datos para componer un paisaje en el que Cartago controla de manera efectiva las colonias centro-occidentales, convirtiendo esta zona del Mediterráneo en una suerte de *mare nostrum* en el que imperaban las normas de la ciudad norteafricana.

A pesar de la debilidad de los argumentos empleados, la hipótesis planteada a partir del análisis de Schulten gozó de amplia difusión entre los investigadores españoles, ya que permitía establecer una relación directa de causa-consecuencia entre la caída de Gadir, el fin de Tartessos y el auge de Cartago. Además, contaba con la confirmación de los textos clásicos, lo que en un momento en que el estudio de la Historia dependía aún fuertemente del positivismo resultaba muy útil. El empuje definitivo vino de mano de Maluquer de Motes, que efectuó un análisis más riguroso de los textos en combinación con los hallazgos arqueológicos, identificando el texto de Macrobio con la existencia de un poder fuerte en el Alto Guadalquivir, capaz de enfrentarse con Gadir y Cartago en defensa de la libertad de comercio con los griegos (Maluquer 1976: 49). Muñiz Coello (1974:125) llegó a relacionar el abandono de factorías fenicias con la necesidad púnica de fundar un enclave estratégico que permitiera vigilar el cierre del Estrecho, convirtiendo por tanto a Malaka en una fundación cartaginesa de finales del siglo VI a.C., causante del fin de la más antigua Mainake griega⁶⁴.

En una propuesta más influida por el materialismo, se ha relacionado la decadencia de la minería de plata, producida por la incapacidad de la tecnología tartesia para alcanzar las vetas profundas, con los ataques a Gadir

⁶⁴ El debate sobre la existencia de la Mainake griega sigue a debate. La insistencia de Estrabón (III, 4, 2) sobre la diferencia entre la Malaka púnica y la Mainake griega es la principal pista sobre la existencia de esta colonia griega arcaica en el Sur de la Península Ibérica, pero lo cierto es que la arqueología no ha confirmado el texto de Estrabón.

(Alvar 1980:47). En consecuencia, los indígenas, ante la imposibilidad de mantener el mismo ritmo de comercio con las colonias, reaccionarán de forma violenta atacando los enclaves fenicios.

Si bien la teoría de Schulten, así como las derivaciones de la misma, gozaron de gran éxito durante gran parte del siglo XX, las nuevas corrientes históricas llegadas a nuestro país, sobre todo a partir de los años setenta, se plasmaron en un rechazo frontal y absoluto de las tesis schultenianas.

Otras propuestas resaltan el papel de los griegos, actores cada vez más presentes en el escenario internacional. Basándose en la presencia de material griego en Huelva entre *ca.* 580-540 a.C. se ha apuntado que los griegos despojarían a los fenicios (debilitados tras la caída de Tiro) de sus circuitos económicos habituales y pasarían a ser los principales responsables del comercio con el Suroeste de España, derrumbando la red comercial occidental fenicia. No obstante, no se ha relacionado de manera satisfactoria este suceso con la decadencia de Tartessos, que en principio sólo experimentaría un cambio de interlocutor comercial. Además, el arco temporal de actuación de los griegos en Huelva es bastante corto, demasiado como para establecer una red comercial estable que fuera capaz de acabar por sí misma con el mercado fenicio.

Como alternativa, se ha señalado que las estructuras económicas de Tartessos se verían seriamente afectadas por la presencia de Massalia, que establece una ruta de los metales más rentable que la que controlaban los tartesios (Alvar 1980:47). Esto acabaría por afectar a Gadir, que sin el intercambio con Tartessos no puede acceder a todos los recursos que precisa para mantener sus mercados. No obstante, la posterior identificación de los enclaves con presencia fenicia en la costa portuguesa parece desmentir esta posibilidad, puesto que los fenicios accederían a los metales de la Meseta y del Noroeste a través de estos centros. En última instancia, el modelo colonial establecido por Grecia en el Mediterráneo haría que el sistema fenicio quedase obsoleto, revelando su escasa operatividad, por lo que las

colonias orientales reestructuran su modelo de implantación colonial para adaptarse al nuevo sistema implantado por los griegos (Alvar 1991a:27). De todas formas, no parece que el sistema fenicio hubiera revelado hasta entonces signos de escasa rentabilidad, a la vista de los signos de expansión económica que se aprecian en las décadas inmediatamente anteriores al fin del siglo VII a.C. Cuando el sistema colapsa, no es por la influencia del modelo griego, sino por los propios fallos internos de la red fenicia, independientes de la actividad que los griegos llevaban a cabo en esas fechas.

En definitiva, las diversas teorías planteadas, si bien en muchos casos ofrecen elementos de interés que deben ser tenidos en cuenta, fallan a la hora de dar un planteamiento absoluto que explique por sí mismo los cambios experimentados en el mundo colonial fenicio en el siglo VI a.C. En los últimos años, la investigación se muestra partidaria de considerar la crisis como un fenómeno multicausal, fruto de un conjunto de avatares endógenos y exógenos que acabarían por minar las bases del sistema arcaico. En todo caso, existe una coincidencia a la hora de considerar este período no tanto como una crisis, sino como una transformación absoluta de un sistema económico que va a evidenciar sus insuficiencias justamente en este período. Por nuestra parte, creemos que la situación social generada por el colonialismo, y que hemos tratado en capítulos anteriores, se encuentra en la base de esa decadencia del sistema colonial, y que los factores económicos afectan a la red productiva fenicia sólo en cuanto que sus bases sociales ya estaban dañadas.

En este sentido, a lo largo de las siguientes páginas trataremos de analizar los cambios que el repertorio arqueológico de este período nos muestra, para a partir de ellos establecer el panorama histórico que atravesaban las colonias occidentales a lo largo del siglo VI a.C. Por otra parte, a pesar de ser el Mediterráneo occidental el foco de atención de nuestro trabajo, consideramos que analizar, aunque sea someramente, la

situación del Mediterráneo central en este período es fundamental en un mundo con unas relaciones tan frecuentes como el que hemos visto en los capítulos anteriores. En particular, la Historia de Cartago en el siglo VI a.C. es especialmente interesante, al ser entonces cuando la ciudad norteafricana comienza su expansión mediterránea, en un crecimiento progresivo que acabará por convertirla en los siglos siguientes en la mayor potencia mediterránea. Además, si bien los cambios sufridos por el mundo tartésico han sido tratados a fondo en el capítulo anterior, será aquí donde relacionemos ambos mundos, el indígena y el colonial, los dos pilares sobre los que asentaba el sistema económico fenicio arcaico.

2. MARCADORES ARQUEOLÓGICOS DEL CAMBIO.

La crisis del siglo VI a.C. en las colonias fenicias occidentales no sólo se ha convertido en sujeto histórico a raíz de la interpretación de los textos clásicos, sino que la Arqueología ha mostrado evidencias de cambio con respecto al período anterior. En particular, la constatación del abandono de algunos asentamientos, destacando la zona de Málaga, donde posiblemente se encuentre la mayor concentración de enclaves fenicios excavados en época reciente, ha sido destacada como el principal indicador arqueológico de una etapa en que los materiales parecen ser menos abundantes que en el período anterior.

En general, podemos señalar tres circunstancias rastreables arqueológicamente y que componen el panorama material de estos años: la reorganización del poblamiento fenicio, la reducción de la producción y de la importación de bienes, y las transformaciones experimentadas en el ámbito cultural, destacando en este aspecto los cambios apreciados en el ritual funerario. Acerca de estos elementos, sobre los que se fundamenta la investigación sobre esta etapa del mundo colonial, hablaremos en el presente capítulo, analizando las interpretaciones de las que han sido objeto y tratando de encuadrar los datos arqueológicos en el contexto social que hemos venido desarrollando hasta ahora.

A) Reorganización del poblamiento.

El signo más apreciable de cambio y el primero que ha sido tradicionalmente tenido en cuenta a la hora de iniciar un estudio sobre este período es el abandono del que son objeto algunos asentamientos por parte de sus habitantes. Esta situación es particularmente notable en la cuenca del río Vélez, en la provincia de Málaga, zona que se había destacado por la

transformación de productos agrarios para su exportación y por presentar una gran concentración de poblamiento fenicio.

Según la cronología aportada por los materiales arqueológicos, el primer centro en ser abandonado en esta zona sería Las Chorreras, un poblado situado al Este de Morro de Mezquitilla. Su período de utilización sería bastante corto, apenas cincuenta años entre mediados del siglo VIII a.C. y finales del mismo. Se trataría de un asentamiento de eminente carácter residencial, con una extensión aproximada de seis hectáreas y existencia de viviendas amplias con zócalos de mampostería y muros de adobe, que indicarían la presencia de gentes de alto nivel socioeconómico (Martín Córdoba *et alii* 2007:11).

El temprano cese de utilización de Chorreras, en torno al 700 a.C., nos impide relacionarlo con los abandonos de comienzos del siglo VI a.C., pero ya indica la existencia de una tendencia a reorganizar el poblamiento cuando un asentamiento ha dejado de ser útil para los objetivos de la colonización. Desconocemos cuáles fueron las razones exactas por las cuales los colonos orientales decidieron abandonar un asentamiento de tales dimensiones y que parecía estar en constante crecimiento durante sus últimos años de utilización. Para entonces nuevos asentamientos habían surgido en la zona, por lo que posiblemente prefirieran trasladarse a un centro con mejores comunicaciones y tierras. En todo caso, parece que en un determinado momento sus pobladores decidieron tomar la decisión de concentrar el poblamiento en esa zona, posiblemente desplazándose al cercano centro de Morro de Mezquitilla o bien a Toscanos, que en este período experimenta un considerable crecimiento.

El abandono de poblados en época temprana, por tanto, respondería más bien a la búsqueda de mejores emplazamientos o al surgimiento de centros más pujantes en las cercanías. Creemos que éste sería también el caso del pequeño asentamiento de Casa de Montilla, en el término municipal de San Roque en Málaga, donde convivirían pobladores locales y

fenicios, que parece que haber sido abandonado en torno al 700 a.C. (Martín Ruiz 2007b:241,244). Estos abandonos tempranos marcan un precedente, demostrando que la reorganización del espacio habitado no es una novedad del siglo VI a.C., sino una situación ya presente en las estructuras de poblamiento fenicio. Si una situación económica concreta podía motivar el abandono de un poblado en el pasado, no debe extrañarnos que la sacudida que experimenta el sistema colonial fenicio en el siglo VI a.C. se tradujera en una reorganización del poblamiento, abandonando aquellos centros que ya no resultaban útiles para el sistema y reforzando aquellos que sí lo son.

Pasando ya a la nómina de enclaves que son abandonados en el siglo VI a.C., y vinculado también al gran centro de Morro de Mezquitilla, en la orilla opuesta de la desembocadura del río Algarrobo, encontramos también el yacimiento de La Pancha, que según sus excavadores se abandonaría en el primer cuarto del siglo VI a.C. para ser posteriormente reocupado en época romana (Martín Córdoba *et al.* 2007:14,17,21). Nos encontramos ante el caso de un centro fuertemente especializado en la fabricación de cerámica a gran escala, en particular de envases de transporte, seguido en menor medida de vajilla de cerámica gris y, en pequeña cantidad, de engobe rojo de gran calidad (Martín Córdoba *et al.* 2007:16). Se trata de un yacimiento que ejemplifica a la perfección el sistema jerárquico de la red comercial fenicia, basada en la especialización de los diferentes asentamientos.

En nuestra opinión, el abandono de un centro tan especializado en la fabricación de cerámica debe vincularse a la contracción del comercio que las colonias occidentales experimentan en esos años. La abundancia de la producción llevada a cabo en el yacimiento obedece claramente a la necesidad de envases para el transporte de productos exportables procedentes de la agricultura y de vajillas de lujo para el intercambio. En este sentido, destaca la producción de cerámica gris, que gozaba de una

particular popularidad entre las poblaciones indígenas del Sur hispano⁶⁵. Ante la contracción comercial, la actividad alfarera de La Pancha se vuelve innecesaria, y al tratarse de un centro tan especializado en una sola producción se ve abocado a la desaparición, ante la incapacidad de volver sus intereses hacia otro tipo de industria. Como comentábamos anteriormente, la extrema especialización de algunos centros, característica de la estructura productiva fenicia, imposibilita la reconversión de su industria cuando el sistema económico cambia de rumbo.

A pesar de esto, la fabricación de ánforas a nivel industrial no desaparecerá de la zona malagueña, pues a lo largo del siglo VI a.C., sobre todo a partir de su segunda mitad, comenzarán a surgir alfares especializados en la fabricación de ánforas Mañá-Pascual A4, vinculadas a la industria de los salazones, pero su producción se realiza a escala más pequeña, ya que los salazones aún no alcanzan en esta época un volumen de producción comparable al de los derivados agrícolas de época arcaica. Será el caso de Los Algarrobeños, un pequeño centro al Norte de Toscanos en que se fabricaban este tipo de recipientes (Martín Córdoba 2007:24).

Quizás el caso más conocido sea el de Toscanos, un enclave de marcado carácter comercial que, tras un período de crecimiento importante durante las últimas décadas del siglo VII a.C., incluyendo una ampliación del almacén, es repentinamente abandonado. Se ha señalado la importancia que para Toscanos tendría la industria metalúrgica del cobre y hierro, así como las actividades agropecuarias (Niemeyer 1982:116-117).

En la segunda mitad del siglo VII a.C. el crecimiento del hábitat le habría llevado a expandir su área de asentamiento, ocupando el cercano peñón de Alarcón. En él se situarían nuevos talleres especializados en la metalurgia. Como resultado de esta expansión, se construye una nueva

⁶⁵ Es muy rara, de hecho, su presencia en enclaves fenicios, lo que ha conducido a pensar que gran parte de la producción sería realizada directamente por los indígenas (Caro Bellido 1989), a medida que van adoptando el torno de alfarero.

muralla en torno al año 600 .C. que engloba también a Alarcón. También se ha señalado que los materiales de finales del siglo VII y comienzos del VI a.C. localizados en el cercano Cerro del Peñón deben vincularse con una expansión del primitivo asentamiento de Toscanos (Niemeyer 1982:106). Esta expansión territorial responde a un crecimiento económico y demográfico importante en la colonia, un panorama que contrasta con el abandono del asentamiento apenas unas décadas después.

La última etapa de utilización de Toscanos ha sido localizada en la ensenada portuaria del enclave, cuya cerámica nos indica que la plataforma estaría en funcionamiento en ese período, al que seguiría un estrato de colmatación (Arteaga y Schulz 1997:117-118). El edificio C es abandonado en primer lugar, junto con las casas cercanas, y tras ello se reorganiza el hábitat, nivelando el terreno (Niemeyer 1982:113), un hecho que podemos relacionar con la colmatación apreciada en el área portuaria. De todas maneras, esta reorganización del hábitat de Toscanos no debió cumplir su objetivo, ya que el asentamiento se abandona al poco tiempo. Al tiempo que este poblado es abandonado, surge un nuevo hábitat en las cercanías, Cerro del Mar, que se nutriría en gran medida de los antiguos habitantes de Toscanos.

Otro yacimiento abandonado en este período sería Cerro del Villar, en el delta del río Guadalhorce. Este asentamiento, fundado en la segunda mitad del siglo VII a.C., también había experimentado una época de pujanza económica en la etapa anterior al abandono, incluyendo la construcción de un gran edificio de tres naves a semejanza del edificio C de Toscanos y la instalación de un “cinturón industrial” de alfarería en torno al poblado, que estaría en funcionamiento desde los primeros años del siglo VI hasta el 580-560 a.C. Su producción especializada y su vocación comercial, que quedaba reflejada en los espacios porticados, a modo de *tabernae*, que orlan la calle principal (Aubert 1997:199-203), posiblemente supongan las causas de su desaparición, afectada por la contracción del tráfico comercial. Este hecho

se refleja, en el primer cuarto del siglo VI a.C., en el abandono del edificio dedicado a la elaboración y almacenaje de cerámicas (Suárez Padilla *et al.* 2007:218). Cerro del Villar volvería ser ocupado en un momento avanzado del siglo V a.C., recuperando sus funciones industriales bajo la dirección de Malaka.

Una situación similar podría ser la experimentada por Abdera, para la que se ha señalado un hiato en su ocupación entre la segunda mitad del siglo VI y el V a.C. (Neville 2007:166). No obstante, el escaso espacio excavado en el Cerro de Montecristo, donde se ubicaría el solar de la ciudad arcaica, no permite emitir una opinión definitiva al respecto, ya que otros autores prefieren apostar por una continuidad del poblamiento (Aubet 2009a:346). En todo caso, la escasez de material arqueológico en este período debe relacionarse con una etapa de escasa actividad del enclave.

En esta línea de abandonos, se ha señalado también la desaparición en los primeros años del siglo VI a.C. de algunos centros agrícolas de reducido tamaño, explotaciones familiares normalmente situadas en las inmediaciones de los centros urbanos, los cuales probablemente dirigirían la producción de estos pequeños enclaves (Martín Córdoba *et alii* 2007:24), que obtendrían productos elaborados a partir del intercambio de sus excedentes. La desaparición de estos asentamientos agrícolas, que podrían haber sobrevivido bajo un sistema de autoconsumo, debe vincularse al movimiento generalizado en la zona malagueña de concentración poblacional.

Por lo que respecta a la zona levantina, a mediados del siglo VI a.C., La Fonteta, tras lo que parece una etapa de decadencia, desaparece, al menos económicamente (González Prats 2007:80), del panorama colonial fenicio, una situación que la asemeja a Toscanos, ya que la construcción de una muralla fue el precedente del fin del asentamiento, que además, poco antes de su abandono, había recibido cierta cantidad de cerámica de Grecia del Este (Aubet, González Prats y Arruda 2005:1137) en lo que parece un

intento de recuperación económica. Previamente se había abandonado la fortificación del Cabezo Pequeño del Estaño, para la que se había propuesto un uso cultural. En La Fonteta IX⁶⁶ se certifica la ruina de las murallas y el abandono definitivo del poblado, que acabaría siendo cubierto por las dunas que formaban el entorno del yacimiento. Dado el papel de La Fonteta en relación con el comercio hacia el Nordeste, parece que esa línea comercial se abandona y como consecuencia el asentamiento alicantino pierde su razón de ser económica.

También en estas fechas se aprecia el abandono de Sa Caleta, el importante yacimiento ibicenco. Si bien el poblamiento de Puig de Vila en la Bahía sigue manteniéndose, la pérdida de Sa Caleta sin duda está estrechamente conectada con el cese del comercio con la desembocadura del Ebro. La amortización de esta línea comercial con el Nordeste tendrá importantes consecuencias para los centros de la zona, algunos de los cuales habían medrado a consecuencia de la presencia comercial fenicia.

El retraimiento de las líneas comerciales será la causa de abandono de aquellos centros centrados en la obtención o redistribución de productos situados en la periferia del círculo gaditano. Será el caso de Mogador, que deja de ser frecuentado durante al menos más de un siglo, y cuyo abandono analizaremos más adelante. Por lo que respecta a la vertiente atlántica peninsular, Abul es abandonado a comienzos del siglo VI a.C. (Neville 2007:166). Tratándose de unos de los principales centros de la red fenicia portuguesa, y al menos el único cuya fundación por parte de orientales parece confirmada, su abandono no puede menos que remitirnos a un cese de la actividad fenicia en la zona cuyos objetivos, como habíamos visto, estaban en gran parte dirigidos hacia la obtención de los metales del interior aprovechando los cursos de los grandes ríos. En los comienzos de la centuria siguiente es abandonado Santa Olaia, para el que se propone

⁶⁶ Otras excavaciones detectan cinco fases de ocupación, siendo la quinta la última antes del abandono, en el tercer cuarto del siglo VI a.C. (Azuar, Rouillard *et al.* 1998:118).

también una fundación fenicia de nueva planta. En general, parece que los orientales de la costa portuguesa, ante la disminución de las relaciones con el Estrecho, tratan de mantener por algún tiempo los establecimientos que servían a tal fin, pero finalmente optan por abandonarlos.

Asociada a esta reorganización en el poblamiento colonial, algunos centros indígenas también serán abandonados o experimentarán una contracción notable de sus actividades. Aquellos enclaves nacidos al socaire del comercio fenicio verán cómo sus bases económicas desaparecen al quedar fuera de las rutas de comercio colonial, por lo que su existencia deja de tener sentido. En la zona catalana toda una serie de centros que habían nacido como consecuencia de la presencia fenicia desaparecen entre el 600 y el 575 a.C. (Asensio i Vilaró, 2005:557). Es el caso de Puig Roig, Aldovesta o La Ferradura. El poblado de Aldovesta destaca particularmente al representar por sí mismo el auge y decaimiento del comercio establecido entre la zona del Estrecho y el Nordeste peninsular. En funcionamiento desde finales del siglo VII a.C., destaca por la presencia de numerosas ánforas fabricadas en el área del Estrecho, lo que ha hecho pensar que se trataba de un centro de recepción de productos fenicios, que luego redistribuiría por otros poblados de la zona. Sin embargo, en torno al 570 a.C. el asentamiento es abandonado, seguramente por el cese de la actividad mercantil fenicia en esta zona.

Por estas fechas es abandonado el asentamiento de Peña Negra, en Alicante, centro indígena que había medrado a través del estrecho contacto comercial mantenido con La Fonteta para el aprovechamiento de los recursos metalíferos de la zona. Los niveles correspondientes a mediados del siglo VI a.C. muestran indicios de incendio y destrucción, lo que parece indicar que la situación en que se abandonó el poblado implicó un episodio de violencia que también afectaría a La Fonteta, en base a su amurallamiento.

También es abandonado en estos años el poblado indígena de Acinipo, en Ronda, cuyo origen es anterior al período colonial, pero que se encontraba muy vinculado a la factoría fenicia de Cerro del Prado (Aguayo *et alii* 1987:302). Su población se reubicará en un cercano centro de nueva planta, Silla del Moro, dotado de defensas fortificadas (Aguayo, Carrilero y Martínez 1991:95-99), en sintonía con al amurallamiento que experimentan tanto centros indígenas como fenicios en este período. El asentamiento de Cerro del Prado continúa en funcionamiento, como demuestra la presencia de cerámica de importación griega aparecida en niveles de los siglos VI y V a.C. (Schubart 1982:77), pero parece que su actividad comercial se dirigió más hacia el exterior. El cese de relaciones con las comunidades indígenas sería lo que llevaría al fin de la ocupación en Acinipo.

Particularmente relevante para la investigación es el abandono de poblados vinculados a la extracción de mineral de plata, pues sobre este suceso se ha asentado gran parte de las teorías acerca de las causas económicas de la crisis. Cerro Salomón, centro dedicado a la obtención de plata de Riotinto, experimenta un radical descenso de su población a comienzos del siglo VI, si bien no es abandonado hasta el siglo V a.C. San Bartolomé de Almonte, donde se copelaba la plata procedente de Aznalcóllar, es abandonado por estas fechas. Se ha señalado que la desaparición de estos poblados no se debería a un agotamiento de las minas, en particular en el caso de Aznalcóllar, donde continúa la extracción, sino a una pérdida del control de la producción por parte de Huelva, donde ciertamente se observa una desaparición de los trabajos metalúrgicos (Pérez Macías 1996-97:101-103), algo que puede apreciarse en el abandono del Cabezo de la Esperanza, una zona industrial centrada en la transformación de la plata (Morgenroth 2004:27,31). Esta teoría se fundamenta en una supuesta incapacidad de Gadir y Huelva para mantener sus líneas comerciales tras la caída de Tiro, por lo que pierden el control de la exportación de la plata frente a griegos y cartagineses, que se convierten en los nuevos interlocutores comerciales de los tartésicos. Es por ello que los

centros que desaparecen o transforman su actividad son aquéllos vinculados de forma más directa a la evacuación del mineral hacia Huelva y Gadir, los puertos desde donde partiría en dirección a otros puntos del Mediterráneo.

No obstante, no hay ninguna evidencia arqueológica que permita afirmar que Cartago recorre el Estrecho en estas fechas en busca de metales. Por lo que se refiere a la presencia griega en Huelva, en última instancia precisaría, para acceder a los metales del interior, hacer uso de la red de distribución creada por los fenicios, lo que mantendría a estos centros en funcionamiento.

Pero no todo el panorama poblacional de este período nos remite a una decadencia de los enclaves. Mientras que unos centros son abandonados, otros experimentan un crecimiento consecuencia de la incorporación de sus antiguos habitantes. En este sentido, se tiende a hablar de una redistribución del poblamiento, que tiende a concentrarse en los centros de mayor importancia, un concepto que se adapta mejor a la realidad poblacional de este período.

En la zona malagueña, el centro que recogería al grueso de los habitantes de estos enclaves ahora abandonados sería la propia Malaka, situada en la bahía. Hay que tener en cuenta que la dificultad para encontrar restos antiguos en Málaga, a causa de la continua reocupación de la ciudad, llevó a algunos autores a proponer que la Malaka arcaica se encontraría en el Cerro del Villar (Recio Ruiz 1990:19-21). Aunque sí se ha confirmado la existencia de un primitivo núcleo de nueva planta del siglo VIII a.C. en la zona de la Alcazaba de Málaga, lo cierto es que sólo con el siglo VI a.C. el asentamiento empezará a experimentar un desarrollo importante. En efecto, los restos arqueológicos de Gibralfaro y de la calle San Telmo confirman el crecimiento de la ciudad, que en esta primera mitad del siglo VI a.C. alcanza su máxima expansión (Fernández, Suárez *et al.* 1997: 217). Los restos arqueológicos indican el surgimiento de una floreciente industria metalúrgica del hierro (Maluquer 1985:15). En general, el enclave

experimenta una reorganización interna radical, en que dejan de utilizarse los viejos edificios y se construyen otros nuevos, alterándose incluso la trama urbana (Arancibia *et al.* 2011:134). A ello se añade la construcción de una nueva muralla que reforzará las defensas del siglo VII a.C.

Por lo que respecta al nacimiento de nuevos asentamientos, quizás uno de los más destacables sea Villaricos, la antigua Baria, cuyos restos arquitectónicos fundacionales se han datado muy a finales del siglo VII a.C., a los que sigue una fase constructiva de importancia en la primera mitad del siglo VI a.C. (López Castro 2007:171), correspondiente con el crecimiento de su población.

En la desembocadura del río Vélez nace un nuevo asentamiento, Cerro del Mar, cuya fundación podemos asociar al abandono de Toscanos y que se sitúa junto a una antigua necrópolis utilizada por los habitantes de dicho poblado en los años finales del siglo VII y comienzos del VI a.C., que sería destruida totalmente en época romana con la construcción de unas piscinas para la elaboración de *garum* (Arteaga 1997b:163).

Por su parte, Cerro del Prado, cuya fundación se produciría a finales del siglo VII a.C., continuó su ocupación durante al menos los dos siglos siguientes, y la presencia de numerosa cerámica griega parece indicar que siguió vinculada a las actividades comerciales (Schubart 1982:77). Sería ya a mediados del siglo IV a.C. cuando la mayor parte de su población decida trasladarse a la nueva y cercana *Carteia* (Blánquez 2007:267-271).

Por lo que respecta a Cádiz, a lo largo del siglo VI a.C. aparecerán nuevos núcleos poblacionales de tipo industrial, relacionados con la industria de salazones que en los siglos siguientes se convertirá en la mayor riqueza de la ciudad. Ya avanzado el siglo VI a.C. vemos el surgimiento de un importante enclave alfarero en Camposoto, en la isla de San Fernando (Gado *et al.* 2000:41-42), especializado en la fabricación de ánforas Mañá-Pascual A4, que serán los contenedores típicos de las salazones de pescado.

Como último punto referido a los cambios en los asentamientos coloniales en este período, hay que destacar la proliferación de construcciones defensivas desde mediados del siglo VII a.C. Este hecho contrasta con la aparente ausencia de dispositivos defensivos en la etapa anterior. A pesar de que la propia toponimia de Gadir remite a su significado de “ciudad fortificada”, lo cierto es que la ausencia de murallas y otros elementos defensivos es la tónica común en las fundaciones fenicias de época arcaica. Esto encajaba con el carácter pacífico y comercial que habitualmente se le achaca a la colonización fenicia, que basa su derecho a asentarse en un territorio en las buenas relaciones establecidas con los indígenas del lugar, no en una usurpación agresiva mediante fuerzas militares, de las que, por otra parte, parecen carecer.

Sin embargo, como decimos, esta situación parece cambiar a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., y sobre todo en los años siguientes. Las nuevas fundaciones y los antiguos centros muestran un interés creciente por procurarse mecanismos de defensa ante posibles ataques. Esta situación, en principio, parece hablarnos de un cambio en el equilibrio geopolítico del mundo colonial. Descartada la construcción de murallas como elemento de prestigio o delimitador de los límites del espacio urbano, ya que no es una práctica habitual en la etapa precedente, podemos pensar que los colonos realmente creen que existe una amenaza bélica real. En relación con esta información, se ha señalado la posible existencia de niveles de destrucción en algunos yacimientos fenicios de este período (Pellicer 1996:77), que indicarían la existencia de ataques por parte de los indígenas.

Cuando los habitantes de Toscanos se expandieron al cercano Cerro de Alarcón, a mediados del siglo VII a.C., se preocuparon de construir una pequeña fortificación, aprovechando las ventajas de control visual del territorio que ofrecía el nuevo asentamiento. En torno al 600 a.C. se construye una muralla que engloba ambos enclaves, Toscanos y Alarcón, protegiéndolos de cualquier amenaza procedente tanto del río como de tierra

firme. Esta construcción, en base a sus dimensiones, debió de suponer un esfuerzo considerable a la comunidad, lo que no deja de resultar llamativo si tenemos en cuenta que pocos años después ambos establecimientos serían definitivamente abandonados. Resulta tentador pensar, en ese sentido, que la amenaza que llevó a la construcción de la muralla no fue contenida por ésta, y que ésa fue la razón del abandono de Toscanos. No obstante, y ante la ausencia de restos arqueológicos que nos indiquen violencia ejercida contra el enclave, esa hipótesis pertenece al campo de la suposición.

En La Fonteta también se documenta la construcción de una muralla a finales del siglo VII a.C., formada por un cuerpo central vertical con sillares y refuerzos en talud por ambas caras, y complementada por un foso de sección triangular, una situación que contrasta con las frecuentes relaciones que el enclave mantenía con los asentamientos indígenas de la zona, en particular Peña Negra⁶⁷, durante un largo período en el que no se había considerado necesaria la construcción de fortificaciones, si exceptuamos la que rodeaba el vecino enclave del Cabezo Pequeño del Estaño, para el que se ha propuesto un uso cultural que explicaría la prevención a la hora de dotarlo de medidas de defensa. La destrucción de algunos edificios para dejar espacio a la muralla, cuyo perímetro es mucho menor que el espacio ocupado por la colonia arcaica (González Prats 2007:73), amortizando entre otros un taller metalúrgico con evidencias de una intensa actividad en la transformación de cobre y hierro, y la reutilización de materiales arquitectónicos procedentes de edificios previos, entre ellos una decena de estelas-betilo que se han querido relacionar con un *tophet* (González Prats 1998), parecen hablar de una construcción rápida cuyo objetivo era estar preparada para cumplir su función en el mínimo tiempo posible (González Wagner 2007a:125-126). Sus dimensiones, que en algunos puntos alcanzarían una anchura de siete metros, hablan a favor de un uso defensivo efectivo y no de una construcción de prestigio. Sin duda,

⁶⁷ De hecho, Peña Negra también se fortifica por las mismas fechas.

esto nos informaría acerca de un cambio de actitud que habría que relacionar con un empeoramiento de las relaciones con el entorno.

En la misma línea, en Casa de la Viña, un edificio rectangular de tres estancias, construido en el siglo VII a.C. al modo tradicional fenicio (es decir, con zócalos de mampostería y paredes de adobe) ha sido identificado por sus excavadores como un puesto de vigilancia que podía avistar posibles peligros provenientes del mar (Martín Córdoba *et alii* 2007:29).

Más interesante sería el caso de Tejada la Vieja, que refuerza sus murallas en estas fechas, lo que se ha relacionado con una etapa de inestabilidad (Neville 2007:163). Del mismo modo, Niebla, un centro en principio indígena, pero que contaría con la presencia de pobladores fenicios vinculados a la industria de la plata, también refuerza sus defensas. En el siglo VI a.C. el enclave se fortifica con unas murallas construidas al estilo oriental (Morgenroth 2004:37), un hecho que podría relacionarse con un último intento de sus pobladores fenicios por mantener el control de un poblado que, a diferencia de otros también volcados en la metalurgia de la plata, no desaparecerá en esta época.

En Málaga se documenta la construcción de una primera muralla en la segunda mitad del siglo VII a.C., cuyos restos son hoy día visibles bajo el Museo Picasso. A mediados del siglo VI a.C. se construyó una nueva línea de muralla que supuso la destrucción de un santuario de época arcaica (Arancibia *et al.* 2011:133) y una reorganización urbanística. El hecho de que la construcción de la muralla implique la destrucción de algunos antiguos edificios, incluyendo el santuario, nos da una idea de la importancia que para los habitantes de la ciudad tenía la construcción de esta nueva línea de defensa. Se trata de una muralla cuyas características la hacen muy adecuada para la defensa por sus dimensiones, con dos muros paralelos entre los cuales discurre una zanja, construida en un momento en que la zona malagueña está experimentando muchos cambios en su poblamiento (Recio Ruiz 1990:52-54). En nuestra opinión, una muralla de

estas características no puede deberse simplemente a un afán por marcar los límites de la ciudad o una búsqueda del prestigio de la misma, sino que responde a un sentimiento real de inseguridad por parte de los habitantes de Malaka. El interés defensivo no decrece en las décadas siguientes, con la instalación de un asentamiento en el Castillo de Gibralfaro, que ha sido interpretado como una atalaya de apoyo a la ciudad, y un engrosamiento de la muralla a finales del siglo VI a.C., aprovechando la muralla antigua como paramento interior (Suárez Padilla *et al.* 2007:222-223).

Si consideramos que en los años finales del siglo VII a.C. había surgido en las cercanías de Malaka el poblado indígena fortificado de Cerro Cabello, cerca del lugar donde poco después se establecerá el *oppidum* del Cerro de la Tortuga (Suárez Padilla *et al.* 2007:219), se puede apreciar que la construcción de la muralla de Malaka se produce en un momento en que la presencia de fortificaciones indígenas es un hecho consumado. En este contexto, la preocupación de los habitantes de Malaka por proveerse de buenas defensas resulta un acto lógico de prevención, que encaja dentro del ambiente general de prevención que parecen experimentar los asentamientos fenicios en este período.

B) Contracción del comercio.

En general, a partir de las primeras décadas del siglo VI a.C. se aprecia una disminución tanto de la producción como de las exportaciones. Los materiales de origen hispano descienden drásticamente en el registro arqueológico de las colonias del Mediterráneo central, y algunos puntos del Mediterráneo occidental parecen quedar fuera de la corriente de redistribución con centro en Gadir.

La red comercial fenicia, que desde mediados del siglo VII a.C. se había expandido con la fundación de nuevos asentamientos que les permitían establecer relaciones de intercambio regulares con las costas

atlánticas y normediterráneas, desaparecerá durante este período, reduciéndose su ámbito de actuación prácticamente al Sur peninsular.

Entre los enclaves que sufrirán las consecuencias de esta retracción comercial se encuentran algunos centros de la actual costa portuguesa. Ya hemos visto como esta situación afectó a Santa Olaia y Abul, dos centros de probable fundación fenicia. Alcácer do Sal, que durante el siglo VII y parte del VI a.C. había mantenido relaciones continuadas con la zona del Estrecho, a la vista de las ánforas T-10.1.2.1. y de las cerámicas de mesa de tipo fenicio aparecidas en el yacimiento, parece quedar fuera del circuito comercial occidental, si bien conserva cierta continuidad cultural que impide hablar de un abandono total del asentamiento a pesar del nivel de incendio detectado en su fase III (Arruda 1999-2000:258-259). En general, la costa portuguesa, a excepción del Algarve, cuya cercanía al Guadiana la vinculaba a Huelva y Gadir, se va distanciando de las corrientes culturales del área del Estrecho. Sin duda, hemos de ver en esto el resultado del cese de la corriente comercial que unía la zona gaditana con el Atlántico portugués, y que había derivado en el abandono de los asentamientos con más presencia fenicia. Los escasos materiales orientalizantes hallados al Norte del Mondego no van más allá del siglo VI a.C. (Millán 2000:861), en consonancia con el cese de la actividad fenicia en relación con los metales atlánticos.

Las ánforas fabricadas en el Sur peninsular desaparecen de la zona catalana, donde los fenicios habían abierto un mercado de productos primarios transformados en las factorías de la zona del Estrecho desde mediados del siglo VII a.C. Ya hemos visto como, a consecuencia de ello, los enclaves que habían cifrado su éxito al convertirse en redistribuidores de estas mercancías son abandonados, como es el caso de Aldovesta. Se ha podido documentar que en algunos centros se reacciona a la desaparición del comercio procedente del Estrecho realizando sus propias versiones locales de las ánforas T-10.1.2.1 (Santos Retolaza 2003:108 y ss.).

En definitiva, parece que la red de obtención e intercambio de recursos del Mediterráneo occidental experimenta una notoria decadencia. A comienzos del siglo VI a.C. cesa la frecuentación del islote de Mogador, en la costa atlántica marroquí. Si bien no se llegó a establecer una colonia como tal, en parte por la difícil situación geográfica del islote, desde al menos el siglo VII a.C. elementos orientales con origen en la zona del Estrecho frecuentarían la zona, donde se establecería un hábitat temporal, con vistas a la obtención de recursos exóticos del interior, fundamentalmente marfil y oro, accesibles a través del río. Sin embargo, en los primeros años del siglo VI a.C. ese asentamiento formado a base de cabañas es abandonado definitivamente⁶⁸. Debemos entender de este hecho que los fenicios occidentales pierden el interés por esta ruta de la que hacían uso exclusivo, o que existen nuevas tendencias comerciales en las que estos productos ya no son deseables. Considerando la contracción general de todo el comercio occidental, y la concentración de la producción en los núcleos más importantes, así como la reorientación de la economía hacia los productos agrícolas, es comprensible que se abandone una ruta que, además de asumir ciertos riesgos en base a la lejanía de Mogador y a su situación geográfica, se centraba en productos muy concretos que sólo abastecerían al mercado de bienes de lujo. Sobre el centro más importante de la costa africana vinculado a Gadir, Lixus, se tienen pocos datos para esta etapa, y a su escasez se une una descontextualización de la mayoría de los hallazgos (Aranegui, Grau, Habibi y Pascual 2005:362), lo que puede ser sintomático por sí mismo de cierto retraimiento en las comunicaciones.

No obstante, hay autores que ven en la noticia de Eratóstenes transmitida por Estrabón (XVII, 3, 8) la prueba de la destrucción de factorías fenicias de la costa atlántica marroquí por parte de los indígenas de la zona, lo que obligaría a una vuelta al “comercio silencioso” y al abandono

⁶⁸ Volverá a ser ocupado en el siglo III a.C., en época de los Barca, si bien la presencia de ánforas Mañá-Pascual A4 podrían indicar cierta frecuentación desde el siglo V a.C. (López Pardo 2001:33).

de los enclaves avanzados (Ruiz Cabrero, Mederos y López Pardo 2007:400-402). Fuera por una razón u otra, lo que está claro es que la ruta comercial abierta desde Mogador deja de tener interés para los fenicios del Círculo del Estrecho.

Por lo que respecta a las exportaciones dirigidas al Mediterráneo central, la presencia de ánforas del Círculo del Estrecho disminuye notablemente en las islas desde mediados del siglo VII a.C., al igual que sucede con las de origen cartaginés. Esto se ha relacionado con un cambio en las rutas comerciales, en particular con la desaparición de la red de intercambio que en las décadas anteriores existía entre los fenicios occidentales y los griegos de Pitecusa, realizado a través de la fenicia Sulcis o Cartago (Cabrera 2003:75). Si, como en efecto parece, el intercambio se realizaba por la intermediación de estas dos últimas ciudades, su abandono de este circuito comercial tendría como efecto el fin de una de las líneas de exportación occidentales. Coincidiría esta situación con expansión del fenómeno colonizador fenicio en Occidente, que llevaría a la apertura de mercados dentro de su propio círculo, y sobre todo con el incremento de cerámicas procedentes de Grecia del Este, lo que podría confirmar un cambio efectivo en las rutas de intercambio.

En esa línea, desde mediados del siglo VII y, sobre todo, durante la primera mitad del VI a.C. la proporción de ánforas fabricadas en el Estrecho presentes en Cartago va disminuyendo considerablemente (Ramón 2006:202), creciendo exponencialmente las de fabricación local. Este hecho sí se puede relacionar cronológicamente con la contracción productiva de las colonias occidentales, y con la aparición de tipos anfóricos derivados de las T.101.2.1 occidentales fabricados en Cartago.

Sin embargo, las relaciones con el Mediterráneo central no se habrían visto afectadas por esta circunstancia, puesto que tras un breve período en que disminuyen las exportaciones occidentales, a finales del siglo VII a.C. ese mercado parecía haberse recuperado, y los envases

fabricados en el Círculo del Estrecho vuelven a crecer en los asentamientos de las islas mediterráneas, para lo que la puesta en funcionamiento de Ibiza posiblemente tuviera un importante papel, en consonancia con ese cambio de rutas que seguiría al fin de la conexión pitecusana, si bien las ánforas del Círculo del Estrecho de este período no se encuentran tan bien representadas en el Mediterráneo central como sus predecesoras (Lám. 50), las T-10.1.1.1 (Ramón 1995:281). Parece, en base a ello, que esta recuperación no fue absoluta y, de todas formas, no se prolongará mucho en el tiempo, pues los tipos anfóricos T-10.2.1.1. y T-10.2.2.1., que desde el segundo cuarto del siglo VI a.C. sustituyen a las T-10.1.2.1., no tendrán difusión en las islas del Mediterráneo central.

Del mismo modo, el volumen de importaciones también desciende, en comparación con el movimiento comercial de las décadas anteriores. Durante los últimos años del siglo VII y primer cuarto del VI a.C. se había asistido a un incremento de las relaciones comerciales en dirección Este-Oeste entre el Extremo Occidente y el Mediterráneo central. Este auge viene atestiguado por la presencia en los asentamientos occidentales del ánfora T-2.1.1.2., fabricada en las islas centromediterráneas y Cartago. Sin embargo, después de este período se observa un vacío notable en el volumen de importaciones. Los tipos 1.2.1.1., 1.2.1.2. y 1.3.2.1., derivaciones del T-2.1.1.2. fabricadas en el siglo VI a.C. (Ramón 1995:178), apenas encuentran representación en territorio occidental, a excepción de algún ejemplar en la zona levantina.

Por lo que respecta a la evolución de los tipos cerámicos occidentales, las ánforas T-10.1.2.1., las características de la zona del Estrecho en su época de mayor proyección comercial, son sustituidas por los tipos 10.2.1.1. y 10.2.2.1., de apariencia muy similar, aunque ligeramente más alargadas. No obstante, su difusión es mucho menor que la de sus predecesoras, encontrándose algún indicio en Ampurias (Ramón 1995:281). No será hasta la aparición de las ánforas Mañá-Pascual A4,

correspondientes con los tipos insertos en las T-11.2.1. de Ramón, destinadas a contener salazones de pescado, cuando volvamos a encontrar un recipiente anfórico fabricado en el Círculo del Estrecho con gran difusión.

También dejan de fabricarse las ánforas de tipo Cruz del Negro, centradas en la contención de productos de calidad, y cuya popularidad como ánfora “de lujo” había llevado a su uso como urna cineraria. Los *pithoi*, que habían sido uno de los tipos de cerámica pintada más apreciados, también desaparecen de los asentamientos fenicios occidentales (Maas-Lindemann 1986:235 y ss.).

Progresivamente, la cerámica de engobe rojo, que tan característica había sido de la colonización fenicia arcaica, va perdiendo su importancia, presentando recubrimientos cada vez más pobres y de peor calidad (Ruiz Mata 1992:299), un proceso que también puede atestiguar en Cartago. Algunos tipos cerámicos fabricados con esta técnica, como los vasos de boca de seta y los unguentarios, cesan su producción. Aunque otras tipologías se mantienen, poco a poco este tipo de cerámica va desapareciendo a lo largo del siglo VI a.C., siendo sustituida por cerámica con decoración pintada. La decoración que presentan es mucho más sencilla que la que veíamos en las cerámicas pintadas de la Península Ibérica en la etapa anterior, mostrando motivos geométricos muy esquemáticos y de trazo rápido. Se podrían establecer paralelos entre estas cerámicas y las del Norte de África, viendo en ellas un signo de la influencia cultural cartaginesa sobre Occidente.

La sencillez presente en los nuevos tipos de cerámica de mesa ha servido para que algunos autores propongan que este cambio se debe a una necesidad de incrementar la producción, lo que se conseguiría mediante una estandarización de los tipos y la menor dificultad del proceso de fabricación. No obstante, y según nuestra opinión, no se aprecia un incremento de la producción (que además, ante el descenso de las exportaciones, serviría

mayoritariamente para el consumo interno) que justifique esa simplificación de los tipos para ampliar la producción. Desde otro punto de vista, también se ha propuesto (Niveau de Villedary 2008:106) que estas nuevas formas cerámicas responderían sobre todo a cambios en el tipo de alimentación. De nuevo, el giro hacia los productos agrícolas y las conservas de pescado que se advierte a lo largo del siglo VI a.C. no parece justificar esta afirmación, pues se trata de productos que ya eran consumidos con anterioridad y que no resultaban, por tanto, novedosos para los fenicios occidentales.

La clasificación de los platos de engobe rojo de Schubart (2002-2003) permitía señalar que estos objetos siguen una evolución en que los bordes son cada vez más anchos, lo que permitiría datarlos. Justificaba la vigencia de este índice en el hecho de que es un proceso apreciable no sólo en el ámbito occidental, sino en Cerdeña, Sicilia e incluso en la propia Fenicia, y que continuaría tras la desaparición de los tipos cubiertos de engobe rojo (Schubart 2002-2003:59-60). También señalaba que, en la zona de Huelva, los platos no seguirían esta evolución, manteniéndose con bordes estrechos, lo que ha servido para argumentar un arcaísmo de las formas cerámicas en la zona de Huelva. No obstante, se ha querido puntualizar esta teoría, basándose en las complicadas estratigrafías onubenses o en que una pervivencia del borde estrecho no significa una ausencia de bordes anchos, que también serían incorporados (Negueruela 1979-1980:348). Es el caso de Cádiz, si bien en las sepulturas de este período se puede apreciar un índice amplio de bordes muy estrechos frente a los más anchos (Perdigones, Muñoz Vicente y Pisano 1990:17-23), que en todo caso no llegan a serlo tanto como los de los ejemplares que se pueden localizar en la costa oriental andaluza. Resulta curioso, no obstante, que esta tendencia a la ampliación de los bordes esté presente en lugares que en principio son dependientes de la influencia cultural gaditana, como Portugal (Arruda 2011:152), y no en el núcleo del círculo colonial occidental.

C) Cambios sociales y culturales.

Casi contemporáneos a estos cambios económicos, podemos observar transformaciones en el ámbito cultural de los colonos orientales asentados en Occidente, que podríamos unir a las alteraciones que ya hemos comentado en las formas cerámicas. Estos cambios son particularmente apreciables en un apartado que, normalmente, destaca por su conservadurismo, como es el mundo funerario, ya que se encontraría ligado a las creencias religiosas.

Las necrópolis fenicias con las que contamos para los siglos VIII y VII a.C. en el Sur de la Península Ibérica son escasas y de reducido tamaño. Aun contando con la destrucción, conocida o no, de muchas de ellas, observamos que en la mayoría de los casos las sepulturas asociadas a un poblado durante un período más o menos prolongado de tiempo no podrían dar cabida más que a un pequeño número de habitantes del asentamiento. Esto, unido a la riqueza presente en los ajuares, o incluso empleada en la propia construcción de la tumba, nos da a entender que sólo los personajes más importantes de la colonia tenían derecho a ser enterrados en estas necrópolis. Esto contrasta, en comparación, con la numerosísima cantidad de tumbas presentes en cada necrópolis en la etapa posterior (Aubert 1996:505). Este hecho nos estaría hablando de una democratización de los ritos funerarios, que dejan de ser privilegio de las clases aristocráticas en el mundo colonial. En nuestra opinión, debemos asociar esta situación con el creciente fortalecimiento de las estructuras urbanas, que propiciaría el ascenso social de las clases enriquecidas gracias a la economía colonial, pero que carecían de la misma posición política que las familias aristocráticas.

A finales del siglo VII a.C. se comienzan a apreciar los cambios y la inhumación aparece conviviendo con la incineración, para ir imponiéndose poco a poco. Esta situación, lejos de ser exclusiva del Extremo Occidente, se produce en todos los centros mediterráneos que antes practicaban la

incineración como rito principal. Es más, en el propio Levante vemos la misma situación en una necrópolis de tradición crematoria como Atlit (Bienkowski 1982:85), que en estas fechas adopta el ritual inhumador.

La transición se ha visto ejemplificada en dos tumbas, la E1 de Puente de Noy y la 66 de Jardín, ambas fechadas en torno al año 600 a.C. En ellas convive el uso de una forma arquitectónica tradicional, como es la sepultura de cámara que ya veíamos en Trayamar, asociada con enterramientos familiares, con el nuevo rito inhumador (Aubet 1996:506).

Es de señalar que, según la inhumación va imponiéndose, las incineraciones parecen presentar un aspecto más pobre, puesto que en muchos casos no se utiliza recipiente, como ocurre en Jardín (López Mála-Echevarría 1975), o bien se trata de vasijas de cerámica sencilla, como en Villaricos (Ramos 1990:70-71). Hay que tener en cuenta que el gasto funerario depende no sólo del estado general de la economía en el momento del fallecimiento, sino también de la posición social ocupada por el difunto (Izquierdo 1996-97:109). Esto bien podría indicar que son los personajes más pudientes los que abandonan en primer lugar el viejo rito incinerador. En este caso, consideramos que los sectores dirigentes de la sociedad colonial son los más preparados para adaptarse a las nuevas corrientes que circulan por el Mediterráneo, puesto que tendrían mayor acceso a la información y contacto con los portadores de estas nuevas tendencias, dado que su posición les sitúa en un papel de intermediadores con el resto de pueblos mediterráneos. La excepción serían las sepulturas de incineración de la calle Zamorano de Málaga, una de las cuales contenía como ajuar un collar de oro, pasta vítrea y tal vez alabastro, mientras que las otras dos presentaban un par de pendientes y cuentas de oro, datadas en un momento del siglo VI a.C., en que ya comienza a haber sepulturas de inhumación, como las de las calles Mundo Nuevo y Campos Elíseos (Martín Ruiz 2009b:151-156). En todo caso, la imposibilidad de afinar más las fechas de enterramiento nos impide establecer una línea temporal muy ajustada para

los cambios funerarios. Lo cierto es que la inhumación se impondrá en esta zona con relativa rapidez, suponiendo estas sepulturas las últimas representantes de un rito en extinción.

Por lo que respecta al ajuar, cada vez aparecen menos objetos cerámicos y más de adorno personal (Rodero 2001:87), si bien la riqueza de estas joyas y amuletos es menor que la de los hallados en ajuares de época arcaica (Pellicer 2004:22). Se han achacado todos estos cambios a una influencia cartaginesa. En apoyo de esta teoría iría la introducción de nuevos elementos en el ajuar funerario. El caso más reseñable es el de las navajas de afeitar, habituales en el ajuar cartaginés y ausentes de la Península Ibérica durante todo el período arcaico, comenzando a aparecer en esta época. También hay que señalar que los vasos de filiación norteafricana son cada vez más comunes en los ajuares al acercarnos al período púnico (Ramos 1990:80), en consonancia con la progresiva desaparición del engobe rojo. Además, los huevos de avestruz, que durante el período arcaico eran bastante escasos en las necrópolis peninsulares, comienzan a incrementar su número precisamente en este período.

En este sentido, Villaricos ha sido considerada por algunos investigadores como la primera necrópolis púnica de la Península Ibérica, destacando sus características frente a las de las necrópolis fenicias arcaicas peninsulares (Schubart 1982:90). Presenta grandes hipogeos y ajuares ricos que ofrecen navajas y huevos de avestruz, que han hecho que se suele aludir a una comunidad cartaginesa presente en la zona, e incluso la fundación del asentamiento de Baria ya a finales del siglo VII a.C. ha llegado a ser interpretada como un primer establecimiento púnico en las costas peninsulares.

No obstante, hay que señalar que, de las numerosas tumbas presentes en esta necrópolis, ninguna posee pozo (Tejera 1979:47), algo tan característico de las sepulturas cartaginesas, frente al corredor de entrada más habitual en la Península. De nuevo, las características del terreno

podrían haber ejercido una influencia en ese sentido, dado que las cámaras con acceso mediante pozo sí aparecen en otras necrópolis hispanas. Sería el caso del hipogeo documentado junto a una cantera de arenisca de Marchena (Ferrer Albelda 1999:104), si bien las circunstancias del hallazgo y excavación de este sitio han dejado muy pocos datos al respecto, y son las estelas que aparecieron junto al conjunto las que apuntan a una datación en el siglo III a.C. (*Ibid.*: 105,107).

Lo cierto es que la cantidad de huevos de avestruz aparecidos en Villaricos, a pesar del gran tamaño de esta necrópolis, es lo suficientemente notable como para considerar el factor cartaginés: nada menos que 724 ejemplares, frente a los 68 que aparecen en la necrópolis de Puig des Molins (San Nicolás 1975:82,92). En el caso de poder atribuirlos a una comunidad púnica asentada en la zona, realmente nos encontraríamos antes un sector muy importante de los habitantes de Baria. No obstante, la sencilla decoración de los huevos de avestruz de Villaricos, habitualmente con simples bandas de color ocre, se ha relacionado con los huevos encontrados en Libia y Argelia, más que con los de Cartago e Ibiza (Muñiz Coello 1974:119).

En todo caso, las ánforas presentes en Villaricos en este período no apuntan tan claramente a una presencia cartaginesa. Se trata fundamentalmente de los tipos 1.2.1.3. y 1.3.1.3., de fabricación local y ya datables en los últimos años del siglo VI y durante el V a.C. (Ramón 1995:74). Su forma sigue la línea habitual de las ánforas del siglo VI a.C. del Mediterráneo central, como la T-1.2.1.2. sarda, pero su perfil recuerda mucho a una versión alargada de la T-10.1.2.1., al igual que las T-10.2.1.1. y T-10.2.2.1 que se fabrican ahora en el área del Estrecho. La mayor diferencia reside en que las del entorno de Villaricos y las centromediterráneas muestran una panza menos marcada y línea del hombro más suavizada. Sin embargo, todos estos nuevos tipos, tanto los del Sur peninsular como los centromediterráneos, parecen influidos más por las

ánforas fenicias del Círculo del Estrecho de época arcaica que por modelos púnicos. La amplia difusión de modelos basados en un mismo referente quizás obedezca a la gran versatilidad del ánfora T-10.1.2.1., un recipiente adecuado para contener productos muy diversos, desde vino y aceite hasta productos sólidos. Además, había sido una forma cuya gran expansión la habría hecho muy conocida en el Mediterráneo occidental y central, lo que sin duda contribuyó también a la conservación de rasgos similares en los modelos posteriores.

En definitiva, si atendemos a la presencia de cerámicas, parece que la presencia cartaginesa en Villaricos durante el siglo VI a.C. no está tan clara. A pesar de los problemas de interpretación que ofrece esta necrópolis, excavada en época bastante antigua y parte de cuyos materiales se ha perdido, las ánforas responden sobre todo a una fabricación local. Las ánforas púnicas más frecuentes en Villaricos son las T-5.2.3.1. (Almagro Gorbea 1984:210), un modelo de fabricación cartaginesa que conoció gran expansión, pero que ya pertenece al siglo III a.C.

Para Tejera (1975), Jardín sería una necrópolis con presencia de gentes cartaginesas, dada la presencia de cistas de sillares similares a las de la necrópolis de Douïmes, a lo que se une una desaparición casi total del engobe rojo. No obstante, este tipo de cerámica va desapareciendo también de los poblados, no sólo de las necrópolis, por lo que su ausencia no obedecería directamente a la adopción de nuevas costumbres funerarias, sino a un contexto general en el que esta cerámica deja paso a nuevos tipos.

Además, hemos visto que el repertorio cerámico que tan habitual había sido durante los siglos anteriores desempeñaba unas funciones simbólicas muy importantes para el ritual. A partir del siglo VI a.C. estos elementos desaparecen⁶⁹, por lo que hemos de entender que ya no era

⁶⁹ En el caso de los jarros de boca de seta, en Occidente directamente dejan de ser fabricados, a diferencia de en el Mediterráneo central (Martín Ruiz 2007a: 211), al igual que los ungüentarios (Ramón 1982:25-27).

necesaria su función. Este hecho sí parece estar hablando a favor de un cambio ideológico que afectó al ritual funerario, fruto de una evolución interna de las propias colonias (López Castro 1991:77). Parece que ya no es tan importante dotar al difunto de bienes de primera necesidad que podrían serle útiles en la otra vida, sino que se revela una preocupación mayor por los símbolos de estatus, como las joyas, y por la protección que dan los amuletos. En cierto modo, se resaltan las características espirituales del difunto frente a las físicas. Esto nos podría revelar una evolución de la idea del Más Allá hacia presupuestos más metafísicos, a una separación más nítida entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

En contraste con este panorama, en Cádiz el rito incinerador se mantiene hasta finales del siglo VI a.C. (Pellicer 2004:19), como puede apreciarse en las sepulturas de la calle Condesa Villafuente Bermeja de Cádiz, de mediados del siglo VI a.C. (Martínez Pérez y Montañés 2000), o incluso comienzos del siglo V a.C., como ya hemos propuesto en otra ocasión a propósito de las sepulturas halladas en la avenida de Portugal (Ordóñez 2011:654), momento en que la inhumación se impone para decaer de nuevo en época romana. Además, los ajuares, si bien abundan en objetos de adorno personal, presentan tipologías arcaizantes y de influencia egipcia en consonancia con lo que vemos en la metrópolis dos siglos antes (Carballo 2000: 301). Esto se ha aducido para explicar el cambio de ritual no como tal, sino como una diversidad producto de la agudización de diferencias locales (Martín Ruiz 2007a:111-112). No obstante, el mismo caso de Gadir podría ser explicado como una resistencia de la poderosa ciudad a ceder ante el influjo cartaginés, mediante la reivindicación de sus tradiciones locales. En este sentido, la cerámica de la zona gadirita siempre se ha destacado por mostrar cierto arcaísmo que dificulta su datación.

En nuestra opinión, la confirmación de ambos hechos supondría la manifestación material del orgullo de los gaditanos como descendientes directos de los primeros colonizadores. Hemos visto en capítulos anteriores

cómo las costumbres funerarias componen uno de los aspectos fundamentales para la construcción de la identidad, en particular para comunidades que, como la fenicia, experimentan una dislocación fruto de la experiencia colonial. En un contexto de cambios, como es el del siglo VI a.C., el mantenimiento de los vínculos culturales con la lejana patria por parte de un sector de la sociedad implica un deseo de marcar los límites de su propia identidad frente a la llegada de nuevas influencias y las transformaciones en el equilibrio de poderes.

3. LA PRESENCIA GRIEGA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.

Tradicionalmente se ha achacado a la colonización griega un carácter diferente a la fenicia, puesto que se basaría en la fundación de enclaves estables dedicados principalmente a la agricultura, mientras que los colonos orientales se centrarían en la creación de factorías que les permitiesen explotar los recursos del territorio, fundamentalmente metales. Se crea así un modelo en el que las colonias griegas son pequeñas reproducciones de sus metrópolis, incluyendo por tanto una ocupación del territorio circundante, circunstancia que no se daría en las colonias fenicias, creadas como simples puertos de comercio y centros organizadores de la producción metalífera.

Hoy día, y a la luz de los hallazgos arqueológicos, esta visión es demasiado simplista. Del mismo modo que la explotación agrícola se ha revelado como un elemento importante dentro de la economía de las colonias fenicias, hay que tener en cuenta que los griegos, al igual que los fenicios, tendrían conocimiento de los recursos de aquellas tierras del Mediterráneo central y occidental que habían estado insertas en los circuitos comerciales de la Edad del Bronce, a través de micénicos y chipriotas. En particular, la riqueza metalúrgica de estas regiones sería un buen reclamo para la expansión griega, que también parece dirigir sus intereses hacia la explotación de metales, sobre todo a la vista de las relaciones económicas que mantienen en Cerdeña y Etruria.

La visión tradicional tendía a oponer los intereses de griegos y fenicios hasta el punto de otorgarles territorios exclusivos de acción y enfrentar a ambas comunidades dentro de un ambiente de competitividad. A la creación de esta imagen contribuyó sin duda el hecho de que el estudio de las colonizaciones fenicia y griega siempre se ha afrontado como dos disciplinas diferenciadas, a pesar de la constatación de que en muchos casos

llegaron a compartir espacios de actuación (Hodos 2009:224-225). A ello se une la percepción negativa de los autores griegos acerca de los comerciantes fenicios transmitida desde los tiempos de Homero⁷⁰, que parecen apoyar la idea de una relación conflictiva entre fenicios y griegos.

Por otra parte, al analizar las relaciones entre fenicios y griegos en el Mediterráneo desde un punto de vista competitivo, se tendía a vincular las vicisitudes de las colonias fenicias con las acciones emprendidas por los griegos. De este modo, se llegó a relacionar el establecimiento de colonias fenicias estables, que antes se habrían considerado innecesarias, con una necesidad de asegurar las rutas comerciales ante la creciente presencia de asentamientos griegos en el Mediterráneo (Niemeyer 1990:485-488). Fruto de estas ideas, se otorgaba también a la presencia griega un importante papel en la decadencia de las colonias fenicias occidentales. Su presencia activa en la Península Ibérica, ya en las cercanías del siglo VI a.C., se relacionó con una inoperancia de los fenicios, que pierden sus mercados tradicionales a manos de los griegos, lo que causaría la crisis de las colonias occidentales, despojadas de sus redes de intercambio hispanas.

La presencia de enclaves griegos en las costas de la Península Ibérica será un fenómeno mucho más tardío que en el Mediterráneo central, donde se ha detectado un ambiente de colaboración entre ambas potencias coloniales. Tanto fenicios como griegos procuraron aprovechar las líneas de intercambio preexistentes y obtener recursos a partir de la inclusión de los indígenas en su esfera económica. La presencia de objetos fenicios y griegos en las colonias de diversa fundación nos habla de la existencia de intercambios frecuentes entre ambos pueblos, que a su vez comerciarían libremente con los indígenas. En la necrópolis de Pitecusa, colonia de

⁷⁰ Es curioso, sin embargo, el hecho de que Homero sólo utilice el término “fenicios” cuando se refiere a actividades censurables, como el comercio o el tráfico de esclavos, mientras que cuando alude a elementos nobles o artísticos de la tradición fenicia prefiere calificarlos como “sidonios” (Gubel 2006:86). Se ha propuesto que la visión negativa sobre los fenicios se incrementaría sobre todo después de las Guerras Médicas, en que los fenicios fueron aliados de los persas (Plácido 2003:16).

fundación griega, se han hallado objetos que apuntan a una presencia oriental entre los difuntos, del mismo modo que en la fenicia Sulcis (actual Sant'Antioco) aparecen cerámicas griegas en contextos tan importantes como el *tophet* de la ciudad (Domínguez Monedero 2003:20,24), al igual que en el de Cartago, en cuyos niveles más antiguos aparecen vasos eubeos, una práctica que incluso podría referirse a la existencia de matrimonios mixtos (Gras 1997:34). Por el contrario, en el ámbito hispano la presencia activa de comerciantes griegos no parece darse antes de finales del siglo VII a.C., y presenta características diferentes a las que vemos en el Mediterráneo central.

A pesar de ello, la presencia de objetos griegos en el ámbito colonial occidental es una constante desde los primeros tiempos de la colonización. El resto más antiguo, hallado en Huelva, se remonta al 770-760 a.C. y es un fragmento de una píxide ática del Geométrico medio, totalmente aislado en un contexto en que los escifos eubeos de semicírculos colgantes o de metopas, aunque más tardíos, sí encontraron una difusión hacia Occidente, si bien no en la Península Ibérica, lo que ha hecho pensar que la red de distribución fenicia del Mediterráneo central no sería la misma que la occidental, posiblemente conectada directamente con Levante y Chipre (Cabrera 2003:62,70).

No obstante, la escasa frecuencia de los hallazgos y su distribución conducen a pensar que se trataría de objetos insertos dentro del tráfico de productos de prestigio de los mercaderes fenicios, que serían los distribuidores de estos elementos griegos en Occidente. Normalmente se trata de ánforas con origen en Grecia oriental, que contendrían productos altamente apreciados, como el vino o el aceite. Se han hallado fragmentos de ánforas corintias de la serie A, datables en la segunda mitad del siglo VIII a.C., en el Castillo de Doña Blanca (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:319). Famosas son las *kotylai* protocorintias aparecidas en la tumba 19 de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal, que indudablemente refuerzan

el carácter de bienes de lujo que tienen estas primeras importaciones griegas.

Las importaciones áticas son proporcionalmente mucho más escasas, pero han aparecido algunas ánforas de tipo SOS en Toscanos y La Fonteta, datadas en el primer tercio del siglo VII a.C. (Cabrera 2003:65). Este tipo de ánforas se destinarían fundamentalmente al transporte de aceite de oliva, por lo que podemos relacionarlos con el consumo de este producto de alta calidad por parte de las élites fenicias asentadas en estos centros. Toscanos ha sido una importante fuente para conocer las importaciones griegas en territorio hispano, principalmente por la abundancia de restos cerámicos encontrados en el edificio C. Entre las numerosas cerámicas halladas en su almacén se han podido encontrar ánforas samias, quiotas e incluso otras cubiertas de barniz negro que podrían tener un origen en las colonias italianas (Cabrera 2003:65-67). Desde mediados del siglo VII a.C., la proporción de ánforas y vajillas de Grecia del Este aumenta cada vez más.

A finales del siglo VII, en torno al 620 a.C., comienza la actividad de los comerciantes griegos en la zona tartésica, basada, en este primer momento, en el intercambio de objetos de prestigio con el objetivo de establecer relaciones con las élites indígenas, como habían hecho los fenicios anteriormente (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:316). Estos primeros contactos aparecerían reflejados en el conocido texto de Herodoto (I, 163) referido a la amistad entre el rey tartésico Argantonio y los navegantes foceos. Es también en esta fecha, en torno al 630 a.C., en la que se ha datado el viaje de Kolaios de Samos, testimonio literario de esa frecuentación griega de la zona del Estrecho. Precisamente de origen samio son las ánforas encontradas en el Cerro del Villar, datadas en el cambio del siglo VII al VI a.C. (Neville 2007:161), que por su escasa calidad ya no estarían insertas en ese tráfico de objetos exóticos de prestigio desarrollado por los fenicios, sino que obedecerían a una actividad directa de navegantes griegos.

Por la coincidencia entre las fechas dadas para el comienzo de la crisis colonial y de la actividad mercantil helena, se ha querido ver en la presencia griega uno de los motivos de la decadencia de la red comercial fenicia del Estrecho. De nuevo, la crisis económica y política generada en las colonias por la caída de Tiro sería la causa primera, al provocar la pérdida del supuesto monopolio que los fenicios tendrían sobre la ruta del Estrecho de Gibraltar a manos de los griegos (Rouillard 1991:90 y ss.). No obstante, el incremento de los productos griegos en la zona comienza ya antes de la caída de Tiro, por lo que ésta no puede ser la causa de la presencia de comerciantes griegos.

Así pues, la presencia griega en la zona demuestra que el Estrecho no se encontraba cerrado a los navegantes griegos, algo que encaja con las relaciones que fenicios y griegos habían mantenido en el Mediterráneo central al compartir territorios y objetivos comerciales. Posiblemente la ausencia de una actividad directa de los comerciantes griegos en el entorno tartésico en la etapa anterior deba relacionarse más con el hecho de que sus objetivos económicos estuviesen más vinculados a la zona centromediterránea que con una supuesta enemistad con los fenicios.

Alrededor del 580 a.C. el flujo de objetos griegos en el Sur peninsular aumenta de manera notable, lo que parece indicar que este comercio entre griegos y tartésicos se va estabilizando. No obstante, la mayor parte de las importaciones griegas se concentran en enclaves con presencia oriental (Rouillard 2009:137), lo que parece indicar que los fenicios aún siguen mediatizando el comercio en su zona de influencia. Podemos deducir de ello que los griegos utilizan los puertos fenicios occidentales como plataformas de su actividad, y que su presencia no sólo no supuso una pérdida de la iniciativa comercial fenicia, sino que contribuyó a dinamizarla en un período en que la economía colonial se hallaba en plena reconversión.

Este incremento de producciones griegas en el Sur de la Península Ibérica puede relacionarse con el hecho de que, en torno al año 600 a.C., se funda la colonia focea de Massalia, desde la cual se dinamizará el comercio griego con el territorio ibérico. En un primer momento, funcionaría como centro redistribuidor y base para los comerciantes operando en Occidente, ya que no será hasta algunas décadas después cuando las producciones massaliotas pasen a formar parte del mercado griego occidental. Poco después los massaliotas fundarían Emporion, punto de apoyo para sus vías comerciales. Se ha señalado incluso que desde Ampurias partiría una ruta terrestre que permitiría a los griegos alcanzar las zonas mineras de Tartessos (Pellicer 1996:78) sin necesidad de adentrarse por vía marítima en la zona controlada por las colonias fenicias. Sin embargo, y aún aceptando la existencia de esta ruta terrestre, que en opinión no ofrecería demasiadas ventajas para el transporte, parece que el comercio marítimo también estuvo abierto a los navíos griegos, ya que sus productos aparecen en las zonas costeras controladas por los fenicios, lo que por otra parte encaja mejor con el concepto de puertos abiertos que los fenicios parecen haber consagrado a lo largo del Mediterráneo.

Lo cierto es que la fundación de Emporion se produce en un lugar ya habitado previamente por grupos indígenas que habrían mantenido contactos con los navegantes fenicios, a la vista de las ánforas fenicias occidentales y etruscas encontradas en niveles de finales del siglo VII a.C., junto con algunas cerámicas de Grecia oriental (Rouillard 2009:141). La presencia de un punto de realización de intercambios en la zona seguramente sería un aliciente para la ubicación de la Palaiápolis ampuritana, que aprovecharía una ruta comercial ya explotada anteriormente por los fenicios, quienes para estas fechas reducen su actividad en la zona.

De hecho, es posible que este incremento del comercio lleve aparejada también la instalación de comerciantes griegos en el Suroeste peninsular, con el fin de efectuar las transacciones con mayor eficiencia. En

ese sentido, se ha detectado un sector de unas tres hectáreas en el área portuaria de Huelva en el que se habrían establecido estos comerciantes griegos, y que se ha identificado con la Olbia occidental mencionada en las fuentes clásicas (Garrido 2000:177). En esta línea iría también la propuesta que sitúa la posible presencia de una pequeña comunidad griega en el asentamiento fenicio de Malaka, que podría relacionarse con la Mainake griega de las fuentes (Recio Ruiz 1990:166).

La cerámica descubierta en los yacimientos peninsulares de este período procede sobre todo de Grecia del Este y Jonia (Lám. 51). Se trata, mayoritariamente, de objetos de buena factura, que se enmarcarían dentro de un comercio de artículos de prestigio, como es el caso de las copas jónicas destinadas al consumo de vino en banquetes comunitarios, o bien de ánforas que contendrían vinos o aceites de gran calidad. Hay cierta presencia de ánforas áticas, principalmente del tipo “a la brosse”, pero su número es mucho menor.

Esta prevalencia de las cerámicas de Grecia del Este se aprecia en las cerámicas griegas localizadas en Málaga en un estrato contemporáneo a la construcción de la segunda muralla, en torno a mediados del siglo VI a.C., de las que más de la mitad tienen este origen, si bien aparecen ya algunas producciones de Massalia (Arancibia *et al.* 2011:134), que para entonces se encuentra ya en condiciones de desarrollar su comercio.

A mediados del siglo VI a.C. comienza a aumentar la proporción de vasos áticos, hasta entonces minoritarios. Hay que resaltar que en este período Jonia experimenta problemas políticos que sin duda incidirían en su capacidad comercial. También en estas fechas comienzan a aparecer ánforas procedentes de la colonia occidental de Massalia en los centros fenicios del Sur peninsular, además de en la zona catalana, donde Ampurias se convierte en el más importante centro redistribuidor.

A pesar de esto, es también a partir de mediados de siglo cuando el número de importaciones griegas en el Sur parece descender. Su área de expansión se hace menor, y de nuevo parece limitarse prácticamente al entorno de Huelva. A finales del siglo VI a.C., las importaciones griegas prácticamente han desaparecido de los yacimientos del Sur peninsular, coincidiendo con el inicio del resurgimiento del comercio gaditano de mano de las salazones de pescado.

Se ha achacado esta desaparición de las cerámicas griegas a un vacío en la investigación o bien a errores a la hora de datar las cerámicas encontradas (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:324). De todas formas, parece poco probable que semejante disminución en el número de cerámicas griegas llegadas a nuestras costas pueda ser fruto tan sólo de circunstancias de la investigación. Aún situando algunos restos griegos de datación dudosa en estas fechas, resulta evidente que el flujo comercial griego en el Sur peninsular se ha reducido considerablemente, y no se recuperará completamente hasta la segunda mitad del siglo V, alcanzando su volumen máximo a mediados del siglo IV a.C.

En todo caso, se ha señalado que esta desaparición de las cerámicas griegas procedentes de los talleres orientales a finales del siglo VI a.C. debe relacionarse con circunstancias ajenas al mundo occidental (Gómez Toscano 2009:39). Hay que tener en cuenta que tras la batalla de Alalia el volumen comercial griego hacia Occidente no podía mantenerse en los mismos niveles. Las cerámicas de Grecia del Este, que posiblemente llegarían a Occidente por mediación de las colonias griegas centromediterráneas, habrían perdido así sus intermediarios (Almagro 1996:47). Una propuesta de ámbito más internacional es la de Gómez Toscano (2007:454-455), quien sostiene que gran parte de la plata obtenida por los griegos en la Península Ibérica sería objeto de comercio con los egipcios a través de Naucratis. Con la conquista de Egipto por Cambises en torno al año 525 a.C. desaparece

esta línea comercial y, en consecuencia, el volumen de importaciones griegas en Iberia se reduce drásticamente.

De todas formas, lo cierto es que no se ha logrado comprobar la existencia de las tres colonias griegas, Mainake, Hemeroskopeion y Alanis, que Estrabón sitúa en el Sudeste de la Península Ibérica, ni siquiera para el período posterior. Habida cuenta de la influencia que los elementos griegos ejercerán sobre el mundo íbero suroriental, una carga cultural que no puede ser transmitida simplemente por el comercio, se ha propuesto la instalación de comerciantes griegos en los poblados indígenas, desarrollando así una forma de colonialismo basado en la colaboración con las élites locales, es decir, un tipo de contacto no hegemónico (Domínguez Monedero 2002:70-74). Esta instalación griega sin colonias podría dotar de contexto a la inscripción latina CIL, VI, 200674, que habla de un “litoral foceo” en la desembocadura del río Júcar (Gras 1997:67), y que podría referirse a una presencia activa de comerciantes de ascendencia focea más que a la existencia de fundaciones griegas.

En resumen, la actividad comercial griega en la Península Ibérica no puede considerarse un causante de la crisis de las colonias fenicias, al tratarse de contactos localizados en el tiempo y con unos objetivos económicos muy determinados. La ausencia de colonias de fundación griega en el Sur peninsular implica que no existió una política agresiva contra los intereses fenicios, sino que se trataría de una actividad complementaria a éstos.

Resulta interesante plantearse hasta qué punto afectó a la economía indígena la introducción de un nuevo interlocutor comercial, que podría haberles permitido desarrollar intercambios económicos fuera del sistema fenicio y, por tanto, para los que era necesario negociar nuevas condiciones. Los desequilibrios económicos y sociales originados a raíz de la introducción de las comunidades indígenas dentro del circuito colonial fenicio podrían haber encontrado una vía de escape mediante el

establecimiento de relaciones comerciales con los griegos. Sin embargo, el hecho de que gran parte de las importaciones griegas aparezcan en contextos con presencia fenicia parece apuntar a que este comercio no se realizaba de manera directa, sino que continuaba siendo mediatizado por los colonos orientales. Esto nos indica, por un lado, que los fenicios continuaban controlando sus rutas comerciales y, por otro, que la presencia griega implicaría la existencia de colaboración entre ambos grupos, algo que quedaría plasmado en el posible establecimiento de grupos de comerciantes griegos en los antiguos asentamientos fenicios. En definitiva, los intercambios entre indígenas y griegos se producirían en un contexto en que las rutas de distribución aún eran controladas por los fenicios, por lo que se realizarían en parámetros semejantes, que no resultarían lesivos para el sistema comercial colonial.

Distinto sería el caso del Nordeste peninsular, donde la ausencia de establecimientos fenicios permitía establecer unas relaciones económicas más directas con las comunidades indígenas, que se encargarían por sí mismas de las tareas de acumulación y redistribución. Además, el práctico abandono de esa ruta por parte de los fenicios del Estrecho dejaría un mercado desconectado de los circuitos internacionales. La fundación de Massalia y Emporion implicaría la manifestación material de los intereses griegos en esa zona, que a partir de ese momento quedará inserta en su ámbito de influencia.

4. EL SIGLO VI A.C. EN EL MEDITERRÁNEO CENTRAL: EL ASCENSO DE CARTAGO.

La situación de las colonias fenicias del Mediterráneo central se va a ver marcada por el auge y expansión de Cartago, que extenderá su dominio sobre los territorios de las antiguas colonias a raíz de sus campañas militares contra las colonias griegas de la zona, según aparece reflejado en los textos clásicos.

Por esta razón, la evolución de las colonias centromediterráneas queda cortada de manera violenta, iniciando una nueva andadura dentro de la esfera de poder púnica. Esta circunstancia dificulta el análisis de los factores internos que podrían estar experimentando transformaciones en los años anteriores a la presencia púnica. No obstante, es posible apreciar ciertos signos de decadencia previos a la intervención de Cartago, que facilitarían la intromisión de la ciudad norteafricana.

El comercio con Etruria, que había experimentado un crecimiento continuado desde el siglo VIII a.C., se ve refrenado en la segunda mitad del siglo VII para entrar en decadencia en el VI a.C. (Muñiz Coello 1974:112). Ya hemos visto cómo las relaciones con el Mediterráneo occidental habían experimentado cierto decaimiento a raíz de la ruptura de la conexión pitecusana. Se inserta este hecho en un contexto expansivo para las colonias griegas, que podría haber roto el *statu quo* presente en las islas al pretender acaparar el comercio con las costas tirrénicas.

El siglo VI a.C. supone un hito para la historiografía porque es a partir de estas fechas cuando comienza a desarrollarse el imperialismo cartaginés. El auge de Cartago es seguramente la temática que más estudios ha generado para este período, hasta el punto de que, tradicionalmente, tendía a considerarse el siglo VI a.C. como punto de corte para empezar a hablar de “época púnica”, incluso para referirse al mundo colonial de la

Península Ibérica. No obstante, en las últimas décadas este papel preponderante de Cartago ha sido muy matizado, rechazándose cualquier tipo de dominio imperialista sobre las colonias peninsulares en estas fechas. A pesar de ello, lo cierto es que, a partir de este momento, Cartago pone las bases de una política que, en el siglo III a.C., le llevará a controlar un auténtico imperio mediterráneo.

Cartago comenzó su andadura como una colonia fenicia más, situada estratégicamente frente a las islas centromediterráneas. Sin embargo, el carácter cartaginés pronto comenzó a diferenciarse del de otras colonias orientales. Cartago se enfrentaba a problemas que no estaban presentes en otros lugares. El hinterland de Cartago era pequeño y las comunidades que la rodeaban, menos receptivas que las de la Península Ibérica o las islas, impedían cualquier intento de expansión. En la historia de Dido quedan reflejadas este tipo de relaciones, incluyendo el pago de un tributo por parte de Cartago a las poblaciones de la zona para poder hacer uso agrícola del territorio. No parece existir tampoco entre las comunidades líbicas y Cartago una relación de reciprocidad comercial como la que vemos en Tartessos (Acquaro 1999:34). Esto desembocará en los dos problemas endémicos de la Cartago arcaica: escasez de recursos en su propio territorio (por tanto, necesidad de obtenerlos mediante el intercambio con otras zonas) y presión demográfica al no poder afrontar el crecimiento de su población. En el siglo VIII, y hasta mediados del VII a.C., parece que el aprovisionamiento de Cartago dependía fundamentalmente de la producción agraria externa (Mansel 2011:70), lo que aparece reflejado en la importante presencia de cerámicas de transporte procedentes de otros puntos del Mediterráneo.

Por ello, desde muy pronto, Cartago se vio obligada a dirigir hacia el mar sus pretensiones económicas, fortaleciendo un comercio por vía marítima que se verá favorecido por la situación de la ciudad en el punto medio de las rutas comerciales mediterráneas. El fuerte comercio cartaginés

derivó en la consolidación de una clase dirigente cada vez más fuerte y poderosa. En esta vocación marítima tenemos la base de lo que posteriormente sería la poderosa flota púnica. Será este poderío naval, unido a la presencia de una clase militar, el que le permita, en el siglo VI a.C., expandirse por los antiguos territorios colonizados de Sicilia y Cerdeña, como forma de acceder a tierras cultivables y de dar salida al excedente poblacional. En referencia a este último aspecto, también se ha señalado la presencia de habitantes de origen púnico en algunos centros fenicios del Sur peninsular, que buscarían nuevas oportunidades en otras colonias orientales ante las dificultades de crecimiento de Cartago.

El siglo VI a.C. va a suponer el comienzo del fin de las limitaciones sufridas por la ciudad norteafricana. Ya desde las primeras décadas del siglo VI a.C., Cartago había comenzado una política de expansión por los territorios del Norte de África. Muestra de ello sería la fundación de Kerkouane, habitada ya por una población mestiza (Bertoloni 2003:199). Sin embargo, no será hasta el siglo V a.C. cuando Cartago consolidará su dominio territorial en el Norte de África, estableciendo una serie de asentamientos dedicados a actividades agrícolas al amparo de fortificaciones como las de Kelibia o Ras Fortas.

La expansión mediterránea de Cartago toma su forma definitiva con la incursión militar de Malcón en Sicilia, hacia el año 550 a.C. En Sicilia convivían colonias fenicias y griegas, ocupando las primeras la parte occidental de la isla. Estas colonias fenicias recibirían aportes de población cartaginesa ya desde la segunda mitad del siglo VII a.C., hecho constatado en Motya con la introducción de tipos cerámicos púnicos y el crecimiento de la ciudad (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995:62). Esta presencia se caracteriza por una independencia de las ciudades siciliotas con respecto a Cartago y la ausencia de fundaciones por parte de los púnicos. Estaríamos más bien ante una inmigración cartaginesa que se integra en los asentamientos ya existentes, de forma que no se rompa el equilibrio de

fuerzas con los elementos griegos de la isla. Los datos arqueológicos revelan buenas relaciones entre fenicios, griegos e indígenas, con la existencia de intercambios comerciales frecuentes entre las diferentes etnias.

Esta situación parece romperse a comienzos del siglo VI a.C., cuando los centros griegos de Selinunte y Agrigento, con el objetivo de acceder a las costas tirrénicas, inician una expansión territorial hacia el Norte que amenazaría los centros fenicios. Esta situación afectaría a las rutas comerciales fenicias, que tenían en los puertos siciliotas puntos estratégicos de escala, sobre todo con vistas al comercio con Etruria y con Occidente. La constatación arqueológica de la amenaza griega puede encontrarse en el hecho de que a comienzos de siglo Motya construye unas grandes murallas que rodean toda la isla (Martín Ruiz 2007a:122), lo que podría vincularse con la sospecha de violencia militar.

Sería esta situación la que llevaría a Cartago a intervenir militarmente, al parecer reclamada por las ciudades fenicias de la isla, que no podían hacer frente por sí mismas a la amenaza, quedando finalmente bajo su protección los centros fenicios de la isla⁷¹. La posesión de estos centros le permitía ejercer un mayor control sobre las rutas transmediterráneas, de las que los centros siciliotas eran escala fundamental. Parece que esta posición estratégica supone el interés fundamental de Cartago en la isla, ya que no acometió una política de fundación de asentamientos para aprovechar las tierras agrícolas del interior (Gómez Bellard 1991:51), y se aprovecharán las colonias fenicias ya existentes. En los años siguientes Motya experimenta cierto crecimiento poblacional que puede relacionarse con un aporte de elementos norteafricanos, o bien como producto de la estabilidad generada por la presencia púnica.

La situación de Cerdeña era bien distinta, ya que se trataba de un territorio rico, con colonias fenicias importantes que controlaban una red de

⁷¹ El tratado romano-cartaginés del 509 a.C. reconoce explícitamente la posesión de parte de Sicilia por parte de Cartago (Gómez Bellard 1991:49).

explotación de recursos bien organizada hacia el interior. Por ello, en Cerdeña, Cartago sí mostró un interés por tener el control directo del territorio. Destaca en este sentido la fundación de enclaves en el interior, protegidos por una serie de puntos fortificados, con vistas a la explotación directa de las minas del Noroeste de la isla (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995:63), mientras que las colonias sardas arcaicas se habían concentrado en la costa y habían hecho reposar su abastecimiento de recursos del interior en los intercambios con los indígenas, siguiendo un modelo similar al de la Península Ibérica.

Para el aprovechamiento de las tierras agrícolas del interior también se fundaron toda una serie de enclaves⁷², de tamaño pequeño y medio, que parecen seguir una distribución jerárquica y que, en última instancia, dependerían de uno de los importantes enclaves costeros (Gómez Bellard 1991:54). De hecho, la ocupación cartaginesa de Cerdeña es fundamentalmente rural, por lo que los únicos hábitats urbanos seguirán siendo los correspondientes a las antiguas colonias fenicias. Estos centros costeros, correspondientes con las antiguas colonias fenicias, que habían sufrido cierta contracción en los años centrales del siglo a raíz de los acontecimientos bélicos, experimentarán cierto crecimiento hacia finales del siglo VI a.C., fruto de la nueva organización económica promovida por Cartago. Por ejemplo, se ha señalado el surgimiento en Tharros de zonas industriales destinadas a la transformación de los productos agrícolas del interior (Acquaro 1995:361).

Al respecto de la intervención cartaginesa se han apuntado varias teorías. Por un lado, en base a los niveles de destrucción observados en Monte Sirai, se ha especulado con posibles ataques de la población indígena hacia los colonos fenicios. El creciente control que los centros fenicios trataban de extender hacia el interior de la isla, que incluiría la destrucción

⁷² Para comienzos del siglo IV a.C. se han contabilizado unos 115 enclaves rurales tan sólo en la pequeña área al Norte de Neápolis (Van Dommelen 2005:129).

de algunos centros indígenas (González Wagner 2007a:127), sería el origen de un descontento generalizado entre la población indígena, que acabaría por estallar de manera violenta. Esta situación, unida al creciente expansionismo griego, a quien las fuentes literarias hacen responsable de incitar la rebelión indígena, sería la que llevaría a Cartago a intervenir militarmente, de nuevo consciente de la importancia de la isla para las rutas comerciales fenicias. La destrucción de la fortaleza nurágica de Su Nuraxi de Barumini, en la segunda mitad del siglo VI a.C. (Gómez Bellard 1991:53), sería testigo de la acción armada contra los indígenas y de las dificultades para lograr someterlos. Cartago contaría con el apoyo de Etruria, quien padecería los ataques de la piratería que al parecer practicaban los focenses sardos.

Por otra parte, y en oposición a esta propuesta, teorías más recientes prefieren achacar esta destrucción a la propia acción cartaginesa. Se basan para ello en la improbabilidad de un ataque por parte de los nurágicos, tras dos siglos de coexistencia pacífica y la fuerte orientalización⁷³ que habrían sufrido durante ese período, una convivencia que había acabado por ligarlos estrechamente a los intereses fenicios (Tronchetti 1988).

Nos encontraríamos, de aceptar esta propuesta, ante una conquista militar de territorios ricos en recursos y bien situados estratégicamente, por ejemplo con vistas al comercio con Etruria (Gómez Bellard 1991:53-54). A la acción cartaginesa se ha achacado la destrucción del santuario de Cuccureddus de Villasimius en torno al año 530 a.C. (Bernardini 2008:573). No obstante, eso significaría que los cartagineses habrían actuado militarmente sobre otras colonias fenicias, un caso sin precedentes de ataque a sus hermanos de origen, con los que mantendrían no sólo relaciones económicas, sino importantes vínculos culturales.

⁷³ No obstante, hemos visto en capítulos anteriores cómo esta supuesta orientalización no fue tan profunda, sino que se limitó a la incorporación de elementos formales que no afectarían hondamente a los fundamentos identitarios de los sardos.

Bajo nuestro punto de vista, esa acción armada contra las colonias fenicias no sería necesaria. Posiblemente estas ciudades, debilitadas por la competencia permanente con los enclaves griegos y la probable hostilidad de los indígenas, aceptarían de buen grado la intervención cartaginesa, cayendo en una suerte de protectorado político y, sobre todo, económico, que se materializa en la llegada masiva de pobladores libiofenicios y la fundación de nuevos asentamientos. En efecto, como apuntábamos antes, se produjo la fundación de toda una serie de asentamientos de pequeño tamaño desde los que se efectuaría la explotación directa de los recursos del territorio. Estos centros precisarían de un aporte poblacional importante para entrar en funcionamiento, por lo que es lógico que gran parte de esa mano de obra proviniese del Norte de África.

En relación con la intervención cartaginesa, también se ha explicado el cambio de cremación a inhumación⁷⁴, la presencia de nuevos tipos cerámicos y la aparición de prótomos, máscaras y estelas en los *tophet* sardos como resultado de una purga de las clases dirigentes fenicias, que serían sustituidas por elementos norteafricanos (Bernardini 2008:573). No obstante, hemos visto como estos cambios también se observan en el registro arqueológico de la Península Ibérica, donde se ha descartado totalmente una intervención militar cartaginesa en el siglo VI a.C. Así pues, no creemos que los cambios en el registro cultural tengan que responder a una imposición coercitiva de Cartago, sino a la presencia de nuevas gentes llegadas del Norte de África, a la influencia que ejercen sobre el resto de la población y a una progresiva adaptación a la nueva corriente cultural dominante del Mediterráneo.

⁷⁴ Por ejemplo, es notable el cambio experimentado en la necrópolis de Nora, donde no sólo se adopta la inhumación, sino un nuevo tipo de sepultura, el hipogeo con acceso en pozo, lo que supone un cambio cualitativo muy importante desde las cistas líticas en que se depositaban las incineraciones (Bartoloni y Tronchetti 1981:23-24), un salto lo bastante amplio como para corresponder a un grupo social totalmente diferente. A este grupo se debería también la construcción de un *tophet* (Botto 2007:126-127).

En este sentido, se han podido justificar estas transformaciones en el territorio peninsular en base a la integración en las colonias fenicias de elementos libiofenicios de tradición cultural cartaginesa. El término, ya usado por Tito Livio (XXI, 22) para referirse a gentes «medio fenicias y medio africanas», es utilizado de nuevo por Avieno (*O.M.* 419-422), quien señala la presencia de gentes libiofenicias asentadas en el territorio vecino de los massienos. Se ha apuntado que su presencia podría obedecer a la necesidad de mano de obra a raíz de la creciente territorialización del paisaje y el consecuente cambio en las relaciones con los indígenas, que limitaría las posibilidades de las colonias fenicias a un territorio definido para su explotación directa (López pardo y Suárez Padilla 2002:129-130).

También se ha señalado que el auge que experimenta Cartago en estos momentos le permitiría ejercer un cierto proteccionismo sobre las rutas mediterráneas, incluyendo el área del Estrecho, lo que pudo favorecer al círculo gaditano a la hora de resurgir como potencia industrial y comercial tras la ruptura de las líneas con Oriente (Carretero 2007:222). No hemos de olvidar, en esa línea, que los textos clásicos afirman que la intervención de Cartago en las islas del Mediterráneo central se debió en gran parte a la actividad de la piratería focense, que afectaba al comercio de esa zona, en particular en dirección hacia Etruria. Esas acciones piráticas también habrían supuesto un problema para los navíos procedentes del Círculo del Estrecho, por lo que las aguas más seguras proporcionadas por la acción cartaginesa no dejaron de ser beneficiosas también para las colonias occidentales.

En resumen, lo que sí parece más probable es que la vocación marítima de Cartago le permitiera estar mejor situada ante la retracción del comercio en el siglo VI a.C. (González Wagner 1994:10). Lo cierto es que las colonias del Occidente están sumergidas en una reestructuración tanto de su modelo poblacional como de sus modos de producción, lo que provoca que algunas de sus líneas comerciales habituales sean abandonadas. En ese

contexto, Cartago podría haber aprovechado ese hueco para hacerse cargo de ese mercado y retomar esos circuitos que ya no eran utilizados por los fenicios occidentales.

En este contexto podría cobrar sentido la información aportada por el Periplo de Hannón, que relata una expedición colonizadora que parte de Cartago en dirección al Occidente africano. Si bien no se puede datar con seguridad este viaje y es posible que el texto sufriera numerosas contaminaciones posteriores, lo cierto es que la influencia cartaginesa va creciendo en esta zona e incluso se podría relacionar el texto del Periplo con la frecuentación nuevamente de Mogador a partir del siglo V a.C. López Pardo (1991:68) considera que la ocultación de la existencia de Lixus en el texto del Periplo obedece a un intento de disimular la usurpación de territorios pertenecientes a la esfera de influencia gaditana, pero creemos que esa omisión podría deberse más bien a la falta de interés por una zona que sigue en relación con el Círculo del Estrecho y que, por tanto, no ofrece un espacio libre para la expansión de las líneas de comercio cartaginesas.

De todo ello se ha concluido que Cartago comienza en este período a practicar cierto imperialismo pacífico, basado en un sistema de pactos y alianzas que le permitían sancionar su preeminencia comercial en el Mediterráneo y que haría innecesario el uso de la violencia (González Wagner 1994:17). Su relación política con el resto de territorios coloniales se basaría, por tanto, en estas alianzas y no en la fuerza militar.

En este punto es importante resaltar la presencia cartaginesa en la antigua colonia fenicia de Ibiza. A pesar de que Diodoro Sículo (V, 16) achaca a los cartagineses la fundación de los primeros asentamientos en la isla, lo cierto es que no es hasta el siglo VI a.C. cuando empiezan a constatarse los primeros signos de una presencia cartaginesa (Barceló 1983-84:74,79). Considerando que el asentamiento de fenicios del Estrecho a mediados del siglo VII a.C. había obedecido principalmente a la situación privilegiada de Ibiza con vistas al comercio con el Nordeste peninsular, es

probable que durante el siglo VI a.C. su papel decayera. Hemos visto que la contracción del comercio que afecta a todo el ámbito occidental deriva en un cese casi absoluto de las relaciones comerciales con la costa nordeste, por lo que los asentamientos ibicencos pierden su principal razón de ser. El asentamiento de Sa Caleta sería incluso abandonado, y su población probablemente trasladada al asentamiento de Puig de Vila, dominando la bahía, de fundación más reciente.

Hay que tener en cuenta que la situación de Sa Caleta, al Sur de la isla y en una bahía abierta, era particularmente ventajosa para recibir navíos procedentes del Sur y el Nordeste de la Península. Si esa ruta comercial deja de ser frecuentada, la ventaja geoestratégica de Sa Caleta desaparece. En esa situación, no es de extrañar que sea abandonada y su población prefiera asentarse en la bahía de Ibiza, enfocada hacia el Oeste, es decir, mucho mejor situada para los intercambios con el Mediterráneo central. Teniendo en cuenta esto, podemos pensar que los fenicios de Ibiza eran conscientes del giro que el comercio mediterráneo estaba dando hacia Cartago.

En este sentido, la situación no sería diferente a la que hemos visto en otros puntos del Occidente mediterráneo, cuando el abandono de una determinada ruta comercial provoca el despoblamiento de los centros que habían estado vinculados a ella, como había ocurrido en la costa portuguesa. Hemos de considerar, entonces, que la población fenicia de Ibiza ve como pierde su papel como cabeza de puente del comercio con el Nordeste peninsular, su principal actividad. Sería en este contexto cuando Cartago comenzaría su estrategia de ocupación de la isla, incluyéndola poco a poco en el circuito comercial que estaba creando entre las islas mediterráneas. Esta estrategia incluiría el desplazamiento de contingentes poblacionales del Norte de África, cuya presencia está atestiguada por sus hipogeos excavados en la roca de Puig des Molins (Lám. 52), las sepulturas de inhumación en

huecos rocosos naturales de la calle Santa María de Ibiza (Gurrea y Ramón 2000:1558-1563) y el establecimiento del santuario de Illa Plana.

La presencia de productos de la esfera de Cartago es un fenómeno habitual en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Púnica, sobre todo en el área ibérica catalana del entorno de Ampurias, donde yacimientos como la Ciutadella, Castell de Santa Barbara o Tossal de Manises presentan ánforas T-5.2.3.1., así como un mercado notable de cuentas de vidrio, lo que revela un comercio estable con el Mediterráneo central en el siglo III a.C. (Oliver Foix 1995:286). Es lógico suponer que este comercio se realizaba a través de la isla de Ibiza, que para entonces aparece plenamente vinculada en el círculo económico del Mediterráneo central. En ese sentido, Cartago retomaría una ruta comercial que había sido abandonada por los fenicios del Círculo del Estrecho.

Es en este contexto histórico de creciente poderío púnico donde se enmarcan las teorías que hacen de la intervención armada de Cartago la causa del fin de Tartessos y el sometimiento de Gadir a la esfera de poder púnica y que, como hemos visto, se apoyan en noticias escritas en épocas más tardías y que aportan información bastante confusa.

Esas propuestas tienden a considerar que la plasmación de ese poder imperialista de Cartago sería el famoso tratado con Roma del 509 a.C., en el que se efectúa una repartición del espacio mediterráneo entre ambas potencias que dará como resultado el cierre de la ruta marítima del Estrecho a los navíos no vinculados con Cartago. Se trata de un documento no exento de polémica, puesto que sólo recibimos noticias de él en las obras de algunos autores clásicos: Tito Livio (VII, 27, 2), Polibio (I, 22, 23) y Diodoro de Sicilia (XVI, 69). De hecho, la investigación actual aún no ha conseguido ponerse de acuerdo sobre la situación geográfica de los lugares mencionados en el tratado, lo que supone que el supuesto cierre del Estrecho queda en entredicho. En ningún momento se hace referencias a los territorios peninsulares, sino que se alude a hitos geográficos norteafricanos.

Por otra parte, y por lo que respecta a las evidencias arqueológicas, la presencia de materiales griegos, que vuelve a hacerse notable a partir de la segunda mitad del siglo V a.C., desmentiría el supuesto cierre del Estrecho a los mercaderes ajenos al mundo púnico.

Creemos, por tanto, más acertadas las teorías que prefieren ver la prohibición de navegación limitada a algunos sectores del Norte de África directamente dependientes de Cartago (Alvar, Martínez Maza y Romero 1992:50), dejando fuera a las costas peninsulares. Esta interpretación niega el control político de Cartago sobre la Península Ibérica en el siglo VI a.C., tal y como parecen mostrar las evidencias históricas apuntadas hasta ahora. Por el contrario, sitúa a Cartago, como fuerza principal en las corrientes económicas del Mediterráneo, en una posición de garante del comercio, de un modo semejante al que antes desempeñaba el representante del poder tirio en el territorio colonial. Bajo esa óptica, el tratado con Roma puede ser visto como parte de ese papel de protector del comercio, estipulando las condiciones para que los intercambios se lleven a cabo sin incidencias (Plácido, Alvar y González Wagner 1991: 306-307).

Así pues, si el imperialismo es la situación por la cual un Estado controla la soberanía política efectiva de otra sociedad (Van Dommelen 1998:16), las circunstancias políticas de Cartago con respecto al Mediterráneo occidental en este período no se pueden considerar imperialistas. El poder de Cartago, por tanto, se debería más bien a su creciente papel económico tanto en el mundo mediterráneo como en relación al territorio hispano, en el que tendría un papel preponderante gracias a la importancia de su propia red comercial con otros puntos del Mediterráneo, extendiendo así su dominio en la forma que Alvar ha denominado “imperialismo indirecto” (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995:64), que no precisa un dominio militar o político efectivo de los territorios bajo su influencia. No será hasta época mucho más tardía, bajo los Barca, cuando esa preponderancia económica se manifieste con la

ocupación de territorios en el Sudeste hispano. Para entonces, Tartessos ya ha desaparecido y los intereses económicos de los púnicos se centran en esta nueva zona, como foco económico en auge y con comunicaciones mucho más sencillas con los territorios de la esfera cartaginesa.

Ante la creciente influencia cartaginesa en el Mediterráneo, incluyendo el Levante hispano, no deja de resultar curiosa la escasa permeabilidad de Gadir y su entorno inmediato hacia estas nuevas corrientes culturales. En Gadir, el rito incinerador se mantiene durante un siglo más, hasta comienzos del siglo V a.C. Los escasos restos de necrópolis hallados en Cádiz para estas fechas muestran la presencia de pozos donde se enterrarían los restos de los banquetes funerarios, así como construcciones relacionadas con un posible uso ritual del agua, a los que se unen *ustrina*, datos todos ellos que parecen indicar una continuidad de los ritos funerarios practicados en época arcaica (Niveau de Villedary 2008:95-100).

Destaca también el arcaísmo detectable en los restos cerámicos. En general, parece que las formas cerámicas de este período recuperan tendencias de siglos anteriores, como la forma globular de las panzas de los vasos (Martín Ruiz 2007a:210). Por lo que respecta a los platos, si nos guiamos por los índices de Schubart (2002-2003), el ancho de los bordes se mantiene en parámetros propios de los siglos anteriores en la costa atlántica de Andalucía. Si bien, como indicábamos antes, se ha señalado que la permanencia de los bordes estrechos no excluye la presencia de los más modernos platos de borde ancho, lo cierto es que se da una pervivencia de los tipos arcaicos que no se da en otras zonas, si exceptuamos el mundo indígena tartésico (Schubart 2002-2003:57), claramente vinculado a la esfera onubense-gaditana. Sin embargo, resulta curioso que, incluso en aquellas zonas más alejadas que dependerían culturalmente de manera directa de Gadir, se advierte la progresión hacia el aumento de la anchura de

los bordes. Es el caso de los yacimientos portugueses, como Arruda (2011:152) ha hecho notar para el caso de Santarém⁷⁵.

Se han detectado rasgos arcaicos en la transcripción al latín de algunos nombres semitas del área gaditana, algo que demostraría una particularidad lingüística de Gadir respecto a otras antiguas colonias (López Castro 2004:161), vinculada con la recuperación de las características tradicionales de la identidad colonial occidental.

En definitiva, la insistencia del sector gaditano-onubense por mantener las formas arcaicas de borde estrecho en sus platos parece una tendencia limitada en el espacio. Si la costa portuguesa se adapta a los bordes anchos es porque Gadir y Huelva no permanecen ajenas a las nuevas tendencias, sino que simplemente prefieren no seguirlas y, aunque pueda haber presentes platos de este tipo, está claro que tienen una predilección por el mantenimiento de los bordes estrechos que no se aprecia en otras zonas. Esta actitud sólo puede obedecer a una decisión cultural propia, ya que no puede explicarse por la exposición a influencias diferentes, habida cuenta de que los bordes anchos son comunes tanto en el Este como en el Oeste de la Península Ibérica. Creemos que este gusto particular de los gaditanos por las formas arcaicas no es más que una manifestación material de toda una ideología.

Así, estos datos nos pueden estar hablando de un esfuerzo real, por parte de los gaditanos, para mantener sus formas tradicionales. En un escenario en que Cartago se ha convertido en la gran potencia, la antigua Gadir parece reclamar su independencia, tanto cultural como política, a través de signos visibles que pongan de manifiesto el carácter particular de los gaditanos. Se trata de una reelaboración de sus características identitarias

⁷⁵ La propia Arruda también ha señalado que, aunque escasos, también aparecen bordes estrechos en los yacimientos portugueses, que ha vinculado con el uso de platos de borde estrecho en fechas tardías en la zona onubense (Arruda 2001:153). En nuestra opinión, no sería descabellado considerar la posible fabricación de estos platos en la zona gaditano-onubense y su posterior traslado a la costa portuguesa.

ante los cambios experimentado por el mundo colonial mediterráneo en este período, que busca resaltar la herencia cultural gaditana como una rama anterior y diferenciada de Cartago.

En ese sentido, se ha señalado que sería a partir del siglo VI a.C. cuando se construye el discurso ideológico que legitima el rol dirigente de Gadir sobre el resto de las comunidades fenicias de Occidente, apoyándose en una “identidad tiria” común que no habría existido como tal en la etapa arcaica (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:191) y que se manifestaría en la construcción de los mitos sobre el origen de la ciudad, en los que Melkart⁷⁶, como divinidad principal de Gadir y de Tiro, tiene un papel principal. De nuevo, el componente religioso aporta características esenciales para la construcción identitaria de la comunidad colonial occidental, unido a otros elementos de carácter cultural.

Eso sí, esto no debe llevarnos a considerar una hegemonía cultural gaditana sobre todas las ciudades fenicias del ámbito occidental. Como hemos visto en páginas anteriores, la comunidad “fenicia” occidental suponía un crisol de diferentes identidades orientales que tienen en común la identidad colonial que surge a raíz de su experiencia en Occidente. En ese sentido Ferrer Albelda (2011:203) nos recuerda que no existió una única identidad fenicia en Iberia centralizada en Gadir, sino que los diferentes centros de fundación fenicia desarrollan a partir de este período las características propias de una sociedad urbana. De hecho, frente al conservadurismo apreciado en el sector occidental, las ciudades de la costa mediterránea andaluza se mostraron mucho más permeables a las nuevas influencias culturales llegadas desde el Mediterráneo, como puede apreciarse en la incorporación de nuevas formas funerarias.

⁷⁶ La continuidad del culto a Melkart, que no se encontraba entre las divinidades más importantes del panteón cartaginés, como dios principal sería otro de los componentes de esa identidad tiria construida desde Gadir (López Castro 2004:161).

Así, aunque Gadir sigue siendo, en nuestra opinión, centro del entramado organizado en torno al Círculo del Estrecho, no podemos hablar de un Estado gaditano. La cultura gaditana es la suya propia, como ciudad-Estado que se jactaba de ser la más antigua de Occidente. La construcción de una identidad común para toda la comunidad fenicia occidental es más bien una estrategia política para remarcar la alteridad del entorno fenicio occidental respecto al mundo centromediterráneo integrado en la esfera cartaginesa. El éxito de esta construcción identitaria se apreciaría en la circunstancia, que veíamos en páginas anteriores, de que tanto Diodoro como Estrabón continúan llamado “fenicios” a los habitantes de esta zona, en clara contraposición al término “púnicos” que utilizan para los ciudadanos de las antiguas colonias del Mediterráneo central y Cartago (López Castro 2004:154). En este sentido, se ha querido ver en la obra de Pomponio Mela el reflejo de la ideología de un fenicio occidental, orgulloso de su pasado y portador de una identidad que lo vincula al mundo de las colonias occidentales y no al entorno cartaginés, en un contexto romano en el que muchas comunidades conservan aún sus identidades fenicias o púnicas (Batty 2000:90).

Un último signo de esta independencia de Gadir, como cabeza del Círculo del Estrecho, se ha querido ver en reinterpretaciones más recientes del tratado romano-cartaginés del 348 a.C. En él, aparece como una de las partes firmantes el conjunto formado por «el pueblo de los cartagineses, el de los tirios, el de Útica y sus aliados». Se ha interpretado que el gentilicio “tirios” en el tratado haría referencia a los habitantes de las antiguas colonias fenicias, tradicionalmente de fundación tiria, y que su presencia se debería a que, para entonces, la hegemonía de Cartago ya sería un hecho, por lo que se erigiría como representante de estos pueblos, aliados, pero ya sometidos políticamente a las decisiones de la ciudad norteafricana (López Castro 1991:79).

No obstante, como decíamos, más recientemente se ha reinterpretado este texto, al considerar que el propio hecho de citar a las diferentes partes (por la parte romana sólo se nombra a «Roma y sus aliados») las sitúa en un plano de igualdad dentro de la alianza, con lo que se reconocería la independencia política y económica de Gadir, como cabeza del Mediterráneo occidental (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:335) y cuyas relaciones con Cartago quedarían por tanto definidas a partir de tratados político-económicos (Arteaga 2001:206). En definitiva, el Círculo del Estrecho seguiría en vigencia como entidad política, económica y cultural, libre para aliarse con Cartago en beneficio de los intereses comunes de ambas partes.

5. UNA NUEVA ETAPA: LA REORGANIZACIÓN DE LAS COLONIAS OCCIDENTALES.

La reorganización económica y poblacional experimentada por las colonias occidentales durante el siglo VI a.C. supondría, sin duda, una etapa convulsa, puesto que las transformaciones emprendidas precisarían de un tiempo para su adaptación y encuadre dentro de un sistema organizado y estable.

Un primer elemento a resaltar de este período es la aparente pérdida de importancia económica del sector suroeste de la Península Ibérica. En efecto, se ha señalado que el comercio griego y cartaginés mostrará a partir del siglo VI a.C. un mayor interés por el Sureste peninsular, en detrimento del antiguo territorio tartésico que había polarizado los contactos en la etapa anterior (Izquierdo 1995:54). Realmente, esta zona resultaba mucho más accesible para estas potencias desde sus bases operativas en Ampurias e Ibiza, y además posee territorios adecuados para la explotación agraria, cuyos derivados centran la demanda internacional.

En nuestra opinión, hay que tener en cuenta que, a pesar de la reorganización que experimenta en este período, Gadir no ha desaparecido, con lo que contamos con una potencia comercial que sigue operando en el extremo occidental del Mediterráneo. En ese sentido, consideramos que una injerencia de fuerzas ajenas al círculo gaditano no era procedente, y por ello otras fuerzas económicas limitan su radio de acción al Levante peninsular, que de todas formas continúa vinculado a la esfera gaditana. Gadir seguiría siendo la responsable de los intercambios en el Occidente y la mediadora frente a otras potencias económicas.

Lo que sí es cierto es que al área de influencia gaditana parece verse reducida, tras los avatares del siglo VI a.C., al Sur de la Península Ibérica y a algunos puntos de la vertiente atlántica de la costa norteafricana (Niveau

de Villedary y Vallejo 2000:317), como Rachgoun y Lixus, cuyas producciones cerámicas e importaciones les vinculan al entorno gaditano. Por el contrario, la fachada atlántica portuguesa experimenta un cese de los contactos comerciales con Gadir y una progresiva desaparición de las producciones orientalizantes. Tal vez los orientales asentados en los centros portugueses optaron por trasladarse a los grandes centros del Sur peninsular o tendieron a difuminarse entre la población autóctona. Por otra parte, el cese de la línea comercial del Nordeste empujaría a los pobladores de Ibiza a dirigir sus intereses hacia el Mediterráneo central y el entorno cartaginés.

El espacio gaditano se reestructurará ocupando nuevos lugares en torno a la bahía con funciones especializadas, dependientes del centro político de Gadir, desde donde se organiza la ocupación. De todas formas, para este período nos resultan más conocidas las estructuras industriales que las de habitación, ya que el centro urbano de Cádiz sigue siendo muy escaso en estructuras, y las pocas documentadas se relacionan con la continuidad de los centros de culto, como es el caso de los restos de la Casa del Obispo, que seguiría en uso hasta época romana, cuando posiblemente adquiriera funciones de *asklepeion* (Niveau de Villedary 2008:92-93).

Distinta es la situación en tierra firme, donde el Castillo de Doña Blanca muestra una continuidad en el poblamiento hasta el siglo III a.C., momento en que el asentamiento se verá afectado por los acontecimientos de la II Guerra Púnica. Ya en el siglo V a.C., es posible detectar la fundación de toda una serie de villas agrícolas dedicadas a la producción, transformación y envasado de derivados agrarios (Lám. 53), para las que se ha propuesto incluso una presencia de colonos púnicos, más habituados a este tipo de explotación (Carretero 2007b:191,197).

En general, la situación observada en los centros fenicios occidentales en la segunda mitad del siglo VI a.C. apunta principalmente a una reorientación económica, más centrada en la producción y transformación de productos agropecuarios. El comercio gaditano resurgirá

en base a un producto estrella: las salazones de pescado. Se trata de una industria ya conocida y practicada en la etapa anterior, pero es a finales del siglo VI a.C. cuando resurge como motor principal de la economía. Destaca en ese sentido el surgimiento, a finales del siglo VI a.C., de una factoría de salazones bajo la actual Plaza de Asdrúbal (Muñoz Vicente y Frutos 2004:135), uno de los primeros signos de crecimiento de esta industria que acabará por ser la principal del entorno gaditano.

Podemos seguir el recorrido de este comercio a partir de la distribución de las ánforas Mañá-Pascual A4 (identificadas con los tipos vinculados al T-11.2.1. de Ramón, destacando especialmente por su amplia distribución los T.11.2.1.2 y T.11.2.1.3), que serían el continente de las salazones fabricadas en el ámbito occidental. Su utilidad tan determinada convierte a este tipo de ánforas en un referente arqueológico de extraordinario valor para este período.

Estas ánforas serían elaboradas en el territorio del Círculo del Estrecho, destacando los alfares gaditanos y otros de su área de influencia, incluso en la orilla opuesta del Estrecho, como es el caso de Kouass, situada unos kilómetros al Norte de Lixus y centrada en la producción masiva de ánforas de transporte (Domínguez Pérez 2005:7), lo que demuestra que las dimensiones geográficas del espacio cultural gaditano aún alcanzan territorios extrapeninsulares. Su área de distribución es muy amplia, encontrándose no sólo en el área oriental de la Península Ibérica, sino en el Mediterráneo Central, desde Etruria a Cartago, e incluso en el mundo griego, en ciudades como Corinto, Olimpia (Ramón 1995:234) y Atenas (López Pardo 2004:90). Se ha podido documentar incluso la presencia de este tipo de ánforas en poblados gallegos de las Rías Baixas (González Ruibal *et al.* 2010:582-584). La gran popularidad de este producto, que aún conservaba en época romana, logró relanzar el comercio internacional del círculo gaditano.

En este período también se observa un incremento del cultivo de cereales y de uva en el Castillo de Doña Blanca (Chamorro 1994:27-28), productos que, junto con el aceite, ya serían objeto de exportación en la etapa precedente, pero que desde el siglo VI a.C. experimentan un aumento productivo de importancia.

En general, las antiguas colonias fenicias occidentales se centrarán en la industria de transformación de productos agropecuarios, obtenidos en el medio rural circundante (Arteaga 1994:43). Este tipo de organización derivará en una consolidación de los centros urbanos, que a partir de este período comienzan a definirse como auténticas *poleis*⁷⁷. En cierto modo, la fragmentación del sistema productivo arcaico, diseñado y dirigido desde Gadir, redundará en una mayor autonomía productiva de los diversos enclaves, aún sin perder su vinculación con Gadir, que sigue teniendo la hegemonía económica en su zona. Este tipo de organización requiere un fortalecimiento de los gobiernos ciudadanos, representados por los magistrados que representan a las clases oligárquicas urbanas (Arteaga 1994:46), redundando en un crecimiento de la ciudad como institución política. Este proceso será apreciable sobre todo, además de en Gadir, en los centros de Malaka, Sexi y Baria, que experimentarán un notable crecimiento urbano y económico a lo largo de los siglos venideros.

Esta tendencia al aprovechamiento de los recursos rurales se potenciará en las centurias siguientes, y descansará sobre la fundación de numerosos asentamientos rurales de pequeño tamaño que dependen de las concentraciones urbanas. A pesar de esta aparente independencia de los centros ciudadanos, la expansión generalizada en el mundo fenicio occidental de la explotación agropecuaria a partir del siglo V a.C. obedecerá a un impulso político generado desde un centro de poder común

⁷⁷ Es necesario señalar que el uso de este término no implica una “helenización” de las estructuras políticas y sociales de las antiguas colonias fenicias, sino ciertas semejanzas con el modelo griego en sus formas de organización (Ferrrer Albelda y García Fernández 2007:664) que condujo a los autores grecorromanos a definir las de este modo.

(Gómez Bellard 2006:185), lo que nos demuestra que Gadir, como cabeza de su área de influencia, sigue teniendo la capacidad para diseñar estrategias económicas conjuntas.

Algunos investigadores optan por considerar que a partir del siglo V a.C. puede comenzar a hablarse de turdetanos para referirse a las poblaciones asentadas en el Bajo Guadalquivir, fruto de un mestizaje entre colonos e indígenas que habría dado como resultado la imposibilidad de distinguir a unos de otros (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:324). Consideramos, en vista de lo tratado hasta ahora, que no se puede hablar de mestizaje hasta ese nivel. Hemos visto cómo muchos de los elementos característicos de una presencia oriental en el interior del valle han desaparecido o directamente han sido premeditadamente destruidos. Eso no parece corresponderse con un mestizaje en cuyo proceso parece que las gentes de origen oriental deciden borrar todas sus señas de identidad en un período de tiempo realmente breve, mientras que por el contrario las colonias fenicias de la costa siguen viviendo según sus costumbres de época arcaica, manteniendo sus rasgos identitarios incluso en épocas muy posteriores.

Si bien no descartamos la existencia de un mestizaje que podría haber llevado a que algunos sectores de la población de origen oriental llegaran a confundirse con la indígena, sobre todo en el caso de los colonos agrícolas, creemos que en su mayor parte los orientales seguían siendo elementos claramente diferenciables cultural y socialmente del grueso de la población local. La desaparición de su rastro arqueológico en torno al siglo VI a.C. no puede relacionarse con una repentina fusión con la población autóctona, sino con una retirada a las colonias de la costa.

En definitiva, y si bien el estudio de las circunstancias políticas y económicas que atañen al mundo fenicio occidental a partir del siglo V a.C. sobrepasa los límites temporales marcados para este trabajo, podemos apuntar que, tras los avatares experimentados durante el siglo VI a.C., las

colonias occidentales recuperan su pujanza económica, al conseguir adaptarse a las nuevas directrices económicas marcadas por el comercio internacional y, sobre todo, reorganizar su sistema de producción local. El desarrollo de este nuevo sistema precisaría de una etapa de adaptación, cuyos efectos hemos podido comprobar a lo largo del siglo VI a.C., pero generaría una corriente económica que se mantendrá hasta época púnica y romana.

Por lo que respecta a las relaciones con las comunidades indígenas, el agotamiento del viejo sistema y la consiguiente desaparición de las estructuras tartésicas generaría la necesidad de establecer nuevas condiciones para el intercambio. Las sociedades locales acabarán por participar de nuevo en las redes de producción y redistribución fenicias, pero bajo nuevos presupuestos, muy diferentes al sistema de explotación en que se basaba la etapa anterior. El surgimiento de un nuevo horizonte cultural indígena, en que la sociedad es cada vez más jerárquica y las estructuras protourbanas centran el poder, desembocará en el establecimiento de relaciones más complejas pero, al mismo tiempo, más mercantilistas.

VI. CONCLUSIONES

En base a todo lo visto anteriormente, podemos tratar de apuntar una hipótesis válida que ayude a comprender los cambios que durante el siglo VI a.C. afectarán al mundo fenicio en el Extremo Occidente y que, finalmente, desembocarán en una transformación casi total de su sistema económico. En efecto, y como han apuntado las diversas teorías surgidas a lo largo de décadas de investigación, son muchos los factores, tanto económicos como sociales, que confluyen en este período, pero sus consecuencias están íntimamente relacionadas con la base que suponen las relaciones creadas en el contexto colonial entre los orientales y los pobladores nativos.

Por ello, consideramos que un factor fundamental será el surgimiento de un nuevo modelo de sociedad en el mundo indígena del Suroeste peninsular, que hace insostenible el *status quo* sobre el que se asentaba la red de intercambios fenicia. Esta sociedad indígena es el resultado de toda una serie de valores forjados durante la etapa colonial, en que elementos coloniales son asimilados y adaptados para encajar en esta nueva identidad cultural indígena que se está creando⁷⁸. Es decir, la integración de prácticas orientales no implica la aceptación de la ideología que llevaban aparejada en su lugar de origen, sino que cobran un significado en su nuevo contexto local, lo que, en última instancia, significa que esta nueva identidad sigue siendo plenamente indígena, en oposición a la desarrollada por los elementos coloniales occidentales.

La sociedad tartésica desarrolla durante la etapa orientalizante una creciente complejidad social que se traduce, como consecuencia, en una agudización de las diferencias económicas. Las clases dominantes, que se iban perfilando en la última etapa de la Edad del Bronce, logran asentarse

⁷⁸ Creemos que este modelo, aplicado por Van Dommelen (2005:136) para Cerdeña, es válido también para explicar la evolución de la sociedad indígena peninsular, como el propio autor ya apuntaba. .

como auténticas aristocracias al beneficiarse del intercambio con los colonos orientales, cuyo control acaparan dentro de sus comunidades. Esta situación crea una interdependencia entre ambos grupos, el aristocrático y el colonial. Los fenicios precisan de la participación de estas clases dominantes indígenas para asegurarse el suministro de las materias primas que precisan, ya que son estas élites las que regulan el trabajo local para producir el excedente necesario. Es decir, mediante los pactos realizados con las élites locales, los fenicios consiguen derechos de explotación y mano de obra para hacerlo (Arteaga 2001:234,239). Por esta razón, el sistema colonial tenderá a reforzar la situación política de las élites tartésicas, puesto que resulta beneficioso para sus intereses. Por su parte, y en consecuencia, las aristocracias tartésicas dependen de este comercio para asentar su situación de preeminencia y obtener los bienes que certifican su estatus dentro de la comunidad.

Ahora bien, estas relaciones económicas se basan en una premisa de desigualdad, dado que, a pesar del valor que los productos obtenidos tienen para las élites locales, el intercambio es beneficioso en términos económicos para los colonos, provocando con su demanda una respuesta productiva entre las comunidades indígenas. Como resultado, se produce una sobreexplotación de los recursos naturales y una aguda polarización social dentro de la sociedad tartésica.

En este contexto, la existencia de pactos no es tanto una negociación en pro del beneficio de ambas partes, sino una estrategia mediante la cual se evitan conflictos y el sector indígena se adapta al nuevo sistema. La aculturación es el medio por el que los colonos logran integrar a las élites indígenas dentro del sistema productivo fenicio, a través de la creación de necesidades de consumo. Además, los colonos orientales mantienen un control sobre la tecnología que busca mantener las mismas condiciones productivas y sociales bajo las cuales se establecen estos pactos de colaboración, para asegurar la permanencia de los mismos. Prueba de ello

serían, frente a las abundantes evidencias de minería en contextos indígenas, los escasos restos de metalurgia del metal (Morgenroth 2004:113), que además se localizan en enclaves donde hay indicios suficientes como para constatar una presencia fenicia. Por otra parte, la metalurgia del hierro, conocida por los fenicios, tampoco se transfiere a los pobladores locales hasta época muy avanzada, siendo muy pocos los objetos de hierro aparecidos en contextos indígenas, siempre funerarios, lo que nos da a entender que no se trataba de un material de uso común, sino un elemento de prestigio a causa de su escasez.

Como consecuencia de este sistema no sólo se produce una desigualdad entre colonos e indígenas, sino que dentro de las propias comunidades indígenas se acelera el proceso de diferenciación social que, si bien estaba ya en marcha antes de la llegada de los fenicios, es con la inmersión en el sistema económico colonial cuando se intensifica y se acentúa, evolucionando de manera más radical.

No obstante, este proceso acabará por crear situaciones no planificadas. Por un lado, la aculturación no es un proceso uniforme. Las élites eligen, transforman e integran aquellos elementos que les son útiles dentro de sus propios esquemas ideológicos. Esto permite que, a pesar de que tanto la sociedad indígena como la colonizadora experimentan cambios al generar usos híbridos, ambas se mantengan plenamente diferenciadas con una conciencia de alteridad respecto a la otra, incluso por encima de la posible existencia de un mestizaje o de individuos que pueden compartir categorías mentales mixtas. Por otra parte, como consecuencia de la situación privilegiada que mantienen gracias a los intercambios, las élites locales evolucionan hasta convertirse en aristocracias con posesión de las tierras y los medios productivos, generando un cambio en la sociedad local que habrá de alterar las condiciones existentes con anterioridad.

Llegado el siglo VI a.C., las aristocracias locales han alcanzado grandes cotas de poder. Esta evolución se aprecia en la transformación que

experimentan los modos de asentamiento. Ya desde el siglo VII a.C., los poblados más pequeños, que por lo general consistían en pequeñas explotaciones de diversos recursos, son abandonados, a favor de una concentración de la población en *oppida* fortificados, que se erigen como las sedes del poder de esta aristocracia, desde donde les es posible controlar el territorio circundante.

Podemos deducir de esta situación un cambio en la mentalidad de las élites indígenas, que hacen ahora de la posesión de tierra el principal signo de su poder. En este contexto surgen nuevos núcleos de poder no tan vinculados al mundo colonial como la aristocracia tartésica, sobre todo en el Alto Guadalquivir, con una economía agropecuaria y cuya integración en la economía colonial se habría visto en parte mediatizada por las élites más relacionadas con el mundo fenicio. La generalización de la tecnología del hierro, que no se produce hasta estas fechas, incidiría directamente en un aumento del rendimiento, es decir, en un enriquecimiento de estas comunidades que aumentará la jerarquización social (Domínguez Pérez 2007:146). Esto conllevará el fortalecimiento de las élites que habitan en los *oppida*, en particular de aquéllas que se situaban en la periferia del mundo tartésico y no obtienen los mismos beneficios de los pactos con los colonos. Por otra parte, el mundo tartésico experimentaba un estancamiento, al basar el crecimiento de su producción en el incremento de la fuerza de trabajo y la expansión del territorio explotado, en lugar de en un desarrollo tecnológico (Izquierdo 1994:89).

En estas circunstancias, la validez de los antiguos pactos queda en entredicho. Acorde a su nueva posición, es posible que las aristocracias locales reclamen más protagonismo en el escenario económico y no se conformen con las condiciones estipuladas en los antiguos pactos, que sancionaban una desigualdad a favor de los colonos. Nos encontramos además en un momento en que el fortalecimiento de los centros de poder podría haber generado cierto clima de competitividad por el control de los

recursos, una conflictividad que acabaría por afectar a los niveles de producción y suministro.

No hay que descartar tampoco, en ese sentido, que un factor económico fuera la chispa final que provocara el estallido de esta situación de inestabilidad. Pudo ser el agotamiento progresivo de las vetas de mineral de plata, sobre el que la aristocracia tartésica fundaba las bases de su intercambio con los fenicios y, en última instancia, de su poder (Alvar 1999:196-198), o la disminución de la demanda fenicia (Izquierdo 1995:54) a raíz de las circunstancias políticas de Oriente. Estas circunstancias, que por sí mismas no podrían haber generado un efecto tan intenso sobre las estructuras económicas occidentales, tendrían una mayor incidencia al actuar sobre un sistema cuyas limitaciones habían comenzado a aparecer y que se había quedado obsoleto al modificarse las circunstancias sociales sobre las que se había construido. En todo caso, las bases sociales para la ruptura de los pactos comerciales y el fin del control económico colonial ya se habían ido asentando en las décadas anteriores, y su origen no tiene nada que ver con un suceso localizado en el tiempo, sino con una evolución interna progresiva de las comunidades insertas en el mundo colonial occidental.

Es de esperar, entonces, que los indígenas reaccionen de manera hostil frente a un sistema que les impide crecer, ya que se basa en la conservación del mismo modo de producción utilizado durante toda la época arcaica, aquél que permitía una explotación económica favorable a los fenicios. Hemos de tener en cuenta que la conflictividad se había evitado en la etapa anterior mediante la construcción de una estructura colonial basada en los pactos con las élites, así que cuando esta estructura falla, no quedan mecanismos de defensa que impidan la reacción contra el sistema.

En este sentido, la búsqueda de la alianza con los griegos por parte de las aristocracias nurágicas en Cerdeña, buscando una mayor autonomía de su economía (Acquaro 1999:37) sería otra manifestación, en el ámbito

centromediterráneo, de cómo el propio sistema acaba por generar una contradicción que las sociedades locales tratarán de solventar por medio de la violencia. Si bien el proceso en Cerdeña queda interrumpido por la intervención cartaginesa, podemos ver aquí un cierto paralelismo con la evolución seguida por las comunidades indígenas peninsulares, si bien las circunstancias en que se produce el conflicto no tienen por qué ser las mismas no desembocar necesariamente en actos abiertamente violentos.

No obstante, es posible observar algunos signos de violencia relacionados con esta situación. En el interior se aprecia una creciente oleada de violencia frente a los asentamientos mixtos. Las señales de destrucción apreciados en la primera mitad del siglo VI a.C. en centros como Carmona o Montemolín serían así testimonio de un ataque a los pobladores fenicios del interior, pero también a las aristocracias orientalizantes que residen en los grandes centros redistribuidores del mundo tartésico y que son los principales responsables del mantenimiento del sistema. Esta violencia podría venir desde las zonas del Alto Guadalquivir (Izquierdo 1994:89-93), donde las élites locales han logrado acumular cierto poder basado en la concentración de tierras y que posiblemente se nieguen a mantener un sistema en que la intermediación de las aristocracias tartésicas les sitúa en una posición desfavorable, pero también de los propios centros tartésicos, donde grupos de poder emergentes podrían haber reaccionado contra las estructuras económicas y sociales que frenan su crecimiento.

El abandono precipitado de los santuarios del interior, e incluso los niveles de incendio que podemos apreciar en alguno de ellos, nos hace pensar en un creciente clima de violencia que obligó a los pobladores fenicios a abandonar la zona. Hemos de tener en cuenta que el templo, desde el punto de vista de los indígenas, era la manifestación del poder económico de los colonizadores, el lugar donde se llevaban a cabo los intercambios. Atacar el templo es una manera de manifestar su rechazo al sistema, pero

también a todo un grupo social que es visto desde la alteridad, y que tendría una de las características fundamentales de su identidad en unas creencias no compartidas, cuyo signo visible es el santuario.

Esta situación conflictiva podría explicar los cambios que en esta etapa vemos en los asentamientos fenicios. Son signos usualmente anteriores a esas pruebas de violencia, pero que hablarían de una situación de tensión entre colonos e indígenas que iría aumentando poco a poco. Consideramos que los estallidos de violencia suponen sucesos localizados dentro de un ambiente general de hostilidad, en que el rechazo podría ser expresado de otras formas no violentas. Así pues, la concentración poblacional en las colonias de la costa y la fortificación de algunos asentamientos semitas serían la respuesta a ese clima de hostilidad hacia el sistema colonial, si bien sólo en algunos casos se plasmaría en actos violentos.

La presencia de flechas repartidas por amplios puntos de Andalucía y del Levante peninsular, destacando la cuenca del Guadalquivir, supondría la evidencia arqueológica de esa violencia. Si bien se trata de objetos que tendrían su origen en las colonias fenicias, como demuestra su presencia en Ibiza en fechas cercanas a su fundación (Ramón 1983:318), su casi absoluta ausencia de los centros fenicios costeros (Mancebo y Ferrer Albelda 1988-89:327) y su abundancia durante el período que tratamos en algunos enclaves indígenas del Guadalquivir parece señalar a estos últimos como centros de fabricación. La mayor parte de las puntas de flecha encontradas muestran indicios de su uso violento y, en aquellos casos en que se ha podido documentar su contexto, se vinculan con estratos relacionados con destrucciones y abandonos (Ferrer Albelda 1994:49).

Como indica Ferrer Albelda (2005:205), su área de distribución deja fuera el entorno onubense, a pesar de existir una gran concentración en el valle del Guadalquivir y la campiña que lo circunda (Ferrer Albelda 1994:36). En efecto, en Huelva se constata una continuidad del poblamiento

fenicio en convivencia con los indígenas, y el santuario fenicio sigue en funcionamiento, llegando incluso a experimentar reformas en la segunda mitad del siglo. La ausencia de violencia del territorio onubense podría deberse, en nuestra opinión, a una mayor fortaleza de las élites tartésicas de la zona, capaces de controlar ámbitos mucho más amplios dentro del sistema de intercambios. Prueba de ello sería su capacidad para establecer relaciones comerciales con los foceos durante gran parte del siglo VI a.C. La fuerte interrelación entre fenicios e indígenas en esta comunidad mixta, y la situación costera del asentamiento, le permitirá seguir vinculado a la esfera colonial.

En nuestra opinión, esta situación de conflicto entre las comunidades indígena y colonial se encuentra en la base de la contracción económica de las colonias fenicias en este periodo, ya que se ven obligadas a reorganizar su sistema productivo. La red económica fenicia occidental se basaba en la jerarquización y especialización de los asentamientos y dependía, en última instancia, de la base productiva en la que los indígenas suponían la mano de obra principal. Si esa base falla, el sistema se tambalea, y tanto las pruebas localizadas de violencia como la disminución de los intercambios entre colonias y enclaves indígenas parecen indicar que las comunidades locales se están saliendo de ese sistema. En todo caso, a finales del siglo VI a.C. las aristocracias tartésicas, bisagra clave para el funcionamiento de la red productiva fenicia occidental, han desaparecido, y con ellas la posibilidad de seguir manteniendo el mismo sistema económico. Ahora los núcleos de poder indígenas se localizan en el Alto Guadalquivir, puntos antes periféricos respecto al mundo tartésico, pero que se convertirán en los focos a partir de los cuales surgirá el iberismo.

Las colonias de la costa oriental, especializadas en la transformación de productos agrícolas, dependían del suministro proporcionado por las explotaciones indígenas del entorno. Sin él, no es posible mantener el mismo nivel de producción. El efecto más inmediato será una contracción

de la producción y, por ende, del comercio externo. Los signos de decadencia que se han venido señalando para esta zona serían el resultado de esta situación y de la reorganización que estos centros emprenden para adaptarse a las nuevas circunstancias.

La situación obligará a las colonias fenicias occidentales a reestructurar su sistema económico, buscando alternativas al modo de producción seguido hasta ahora. Este proceso de reconversión conllevará una etapa de depresión económica, mientras el mundo colonial se adapta a las nuevas reglas del juego. Esa decadencia económica, que la historiografía ha designado como “crisis”, ha de ser vista como el producto natural del paso de un sistema económico a otro, un proceso que precisa de algún tiempo para llevarse a cabo.

El resurgimiento económico vendrá de la mano de un nuevo modo de producción basado en un sistema de obtención y transformación de productos primarios localizado en las propias colonias costeras. En ese sentido, la industria de salazones se convertirá en un pilar básico para la nueva economía de las colonias occidentales, siendo Gadir el ejemplo emblemático de este giro productivo.

Al mismo tiempo, otras industrias de transformación de productos agrarios, como la del vino o el aceite, se convertirán en recursos económicos fundamentales para las antiguas colonias fenicias. Creemos, además, que el incremento del cultivo de cereales, fundamentalmente dirigidos al propio abastecimiento, se debería a que parte de los alimentos consumidos en las colonias se obtendrían mediante el intercambio con los poblados indígenas de vocación agraria del interior, y la desaparición de esta fuente de abastecimiento obliga a intensificar su cultivo en los propios enclaves fenicios.

Este sistema productivo tendrá como consecuencia inmediata un mayor control por parte de las antiguas fundaciones fenicias de su hinterland

inmediato, lo que reforzará a estos centros y acabará por derivar en un fortalecimiento de la institución urbana. En ese sentido, la reorganización económica del siglo VI a.C. supone el comienzo de una etapa de crecimiento para los centros fenicios occidentales, que se plasmará a lo largo de la siguiente etapa.

La desaparición de los indígenas de las bases productivas del sistema fenicio pudo generar una necesidad de mano de obra que debería ser suplida por medio de la inmigración. En ese contexto, consideramos muy probable la presencia de colonos de origen norteafricano en las colonias hispanas. Estos colonos, que se dedicarían fundamentalmente a labores agrícolas, se instalarán preferentemente en las colonias de Andalucía oriental, que experimentan cierto crecimiento demográfico a partir de estas fechas (López Castro 1995:65 y ss.) que no podemos achacar sólo a la concentración poblacional o a su propio desarrollo interno.

Los nuevos habitantes de las colonias occidentales traerán consigo sus propias costumbres, cuyo testimonio arqueológico es el cambio progresivo en los ritos funerarios y la incorporación de nuevos tipos cerámicos. Podemos afirmar, por tanto, que la influencia púnica que se aprecia a partir de este período en las comunidades fenicias hispanas no obedece a un dominio de Cartago sobre las colonias peninsulares, sino al contacto con nuevos elementos culturales. Al contrario, durante los siglos siguientes el Círculo del Estrecho aparece como entidad diferenciada dentro del equilibrio de poderes mediterráneos, en lo que, si bien no podemos considerar una construcción estatal, sí correspondería a una estructura política basada en la alianza entre las diferentes ciudades que la integran, siendo Gadir el núcleo en torno al cual se aglutina este sistema.

Tras este intervalo adaptativo que supone el siglo VI a.C., la situación de nuevo se abrirá a la realización de pactos con las comunidades indígenas, en particular las de la costa oriental andaluza, que participarán de las nuevas tendencias económicas (Delgado, Fernández Cantos y Ruiz

Martínez 2000:1784) a partir de las alianzas establecidas con las nuevas aristocracias surgidas en la zona. Los territorios turdetanos también acabarán por incorporarse paulatinamente en la red de comercio internacional centrada en Gadir (Domínguez Pérez 2006:189). No obstante, las circunstancias son diferentes y las bases sobre las que se asentará la colaboración en la nueva etapa no serán las mismas que rigieron durante el período arcaico, presentando un escenario en que ambas comunidades aparecen como interlocutores comerciales dotados de mayor independencia.

El mundo ibérico que surgirá en la zona levantina y el Alto Guadalquivir adoptará muchos de los elementos de origen oriental que ya habían sido utilizados por las élites tartésicas como manifestaciones de su poder, creando todo un imaginario simbólico al servicio de las nuevas aristocracias guerreras. Por el contrario, en la zona turdetana el fin de las aristocracias tartésicas parece haber supuesto un cambio radical, puesto que junto con ellas desaparece toda la cultura que había caracterizado el período orientalizante. Se tiende a remarcar la pobreza cultural del mundo turdetano frente a la zona íbera, aunque más que una simple carencia cultural quizás debamos ver un rechazo de las manifestaciones materiales que habían caracterizado al mundo tartésico y un retorno a las tradiciones que las comunidades de la zona considerarían como propias (Escacena 1989).

En definitiva, el siglo VI a.C. supone una etapa convulsa para la Historia de los establecimientos fenicios occidentales, y marca el fin de un sistema colonial que se había construido sobre la base de la dependencia y la explotación de las comunidades indígenas. Las transformaciones operadas en ambas sociedades durante este período marcarán las pautas a seguir en una nueva etapa en que dos bloques culturales, el mundo ibérico y las ciudades del Círculo del Estrecho, emergen como entidades diferenciadas, pero fundamentales para la formación del mundo prerromano peninsular.

Esperamos que el presente trabajo haya servido para arrojar nueva luz sobre este período tan complejo de nuestra Historia, sobre todo en lo

referido a las circunstancias sociales concurrentes en él. Creemos firmemente que la aplicación de análisis de los elementos identitarios que se dan cita en el mundo colonial, como punto de partida para el estudio de otros factores de tipo económico, abre nuevas perspectivas para futuras investigaciones y para completar aquellos punto en los que, por las limitaciones de tiempo propias de una tesis doctoral, no hemos podido profundizar tanto como hubiéramos deseado. Entendemos, por tanto, que el análisis social resulta ineludible para complementar otras propuestas de de corte económico y político, al plantear el contexto humano sobre el que actúan los diversos factores históricos.

VII. BIBLIOGRAFÍA

ACQUARO, E. (1995): «Da Tharros a Tharros», en *I fenici: ieri oggi domani*. Roma. 355-362.

- (1999): «Los fenicios en el Mediterráneo Central en la época de Tarteso», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 31-37.

AGUAYO, P., CARRILERO MILLÁN, M., DEL PINO, M. y FLORES CAMPOS, C. (1987): «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985», en *Anuario Arqueológico de Andalucía II. Actividades sistemáticas 1985*. Sevilla. 294-304.

AGUAYO, P., CARRILERO MILLÁN, M. y MARTÍNEZ, G. (1991): «La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma. 559-571

ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana VIII. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M^a J. (1984): *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78*. Excavaciones Arqueológicas en España (EAE) 129. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1990): «El período orientalizante en Extremadura», en *La cultura tartésica y Extremadura*. Cuadernos Emeritenses 2. Mérida. 85-126.

- (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid.
- (1999): «Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 139-161.
- (2004): «Una pátera fenicia de Nubia y el comercio fenicio en los confines del mundo antiguo», en *Complutum 15*. Madrid. 7-32.
- (2005): «Iconografía fenicia y mitología tartésica. El influjo fenicio en las creencias de Tartessos», en ACQUARO, E. y SAVIO, G. (eds.): *Studi iconografici nel Mediterraneo antico: iconologia ed aspetti materici*. Sarzana. 11-64.

ALMAGRO GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A.M. (1994): «Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo», en *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra 4. Madrid. 77-127.

ALMAGRO GORBEA, M., MEDEROS, M., TORRES, M. y LORRIO, A. (2005): «Fenicios y tartésicos en Medellín (Badajoz)», en *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Marsala-Palermo, 2-8 Ottobre 2000)*, tomo III. Palermo. 1217-1233.

ALMAGRO GORBEA, M. y MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (2009): «La colonización de la costa atlántica de Portugal: ¿fenicios o tartesios?», en *Acta Palaeohispanica X. Palaeohispanica 9*. Lisboa. 113-142.

ALVAR EZQUERRA, J. (1980): «El comercio del estaño atlántico durante el período orientalizante», en *Memorias de Historia Antigua IV*. Oviedo. 43-49.

- (1981): *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas*. Madrid.
- (1986): «*Theron, rex Hispaniae Citerioris* (Macr., Sat. I,20,12)», en *Gerión 4*. Madrid. 161-175.
- (1991a): «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Ibiza, 1990)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 25. Ibiza. 19-27.
- (1991b): «La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos», en *Atti del II Congresso di Studi Fenici e Punici*, vol. I. Roma. 351-356.
- (1998): «Comunidad de navegantes: aspectos sociales de la navegación fenicia», en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa 1996)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 41. Ibiza. 49-59.
- (1999a): «El ocaso de Tarteso», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 187-200.
- (1999b): «Los fenicios en Occidente», en BLÁZQUEZ, J.M^a, ALVAR, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (eds.): *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid. 313-450.

- (2000): «Comercio e intercambio en el contexto precolonial», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 27-34.

ALVAR EZQUERRA, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1988): «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica», en *Gerión* 6. Madrid. 169-185.

- (2003): «La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas», en GÓMEZ BELLARD, C. (ed.): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia. 187-204.

ALVAR EZQUERRA, J., MARTÍNEZ MAZA, C. y ROMERO, M. (1992): «La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso», en *Habis* 23. Sevilla. 39-52.

- (1995): «Cartago versus Tarteso. Un problema histórico y un debate historiográfico», en *Actes du IIIe Congrès international des études Phéniciennes et Puniquees (Tunis, 11-16 novembre 1991)*, volumen I. Túnez. 60-70.

ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. y FERRER ALBELDA, E. (2009): «Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial», en WULFF ALONSO, F. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (eds.): *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Málaga. 165-204.

ÁLVAREZ ROJAS, A. (1992): «Sobre la localización del Cádiz fenicio», en *Boletín del Museo de Cádiz* V. Cádiz. 17-30.

AMORES, F. (1995): «La cerámica pintada estilo Carambolo: un revisión necesaria de su cronología», en *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 159-178.

AMORES, F. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (2003): «De toros y de tesoros: simbología y función de las joyas de El Carambolo», en GARCÍA-BAQUERO, A. y ROMERO, P. (eds.): *Fiestas de toros y sociedad*. Sevilla. 41-68.

ARAGÓN, M. (2009): «Últimas actuaciones arqueológicas en la ciudad de Melilla», en *Akros* 8. Melilla. 73-76.

- ARANCIBIA, A., GALINDO, L., JUZGADO, M., DUMAS, M. y SÁNCHEZ, V.M. (2011): «Aportaciones de las últimas intervenciones a la arqueología fenicia de la Bahía de Málaga», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 129-149.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (2007): «Apuntes sobre el urbanismo de Lixus (Larache, Marruecos)», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 369-382.
- ARANEGUI GASCÓ, C., GRAU, E., HABIBI, M. y PASCUAL, I. (2005): «Lixus (Larache, Marruecos) Avance de los resultados de las excavaciones recientes», en *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Marsala-Palermo, 2-8 Ottobre 2000)*, tomo I. Palermo. 355-367.
- ARRUDA, A.M. (1999-2000): *Los fenicios en Portugal*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6. Barcelona.
- (2000): «O comércio fenício no território actualmente português», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 59-77.
 - (2005): «Orientalizante e pós-orientalizante no Sudoeste peninsular: geografías e cronologías», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 277-303.
 - (2008): «Fenicios e púnicos em Portugal: problemas e perspectivas», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*. Cuadernos del Arqueología Mediterránea 18. Barcelona. 13-23.
 - (2009): «Phoenician colonization on the Atlantic coast of the Iberian Peninsula», en DIETLER, M. y LÓPEZ RUIZ, C.: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous relations*. Chicago. 113-130.
 - (2011): «Indígenas, fenicios y tartésicos en el occidente peninsular: mucha gente, poca tierra», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 151-160.

- ARRUDA, A.M., TEIXEIRA DE FREITAS, V. y OLIVEIRA, C.F. (2007): «Os fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim», en LÓPEZ CASTRO, J.L.: *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 459-482.
- ARTEAGA, O. (1982): «"Los Saladares – 80"». Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península», en *Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva, 22 al 24 de Mayo de 1980. Huelva Arqueológica VI*. Huelva. 131-183.
- (1987): «Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación», en *Iberos. Actas de las I Jornadas Arqueológicas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén. 205-228.
 - (1994): «La Liga Púnica Gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo mediterráneo», en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1993). Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 33*. Ibiza. 23-57.
 - (1995): «Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía», en *Spal 4*. Sevilla. 131-171.
 - (1997a): «La crisis del mundo tartesio. Socioeconomía y sociopolítica del iberismo en la Alta Andalucía», en *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social 1*. Cádiz. 181-222.
 - (1997b): «Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar», en AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en Málaga*. Málaga. 155-194.
 - (2001): «La "polis" malacitana. Una aproximación desde la economía política, las relaciones interétnicas, y la política económica referida al intercambio comercial», en WULFF ALONSO, F., CRUZ ANDREOTTI, G. y MARTÍNEZ MAZA, C. (eds.): *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga. II Congreso de Historia Antigua de Málaga*. Málaga. 203-275.

- ARTEAGA, O., SCHULZ, H.D. y ROOS A.M. (1995): «El problema del *Lacus Ligustinus*. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir», en *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 99-135.
- ARTEAGA, O. y SCHULZ, H.D. (1997): «El puerto fenicio de Toscanos. Investigación geoarqueológica en la costa de la Axarquía (Vélez-Málaga, 1983/84)», en AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en Málaga*. Málaga. 87-154.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A.M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H.D. (2001): «El puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo de Cádiz», en *Revista atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social IV*. Cádiz. 345-416.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A.M. (2002): «El puerto fenicio-púnico de Gadir. Una nueva visión desde la geoarqueología urbana de Cádiz», en *Spal* 11. Sevilla. 21-39.
- ASENSIO I VILARÓ, D. (2005): «La incidencia fenicia entre las comunidades indígenas de la costa catalana (siglos VII-VI a.C.): ¿un fenómeno orientalizante?», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 551-583.
- ASHCROFT, B., GRIFFITHS, G. y TIFFIN, H. (1998): *Key concepts in Post-Colonial Studies*. Londres.
- AUBET, M^a E. (1977-1978): «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», en *Pyrenae*, 13-14. Barcelona. 81-107.
- (1979): *Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I, Cruz del Negro*. Studia Archaeologica 52. Valladolid.
 - (1982): «Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla (Sevilla)», en *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva Arqueológica* 6. Huelva. 49-70.
 - (1984): «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante», en *Opus* 3 (2). 445-468.
 - (1990): «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción», en *Cuadernos Emeritenses* 2. Mérida. 29-44.

- (1992): «Proyecto Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga): Estudio de materiales 1990» en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990* (II). Sevilla. 304-306.
- (1992-93): «Maluquer y El Carambolo», en *Tabona 8* (II). Tenerife. 329-349.
- (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- (1995): «Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica», en *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 401-409.
- (1996): «Notas sobre Arqueología funeraria en Andalucía», en ACQUARO, E.: *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studii in onore di Sabatino Moscati II*. Pisa-Roma. 495-508.
- (1997): «Un lugar de Mercado en el Cerro del Villar», en AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en Málaga*. Málaga. 197-213.
- (2000a): «Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean», en *Münstersche Beiträge zur Aintiken Handelgeschichte*. Münster. 70-101.
- (2000b): «Cádiz y el comercio atlántico», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo I. Cádiz. 31-41.
- (2005): «El “Orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 117-128.
- (2006): «On the organization of the Phoenician colonial system in Iberia», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 94-109.
- (2008): «Political and economic implications of the new Phoenician chronologies», en SAGONA, C.: *Beyond the homeland: markers on Phoenician chronology*. Leuven. 247-259.

- (2009a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Tercera edición actualizada y ampliada*. Barcelona.
- (2009b): «Los marfiles de Carmona», en BENDALA, M. *et alii* (eds.): *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*. Sevilla. 286-298.

AUBET, M^a E., CZARNETZKI, A., DOMÍNGUEZ, C., GAMERWALLERT, I. y TRELLISÓ, L. (1991): *Sepulturas fenicias en Lagos (Vélez-Málaga, Málaga)*. Sevilla.

AUBET, M^a E., GONZÁLEZ PRATS, A. y ARRUDA, A.M. (2005): «Nuove scoperte sui Fenici in Iberia», en *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punicì (Marsala-Palermo, 2-8 Ottobre 2000)*, tomo III. Palermo. 1135-1145.

AUBET, M^a E., NÚÑEZ, F.J. y TRELLISÓ, L. (2004): «La necrópolis fenicia de Tiro-Al Bass en el contexto funerario oriental», en *Huelva Arqueológica* 20. Huelva. 43-61.

AZUAR, R., ROUILLARD, P., GAILLEDROT, E., MORET, P. SALASELLES, F. y BADIE, A. (1998): «El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de “La Rábita”, Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998», en *Trabajos de Prehistoria* 55 (II). Madrid. 111-126.

BARCELÓ, J.A. (1995): «Sociedad y economía en el Bronce Final Tartésico», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 561-589.

BARCELÓ, J.A., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A. y PÁRRAGA, M. (1995): «El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», en *Rivista di Studi Fenici* XXIII (2). Roma. 147-182.

BARCELÓ, P.A. (1983-84): «El comienzo de la presencia cartaginesa en Ibiza», en *Studia histórica* II-III, n^o1. Salamanca. 73-80.

BARTHÉLEMY, M. (2000): «El comercio fluvial fenicio en la Península Ibérica», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo I. Cádiz. 291-297.

BARTOLONI, P. (2003): «The Phoenician and Carthage in the Central Mediterranean between the 8th and the 5th Centuries BC», en

- STAMPOLIDIS, N.C. y KARAGEORGHIS, V. (ed.): *Sea routes... Interconnections in the Mediterranean 16th-6th BC*. Atenas. 197-200.
- BARTOLONI, P. y TRONCHETTI, C. (1981): *La necropoli di Nora*. Roma.
- BATTY, R. (2000): «Mela's Phoenician Geography», en *The Journal of Roman Studies* 90. Londres. 70-94.
- BELÉN DEAMOS, M. (1993): «Mil años de historia de Coria: la ciudad prerromana», en *Arqueología de Coria del Río y su entorno*, Azotea 11-12. 35-64.
- (2000): «Santuarios y comercio fenicio en Tartessos», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 293-312.
 - (2001): «La cremación en las necrópolis tartésicas», en GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, J. (ed.): *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Cuenca. 37-78.
 - (2009): «Phoenicians in Tartessos», en DIETLER, M. y LÓPEZ RUIZ, C. (ed.): *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. Chicago. 193-228.
- BELÉN DEAMOS, M., DEL AMO, M. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1982): «Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos XI-VI a.C.», en *Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva, 22 al 24 de Mayo de 1980*. Huelva Arqueológica VI. Huelva. 21-39.
- BELÉN DEAMOS, M. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1995): «Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico», en *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra 5. Madrid. 85-114.
- (1997): «Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental», en *Spal* 6. Sevilla. 103-131.
- BELÉN DEAMOS, M. y PÉREZ, I. (2000): «Gorham's Cave, un santuario en el Estrecho. Avance del estudio de los materiales cerámicos», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso*

Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995) II. Cádiz. 531-542.

BELMONTE, J.A. (2007): «Fenicia. De las ciudades-estado independientes a la lucha por la autonomía», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 19-42.

BENDALA GALÁN, M. (1991): «El banquete funerario en el mediodía hispano: una observación», en *Homenaje al Dr. Michel Ponsich*. Gerión Extra 3. Madrid. 181-186.

- (1995): «Componentes de la cultura tartésica», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 255-264.

- (2000): *Tartesios, iberos y celtas*. Madrid.

BERNAL CASASOLA, D. y SÁEZ ROMERO, A.M. (2007): «Saladeros y alfares en Gadir. La perspectiva productiva de las ciudades fenicio-púnicas del Extremo Occidente», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 315-368.

BERNARDINI, P. (2008): «Sardinia: the chronology of the Phoenician and Punic presence from the ninth to fifth centuries BC», en SAGONA, C.: *Beyond the homeland: markers on Phoenician chronology*. Leuven. 537-596.

BHABHA, H.K. (1994): *The Location of Culture*. Londres.

BIENKOWSKI, P.A. (1982): «Some remarks on the practice of cremation in the Levant», en *Levant* 14. Londres. 80-89.

BIKAI, P. (1989): «Cyprus and the Phoenicians», en *Biblical Archaeologist* 52. Atlanta. 203-209.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1979): *Historia de Sevilla. I. La ciudad antigua*. Sevilla.

BLANCO FEIJEIRO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva (EAH)*. Barcelona.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (2007): «Novedades arqueológicas en los asentamientos feniciopúnicos del Cerro del Prado y Carteia», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 257-280.

- BLÁZQUEZ, J.M. (1975): «Las colonizaciones semitas de Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía», en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11. Valencia. 207-250.
- (1995): «El legado fenicio en la formación de la religión ibera», en *I Fenici: ieri oggi domai*. Roma. 107-117.
 - (1999a): «El enigma de Tarteso en los escritores antiguos y en la investigación moderna», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 11-30.
 - (1999b): «El enigma de la religión tartésica», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 117-138.
 - (2006): *El Mediterráneo. Historia, arqueología, religión, arte*. Madrid.
 - (2011): «Chipre y la Península Ibérica», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 7-32.
- BONDI, S.F. (2005): «Interazioni culturali nel Mediterraneo fenicio», en *Daidalos. Studi e ricerche del Dipartimento de Scienze del Mondo Antico* 7. Viterbo. 17-23.
- BONDI, S.F., BOTTO, M., GARBATI, G. y OGGIANO, I. (2009): *Fenici e cartaginesi. Una civiltà mediterranea*. Roma.
- BONSOR, G. (1997): *Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir*. Sevilla.
- BOTTO, M. (2007): «Urbanistica e topografia delle città fenicie di Sardegna: il caso di Nora», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 105-142.
- (2011): «Interscambi e interazioni culturali fra Sardegna e Penisola Iberica durante i secoli iniziali del I millennio a.C.», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 33-67.
- BRAVO JIMÉNEZ, S. (2000): «Evolución del poblamiento fenicio en la costa mediterránea andaluza», en *Espacio, tiempo y forma*, serie II, 13. Madrid. 13-44.

- (2005): «El Estrecho de Gibraltar y los fenicios: una visión cosmológica desde las fuentes escritas», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 237-248.

CABRERA BONET, P. (1995): «Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la costa meridional de la Península desde Málaga a Huelva», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 387-399.

- (2003): «Cerámicas griegas y comercio fenicio en el Mediterráneo occidental», en *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera* 51. Ibiza. 61-86.

CAÑETE, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2011): «'Almost the same': dynamic domination and hybrid contexts in Iron Age Lixus, Larache, Morocco», en *World Archaeology* 43 (1). Londres. 124-143.

CARBALLO TORRES, C. (2000): «Los materiales no metálicos de los ajuares gaditanos», en *II Congreso Internacional del Mundo Púnico*. Cartagena. 299-302.

CARO BELLIDO, A. (1989): *Cerámica gris a torno tartesia*. Cádiz.

CARRETERO POBLETE, P.A. (2007a): *Agricultura y comercio púnico-turdetano en el Bajo Guadalquivir. El inicio de las explotaciones oleícolas peninsulares (siglos IV-II a.C.)*. Oxford.

- (2007b): «Las villas agrícolas púnico-turdetanas de la campiña gaditana (Cádiz – España)», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 187-208.

CARRILERO MILLÁN, M. (1999): «Discusión sobre la formación social tartésica», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 163-185.

CATALÁ ORTIZ, M. (1999): «La agricultura: los recursos vegetales a partir de las semillas y sus frutos», en *Cerro del Villar-I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla. 307-312.

CELESTINO PÉREZ, S. (1998): «Los primeros contactos orientales con el Suroeste de la Península Ibérica y la formación de Tartessos», en *Actas*

del Congreso “El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente”. Sapanu. Publicaciones en Internet II. <http://www.labherm.filol.csic.es>

- (2001): «Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico», en RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid. 17-56.
- (2008): «El reflejo de lo fenicio en el interior peninsular», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica. Cuadernos del Arqueología Mediterránea* 18. Barcelona. 25-37.
- (2009): «Precolonization and colonization in the interior of Tartessos», en DIETLER, M. y LÓPEZ RUIZ, C. (ed.): *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. Chicago. 229-251.

CHAMORRO, J.G. (1994): «Flotation strategy: Method and sampling plant dietary resources of Tartessian times at Doña Blanca», en ROSELLÓ, E. y MORALES, A. (eds.): *Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.)*. Oxford. 21-36.

CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA, M^a L. (1991): «Aspectos sobre e urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma 1987)*. Roma. 691-714.

CHAVES TRISTÁN, F., DE LA BANDERA, M^a L., FERRER ALBELDA, E. y BERNÁLDEZ, E. (2000): «El complejo sacrificial de Montemolín», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo II. Cádiz. 573-581.

CHIC GARCÍA, G. (2004): «La “gaditanización” de Hispania», en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz (San Fernando, 13-15 de Diciembre de 2000)*. San Fernando. 39-62.

CONDE ESCRIBANO, M., IZQUIERDO DE MONTES, R. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (2005): «Dos escarabeos del santuario fenicio de Caura en su contexto histórico y arqueológico», en *Spal* 14. Sevilla. 75-89.

COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J.H. (1995): «La secuencia cronológica de la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa): las fases fenicio-púnicas», en *Actes du IIIe Congrès international des études Phéniciennes et Púniques (Tunis, 11-16 novembre 1991)*, volumen I. Túnez. 295-310.

- (1997): «*Ebussus Phoenissa et Poena*. La isla de Ibiza en época fenicio púnica», en *Espacio, tiempo y forma*, serie I, 10. Madrid. 391-445.

CURIÁ, E., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A., y PÁRRAGA, M. (2000): «La organización de la producción de cerámica en un centro colonial fenicio: el taller alfarero del siglo VI a.n.e. del Cerro del Villar (Málaga)», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo IV. Cádiz. 1475-1485.

DE FRUTOS, G. (1983): «Directrices comerciales del Gadir fenicio desde su fundación a la caída de Tiro (1100-573 a.C.)», en *Gades* 11. Cádiz. 5-22.

DE LA BANDERA, M^a L. y FERRER ALBELDA, E. (1995): «Reconstrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: ¿Indicios de mestizaje?», en *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó. Kolaios* 4. Sevilla. 53-65.

DELGADO HERVÁS, A. (2005): «La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el orientalizante: una lectura social», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 585-594.

DELGADO HERVÁS, A., FERNÁNDEZ CANTOS, A. y RUIZ MARTÍNEZ, A. (2000): «Las transformaciones del s.VI a.n.e. en Andalucía: una visión desde las relaciones entre fenicios e indígenas», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos. (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*. Cádiz. 1781-1787.

DELGADO HERVÁS, A. y FERRER, M. (2007a): «Cultural Contacts in Colonial Settings: The Construction of New Identities in Phoenician Settlements of the Western Mediterranean», en *Stanford Journal of Archaeology*, 5. 18-42.

- (2007b): «Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales», en *Interpreting household practices (Barcelona, 21-24 November 2007)*. Treballs d'Arqueologia 13. Barcelona. 29-68.

DÍAZ TEJERA, A. (1982): *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*. Sevilla.

DÍES CUSÍ, E. (1994): «Aspectos técnicos de las rutas comerciales fenicias en el Mediterráneo Occidental (ss. IX-VII a.C.)», en *Archivo de Prehistoria Levantina XXI*. Valencia. 311-336.

DIETLER, M. (2005): «The Archeology of Colonization and the Colonization of Archeology. Theoretical challenges from an Ancient Mediterranean colonial encounter», en STEIN, G.J. (ed.): *The Archaeology of colonial encounters. Comparative perspectives*. Santa Fe – Oxford. 33-68.

- (2009): «Colonial encounters in Iberia and the Western Mediterranean: An Exploratory Framework», en DIETLER, M. y LÓPEZ-RUIZ, C.: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations*. Chicago. 3-48.

DOCTER, R., CHELBI, F., TELMINI, B.M., NIEMEYER, H.G. y DE WULF, A. (2007): «Punic Carthage: Two decades of archaeological investigations», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 85-103.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2002): «Greeks in Iberia: Colonialism without colonization», en LYONS, C.L. y PAPADOPOULOS, J.K.: *The Archaeology of colonialism*. Los Ángeles. 65-95.

- (2003): «Fenicios y griegos en Occidente: modelos de asentamiento e interacción», en *Contactos en el extremo de la Oikoumene. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios. XVII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2002)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 51. Ibiza. 19-60.

DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2005): «Materiales púnico-gaditanos en los confines del Extremo Occidente atlántico», en *Antiqvitas* 17. Córdoba. 5-11.

- (2006): «La dialéctica turdetano-fenicio occidental como estrategia de implantación territorial postcolonial. Una propuesta de

discriminación funcional de los yacimientos según su aportación al modo productivo y a la estructura de la propiedad», en *Revista atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 8. Cádiz. 139-198.

- (2007): «De valles fluviales, cuevas y caminos: el acceso a los suelos agrícolas productivos del interior en el Círculo del Estrecho durante la época protohistórica», en *Revista atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 9. Cádiz. 143-161.

DUQUE ESPINO D.M. (2007): «La colonización agraria orientalizante en la Cuenca Media del Guadiana», en RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILLA, I. (ed.): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Cáceres. 45-69.

ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986): «Gadir», en DEL OLMO, G. y AUBET, M^a E.: *Los fenicios en la Península Ibérica*, tomo I. Sabadell. 39-58.

- (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir», en RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS, M. (eds.): *Iberos. Actas de las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico. Jaén 1985*. Jaén. 273-298.
- (1989): «Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida», en AUBET, M^a E. (ed.): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell. 433-476.
- (1992): «Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana», en *Spal* 1. Sevilla. 321-343.
- (1993): «De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional», en *Spal* 2. Sevilla. 183-218.
- (2001a): «Fenicios a las puertas de Tartessos», en *Complutum* 12. Madrid. 73-96.
- (2001b): «Podando a *Carmo*. Perfiles del sustrato turdetano», en *Carmona romana*. Sevilla. 21-35.
- (2002): «Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir», en *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica. Spal Monografías II*. Sevilla. 33-75.

- (2010): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Madrid.
- (2011): «Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 161-192.

ESCACENA CARRASCO, J.L., FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): «Sobre El Carambolo: un *hippos* sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico», en *Archivo Español de Arqueología (AEspA)* 80. Madrid. 5-28.

ESCACENA CARRASCO, J.L., MONTAÑÉS, S., LADRÓN DE GUEVARA, I. y PERDIGONES, L. (1994): «De la fundación de *Asido*», en *Spal* 3. Sevilla. 179-207.

ESPINOSA ESPINOSA, D. y GUTIÉRREZ MARTÍN, F. (2006): «Tartessos: configuración y colapso de una sociedad preurbana en la Península Ibérica», en *Arqueoweb. Revista sobre arqueología en Internet*, 8 (1). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L.E., SUÁREZ, J., MAYORGA, J., RAMBLA, A., NAVARRO, I., ARANCIBIA, A. y ESCALANTE, M^a del M. (1997): «Un poblado indígena del siglo VIII a.C. en la Bahía de Málaga. La intervención de urgencia en la plaza de San Pablo», en AUBET, M^aE.: *Los fenicios en Málaga*. Málaga. 215-251.

FERNÁNDEZ FLORES, Á. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2005): «El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir», en *Trabajos de Prehistoria* 62 (I). Madrid. 111-138.

- (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Sevilla.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*. Huelva Arqueológica IX. Huelva.

- (1993): «Plata y plomo en el comercio fenicio-tartésico», en *Metalurgia de la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Murcia. 131-165.

- (1995): «Economía metalúrgica de Tartessos», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 411-416.
- (2005): «Y por fin llegaron los fenicios..., a Huelva», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen II. Mérida. 731-747.
- (2008): «La presencia fenicia en el área atlántica onubense y su entorno», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica. Cuadernos del Arqueología Mediterránea* 18. Barcelona. 39-52.

FERNÁNDEZ JURADO, J. y RUIZ MATA, D. (1985): «La metalurgia de la plata en época tartésica en Huelva», en *Pyrenae* 21. Barcelona. 23-44.

- (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. *Huelva Arqueológica* VIII. Huelva.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1999): «Incógnitas y controversias en la investigación sobre Tarteso», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 91-102.

FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (1999): «Economía de la colonización fenicia y griega en la Península Ibérica», en *Stydia Historica. Historia Antigua* 17. Salamanca. 25-58.

FERNÁNDEZ URIEL, P. (1995): «Algunas consideraciones sobre la púrpura: su expansión por el lejano Occidente», en *Actes du IIIe Congrès international des etudes Pheniciennes et Puniquees (Tunis, 11-16 novembre 1991)*, volumen II. Túnez. 39-53.

- (1998): «Melilla en el comercio del Mediterráneo: miel, sal y púrpura», en *Aldaba* 30. 53-87.
- (2000): «La industria de la sal», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo I. Cádiz. 345-351.
- (2004): «La moneda de Rusaddir. Una hipótesis de trabajo», en *Gerión* 22 (I). Madrid. 147-167.

FERRER ALBELDA, E. (1994): «Algunas cuestiones sobre cronología y dispersión de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica», en *AAC* 5. Córdoba. 33-60.

- (1999): «La olvidada “necrópolis fenicia” de Marchena (Sevilla)», en *Spal* 8. Sevilla. 101-114.
- (2005): «Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial», en *V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*. Sevilla. 195-223.
- (2011): «Unidad y diversidad de los fenicios en el período postcolonial (I): la visión exoétnica», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 193-212.

FERRER ALBELDA, E. y DE LA BANDERA, M^a L. (2005): «El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el período orientalizante», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 565-574.

FERRER ALBELDA, E., DE LA BANDERA, M^a L. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2007): «El poblamiento rural protohistóricos en el Bajo Guadalquivir», en RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILLA, I. (ed.): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Cáceres. 195-224.

FERRER ALBELDA, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., GONZÁLEZ ACUÑA, D., MUÑOZ GARCÍA, E. y MORO BERRAQUERO, F.J. (1997): «Dos notas sobre el depósito de la Ría de Huelva», en *Spal* 6. Sevilla. 67-85.

FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2007): «El fenómeno de la polis en el mundo púnico occidental», en JUSTEL, J.J., SOLANS, B.E., VITA, J.P. y ZAMORA, J.A. (eds.): *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente como fuente de civilización. Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Zaragoza, 17 a 21 de Octubre de 2006)*. Zaragoza. 653-667.

FLORIDO NAVARRO, C. (1984): «Ánforas prerromanas sudibéricas», en *Habis* 15. Sevilla. 419-436.

FRANKESTEIN, S. (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Barcelona.

GAGO VIDAL, M^a H., CLAVAÍN, I., MUÑOZ VICENTE, A., PERDIGONES, L. y FRUTOS, G. de (2000): «El complejo industrial de salazones gaditano de Camposoto, San Fernando (Cádiz): estudio preliminar», en *Habis* 31. Sevilla. 37-61.

GARBINI, G. (1999): «The Phoenicians and others», en *Phoenicians and Carthaginians in the Western Mediterranean. Studia Punica* 12. Roma. 9-14.

- (2001): «Nouvelles perspectives sur la plus ancienne présence orientale dans la Péninsule Ibérique», en *Os púnicos no Extremo Occidente*. Lisboa. 39-45.

GARRIDO ROIZ, J.P. (2000): «El comercio como factor de desarrollo y rasgo de caracterización de la vida urbana: los orígenes de Tartessos», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 175-188.

- (2004): «Oriente en Occidente: consideraciones en torno a Tartessos a propósito de los ritos funerarios y las relaciones mediterráneas», en FERNÁNDEZ JURADO, J., GARCÍA SANZ, C. y RUFETE TOMICO, P. (eds.): *Actas del II Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Huelva, 30 de Septiembre a 3 de Octubre de 2003)*. Huelva Arqueológica 20. Huelva. 273-280.

GASULL, P. (1986): «Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la Península Ibérica», en DEL OLMO, G. y AUBET, M^a E.: *Los fenicios en la Península Ibérica*, tomo II. Sabadell. 193-201.

- (1993): « El sistema ritual fenicio: inhumación e incineración», en *Madriider Mitteilungen* 34. Mainz. 71-82.

GIL DE LOS REYES, S. y PUYA GARCÍA DE LEÁNIZ, M. (1995): «Excavaciones en la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)», en *Actes du IIIe Congrès international des études Phéniciennes et Puniqes (Tunis, 11-16 novembre 1991)*, volumen II. Túnez. 83-87.

GKIASTA, M. (2010): «Social identities, materiality and connectivity in Early Bronze Age Crete», en VAN DOMMELEN, P. y KNAPP, A.B.

(eds.): *Material connections in the Ancient Mediterranean*. Londres – Nueva York. 85- 105.

GÓMEZ BELLARD, C. (1991): «La expansión cartaginesa en Sicilia y Cerdeña», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1990)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 25. Ibiza. 47-57.

- (2006): «La explotación rural fenicia y púnica en el Mediterráneo occidental», en *Mainake XXVIII*. Málaga. 177-187.

GÓMEZ BELLARD, C., COSTA RIBAS, B., GÓMEZ BELLARD, F., GURREA BARRICARTE, R., GRAU ALMERO, E. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1990): *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*. Excavaciones Arqueológicas en España (EAE) 157. Madrid.

GÓMEZ TOSCANO, F. (2007): «Nuevas evidencias en Huelva desde finales del siglo VI a.C. ¿Crisis, reactivación o simplemente continuidad?», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 441-457.

- (2009): «Huelva en el año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo», en *Gerión* 27. Madrid. 33-65.

GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid.

- (2006): «The Pre-colonial Phoenician Emporium of Huelva ca. 900-770 BC», en *Bulletin Antieke Beschaving (BABesch)*, 81. 25-41.
- (2008): «The emporium of Huelva and Phoenician chronology: present and future possibilities», en SAGONA, C.: *Beyond the homeland: markers in Phoenician chronology*. Leuven. 631-655.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1998): «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97», en *Rivista di Studi Fenici* XXVI (2). Roma. 191-228.

- (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España). S. IX-VII a.C.* Alicante.
- (2007): «Rasgos arquitectónicos y urbanísticos de La Fonteta», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 69-82.

- (2008): «Avance de los análisis de caracterización de las cerámicas de La Fonteta», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica. Cuadernos del Arqueología Mediterránea* 18. Barcelona. 53-79.

GONZÁLEZ RUIBAL, A., RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, R. y AYÁN VILA, X. (2010): «Buscando a los púnicos en el Noroeste», en *Mainake XXXII* (I). Málaga. 577-600.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*. Madrid.

- (1986): «Notas en torno a la aculturación en Tartessos», en *Gerión*, 4. Madrid.
- (1994): «El auge de Cartago (s.VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica», en *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera* 22. Ibiza. 7-22.
- (1999): «Las estructuras del mundo tartésico», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 103-116.
- (2000): «Santuario, territorios y dependencia en la expansión fenicia arcaica en Occidente», en *ARYS* 3. Huelva. 41-58.
- (2005a): «Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la Península Ibérica», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 149-165.
- (2005b): «Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico», en *Revista Portuguesa de Arqueología* 8 (2). Lisboa. 177-192.
- (2005c): «Colonización, aculturación, asimilación y mundo funerario», en GONZÁLEZ PRATS, A. (ed.): *El mundo funerario: actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios (Guardamar del Segura, 3-5 de Mayo de 2002)*. Alicante. 267-298.

- (2007a): «El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis», en *Gerión* 25 (Nº Extra 1). Madrid. 121-131.
- (2007b): «El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 43-68.
- (2008): «Tiro, Melkart, Gadir y la conquista simbólica de los confines del mundo», en GONZÁLEZ ANTÓN, R., LÓPEZ PARDO, F. y PEÑA ROMO, V. (eds.): *Los fenicios y el Atlántico. IV Coloquio del CEFYP*. Madrid. 11-30.
- (2011): «Fenicios en Tartessos: ¿Interacción o colonialismo?», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 119-128.

GONZÁLEZ WAGNER, C., PLÁCIDO, D. y ALVAR, J. (1996): «Consideraciones sobre los procesos de estatalización en la Península Ibérica», en *Complutum Extra* 6 (II). Madrid. 139-150.

GRAS, M. (1997): *Il Mediterraneo nell'età arcaica*. Paestum.

GUBEL, E. (2006): «Notes on the Phoenician component of the Orientalizing horizon», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 85-93.

GUERRERO AYUSO, V.M. (1998): «Los mercantes fenicio-púnicos en la documentación literaria, iconográfica y arqueológica», en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1996)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 41. Ibiza. 61-103.

- (2008): «"Las naves de Kérné" (II). Navegando por el Atlántico durante la protohistoria y la antigüedad», en GONZÁLEZ ANTÓN, R., LÓPEZ PARDO, F. y PEÑA ROMO, V. (eds.): *Los fenicios y el Atlántico. IV Coloquio del CEFYP*. Madrid. 69-142.

GURREA BARRICARTE, R. y RAMÓN TORRES, J. (2000): «Excavaciones arqueológicas en la acrópolis de Eivissa (calle de Santa María). El horizonte arcaico», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M.

(eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo IV. Cádiz. 1555-1579.

HARDEN, D. (1985): *Los fenicios*. Barcelona.

HARRISON, R.J. (1989): *España en los albores de la Historia*. Madrid.

HAYNE, J. (2010): «Entangled identities in Iron Age Sardinia?», en VAN DOMMELEN, P. y KNAPP, A.B. (eds.): *Material connections in the Ancient Mediterranean*. Londres – Nueva York. 147-169.

HIDALGO CUÑARRO, J.M. y DE LA PEÑA SANTOS, A. (2000): «Los contactos entre el área galaica y el Mediterráneo durante la Prehistoria reciente», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo II. Cádiz. 807-813.

HODOS, T. (2009): «Colonial engagements in the global Mediterranean Iron Age», en *Cambridge Archaeological Journal* 19 (2). Cambridge. 221-241.

HUNT ORTIZ, M. (1995): «El foco metalúrgico de Aznalcázar, Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del Suroeste de la Península Ibérica», en *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 447-473.

- (2005): «Plata de Tartessos: producción y dispersión», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen II. Mérida. 1241-1248.

IBORRA, M^a P., GRAU, E. y PÉREZ JORDÁ, G. (2003): «Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión», en GÓMEZ BELLARD, C. (ed.): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia. 33-55.

IZQUIERDO EGEA, P. (1994): «Setefilla y la crisis tartésica del siglo VI a.C.», en SÁEZ, P. y ORDÓÑEZ, S.: *Homenaje al profesor Presedo*. Sevilla. 81-93.

- (1995): «El Estrecho de Gibraltar y la estrategia comercial fenicia en el territorio tartésico: intercambio y transformaciones

socioeconómicas en la población onubense de los siglos VIII-VI a.C.», en *Actas del II Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar” (Ceuta, 1990)*, II. Madrid. 45-56.

- (1996-97): «Fluctuaciones económicas y cambios sociales en la protohistoria ibérica», en *Arx* 2-3. 107-138.

IZQUIERDO DE MONTES, R. (1997): «Sobre la copelación de la plata en el mundo tartésico», en *Spal* 6. Sevilla. 87-101.

JANES, S. (2010): «Negotiating island interactions. Cyprus, the Aegean and the Levant in the Late Bronze to Early Iron Ages», en VAN DOMMELEN, P. y KNAPP, A.B. (eds.): *Material connections in the Ancient Mediterranean*. Londres – Nueva York. 127-146.

JIMÉNEZ ÁVILA, F.J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid.

JIMÉNEZ BARRIENTOS, J.C. (1990): «Aspectos rituales de la necrópolis de Cruz del Negro. Carmona (Sevilla)», en *Zephyrus* 43. Salamanca. 215-222.

JIMÉNEZ FLORES, A.M^a (1994): «Ritual funerario y sociedad: el banquete funerario en las necrópolis fenicias de la Península Ibérica», en *Un periplo de cinco años, miscelánea de estudios sobre la Antigüedad*. Sevilla. 127-144.

- (1996): *Ritual funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la Península Ibérica*. Sevilla.
- (2001): «Cultos fenicio-púnicos de Gadir: prostitución sagrada y *puellae gaditanae*», en *Habis* 32. Sevilla. 11-29.
- (2002): «El sacerdocio femenino en el mundo fenicio-púnico», en *Spal* 11. Sevilla. 9-20.

KNAPP, A.B. y VAN DOMMELEN, P. (2010): «Material connections. Mobility, materiality and Mediterranean identities», en VAN DOMMELEN, P. y KNAPP, A.B. (eds.): *Material connections in the Ancient Mediterranean*. Londres – Nueva York. 1-18.

KOCH, M. (2004): *Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*. Madrid.

- KRUEGER, M. (2008): «Valor, prestigio e intercambio. Los métodos ante la teoría», en *Herakleion* 1. Madrid. 7-19.
- LAVADO FLORIDO, M^a L. (2000): «El comercio a través del Guadalquivir en época antigua: el yacimiento de Las Monjas (Trebijena, Cádiz)», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo I. Cádiz. 385-393.
- LE MEAUX, H. (2005): «Estilos orientalizantes: el caso de los marfiles peninsulares», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen II. Mérida. 1117-1135.
- LIPINSKI, E. (1984): «Vestiges phéniciens d'Andalousie», en *Orientalia Lovaniensia Periodica* 15. Leuven. 81-132.
- (2004): *Itineraria phoenicia*. Leuven.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (1991): «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Ibiza, 1990)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 25. Ibiza. 73-86.
- (1995): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*. Barcelona.
 - (1999): «Difusionismo y cambio cultural en la protohistoria española: Tarteso como paradigma», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 39-68.
 - (2004): «La identidad étnica de los fenicios occidentales», en CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (eds.): *Identidades étnicas – identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga. 147-167.
 - (2005a), «Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 405-421.

- (2005b): «Astarté en Baria. Templo y producción entre los fenicios occidentales», en *Archivo Español de Arqueología (AEspA)* 78. Madrid. 5-21.
- (2005c): «La aristocracia fenicia occidental», en *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Marsala-Palermo, 2-8 Ottobre 2000)*, tomo III. Palermo. 1148-1152.
- (2006): «Colonial, merchants and alabaster vases: the western Phoenician aristocracy», en *Antiquity* 80. York. 74-88.
- (2007): «Abdera y Baria. Dos ciudades fenicias en el extremo sureste de la Península Ibérica», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 157-186.

LÓPEZ GARCÍA, P., LÓPEZ SÁEZ, J.A. y HERNÁNDEZ CARRETERO, A. (2005): «El paleoambiente del Suroeste peninsular en la Protohistoria», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 383-403.

LÓPEZ MÁLAX-ECHEVARRÍA, A. (1975): «La necrópolis púnica “El Jardín”, Torre del Mar (Málaga)», en *XIII Congreso Nacional de Arqueología. Huelva 1973*. Zaragoza. 795-808.

LÓPEZ PARDO, F. (1990a): «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica», en *Archivo Español de Arqueología (AEspA)* 63. Madrid. 7-41.

- (1990b): «Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)», en *Gerión* 8. Madrid. 141-162.
- (1991): «El Periplo de Hannón y la expansión cartaginesa en el África Occidental», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1990)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 25. Ibiza. 59-71.
- (1996): «Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelos de las escalas náuticas al de la colonización con implicaciones productivas», en *Gerión* 14. Madrid. 251-288.

- (2000): «Del Mercado Invisible (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza púnicas en la costa atlántica africana», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 215-230.
- (2001): «Los fenicios en la costa africana: balance y proyectos», en *La colonización fenicia en Occidente. Estado de la investigación en los inicios del siglo XXI. XVI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*. Ibiza. 19-48.
- (2004): «Puntos de mercado y formas de comercio en las costas atlánticas de la Lybie en época fenicio-púnica», en GONZÁLEZ ANTÓN, R. y CHAVES TRISTÁN, F. (eds.): *Fortunatae Insulae. Canarias y el Mediterráneo*. Tenerife. 85-100.
- (2008): «"Las naves de Kérné" (I). Las referencias literarias», en GONZÁLEZ ANTÓN, R., LÓPEZ PARDO, F. y PEÑA ROMO, V. (eds.): *Los fenicios y el Atlántico*. Madrid. 51-67.

LÓPEZ PARDO, F. y MEDEROS MARTÍN, A. (2008): *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*. Tenerife.

LÓPEZ PARDO, F. y SUÁREZ PADILLA, J. (2002): «Traslados de población entre el Norte de África y el Sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico», en *Gerión* 20. Madrid. 113-152.

LÓPEZ ROSENDO, E. (2005): «El perfume en los rituales orientalizantes de la Península Ibérica», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 669-681.

- (2007): «El yacimiento arqueológico de Los Villares/Montealto y los orígenes tartésicos y romanos de la población de Jerez», en *Revista de Historia de Jerez* 13. Jerez de la Frontera. 9-34.

LULL, V. y PICAZO, M. (1989): «Arqueología de la muerte y estructura social», en *Archivo Español de Arqueología (AEA)* 62. Madrid. 5-20.

MAAS-LINDEMANN (1986): «Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental», en DEL OLMO, G. y AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en la Península Ibérica*, tomo I. Sabadell. 227-240.

- (1994): «La primera fase de la colonización fenicia en España según los hallazgos del Morro de Mezquitilla (Málaga)», en GONZÁLEZ, A., CUNCHILLOS, J.L. y MOLINA, M. (ed.): *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Cartagena. 281-291.

MAIER ALLENDE, J. (2005): «Las necrópolis protohistóricas de Los Alcores: relectura de la tradición arqueológica», en *V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*. Sevilla. 331-363.

MALUQUER DE MOTES, J. (1960): «Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos», en *I Symposium de Prehistoria Peninsular Ibérica*. Pamplona. 273-301.

- (1976): *Tartessos*. Barcelona.
- (1985): «Notes sobre les relacions comercials entre la conca del Guadiana i Andalusía en els darrers temps de la civilització tartéssica», en *Pyrenae* 21. Barcelona. 11-22.

MANCEBO DÁVALOS, J. y FERRER ALBELDA, E. (1988-89): «Aproximación a la problemática de las puntas de flecha en el período orientalizante. El yacimiento de Pancorvo (Montellano, Sevilla)», en *Zephyrus* 41-42. Salamanca. 315-330.

MANSEL, K. (2011): «Cartago y la Península Ibérica en los siglos VIII-VI a.C.», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 69-85.

MARÍN CEBALLOS, M^a C. (2011): «La singularidad religiosa de Gadir en el mundo fenicio-púnico», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 213-222.

MARÍN CEBALLOS, M^a C. y BELÉN DEAMOS, M. (2005): «El fenómeno orientalizante en su vertiente religiosa», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 441-465.

MARTÍN BAÑÓN, A. (2004): «Los antecedentes peninsulares de la arquitectura y funcionalidad de los edificios de Cancho Roano. Algunas cuestiones sobre su origen y evolución», en *Trabajos de Prehistoria* 61 (I). Madrid. 117-140.

MARTÍN CÓRDOBA, E., RAMÍREZ SÁNCHEZ, J. de D., RECIO RUIZ, Á. y MORENO ARAGÜEZ, Á. (2007): «Nuevos yacimientos fenicios en la costa de Vélez-Málaga (Málaga)», en *Ballix. Revista de cultura de Vélez-Málaga* 3. Málaga. 7-46.

MARTÍN RUIZ, J.A. (1995-96): «Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía», en *Mainake* XVII-XVIII. Málaga. 73-90.

- (2000): «Cerámicas a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos. (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*. Cádiz. 1625-1630.
- (2007a): *La crisis del siglo VI en los asentamientos fenicios de Andalucía*. Málaga.
- (2007b): «La presencia fenicia entre los ríos Guadalhorce y Guadiaro: su evolución e implantación territorial», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 233-256.
- (2009a): «Estelas funerarias fenicias en Andalucía», en *Herakleion* 2. Madrid. 41-59.
- (2009b): «La muerte en una colonia fenicia de Occidente: las necrópolis fenicias de Malaca», en *Madriider Mitteilungen* 50. Mainz. 149-158.
- (2010): «Los fenicios y el Estrecho de Gibraltar», en *Aljaranda* 76. Tarifa. 4-13.

MARTÍNEZ PECES, C. y MONTAÑÉS CABALLERO, M. (2000): «La protohistoria en la provincia de Cádiz. Una prospección bibliográfica de los yacimientos», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo II. Cádiz. 827-847.

MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C. (1997): «L'etablissement phénicien d'Abul (Alcácer do Sal)», en *Itinéraires Lusitaniens*. París. 255-271.

MEDEROS MARTÍN, A. (2003-2004): «Una colonización competitiva. *TKR, MŠWŠ* y las tradiciones de fundación de Massia (Murcia) y Sexi

- (Granada)», en *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 19-20. Murcia. 123-142.
- MEDEROS MARTÍN, A. y RUIZ CABRERO, L.A. (2000-2001): «Trashumancia, sal y comercio fenicio en las cuencas de los ríos Vinalopó y Bajo Segura (Alicante)», en *Lucentum XIX-XX*. Alicante. 5-48.
- (2011): «Sidón en Occidente. El Castillo de Doña Blanca, Asido y Gadir», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 87-117.
- MILLÁN LEÓN, J. (2000): «Las navegaciones atlánticas gadiritas en época arcaica (ss. VIII-VII a.C.): Cerné y las Cassitérides», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo II. Cádiz. 859-867.
- MORALES MUÑIZ, A., ROSELLÓ IZQUIERDO, E., MORENO NUÑO, R., CEREJO PECHARROMÁN, M.A. y HERNÁNDEZ CARRASQUILLA, F. (1995): «Bases de subsistencia de origen animal en el Sudoeste peninsular durante el primer milenio a.C.», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 523-548.
- MORENO ARRASTIO, F. (2000): «Tartessos, estelas, modelos pesimistas», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: actas del I Coloquio del CEFYP. Madrid, 9-12 Noviembre, 1998*. Madrid. 153-174.
- (2008): «En El Corazón de las Tinieblas. Forma y dinámica de la colonización fenicia en Occidente», en *Gerión* 26 (1). Madrid. 35-60.
- MORGENROTH, U. (2004): *Southern Iberia in the Early Iron Age*. Oxford.
- MOSCATI, S. (1968): *The World of the Phoenicians*. Londres.
- MUHLY, J.D. (1998): «Copper, tin, silver and iron: the search for metallic ores as an incentive for foreign expansion», en GITIN, S., MAZAR, A. y STERN, E. (eds.): *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to early tenth centuries BCE*. Jerusalén. 314-329.
- MUÑIZ COELLO, J. (1974): «Málaga y la colonización púnica en el Sudeste peninsular», en *Habis* 5. Sevilla. 109-130.

- MUÑOZ VICENTE, Á. (1995-96): «Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz; un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica», en *Boletín del Museo de Cádiz* VII. Cádiz. 77-105.
- MUÑOZ VICENTE, Á. y FRUTOS, G. de (2004): «El comercio de las salazones en época fenicio-púnica en la Bahía de Cádiz. Estado actual de las investigaciones: los registros arqueológicos», en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología de San Fernando*. Cádiz. 131-167.
- MURILLO, J.F. (1989): «Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante», en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16. Madrid. 149-167.
- NEGUERUELA MARTÍNEZ, I. (1979-80): «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», en *Habis* 10-11. Sevilla. 335-360.
- NEVILLE, A. (2007): *Mountains of silver and rivers of gold. The Phoenicians in Iberia*. Exeter.
- NIEMEYER, H.G. (1982): «El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964-1979», en *Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva, 22 al 24 de Mayo de 1980. Huelva Arqueológica* VI. Huelva. 101-130.
- (1986): «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», en DEL OLMO, G. y AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en la Península Ibérica*, I. Sabadell. Pp. 109-126.
 - (1989): «Los comienzos de Cartago y la expansión fenicia en el área mediterránea», en *Gerión* 7. Madrid. 11-40.
 - (1990): «The Phoenicians in the Mediterranean: a non-Greek model for expansion and settlement in Antiquity», en DESCODRES, J.D. (ed.): *Greek colonist and native populations*. Oxford. 469-489.
 - (2002): «The early Phoenician city-states on the Mediterranean: archaeological elements for their description», en HANSEN, M.H. (ed.): *A comparative study of thirty city-state cultures*. Copenhagen. 89-115.
 - (2003): «On Phoenician Art and its Role in Trans-Mediterranean Interconnections ca. 1100-600 BC», en STAMPOLIDIS, N.C. y

KARAGEORGHIS, V. (eds.): *Sea routes... Interconnections in the Mediterranean 16th-6th BC*. Atenas. 201-208.

NIEMEYER, H.G. y SCHUBART, H. (1968): «Toscanos und Trayamar», en *Madrider Mitteilungen* 9. Mainz. 76-105.

NIJBOER, A.J. (2008): «A Phoenician family tomb, Lefkandi, Huelva and the tenth century BC in the Mediterranean», en SAGONA, C. (ed.): *Beyond the homeland: markers on Phoenician chronology*. Leuven. 365-377.

NIVEAU DE VILLEDARY, A.M^a. (2006): «Banquetes rituales en la necrópolis púnica de *Gadir*», en *Gerión* 24. Madrid. 35-64.

- (2008): «Estado de la cuestión y nuevas perspectivas de la arqueología púnica en la Península Ibérica: el caso de la Bahía de Cádiz», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*. Cuadernos del Arqueología Mediterránea 18. Barcelona. 81-127.

NIVEAU DE VILLEDARY, A.M^a. y VALLEJO, J.I. (2000): «Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I. (ss. VI-IV A.N.E.)», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: actas del I Coloquio del CEFYP. Madrid, 9-12 Noviembre, 1998*. Madrid. 313-338.

OLIVER FOIX, A.J. (1995): «La presencia púnica en los asentamientos ibéricos: una aproximación a su problemática», en *Actes du IIIe Congrès international des études Phéniciennes et Puniquees (Tunis, 11-16 novembre 1991)*, volumen II. Túnez. 282-296.

- (2008): «Realidades y perspectivas en los estudios fenicios y púnicos del área mediterránea septentrional peninsular», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*. Cuadernos del Arqueología Mediterránea 18. Barcelona. 129-145.

ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ, R. (2011): «Tradición funeraria fenicia en la Península Ibérica», en OLIVA, J.C. y BELMONTE, J.A. (eds.): *Este Toledo, aquella Babilonia. Convivencia e interacción en las sociedades del Oriente y del Mediterráneo antiguos. V Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo*. Cuenca. 647-656.

OSBORNE, R. (2006): «W(h)ither Orientalization», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 153-158.

PELLICER CATALÁN, M. (1982): «Hacia una periodización del Bronce Final en Andalucía Occidental», en *Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva, 22 al 24 de Mayo de 1980. Huelva Arqueológica VI*. Huelva. 41-47.

- (1996): «Huelva tartesia y fenicia», en *Rivista di Studi Fenici XXIV* (2). Roma. 119-140.
- (1998): «La colonización fenicia en Portugal», en *Spal* 7. Sevilla. 93-105.
- (2000): «El proceso orientalizante en el Occidente ibérico», en *Huelva Arqueológica* 16. Huelva. 89-134.
- (2004): «De Laurita a Tavira: una perspectiva sobre el mundo funerario en Occidente», en GONZÁLEZ PRATS, A. (ed.): *El mundo funerario: actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante. 13-42.
- (2006): «Momentos precoloniales y precolonización en Iberia: nuevos datos», en *Rivista di Studi Fenici* 34 (1). Roma. 9-37.
- (2007): *La necrópolis Laurita (Almuñécar, Granada) en el contexto de la colonización fenicia. Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 15. Barcelona.
- (2008): «Los inicios del rito funerario de la incineración en la Península Ibérica», en *Tabona* 16. Tenerife. 13-35.

PERDIGONES MORENO, L., MUÑOZ VICENTE, A. y PISANO, O. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz*. Roma.

PEREA, A. (2000): «Joyas y bronces», en *Argantonio. Rey de Tartessos*. Madrid. 147-155.

PEREIRA SIESO, J. (2001): «El registro arqueológico de las cremaciones, una fuente para la reconstrucción del ritual funerario», en GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, J. (ed.): *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Cuenca. 11-35.

- (2005): «Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del periodo orientalizante», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 167-187.
- (2011): «El impacto orientalizante en la Meseta Sur en los inicios de la Edad del Hierro», en OLIVA, J.C. y BELMONTE, J.A. (eds.): *Este Toledo, aquella Babilonia. Convivencia e interacción en las sociedades del Oriente y del Mediterráneo antiguos. V Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo*. Cuenca. 657-701.

PEREIRA SIESO, J., CHAPA BRUNET, T. y MADRIGAL BELINCHÓN, A. (2001): «Reflexiones en torno al mundo funerario de la Alta Andalucía durante la transición Bronce Final – Hierro I», en *Spal* 10. Sevilla. 249-273.

PÉREZ MACÍAS, J.A. (1995): «Poblados, centros mineros y actividades metalúrgicas en el Cinturón Ibérico de Piritas durante el Bronce Final», en *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 417-446.

- (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Huelva.
- (1996-1997): «Pico del Oro (Tharsis, Huelva). Contraargumentos sobre la crisis metalúrgica tartésica», en *Arx* 2-3. 93-106.

PESERICO, A. (1999): «Pottery production and circulation in the Phoenician and Punic Mediterranean. A study on open forms», en *Phoenicians and Carthaginians in the Western Mediterranean*. Studia Punica 12. Roma. 125-135.

PISANO, G. (1999): «Remarks on trade in luxury goods in the Western Mediterranean», en *Phoenicians and Carthaginians in the Western Mediterranean*. Studia Punica 12. Roma. 15-30.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1999): «La imagen griega de Tarteso», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 81-89.

- (2003): «Los viajes fenicios y los mitos griegos sobre el lejano Occidente», en *Contactos en el extremo de la Oikoumene. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios*. XVII

Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2002). Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 51. Ibiza. 7-18.

PLÁCIDO SUÁREZ, D., ALVAR EZQUERRA, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid.

POLANYI, K., ARENSBERG, C.M. y PEARSON, M.W. (1976): *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2000): «¿Almacenes o centros redistribuidores de carácter sacro? Una reflexión en torno a un modelo arquitectónico tipificado en la protohistoria mediterránea», en *Actas del II Congreso Internacional del Mundo Púnico*. Cartagena. 173-180.

- (2005): «La beatitud divina: una ideología oriental clave para el desarrollo de la arquitectura monumental púnica», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 635-649.

- (2007): *Los fenicios*. Madrid.

PRESEDO, F. (1981): «Nuevos datos sobre la colonización fenicia», en *Primera reunión gallega de estudios clásicos (Santiago y Pontevedra, 2-4 Julio 1979)*. Santiago de Compostela. 24-31.

PURCELL, N. (2006): «Orientalizing: Five historical questions», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 21-30.

RAMBAUD, F. (1997): «*Portus Gaditanus*», en *Madriider Mitteilungen* 38. Mainz. 75-88.

RAMÓN TORRES, J. (1982): «Cuestiones de comercio arcaico: los frascos fenicios de aceite perfumado en el Mediterráneo central y occidental», en *Ampurias* 44. Barcelona. 17-41.

- (1983): «Puntas de flecha fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales inéditos», en *Homenaje al Prof. Almagro Basch II*. Madrid. 309-323.

- (1991): «Cartago, su fundación y su carácter inicial», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*. Ibiza. 29-45.
- (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.
- (2006): «La proyección comercial mediterránea y atlántica de los centros fenicios malagueños en época arcaica», en *Mainake XXVIII*. Málaga. 189-212.

RAMOS SAINZ, M^a L. (1990): *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid.

- (2000): «Los ritos de incineración e inhumación en las necrópolis hispanas (ss. VIII-II a.C.)», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicio y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo IV. Cádiz. 1693-1697.

RECIO RUIZ, Á. (1990): *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*. Málaga.

REMEDIOS SÁNCHEZ, S. (2007): «La aculturación como forma de violencia en la colonización fenicia de la Península Ibérica», en ECHEVERRÍA, F., MONTES, M^a Y. y RODRÍGUEZ, A. (eds.): *Actas del VI Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Madrid. 215-227.

RODERO RIAZA, A. (2001): «El ritual funerario en las necrópolis coloniales andaluzas», en GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, J. (ed.): *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Cuenca. 79-90.

ROMERO RECIO, M. (1998): «Los puertos fenicios y púnicos», en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1996)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 41. Ibiza. 105-135.

ROVIRA LLORENS, S. (1993): «La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: una síntesis introductoria», en *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Murcia. 45-70.

- (1995a): «De metalurgia tartésica», en *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*. Jerez. 475-506.
- (1995b): «Estudio arqueometalúrgico del depósito de la Ría de Huelva», en RUIZ-GÁLVEZ, M. (ed.): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum Extra 5*. Madrid. 33-57.

ROUILLARD, P. (1991): *Les Grecs et la Peninsule Iberique, du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*. París.

- (2009): «Greeks and the Iberian Peninsula: Forms of exchange and settlements», en DIETLER, M. y LÓPEZ-RUIZ, C.: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations*. Chicago. 131-151.

RUFETE TOMICO, P. (2002): *El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva*. Huelva Arqueológica 17. Huelva.

RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1992): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.

RUIZ CABRERO, L.A., MEDEROS MARTÍN, A. y LÓPEZ PARDO, F. (2007): «Sistemas defensivos en la toponimia fenicia de la costa atlántica ibérica y norteafricana», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 383-403.

RUIZ DE ARBULO, J. (1998): «Rutas marítimas y tradiciones náuticas. Cuestiones en torno a las navegaciones tirias al Mediterráneo Occidental», en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1996)*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 41. Ibiza. 25-48.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1993): «El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce», en *Complutum* 4. Madrid. 41-68.

- (1995a): «Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o profano? ¿Sagrado y, a la vez, profano?», en *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum Extra 5*. Madrid. 21-32.
- (1995b): «El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambios y de las transformaciones producidas en

la transición Bronce Final/Edad del Hierro», en *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum Extra* 5. Madrid. 129-155.

- (1999): «Ancient routes and modern motorways. A lasting tradition of communications in the Iberian Peninsula from the Bronze Age onwards», en ORRLING, C. (ed.): *Communication in Bronze Age Europe. Transactions of the Bronze Age Symposium in Tanumstrand, Bohuslän, Sweden, September 7-5, 1995*. Estocolmo. 81-92.
- (2000): «La precolonización revisada: De los modelos del siglo XIX al concepto de interacción», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*. Madrid. 9-25.
- (2005): «Der fliegende Mittlemeermann. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 251-275.
- (2008): «San Brandanes de la Prehistoria. Navegación atlántica fenicia», en GONZÁLEZ ANTÓN, R., LÓPEZ PARDO, F. y PEÑA ROMO, V. (eds.): *Los fenicios y el Atlántico*. Madrid. 39-50.
- (2009): «¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita», en *Trabajos de Prehistoria* 66 (II). Madrid. 93-118.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. y GALÁN, E. (1991): «Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales», en *Trabajos de Prehistoria* 48. Madrid. 257-273.

RUIZ MATA, D. (1987): «Excavación del túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz), 1985», en *Anuario Arqueológico de Andalucía II. Actividades sistemáticas 1985*. Sevilla. 158-160.

- (1992): «La colonización fenicia en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María)», en *Anuario Arqueológico de Andalucía* 90 (II). Sevilla. 291-300.
- (1993): «Fenicios en la bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)», en *Metalurgia en la Península*

Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación. Murcia. 167-188.

- (1999): «La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica», en *Complutum* 10. Madrid. 279-317.

RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. (1989): «El túmulo 1 de la necrópolis de “Las Cumbres” (Puerto de Santa María, Cádiz)», en AUBET, M^a E. (ed.): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell. 287-295.

RUIZ MATA, D. y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (2002): «Continuidad y cambio durante el siglo VI a.C.: las cerámicas del corte C del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla)», en *Spal* 11. Sevilla. 197-218.

SADER, H. (1995): «Nécropoles et tombes phéniciennes du Liban», en *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 1. Barcelona. 13-30.

SAN NICOLÁS PEDRAZ, M^a P. (1975): «Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio-púnicas en la Península Ibérica y Baleares», en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 2. Madrid. 75-100.

SÁNCHEZ ANDREU, M. (1994): *Las necrópolis tumulares de Los Alcores (Sevilla).* Cádiz.

SANMARTÍ, J. (2009): «Colonial relations y social change in Iberia (seventh to third centuries BC)», en DIETLER, M. y LÓPEZ-RUIZ, C.: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations.* Chicago. 49-88.

SANTOS RETOLAZA, M. (2003): «Fenicios y griegos en el extremo Noreste peninsular durante la época arcaica y los orígenes del enclave foceo de Emporion», en *Contactos en el extremo de la Oikoumene. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios. XVII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2002).* Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera 51. Ibiza. 87-132.

SCHUBART, H. (1976): «Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar», en *Zephyrus* 26-27. Salamanca. 331-342.

- (1982): «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», en *Primeras jornadas arqueológicas sobre*

colonizaciones orientales. Huelva, 22 al 24 de Mayo de 1980. Huelva Arqueológica VI. Huelva. 71-99.

- (1986): «El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», en DEL OLMO, G. y AUBET, M^a E. (ed.): *Los fenicios en la Península Ibérica*, tomo I. Sabadell. 59-83.
- (1999): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 69-79.
- (2001): «La colonización fenicia», en ALMAGRO GORBEA, M., ARTEAGA, O., BLECH, M., RUIZ MATA, D. Y SCHUBART, H.: *Protohistoria de la Península Ibérica*. Barcelona.
- (2002-2003): «Platos fenicios de Occidente», en *Lucentum XXI-XXII*. Alicante. 45-61.

SCHUBART, H. y NIEMEYER, H.G. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo. Excavaciones Arqueológicas en España (EAE) 90*. Madrid.

SCHÜLE, G. (1969): «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo», en *IX Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968)*. Zaragoza. 449-462.

SCHULTEN, A. (1972): *Tartessos*. Madrid.

STAGER, L.E. (2003): «Phoenician shipwrecks in the deep sea», en STAMPOLIDIS, N.C. y KARAGEORGHIS, V. (ed.): *Sea routes... Interconnections in the Mediterranean 16th-6th BC*. Atenas. 233-247.

STARY, P.F. (2000): «Early Iron Age armament and warfare. Near Eastern influences from the Aegean via Etruria to Andalucía», en HERRING, E., WHITEHOUSE, R. D. y WILKINS, J.B. (eds.): *Ancient Italy in its Mediterranean setting*. Londres. 209-220.

STEIN, G.J. (2002): «Colonies without Colonialism: A trade diaspora model of fourth millennium B.C. Mesopotamian enclaves in Anatolia», en LYONS, C.L. y PAPADOPOULOS, J.K. (eds.): *The archaeology of colonialism*. Los Ángeles. 27-64.

- (2005): «The comparative Archeology of colonial encounters», en STEIN, G.J. (ed.): *The Archaeology of colonial encounters. Comparative perspectives*. Santa Fe – Oxford. 3-31.

SUÁREZ PADILLA, J., ESCALANTE, M^a del M., CISNEROS, M^a I., MAYORGA, J. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L.E. (2007): «Territorio y urbanismo fenicio-púnico en la bahía de Málaga. Siglos VIII-V a.C.», en LÓPEZ CASTRO, J.L. (ed.): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Almería. 209-232.

TEJERA GASPAR, A. (1975): «Orígenes y paralelos de las tumbas fenicias y púnicas de Andalucía», en *Habis* IV. Sevilla. 197-212.

- (1979): *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental (estudio tipológico)*. Sevilla.

TORRES ORTIZ, M. (1998): «La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente», en *Complutum*, 9. Madrid. 49-60.

- (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Madrid.
- (2002): *Tartessos*. Madrid.
- (2005a): «¿Una colonización tartésica en el interfluvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?», en *Revista Portuguesa de Arqueología* 8 (2). Lisboa. 193-214.
- (2005b): «Las necrópolis orientalizantes del sudoeste de la Península Ibérica», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA (eds.): *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 423-440.

TREUMANN, B. (2009): «Lumbermen and shipwrights: Phoenicians on the Mediterranean coast of Southern Spain», en DIETLER, M. y LÓPEZ-RUIZ, C.: *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations*. Chicago. 169-190.

TRONCHETTI, C. (1988): *I Sardi. Traffici, relazioni, ideologie nella Sardegna arcaica*. Milán.

TSIRKIN, J.B. (1995): «Primera etapa de la colonización fenicia», en *Espacio, tiempo y forma*, serie II, 8. Madrid. 243-251.

- (1998): «The Tyrian power and her Disintegration», en *Rivista di Studi Fenici* XXVI (2). Roma. 175-190.

VAN DOMMELEN, P. (1997): «Colonial constructs: Colonialism and Archaeology in the Mediterranean», en *Culture Contact and Colonialism*, World Archaeology 28, nº3. Londres. 305-323.

- (1998): *On colonial grounds. A comparative study of colonialism and rural settlement in first millennium BC west central Sardinia*. Leiden.
- (2002): «Ambiguous matters: Colonialism and local identities in Punic Sardinia», en LYONS, C.L. y PAPADOPOULOS, J.K. (eds.): *The archaeology of colonialism*. Los Ángeles. 121-147.
- (2005): «Colonial interactions and hybrid practices. Phoenician and Carthaginian settlement in the Ancient Mediterranean», en STEIN, G.J. (ed.): *The Archaeology of colonial encounters. Comparative perspectives*. Santa Fe – Oxford. 109-141.
- (2006): «The Orientalizing phenomenon: Hybridity and material culture in the Western Mediterranean», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 135-152.

VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12. Barcelona.

- (2007): «Colonial encounters and the negotiation of identities in South-East Iberia», en ANTONIADOU, S. y PACE, A. (eds.): *Mediterranean Crossroads*. Atenas. 537-562.
- (2010): «Mobility, materiality and identities in Iron Age East Iberia. On the appropriation of material culture and the question of judgement», en VAN DOMMELEN, P. y KNAPP, A.B. (eds.): *Material connections in the Ancient Mediterranean*. Londres – Nueva York. 190-209.

VUILLEMOT, G. (1965): *Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie*. Autun.

WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern world-system*. Nueva York.

XELLA, P. y LANCELLOTTI, M^a G. (2004): «Los fenicios y los otros», en MARCO, F., PINA, F. y REMESAL, J. (eds.): *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo. Actas del Coloquio de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza. Instrumenta* 16. Barcelona. 113-123.

ZAMORA LÓPEZ, J.A. (2006): «La “ciudad nueva”: la fundación de ciudades en el mundo fenicio-púnico», en IGLESIAS, M^a J., VALENCIA, R. y CIUDAD, A.: *Nuevas ciudades, nuevas patrias. Fundación y relocalización de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo antiguo*. Madrid. 331-368.

VIII. LÁMINAS

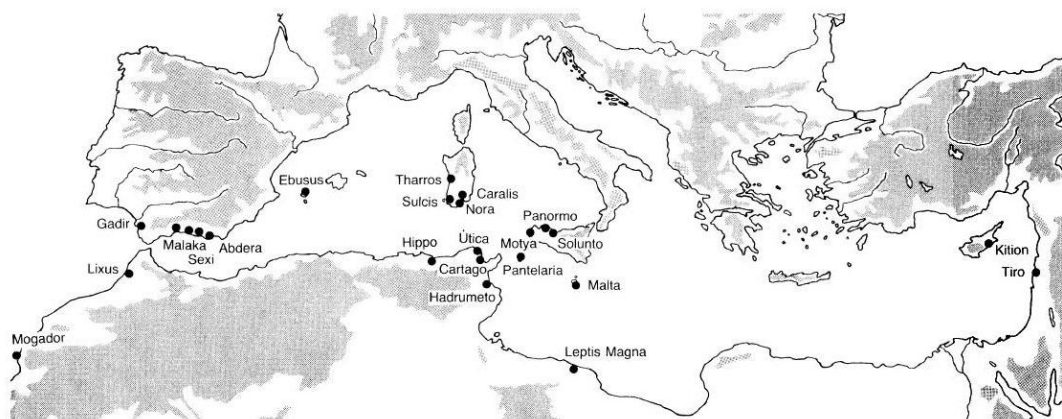


Lámina 1. Principales asentamientos vinculados a la expansión fenicia por el Mediterráneo (según Aubet 1994).

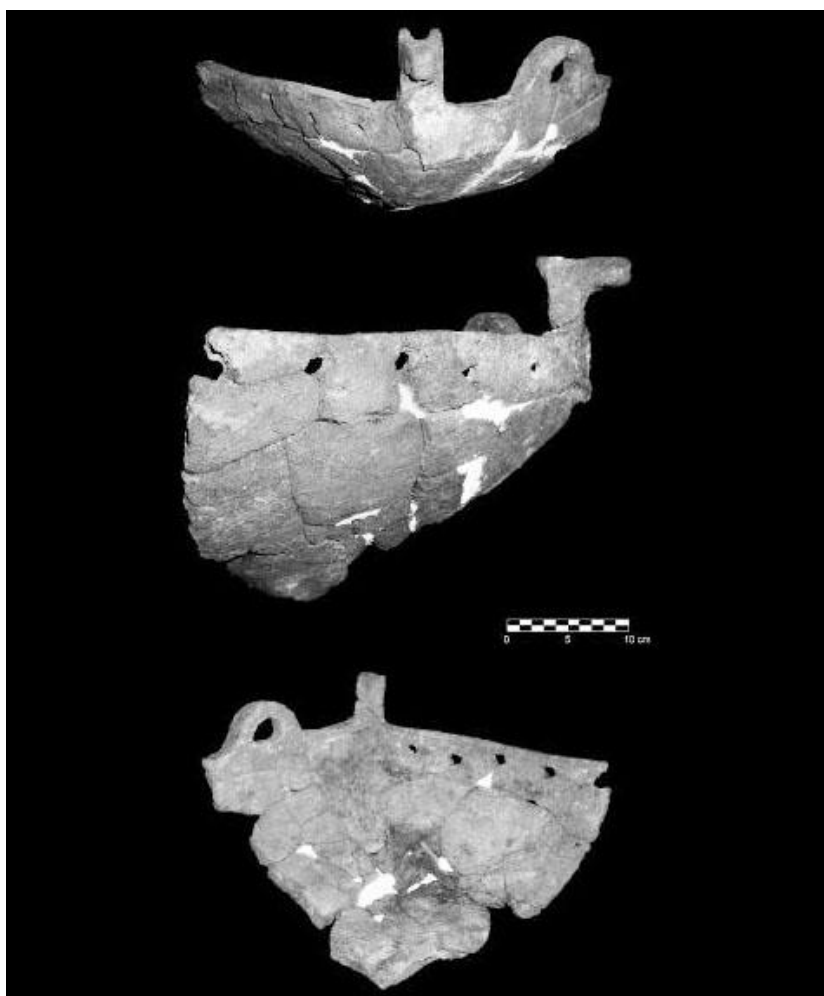


Lámina 2. Exvoto de cerámica en forma de *hippos* de El Carambolo (según ESCacena, Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007).

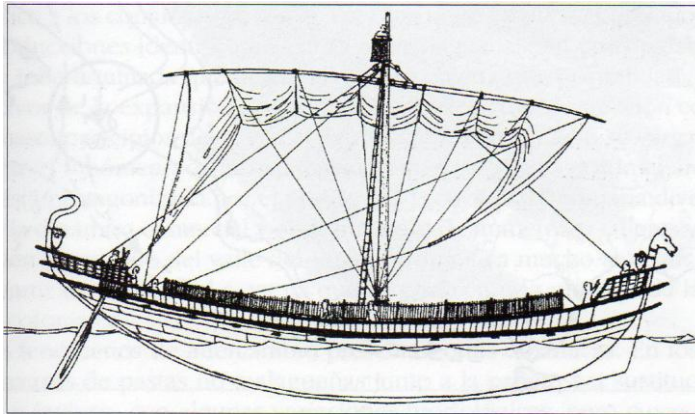


Lámina 3. Reconstrucción de un barco fenicio (según Díes Cusí 1994).



Lámina 4. Rutas de navegación entre el Mediterráneo oriental y occidental.

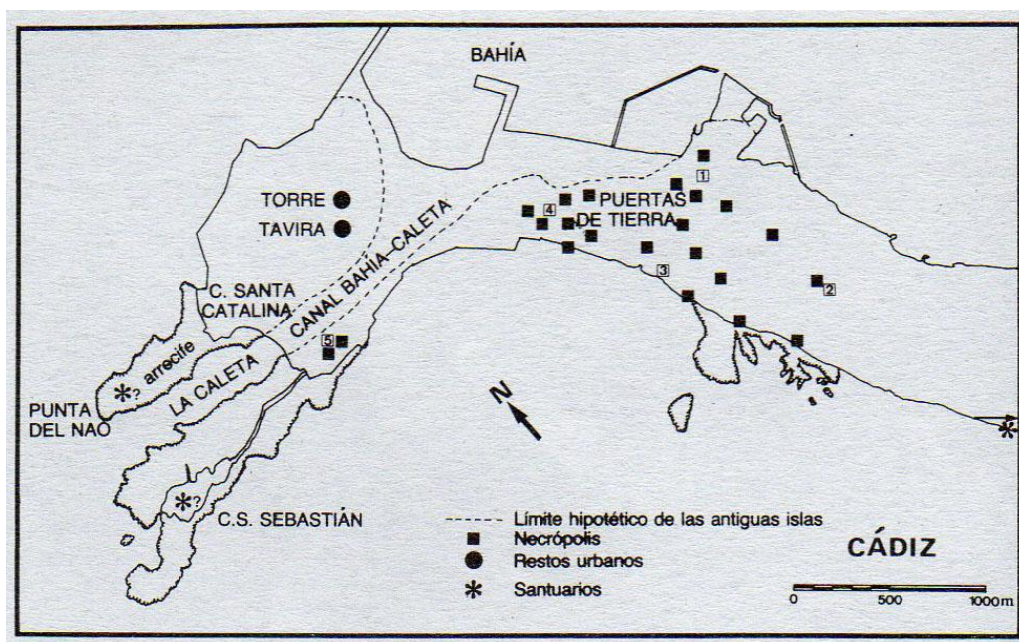


Lámina 5. Cádiz con el antiguo canal Bahía-Caleta (según Escacena 1986).



Lámina 6. Colonias fenicias de Andalucía oriental, con indicación de los centros indígenas cercanos (según Aubet 2009a).

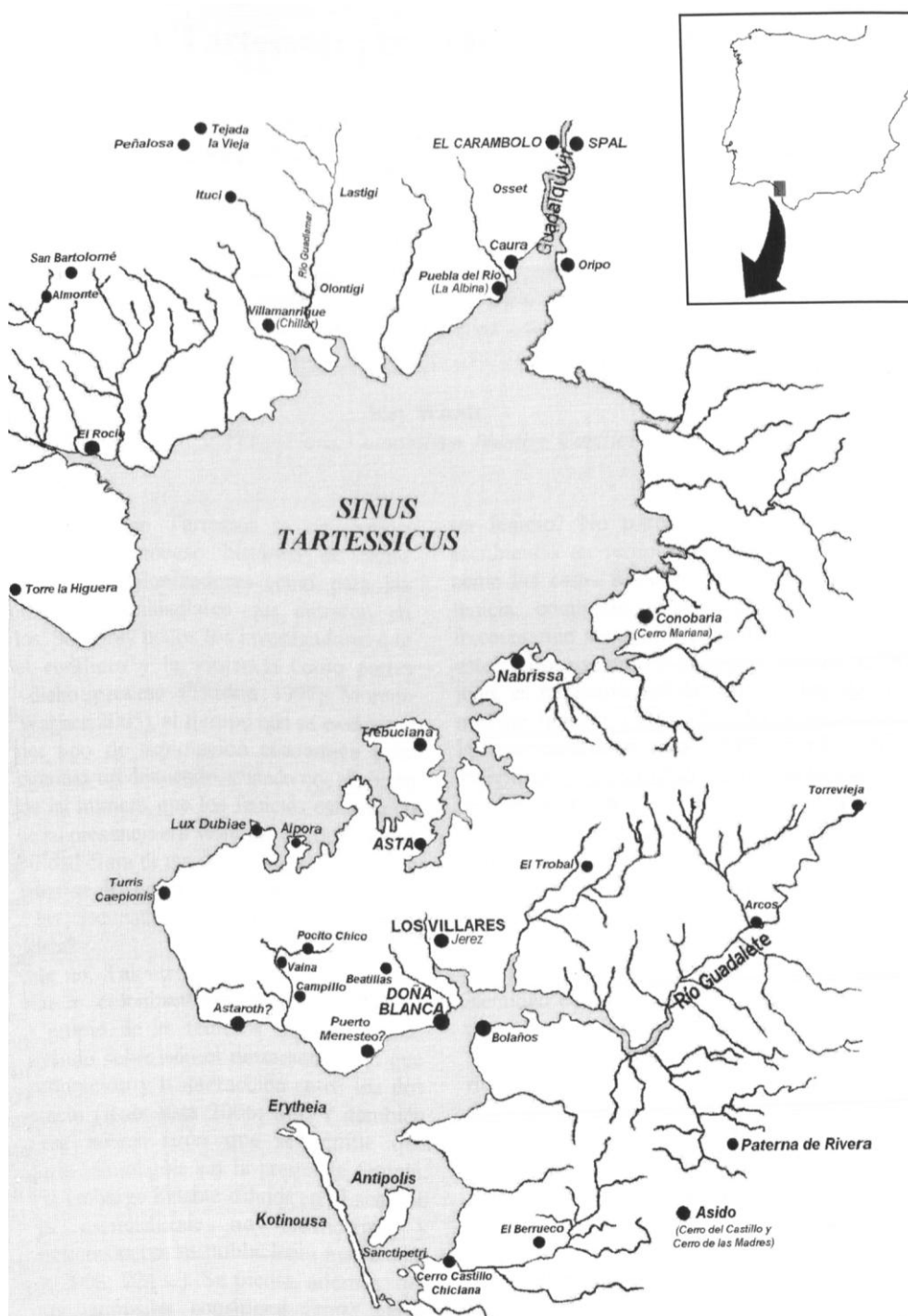


Lámina 7. Paleodesembocadura del Guadalquivir (según López Rosendo 2007).

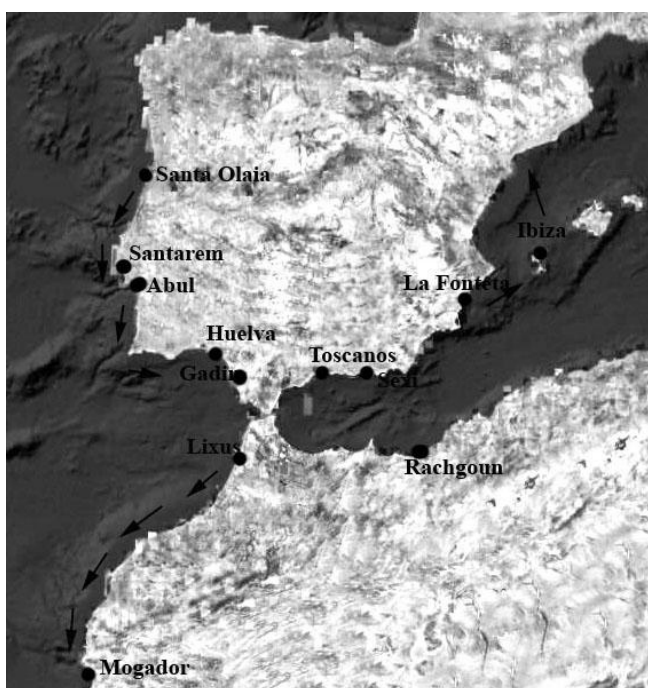


Lámina 8. Expansión del espacio comercial y productivo del círculo gaditano en el siglo VII a.C.

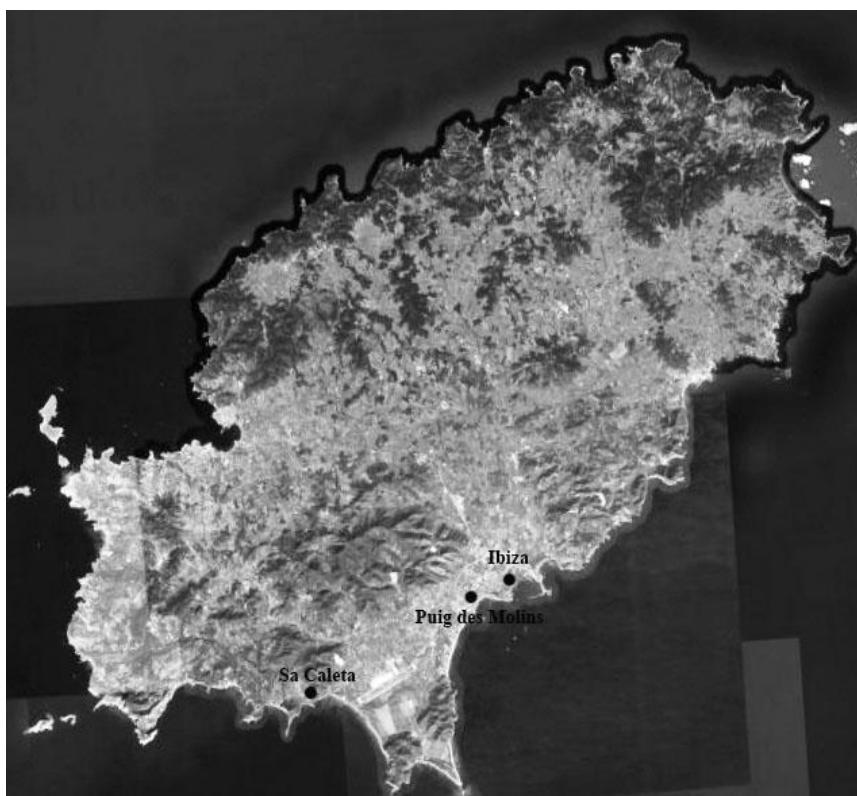


Lámina 9. Situación de los yacimientos fenicios de Ibiza.

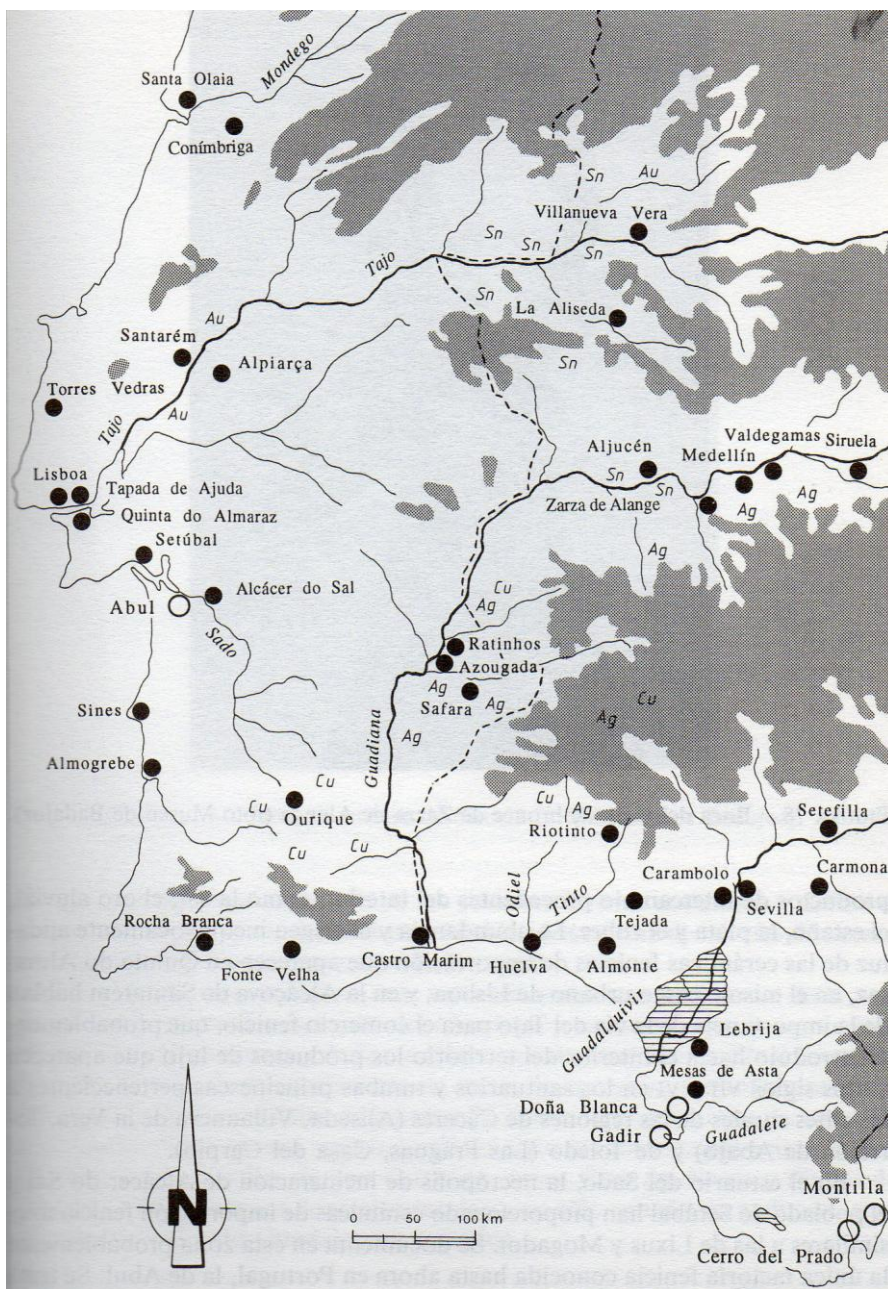


Lámina 10. Situación de los asentamientos portugueses con indicios de comercio fenicio con respecto a Gadir (según Aubet 1994).

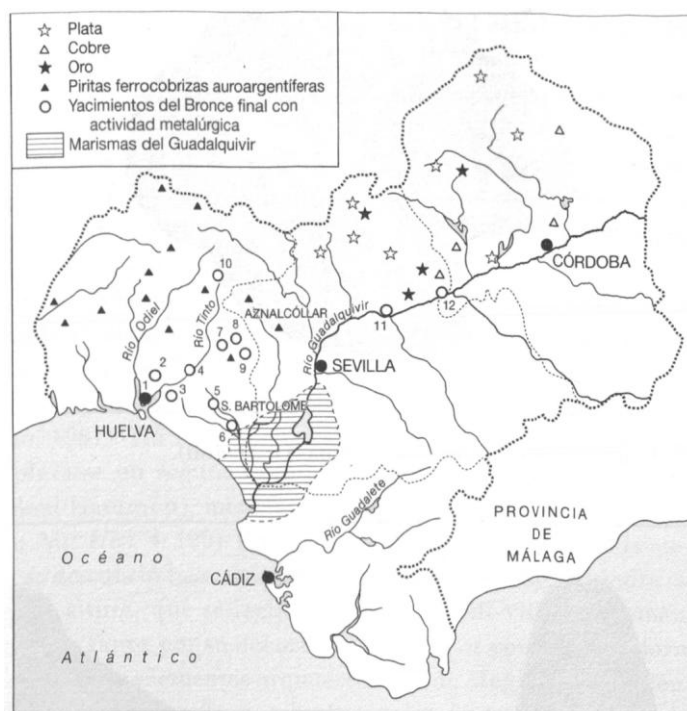


Lámina 11. Yacimientos vinculados a la minería del Suroeste peninsular (D. Ruiz Mata).

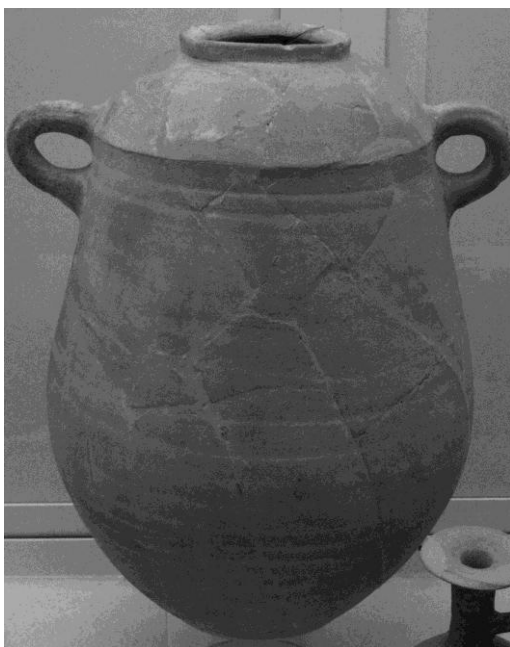


Lámina 12. Ánfora T.10.1.2.1 (Foto: R. Ordóñez).



Lámina 13. Marfiles de Meggido, Carmona y Cartago (según Aubet 2005).

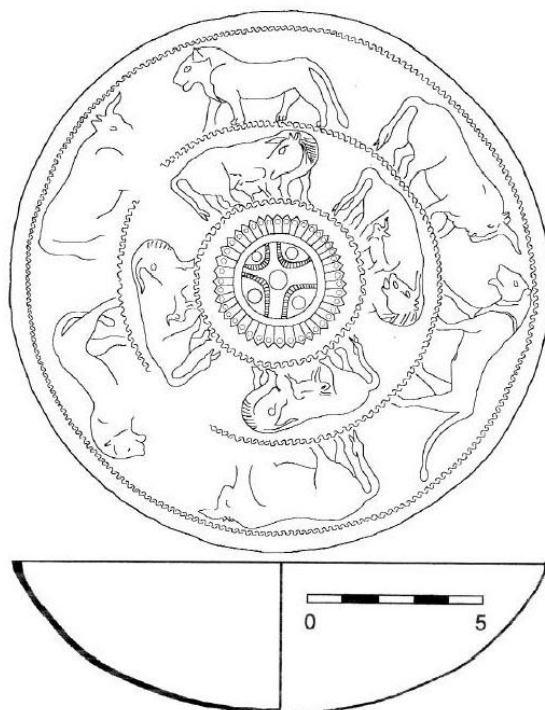


Lámina 14. Cuenco sirio-fenicio conservado en la Real Academia de la Historia, Madrid (según Almagro Gorbea 2004).



Lámina 15. Planta de Motya (según E. Acquaro).



Lámina 16. Los principales asentamientos fenicios costeros de Cerdeña (según Moscati, Bartoloni y Bondi 1997).

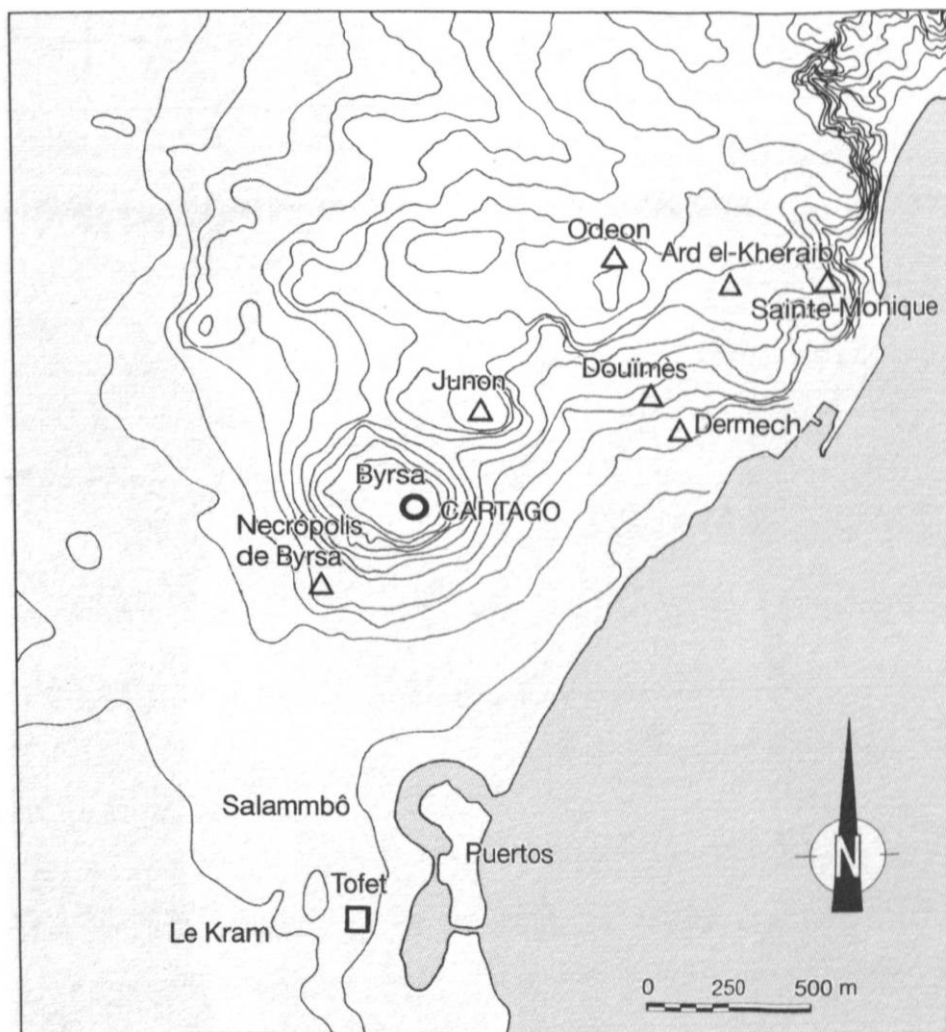


Lámina 17. Plano de Cartago (según Aubet 2009a).

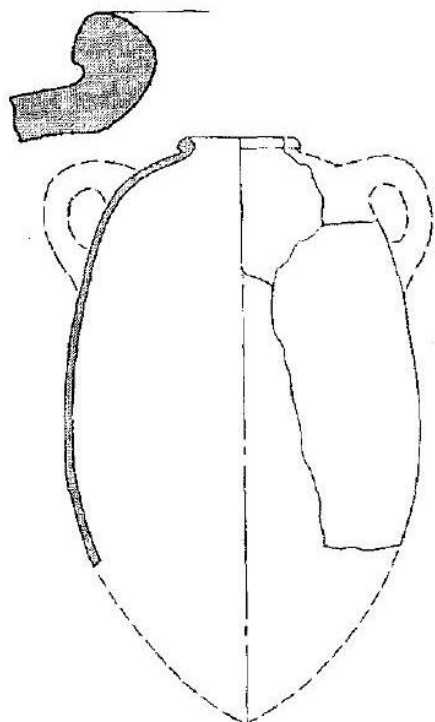


Lámina 18. Ánfora centromediterránea T-2.1.1.2. (según Ramón 1995).

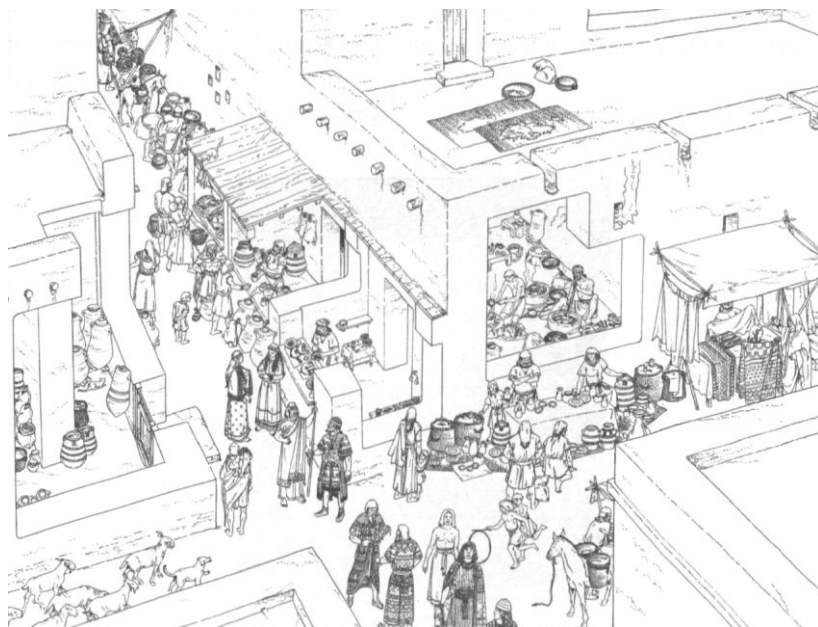


Lámina 19. Reconstrucción de la calle de mercado de Cerro del Villar (F. Riart).

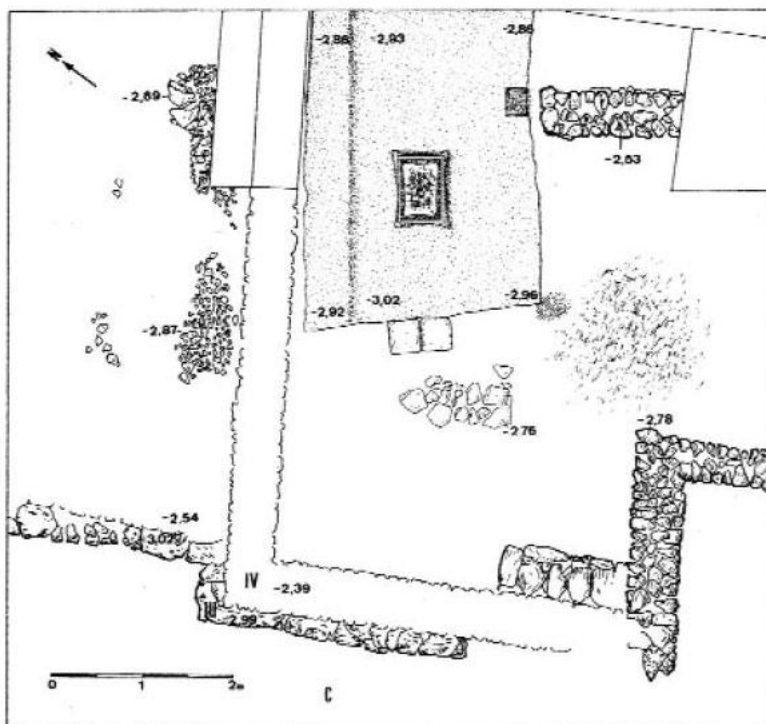


Lámina 20. Fase III del santuario de Coria del Río (R. Izquierdo y J.L. Escacena).

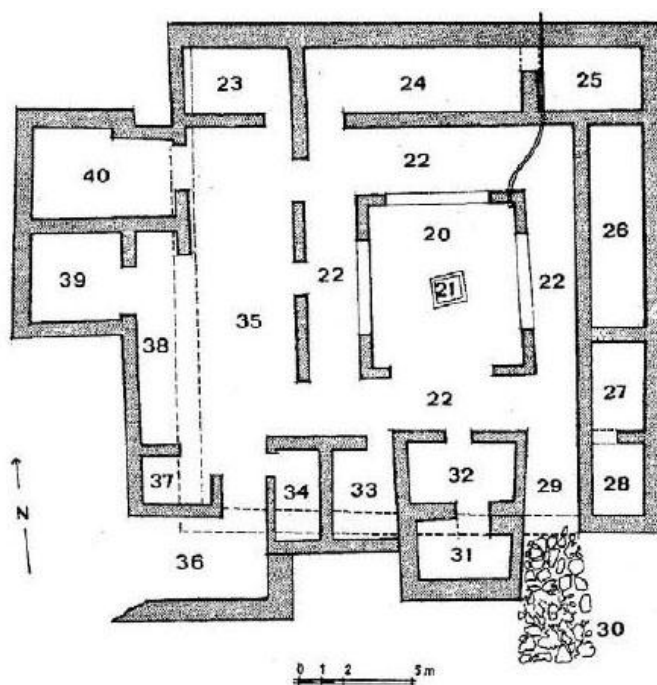


Lámina 21. Planta de la segunda fase del edificio A de Abul (según Mayet y Tavares da Silva 1997).

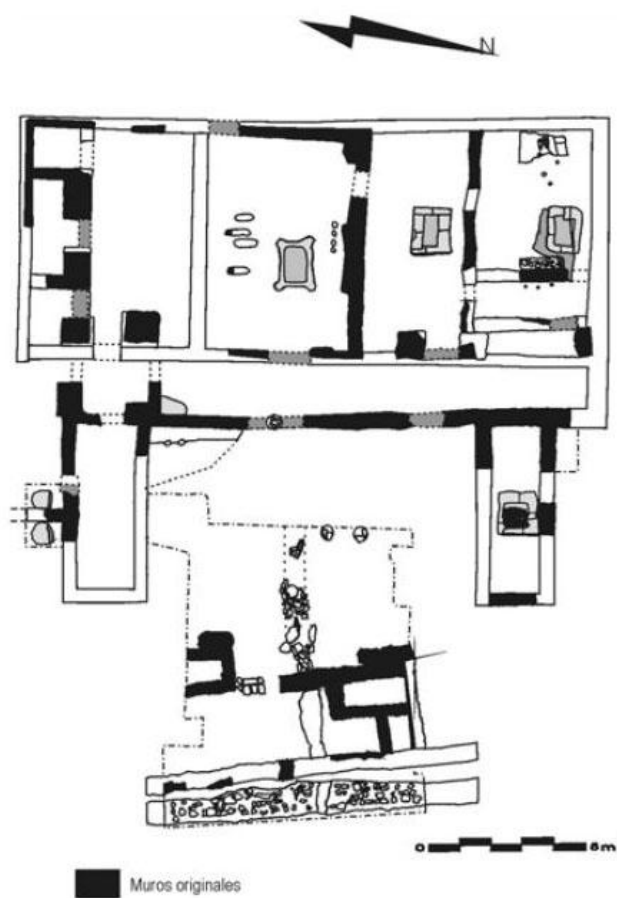


Lámina 22. Fase B de Cancho Roano (según Celestino 2001).



Lámina 23. Imagen de Bes de El Torreón (Foto: D. Sedeño).

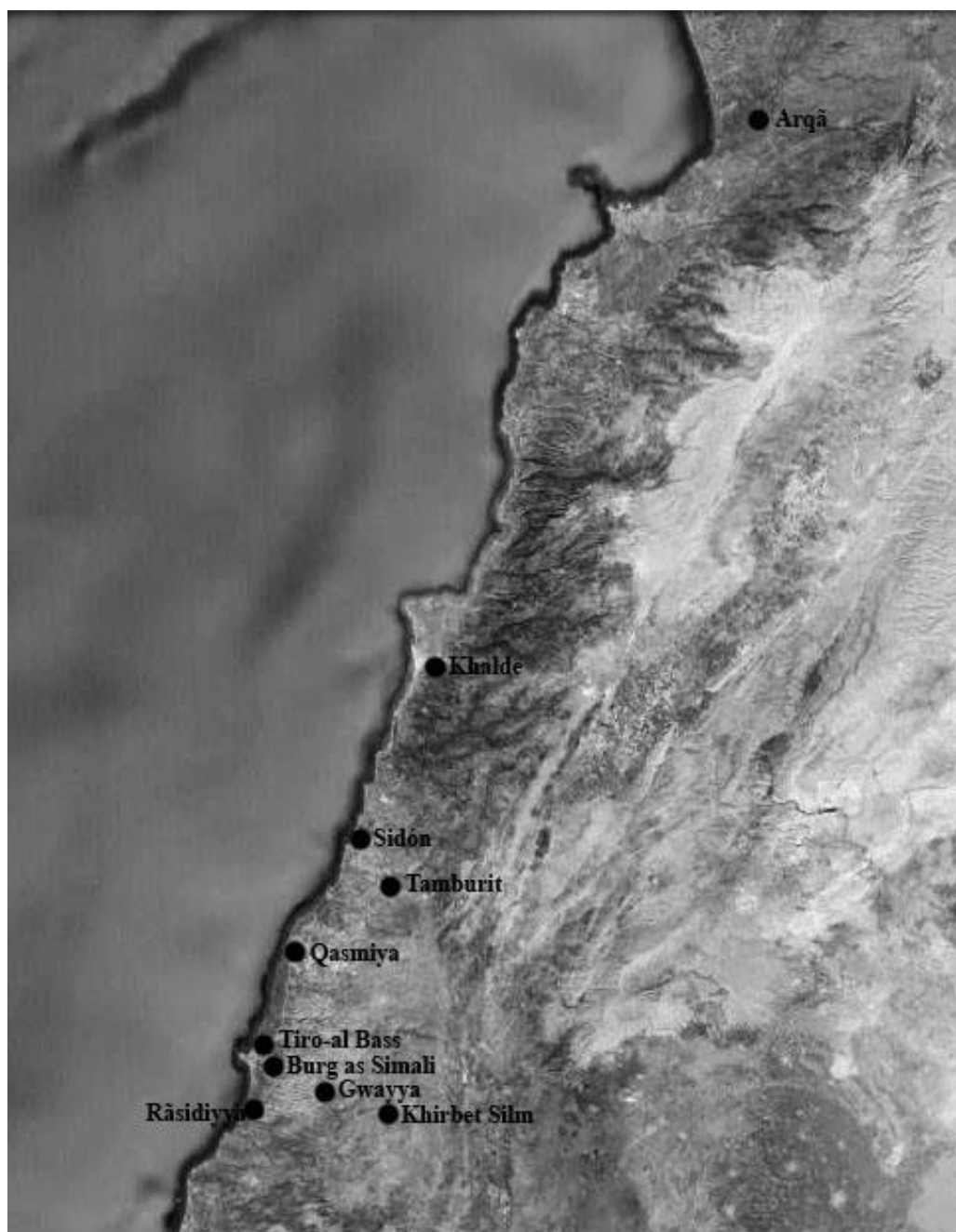


Lámina 24. Necrópolis de incineración y mixtas del territorio fenicio.

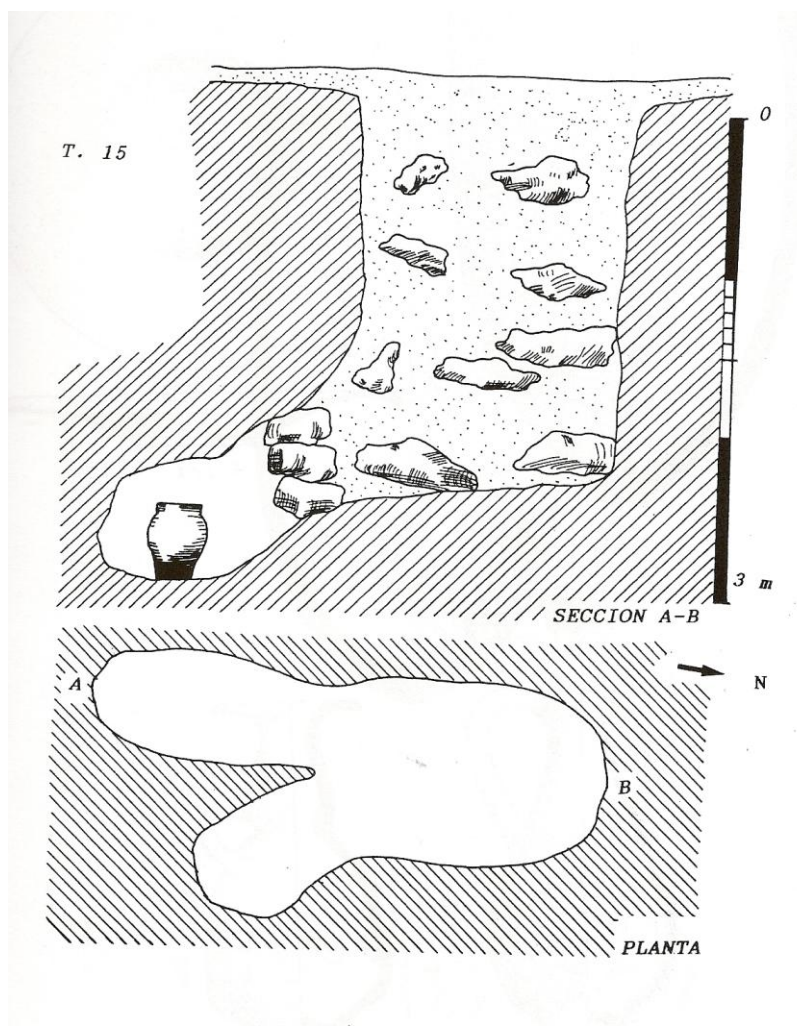


Lámina 25. Tumba 15 del Cerro de San Cristóbal (según Pellicer 2007).



Lámina 26. *Kotylai* protocorintios del Cerro de San Cristóbal (Museo Arqueológico de Granada).



Lámina 27. Urna de alabastro de Lagos (Foto: A. Aya).

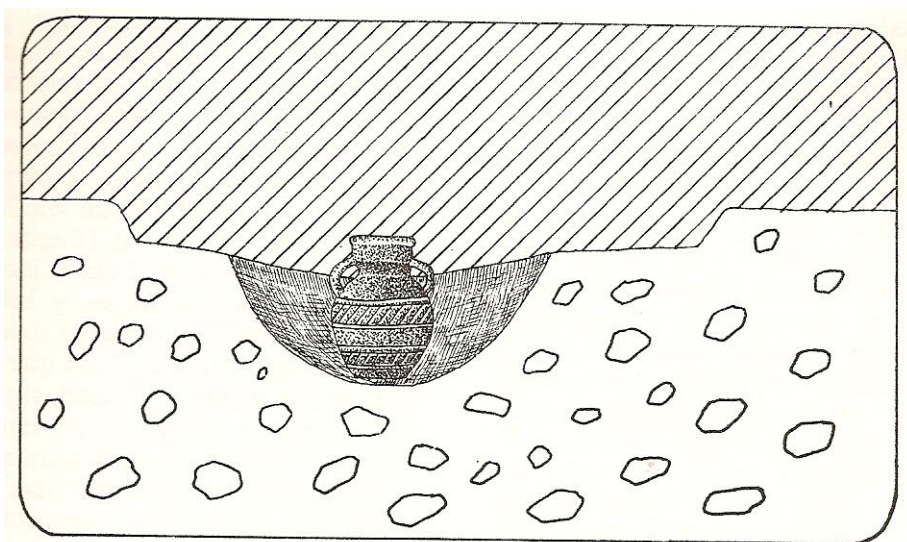


Lámina 28. Incineración de Cruz del Negro (G. Bonsor).

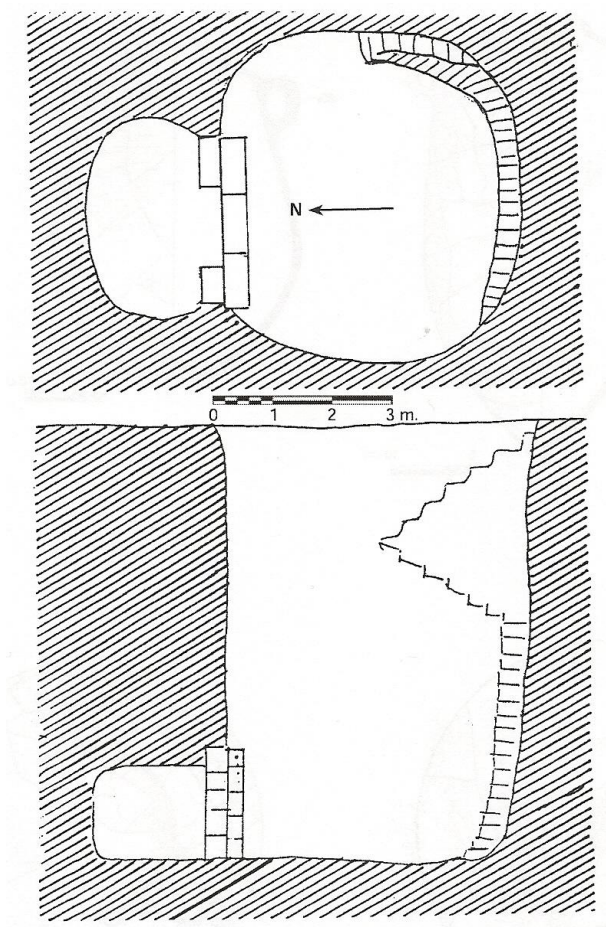


Lámina 29. Tumba E-1 de Puente de Noy (según Molina y Pellicer).

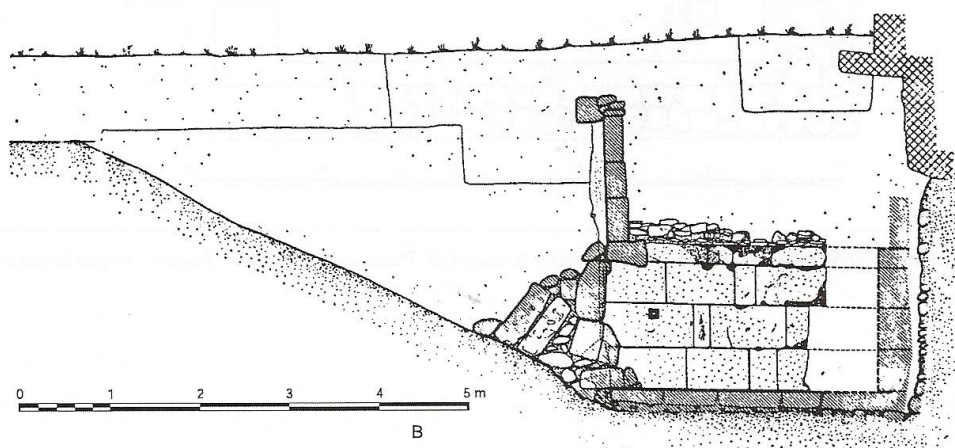


Lámina 30. Perfil de la tumba 1 de Trayamar (según Schubart y Niemeyer 1976).

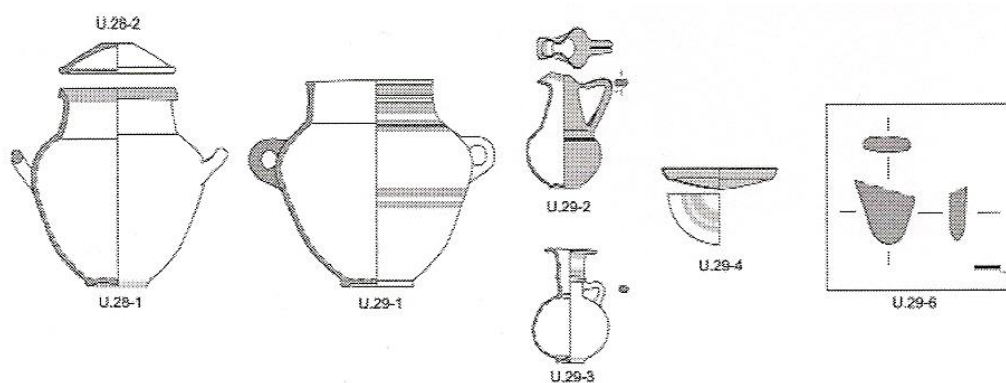


Lámina 31. Urnas y ajuar de Tiro-al Bass (según Aubet, Núñez y Trellisó 2004).



Lámina 32. Lucernas de Riotinto (Foto: R. Ordóñez).

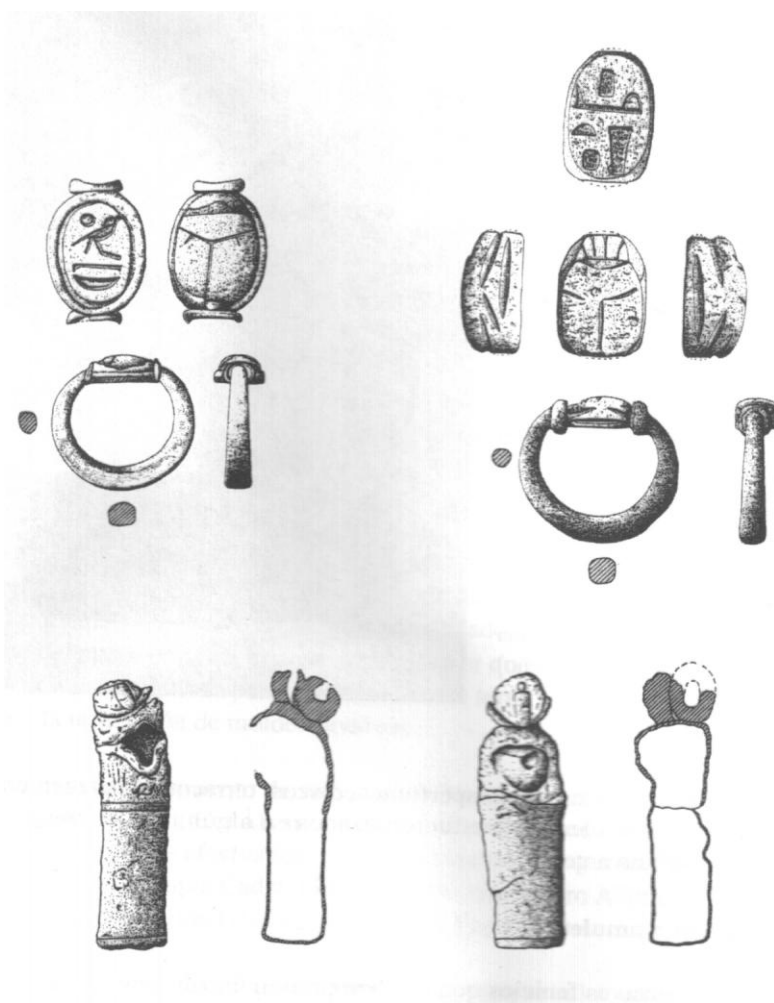


Lámina 33. Escarabeos y portaamuletos de Jardín (H. Schubart).

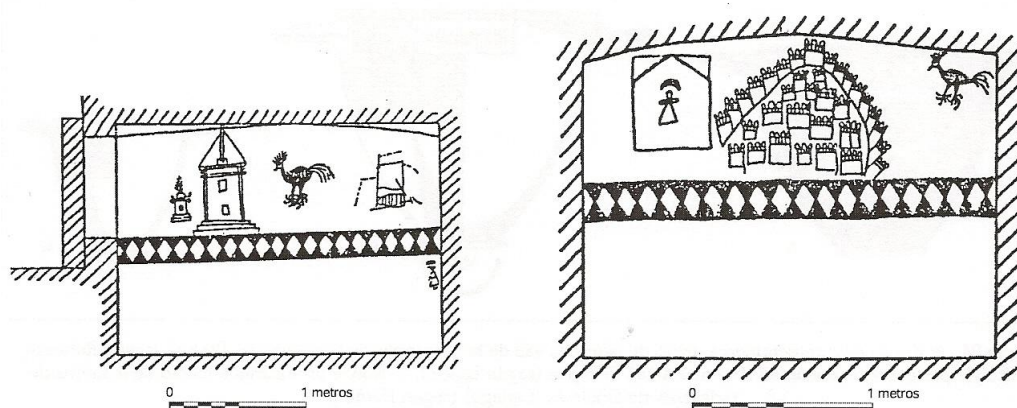


Lámina 34. Pinturas murales de la tumba 8 de Jbel Mlezza (M.H. Fantar).

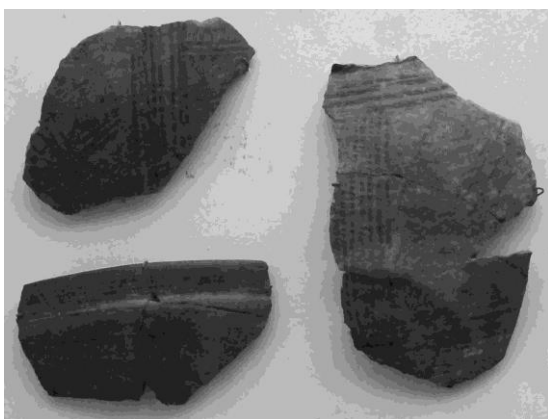


Lámina 35. Cerámicas pintadas de tipo Carambolo (Foto: R. Ordóñez).

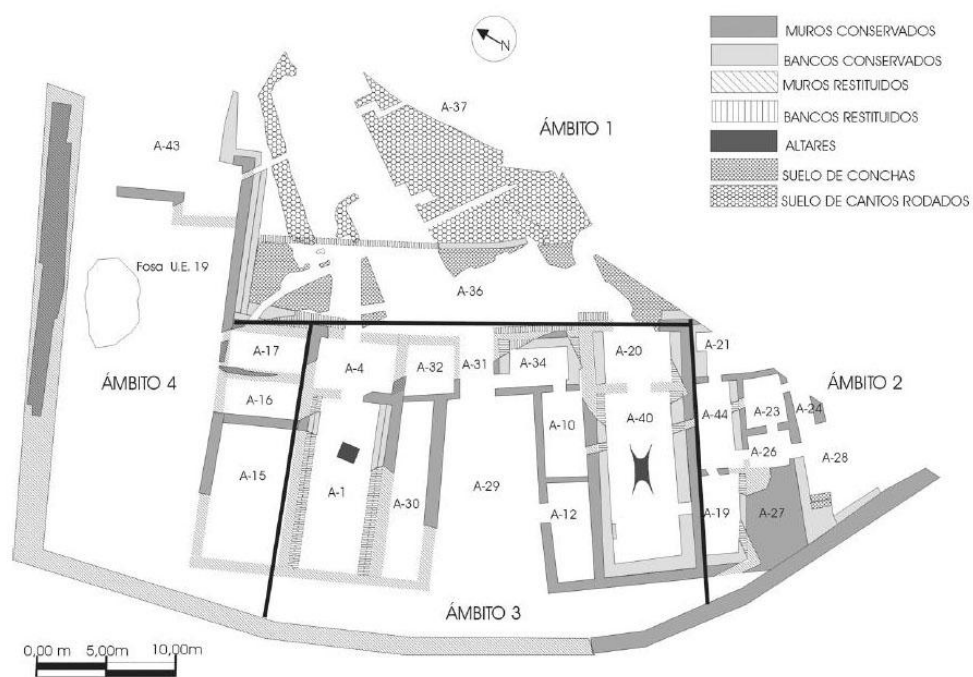


Lámina 36. Propuesta de reconstrucción de El Carambolo III (según Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005).

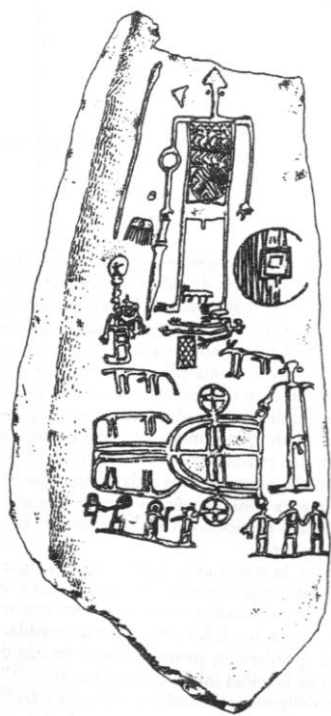


Lámina 37. Estela de Ategua (según Moreno Arrastio 2000).



Lámina 38. Estela de Carmona (Foto: R. Ordóñez).

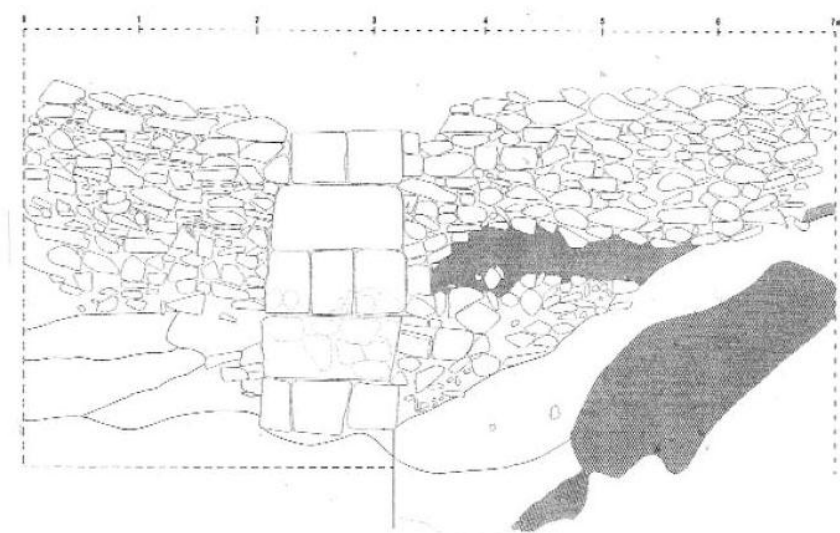


Lámina 39. Muralla del Cabezo de San Pedro (J. Fernández Jurado y C. García).

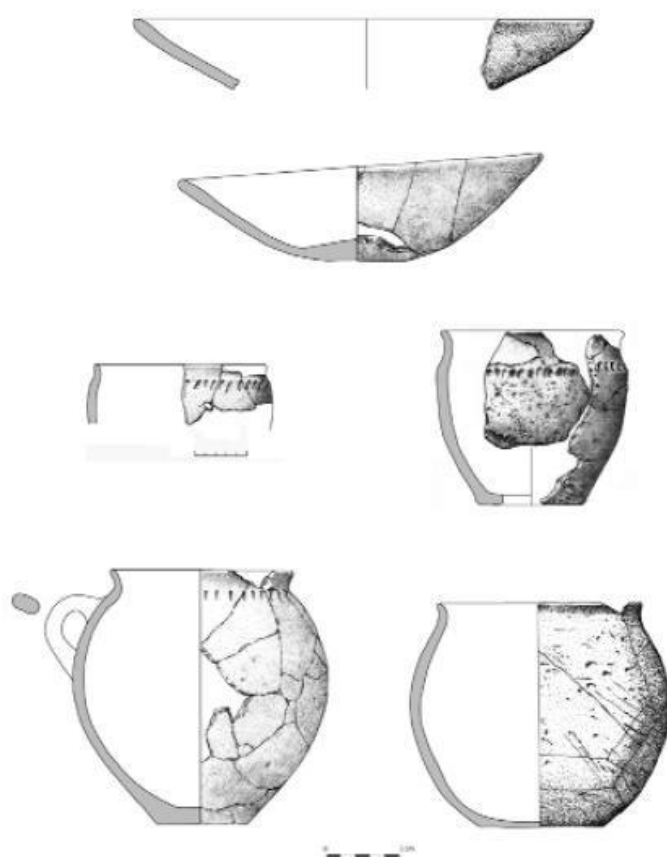


Lámina 40. Ollas de cocina y cuencos a mano del Cerro del Villar (según Delgado y Ferrer 2007b).

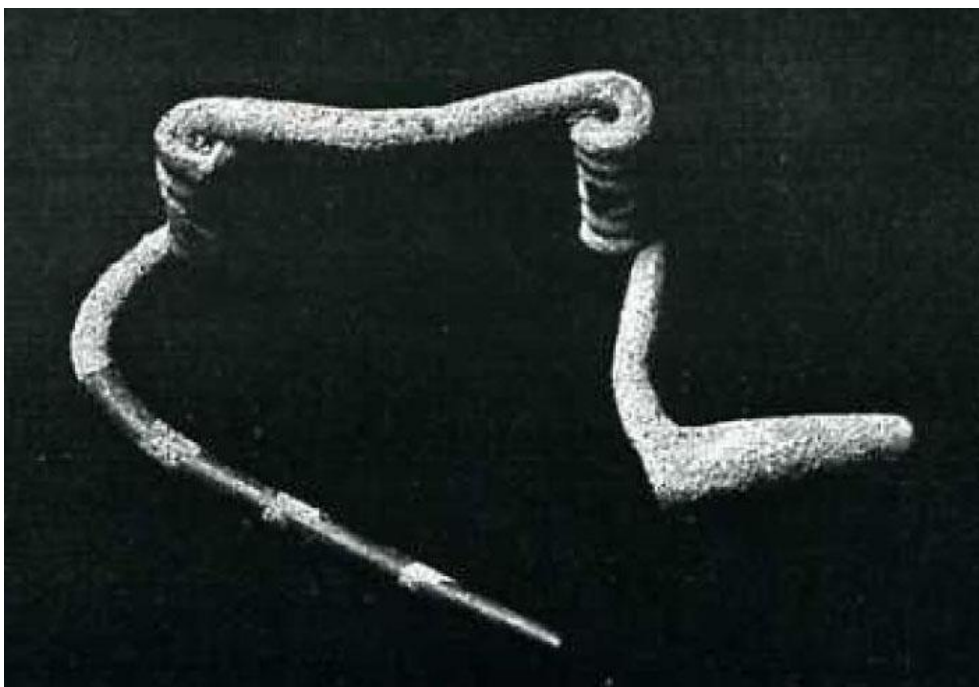


Lámina 41. Fíbula de doble resorte procedente de Trayamar (Foto: D. Sedeño).

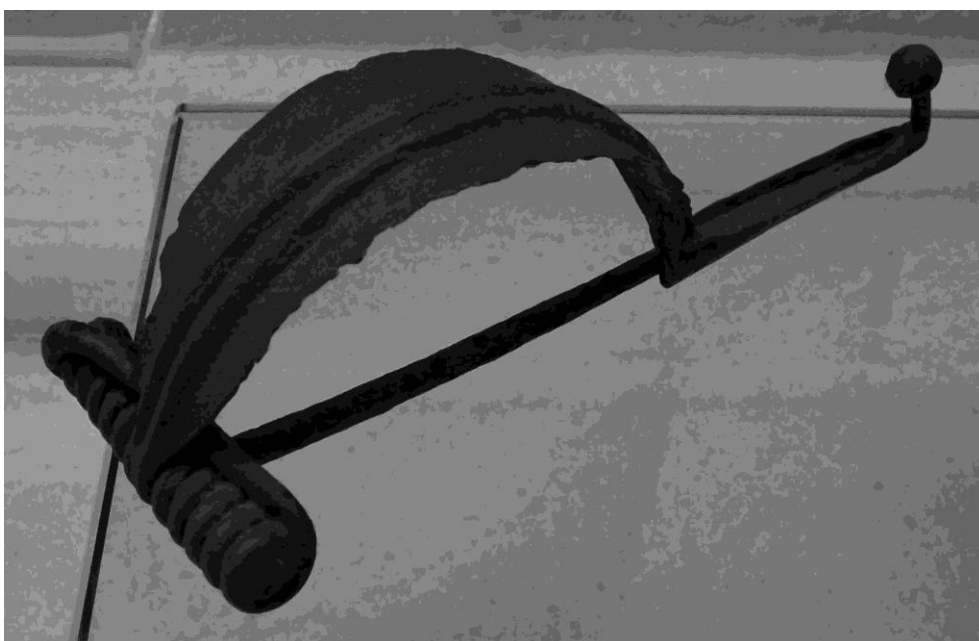


Lámina 42. Fíbula tipo Acebuchal procedente de Carmona (Foto: R. Ordóñez).

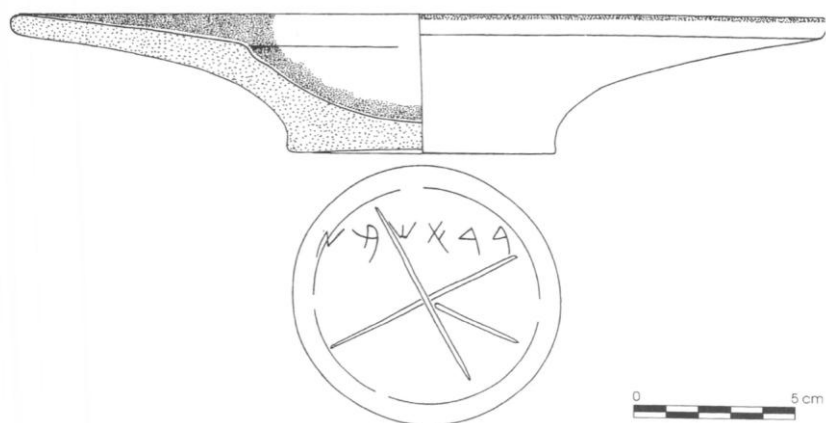


Lámina 43. Plato con inscripción fenicia de Peña Negra (A. González Prats).



Lámina 44. Urna del túmulo B de Setefilla (Foto: R. Ordóñez).

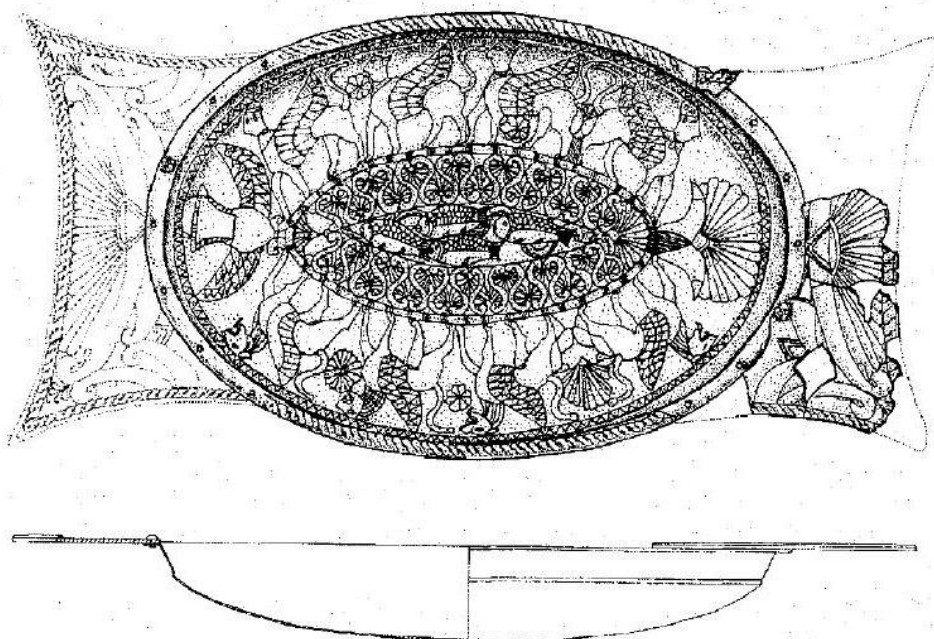


Lámina 45. Bandeja de El Gandul (según Jiménez Ávila 2002).



Lámina 46. Jarro orientalizante de Alcalá del Río (Foto: R. Ordóñez).



Lámina 47. Marfil con escena de guerrero de Bencarrón (G. Bonsor).



Lámina 48. Urna de Cruz del Negro (Foto: R. Ordóñez).



Lámina 49. Distribución de puntas de flecha en Andalucía (según Ferrer Albelda 1994).

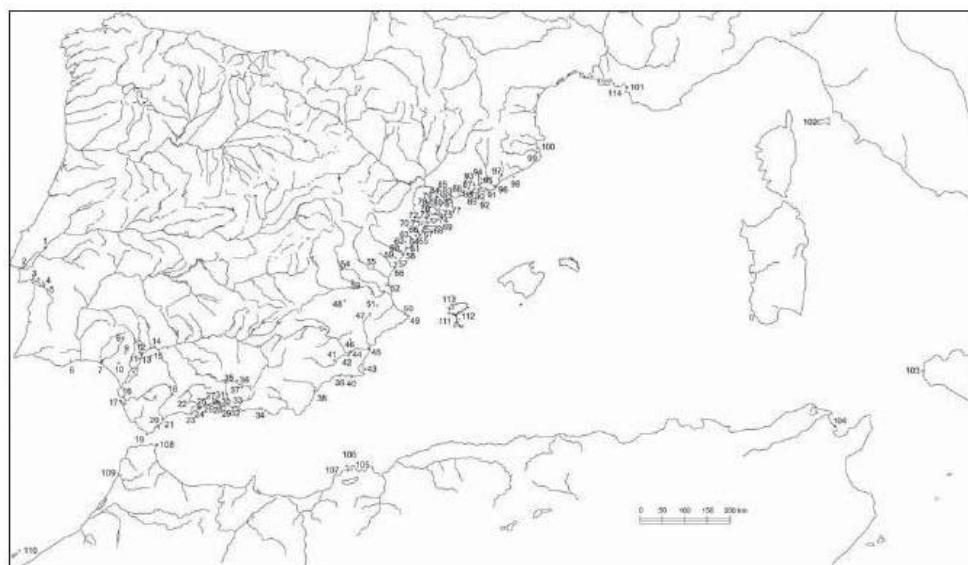


Lámina 50. Distribución de las ánforas T-10.1.2.1 (según Ramón 2006).



Lámina 51. Vaso jonio de Coria del Río (Foto: R. Ordóñez).

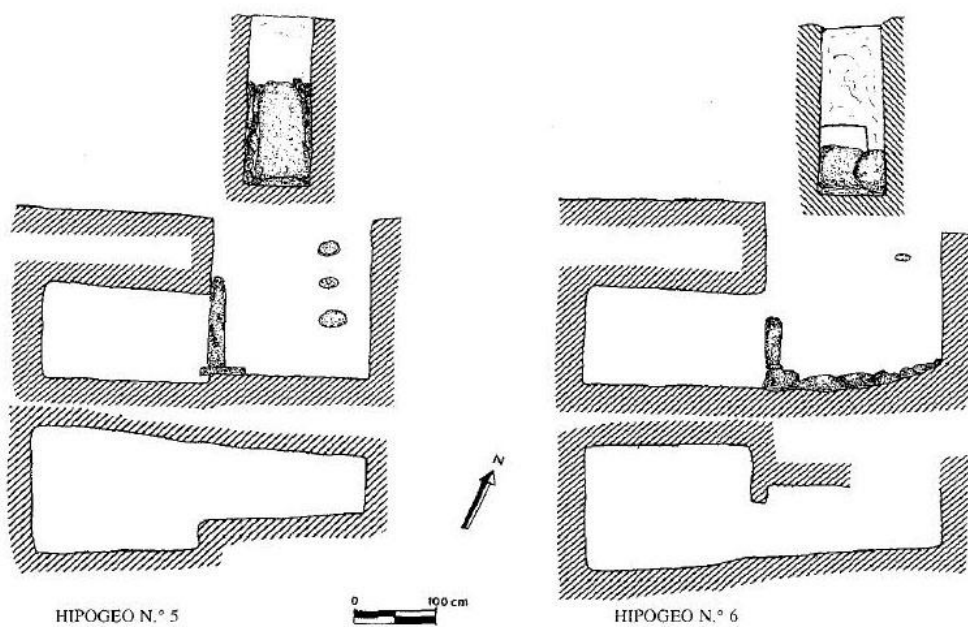


Lámina 52. Hipogeos de Puig des Molins (según Costa y Fernández 1997).

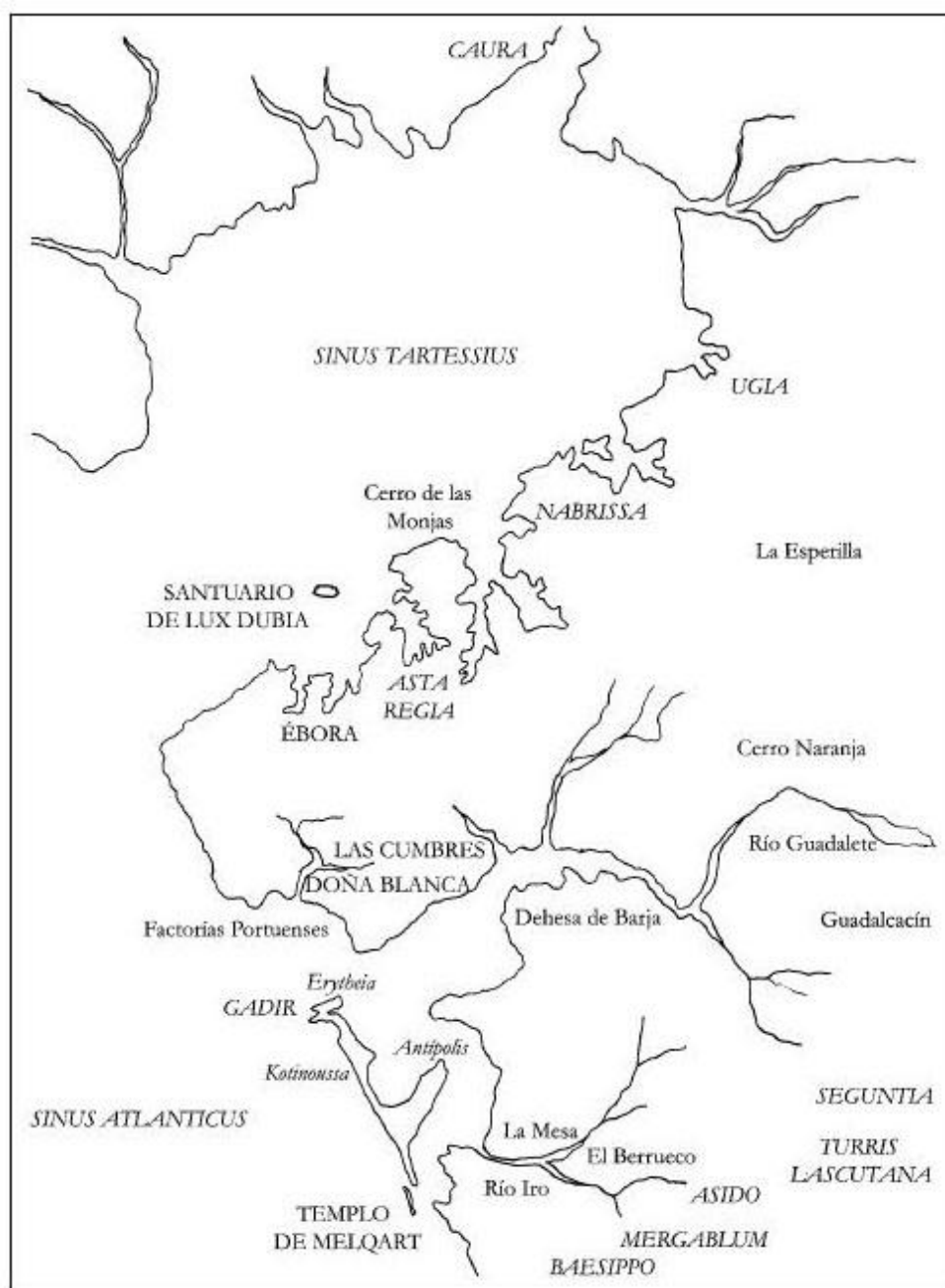


Lámina 53. Territorio productivo vinculado a Gadir en torno al siglo IV a.C. (según Domínguez Pérez 2006).